



Spain sent money and supplies to help the United States during the American Revolutionary War. Spaniards of European descent, Native Americans, African Americans, Creoles, and Mestizos from Spain's territories in America all helped the Spanish monarchy to finance the expenses of the war and support their French and American allies. They fought on land and sea, spied on the enemy, and shed their blood in combat, favoring George Washington's Continental Army.

Hispanics from both sides of the Atlantic made pivotal contributions to the independence of the United States. Renowned political and military figures, such as Diego de Gardoqui, from Bilbao; Juan de Miralles, from Alicante; Bárbara de Santa Cruz, from Havana; Francisco de Saavedra, from Seville; Jorge Farragut, from Menorca; Francisco de Miranda, from Caracas; and Bernardo de Gálvez, from Málaga. Countless civil servants, soldiers, and common men and women of multicultural backgrounds. Additional military and economic contributions were made by people from Spain and from the Viceroyalty of New Spain, a land with a territory two-thirds the current size of the United States, including Mexico, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Guatemala, Cuba, Puerto Rico, and the Dominican Republic.

Hispanics played an important role in the birth of this new nation. *Unveiling Memories* deals with this shared Hispanic and American history.

España proporcionó dinero y suministros a los Estados Unidos durante la Revolución Norteamericana. Españoles de origen europeo, nativos americanos, afroamericanos, criollos y mestizos de los territorios de España en América ayudaron a la Monarquía Hispánica a financiar los gastos de la guerra y a apoyar a los aliados franceses y norteamericanos. Lucharon por mar y tierra, espionaron al enemigo y dieron su sangre en combate, favoreciendo las operaciones del *Continental Army* de George Washington.

Hispanos de ambas orillas del Atlántico ayudaron a la Independencia de los EE. UU. Nombres como Diego de Gardoqui, de Bilbao; Juan de Miralles, de Alicante; Bárbara de Santa Cruz, de La Habana; Francisco de Saavedra, de Sevilla; Jorge Farragut, de Menorca; Francisco de Miranda, de Caracas; o Bernardo de Gálvez, de Málaga. Funcionarios, soldados, mujeres y hombres corrientes de diversa cultura y procedencia. Los habitantes de España y del virreinato de Nueva España, un territorio de una extensión equivalente a dos tercios de los actuales Estados Unidos, que incluía México, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala; y de Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana contribuyeron al esfuerzo económico y militar.

Los hispanos tuvieron un protagonismo importante en el nacimiento de la nueva nación. *Desvelando memorias* trata de esta historia hispana y americana compartida.

Unveiling Memories



Spain and the
Hispanic Contribution
to U.S. Independence



Unveiling Memories

SPAIN AND THE HISPANIC CONTRIBUTION
TO U.S. INDEPENDENCE

Desvelando memorias

ESPAÑA Y LA CONTRIBUCIÓN HISPÁNICA
A LA INDEPENDENCIA DE LOS EE.UU.



www.unveilingmemories.com

Siempre se ha dicho que la educación y el conocimiento liberan, al tiempo que son condición indispensable para el desarrollo de la sociedad. Yo añadiría, además, que el conocimiento de nuestro pasado, a partir de los hechos históricos acontecidos, es clave para entender el presente y para avanzar hacia el futuro.

Con este libro y con otros anteriores, Iberdrola pone de manifiesto su apoyo al estudio y a la difusión de la historia compartida entre España y Estados Unidos. El volumen acerca unos capítulos del pasado de nuestros dos países, no en exceso conocidos por el público no especializado: el papel fundamental de España y los hispanos en la creación de los Estados Unidos y, más concretamente, sus decisivas aportaciones en el proceso de independencia.

Se da la circunstancia de que el conocimiento mutuo de las dos orillas se refleja en la destacada presencia de Iberdrola —como de tantas compañías españolas— al otro lado del Atlántico. Una presencia que materializamos a través de Avangrid, que es hoy una de las mayores empresas de energía renovable, que da servicio a cerca de 10 millones de estadounidenses.

Este volumen contiene toda una lección de historia, engarzada mediante amenos artículos, elaborados por expertos en la materia, que tanto los lectores anglófonos como los hispanohablantes sabrán apreciar. Y ello, acompañado de magníficas ilustraciones que permiten una aproximación visual a los distintos acontecimientos que se detallan.

Con esta publicación, Iberdrola desea animar a los lectores, y muy especialmente a los más jóvenes, a reflexionar sobre el sentido que dejan las huellas de nuestros ancestros y que nos negamos a perder. Porque el conocimiento de esta parte de la historia común de los Estados Unidos y España nos permite habitar el territorio de lo múltiple y saber algo más del pasado que nos une. Son lazos de los que, a uno y otro lado del Atlántico, nos sentimos orgullosos herederos.

Ignacio S. Galán
Presidente de Iberdrola y Avangrid

It has been said consistently that education and knowledge liberate us and are, at the same time, essential conditions for the development of a society. To this I would add that knowledge rooted in the historical events of our past is key to understanding the present and to advancing toward the future.

This book and earlier publications sponsored by Iberdrola manifest our support of the study and dissemination of a narrative shared by Spain and the United States. The book covers chapters in the history of both countries that have remained largely unknown among the general public, in particular, the fundamental role that Spain and the Hispanic people played in the birth of the United States, and their decisive contributions toward its independence.

This mutual awareness of a common past is reflected in a timely circumstance: the significant presence of Iberdrola—and many other Spanish companies—on both sides of the Atlantic. Iberdrola’s presence, especially, is realized through Avangrid, one of the leading providers of renewable energy, which currently serves close to ten million North Americans.

Unveiling Memories offers a comprehensive history lesson through a series of engaging, interwoven articles written by experts in the field, which English and Spanish readers alike are sure to appreciate. And the magnificent illustrations that accompany the text provide visual proximity to the various events being narrated.

By means of this work, Iberdrola aims to stimulate the reader —especially the young reader—to reflect on the legacy of our ancestors, which we are determined never to lose. It is through a knowledge of our shared history that the United States and Spain can inhabit landscapes of diversity, sustained by an increased awareness of our common bonds. They are bonds across the Atlantic in which all of us, as heirs, can take pride.

Ignacio S. Galán
Chairman of Iberdrola and Avangrid

El 9 de noviembre de 1620, un filibote inglés de tres mástiles y unas 180 toneladas de desplazamiento, el *Mayflower*, desembarcó en las costas de Cape Cod (actual estado de Massachusetts) a un grupo de 102 puritanos que habían decidido emigrar de la vieja Inglaterra porque estaban escandalizados de la laxitud moral del anglicanismo, la religión impuesta por Enrique VIII.

Los padres peregrinos, como pronto se conocieron, habían decidido instalarse al otro lado del océano, en una tierra salvaje para crear en ella una sociedad cristiana perfecta, una nueva Jerusalén.

Los peregrinos no accedían a una tierra del todo desconocida puesto que Sir Walter Raleigh había explorado aquellas costas entre 1585 y 1588 y, en 1607, se había establecido en ellas la factoría comercial de la londinense Compañía de Virginia (así denominada en honor de la reina virgen, Isabel I).

El núcleo fundacional británico creció entre la costa atlántica y los montes Apalaches hasta constituir Trece Colonias¹ que, aunque políticamente dependían de la metrópoli, a lo largo del siglo XVIII desarrollaron cierto sentido de identidad colectiva que los alejaba de los patrones europeos.

El hecho de que las Trece Colonias tuvieran que tributar a la metrópoli y, sin embargo, no tuvieran voz ni voto en el parlamento británico causaba un creciente malestar que, finalmente, estalló en abierta rebelión en 1765 bajo el lema «no a los impuestos sin representación». El éxito de esta rebelión condujo a la independencia de los Trece Estados que, unidos, fundaron la gran nación americana que hoy lidera el mundo.

Casi todos los historiadores actuales coinciden en que la modernidad alcanza su desarrollo pleno con la Revolución Francesa, que abole los privilegios de la aristocracia (el Antiguo Régimen) y proclama la igualdad de los seres humanos, expresada después en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Sin embargo, la Revolución Francesa no supuso un cambio radical de la sociedad occidental. En la vieja Europa existían muchas inercias que dificultaban el desarrollo de una sociedad verdaderamente representativa y democrática, como demuestran los cataclismos revolucionarios que se reiteraron en el viejo mundo a lo largo del siglo XIX.

Fue la revolución previa que resultó de la independencia de las Trece Colonias de América la que ensayó el primer sistema político liberal y democrático, que luego sería adoptado por las democracias europeas.

Al facilitar que cualquier persona pudiera ascender socialmente por méritos objetivos, la joven nación americana abolió la rígida compartimentación

On November 9, 1620, a three-masted 180-ton merchant ship named the *Mayflower* deposited a group of 102 Puritans on the coast of Cape Cod, in the current state of Massachusetts. Appalled by the moral laxity of Anglicanism, the religion imposed on them by their monarch Henry VIII, these voyagers had decided to abandon their homes in Old England. The Pilgrim Fathers, as they would soon be known, were pinning their hopes on an untamed land, where they sought to establish a perfect Christian society, a new Jerusalem.

The land they had reached was not totally unknown. Sir Walter Raleigh's expeditions had explored those coasts between 1585 and 1588, and in 1607, the London-based Virginia Company, named in honor of the virgin queen, Elizabeth I, had established the first manufacturing facility in the new world.

This British nucleus between the Atlantic coast and the Appalachian mountains evolved into the Thirteen Colonies,¹ which, in the 18th century, though still dependent on the metropolis, began to develop their own collective identity, increasingly separate from that of their European forefathers.

The sharpest point of contention between the Colonies and London arose from the former's lack of voice and vote in the British Parliament, despite their having to pay tribute to the Crown. In 1765, the rallying cry for the Revolution would be "no taxation without representation." The success of that rebellion confirmed the independence of the Thirteen States, which when united became the foundation for the great American nation that leads the world today.

Almost all contemporary historians agree that modernity achieved its full development with the French Revolution and the abolishment of aristocratic privilege (*le Ancien Régime*), culminating in the proclamation of universal equality, as expressed in the Declaration of the Rights of Man and of the Citizen.

Nevertheless, the French Revolution did not bring about a radical change in Western society. The inertias that characterized Old Europe impeded the development of a truly representative and democratic society. This is obvious from the recurring revolutionary cataclysms that afflicted the continent in the 19th century.

It was the earlier American Revolution, triggered by the Declaration of Independence of the Thirteen Colonies, which would rehearse the liberal and democratic political system later adopted by European democracies. By embracing the premise that everyone could rise in society through their own objective merits, the new American nation abolished the rigid stratification

1. De norte a sur: Massachusetts, Nuevo Hampshire, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Pensilvania, Nueva Jersey, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

1. From north to south: Massachusetts, New Hampshire, Rhode Island, Connecticut, New York, Pennsylvania, New Jersey, Delaware, Maryland, Virginia, North Carolina, South Carolina, and Georgia.

de las clases sociales imperante en el viejo mundo. A esa confluencia de voluntad europea e inspiración americana debemos hoy los sistemas políticos de las democracias occidentales, sin duda, los más avanzados del mundo, con la salvedad que ya enunció Churchill («la democracia es el menos malo de los sistemas»)².

¿En qué contexto se produjo la independencia americana? Como casi todo en la historia, partió de una causa económica: abrumado por los gastos que le había acarreado la Guerra de los Siete Años contra Francia, España y sus aliados (1756-1763), el rey Jorge III de Gran Bretaña aumentó abusivamente los ya crecidos impuestos con que la Corona inglesa cargaba a sus famosas Trece Colonias americanas. Los habitantes de estas colonias, burgueses protestantes convertidos en prósperos hacendados, estaban molestos porque carecían de representación en el parlamento británico, el organismo que decidía sus impuestos. Las nuevas tasas, consideradas abusivas, los decidieron a rebelarse contra la metrópoli y declararse independientes.

Francia y España, que habían salido escaldadas de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), vieron en la rebelión de los colonos la ocasión de desquitarse. El rey francés, Luis XVI, recibió en Versalles a Benjamín Franklin, el famoso patriota e inventor, y le concedió dinero, barcos y tropa.

España optó en un principio por una ayuda encubierta, aunque al final firmó con Francia el Tratado de Aranjuez (1779), por el que, nuevamente, guerreaba contra el inglés al lado de Francia, a la que estaba unida por los Pactos de Familia entre borbones.

Una consecuencia indirecta de la implicación de Francia y España en el conflicto fue, en Francia, que el coste económico se trasladó en buena parte al pueblo, lo que terminó por soliviantarlo y provocó la Revolución Francesa (recordemos el comentario de María Antonieta que se *non è vero, è ben trovato*: «Si el pueblo no tiene pan que coma pasteles»). Por la parte española, costó que los virreinos americanos tomaran nota de que la independencia colonial era posible y se apuntaran a ella en cuanto la invasión napoleónica debilitó a la metrópoli.

La Guerra de la Independencia americana se prolongó durante ocho largos años, entre 1775 y 1783. La asamblea de los representantes de las Trece Colonias, constituida en un gobierno nacional, nombró general en jefe a George Washington, un hacendado virginiano veterano de las guerras indias. Ya no había vuelta atrás. Poco después, el Primer Congreso Continental aprobaba la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, redactada por Thomas Jefferson («Defendemos la evidencia de estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables entre los que figuran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad»).

Parecía que los colonos, un ejército de unos pocos miles de milicianos mal armados e inexpertos, no podrían enfrentarse con mínimas posibilidades de éxito al experimentado ejército británico, unos 40.000 soldados profesionales reforzados por mercenarios alemanes³.

Al principio, los británicos derrotaron a los mal organizados colonos, pero estos lograron rehacerse y, finalmente, se impusieron a los británicos en

prevalent in the old world. Today, we owe our Western democracies to the confluence of European will and American inspiration. Democracy has proved to be undoubtedly the most advanced political system in the world, or as Churchill declared: “the worst form of Government, with the exception of all other forms.”²

In what historical context did American independence rise? As is often the case in historical junctures, economic interests played a crucial role. Burdened by the debts his country had incurred during the Seven Year War (1756-1763) against France, Spain, and their allies, King George III of Great Britain sought to remedy this shortfall through severe increases in the already onerous taxes which the British Parliament levied on the Thirteen Colonies. The colonists, mostly Protestant bourgeoisie who were now prosperous landowners, resented this increase on the grounds that their interests were not being represented in Parliament, the legislative body with the power to decide matters of taxation. Considering the new tariffs to be abusive, the colonies decided to rebel against the metropolis and declare their independence.

France and Spain, who had been castigated by the Seven Year War, saw in the rebellion of the colonies their opportunity to retaliate. The French king, Louis XVI, welcomed the famed patriot and inventor Benjamin Franklin to Versailles and offered him money, ships, and troops.

Early in the conflict, Spain chose to play a covert role; however, several years into the war, Spain signed the Treaty of Aranjuez (1779), committing, once more, to oppose Great Britain as an ally of France, with whom it shared a Family Compact through the House of Bourbon.

There were indirect consequences of the French and Spanish involvement in the conflict. In France, most of the economic burden was passed on to the working masses, further exacerbating the discontent that would erupt into the French Revolution (we might recall Marie Antoinette’s apocryphal, “if the people have no bread, let them eat cake,” *se non è vero, è ben trovato*). The price of Spanish involvement, on the other hand, was that the American viceroys awakened to the possibility of colonial independence, an opportunity they embraced as soon as the Napoleonic invasion weakened the central government.

The American War of Independence stretched for eight long years, from 1775 to 1783. When the assembly of representatives of the Thirteen Colonies, now constituted into a central government, named George Washington, a Virginia landowner and a veteran of the Indian Wars, as head of the Continental Army, there would be no turning back. Soon afterwards, the First Continental Congress passed the Declaration of Independence of the United States drafted by Thomas Jefferson (“We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness—”).

2. Lo que dijo en un discurso en la Cámara de los Comunes el 11 de noviembre de 1947 fue: «Se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno, excepto por todas las otras formas que se han probado alguna que otra vez».

3. Los americanos denominaban a estas tropas inglesas con la despectiva denominación de *cangrejos*, que alude a la casaca roja de sus uniformes (literalmente «espaldas de langosta», *Lobster back*, nada castizo cuando se traduce al español).

2. His exact words to the House of Commons on November 11, 1947, were: “It has been said that democracy is the worst form of Government except for all those other forms that have been tried from time to time.”

Saratoga (octubre de 1777). Esta victoria animó a Francia a apoyar abiertamente a los rebeldes, lo que, a la postre, decidiría la guerra en favor de estos.

Parece razonable que Francia se presente como la gran valedora de la joven nación americana en su lucha por la independencia, pero es injusto que no se valore la aportación española que, aunque más discreta, fue tan decisiva como la francesa.

Para empezar, la implicación española en la guerra le abría al inglés un segundo frente al sur de las Trece Colonias, obligándolo a distraer unas tropas que precisaba en el norte, escenario de la batalla principal.

Por otra parte, el asedio de Gibraltar por tropas españolas obligó a la armada inglesa a desatender el bloqueo de los puertos de Tolón y Brest, lo que permitió a las naves francesas romper el bloqueo y transportar las tropas y bastimentos que tanto precisaban los rebeldes americanos⁴.

El gobernador de La Luisiana, Bernardo de Gálvez, alistó un heterogéneo ejército de 1.500 hombres (colonos españoles y franceses, indios, esclavos negros y soldados de diversas procedencias) y remontó con él el Misisipí ocupando varios fuertes ingleses, entre ellos, Baton Rouge, y los puntos estratégicos de La Mobila (actualmente, Mobile, Alabama) y Pensacola (Florida). Al propio tiempo, Matías de Gálvez, padre de Bernardo, atacaba las posesiones británicas establecidas en las costas de Honduras-Guatemala.

El río Misisipí se convirtió en la autopista fluvial por la que España suministraba, remontando aguas desde Nueva Orleans, cargamentos de pólvora, armamento, munición, uniformes y quinina (esencial para combatir la malaria, tan extendida entonces).

Al propio tiempo, una flotilla española al mando de José Solano asumió la tarea de proteger las colonias francesas del Caribe, para que la flota francesa pudiera bloquear la ciudad de Yorktown por mar e impedir el reavituallamiento de los ingleses sitiados en ella.

En la caída de Yorktown (1781), la victoria definitiva que decidiría el triunfo de los rebeldes, resultó igualmente decisiva la contribución económica española. La batalla no se habría librado sin el viático de los cientos de miles de pesos de plata recaudados en La Habana con el que Washington pudo satisfacer las pagas atrasadas de sus tropas.

Los franceses han tenido la habilidad de recordar a la joven y pujante nación americana la deuda de gratitud que tiene contraída con ella. Para conmemorarlo, le regalaron, en 1886, la denominada entonces *Estatua de la Libertad iluminando al mundo*, que hoy se adelanta a recibir al viajero que llega por mar a Nueva York y constituye el símbolo más visible de la joven nación y de su compromiso por la libertad.

Por el contrario, los españoles hemos dejado nuestra intervención sin recuerdo o hemos acudido, algo tarde y más modestamente, a enmendar ese error. En 1976, bicentenario de la independencia de los Estados Unidos, el estado español regaló la estatua ecuestre de Bernardo de Gálvez, obra de Juan de Ávalos, que hoy preside el Memorial Park dedicado al español en la Avenida de Virginia, de Washington.

It would seem that the colonists, with an army of a few thousand untrained and ill-equipped militiamen, would not be able to face, with any hope of success, a battle-hardened, professional British army of some 40,000 men,³ who counted as well on the support of German mercenaries. Indeed, early in the conflict, the British defeated the poorly organized colonists. However, the rebel forces regrouped, and in October, 1777, they won a major victory at Saratoga. Their success encouraged France to lend its open support to the revolution, a move that would eventually decide the war in favor of the Americans.

Given this allegiance, it is not unreasonable to consider France a major advocate of the young nation in its struggle for independence. Yet it would be unjust not to give Spain its due as well, for although more discreet, the Spanish contribution would prove to be equally decisive.

The most immediate consequence of Spain's entry into the war was that it opened a second front south of the Thirteen Colonies, compelling the English to divert some of their forces away from the crucial battlefronts of the north, where they were critically needed.

Furthermore, the Spanish siege of Gibraltar engaged the English navy, drawing resources away from its blockade of the ports of Toulon and Brest. This allowed the French ships to break through and effect the delivery of essential troops and provisions to the American rebels.⁴

The governor of Spanish Louisiana, Bernardo de Gálvez, assembled an assorted army of 1,500 men (Spanish and French colonists, Indians, black slaves, as well as soldiers of various origins), and led his troops up the Mississippi River, occupying several English forts, among them Baton Rouge and the strategic posts of Mobile (in current Alabama) and Pensacola (Florida). At the same time, his father, Matías de Gálvez, was laying siege to British possessions on the coasts of Honduras and Guatemala.

As a result, the Mississippi, starting from New Orleans, became a major thoroughfare for Spain's delivery of gunpowder, weapons, munitions, uniforms, and medications, including quinine, which was essential to combat malaria, prevalent at the time.

In addition, a Spanish flotilla under the command of José Solano assumed the task of defending the French colonies in the Caribbean, effectively freeing up the French fleet to establish a blockade of Yorktown. This would impede any reinforcements from reaching the English troops besieged in that city.

Spain's financial contribution was equally critical in the fall of Yorktown (1781), which was the decisive victory of the rebel forces. The battle might not have been fought at all, were it not for the hundreds of thousands of pesos, in silver, collected in Havana and delivered to Washington, in extremis, so that he might cover the back pay owed to his men.

The French have been adroit at reminding the young and vigorous American nation of its debt of gratitude. In 1886, they donated the then-called

4. España fracasó en su asedio de Gibraltar, pero, al menos, recuperó la isla de Menorca, que llevaba setenta años en poder de los ingleses (desde la Guerra de Sucesión).

3. The Americans would refer to the British soldiers derogatively as *lobsters*, because of the red jackets they wore as part of their uniforms. The appellation has no typical Spanish equivalent.

4. Spain failed in its siege of Gibraltar, but it did reclaim the island of Menorca, which had been in English hands for seventy years (since the War of the Spanish Succession).

En el mismo sentido, el senador Robert Menéndez, nieto de asturianos, hizo posible en 2014 el éxito de la iniciativa de la hispano-norteamericana Teresa Valcarce para que un retrato de Bernardo de Gálvez, obra de Carlos Montserrate, presida uno de los principales salones del Capitolio. Además, Gálvez recibió la distinción de «Ciudadano de Honor a Título Póstumo» de los Estados Unidos, culminando un esfuerzo diplomático e institucional.

Otro impulso efectivo para visualizar la contribución española a la independencia de la joven nación ha venido de la mano de Iberdrola con la exposición *Recovered Memories* («Memorias recobradas. España, Nueva Orleans y el apoyo a la Revolución Norteamericana»), que fue visitada en Nueva Orleans por los reyes de España, don Felipe y doña Letizia, en 2018. Dicha exposición, que también visitó Washington D.C., obtuvo tal éxito que ha animado a perpetuar el acontecimiento con la instalación, en 2019, de una estatua de Bernardo de Gálvez, obra del escultor Salvador Amaya, ante nuestra embajada en Washington. Como explicó el comisario de la exposición: «Queremos que todos los hispanos, que hoy en día son una fuerza muy importante en Estados Unidos, se sientan representados también con la figura de Gálvez. Que simbolice toda la ayuda que se dio y la que brindaron los soldados españoles, así como también los de México, Guatemala, Honduras y otros lugares».

Tras el éxito de las exposiciones temporales, Iberdrola tiene ahora como objetivo dejar un legado permanente de la contribución española a la independencia de EE. UU. Se trata de que los museos de Estados Unidos dedicados a la revolución y la independencia hagan hueco a un espacio sobre los hechos de Bernardo de Gálvez y sus contemporáneos.

El libro que el lector tiene en las manos forma parte de esa empresa al presentarle un precioso mosaico de textos de diversos especialistas que, en su conjunto, ofrece una ajustada visión de la aportación hispánica a la independencia de los Estados Unidos.

Bien puede España, madre de tantos pueblos, enorgullecerse de haber asistido tan decisivamente al alumbramiento de la gran nación que son los Estados Unidos de América del Norte.

[Juan Eslava Galán]

Statue of Liberty Illuminating the World, which stands today in New York Harbor, welcoming every sea voyager who arrives at its shores. The statue would become the most visible symbol of the new country and its commitment to freedom.

In contrast, as Spaniards, we have allowed our involvement in the American Revolution to go unnoticed. Or, at best, we have attempted, more recently, to rectify this error through very modest means. In 1976, during the American Bicentennial, Spain donated an equestrian statue of Bernardo de Gálvez by Juan de Avalos, which now presides over Memorial Park, on Virginia Avenue, Washington, D.C.

In a similar spirit, in 2014, Senator Roberto Menendez, whose grandparents came from Asturias, successfully supported the initiative of Teresa Valcarce, a Spanish American, that a portrait of Bernardo de Gálvez, painted by Carlos Montserrate, be displayed in one of the main halls of the Capitol. In addition, Gálvez was proclaimed, posthumously, an Honorary Citizen of the United States, the culmination of a diplomatic and institutional effort.

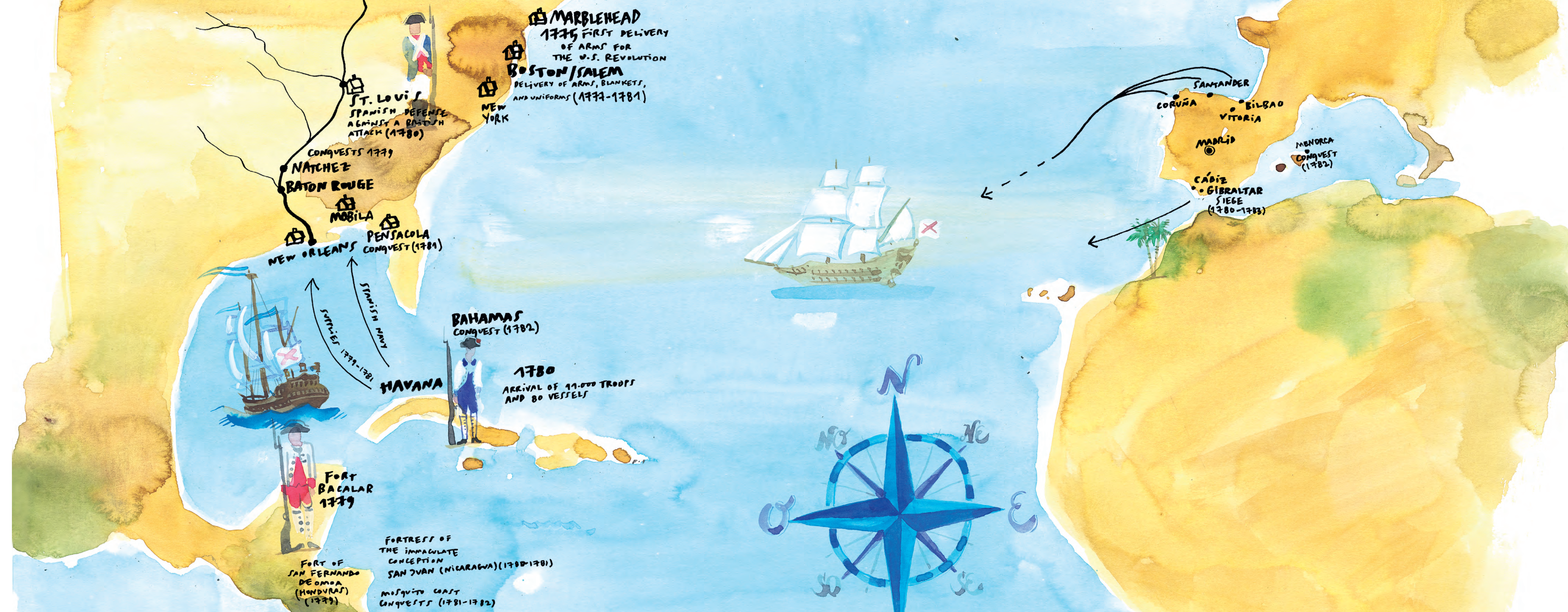
Another effective endeavor to give a visible expression of Spain's contribution to the independence of this young nation has been the exhibit sponsored by Iberdrola, *Recovered Memories: Spain, New Orleans, and the Support for the North American Revolution*. The exposition was visited by King Philip and Queen Letizia of Spain in 2018, before it moved to Washington, D.C. There, given its resounding success, it was decided that a permanent statue of Bernardo de Gálvez, by the sculptor Salvador Amaya, be donated to the Spanish embassy, thus perpetuating the event. At the unveiling, the curator of the exhibition explained, "We want all Hispanics, who have now become a major strength in the United States, to find themselves represented in the figure of Gálvez. May he embody all the contributions made, not only by the Spanish soldiers, but also by those arriving from Mexico, Guatemala, Honduras, and other places."

Lastly, the success of the temporary exhibits has fueled Iberdrola's larger objective, that of leaving a permanent legacy of the Spanish contribution to the independence of the United States. Its hope is that those museums in the United States devoted to the American Revolution and American independence will eventually dedicate space to the achievements of Bernardo de Gálvez and his contemporaries.

This book now in the reader's hands forms part of that effort. It offers a valuable mosaic of texts written by various experts, in order to render a fine-tuned vision of the Hispanic contribution to the independence of the United States.

Spain, mother of so many nations, can take pride in having provided crucial assistance to the birth of this great nation, the United States of America.

[Juan Eslava Galán]



MARBLEHEAD
1775 FIRST DELIVERY
OF ARMS FOR
THE U.S. REVOLUTION

BOSTON/SALEM
DELIVERY OF ARMS, BLANKETS,
AND UNIFORMS (1777-1781)

NEW YORK

ST. LOUIS
SPANISH DEFENSE
AGAINST A BRITISH
ATTACK (1780)

CONQUESTS 1779

NATCHEZ

BATON ROUGE

MOBILE

PENSACOLA
CONQUEST (1781)

NEW ORLEANS

SUPPLIES 1779-1781

HAVANA

BAHAMAS
CONQUEST (1782)

1780
ARRIVAL OF 11,000 TROOPS
AND 80 VESSELS

FORT BACALAR
1779

**FORT OF
SAN FERNANDO
DE OMOA
(HONDURAS)
(1779)**

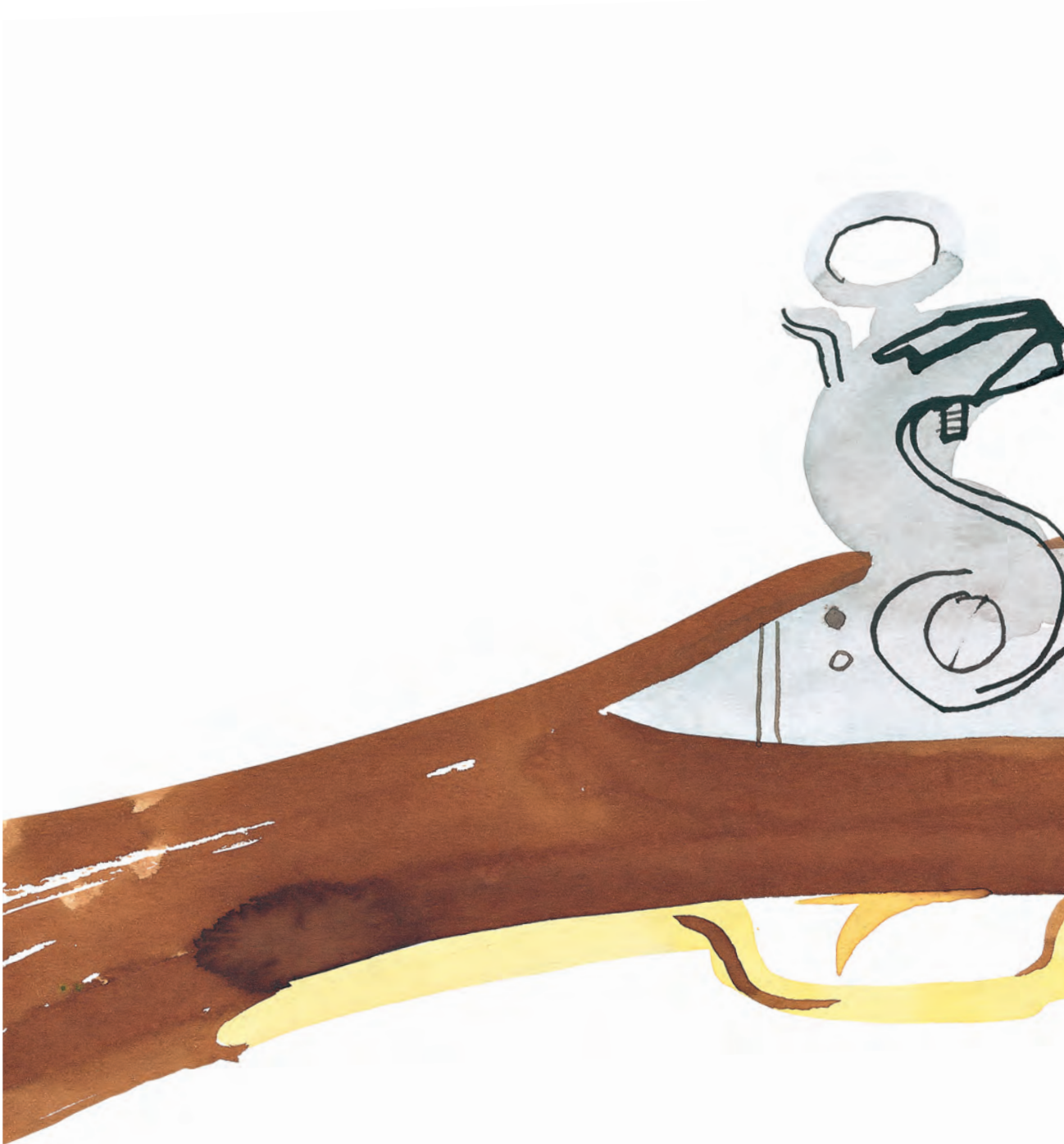
**FORTRESS OF
THE IMMACULATE
CONCEPTION
SAN JUAN (NICARAGUA) (1780-1781)**
**MOSQUITO COAST
CONQUESTS (1781-1782)**

SANTANDER
CORUÑA
BILBAO
VITORIA
MADRID

MENORCA
CONQUEST (1782)

CADIZ
GIBRALTAR
SIEGE (1780-1783)





I

I

SEQUENCES OF A HISTORY
SECUENCIAS DE UNA HISTORIA

Timeline Cronología

19—131

II

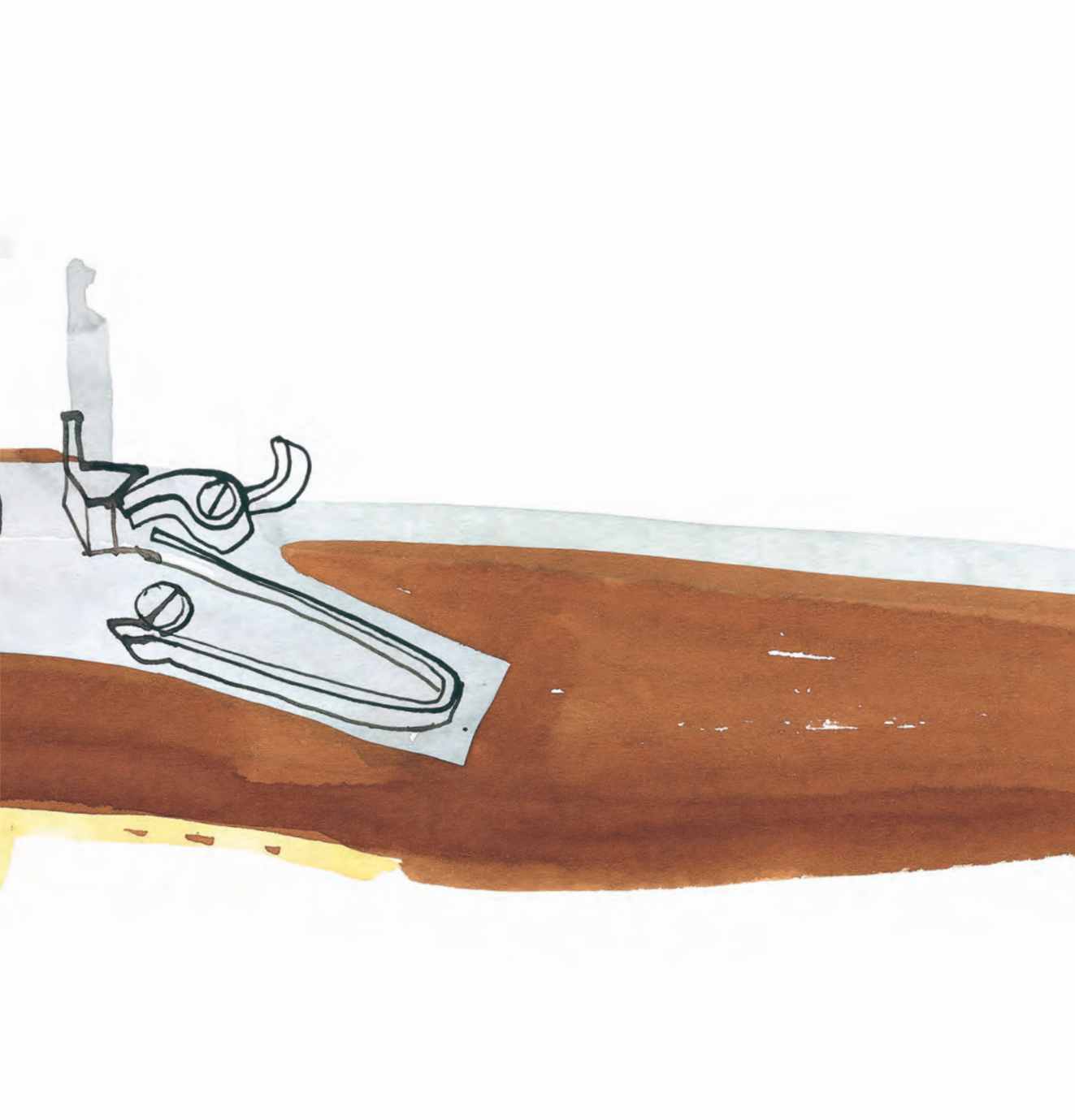
THE CAST OF CHARACTERS
EL REPARTO DE PERSONAJES

133—225

III

IMPRINTS ON THE SETS
LAS HUELLAS EN LOS ESCENARIOS

227—249



Los Estados Unidos han recibido ya una considerable ayuda de la Corte de Madrid. Aún se espera mucho más; y en el futuro, estos servicios serán pagados con honor, tal y como ahora son reconocidos con gratitud.

ROBERT MORRIS A CAGIGAL,
GOBERNADOR DE CUBA, 1781

The United States have already received very considerable aid from the Court of Madrid. Much more however is expected; and in time to come, these services will be repaid with honor, as they are now acknowledged with gratitude.

ROBERT MORRIS TO CAGIGAL,
GOVERNOR OF CUBA. 1781

En un conocido museo norteamericano podía leerse recientemente que España «ayudó indirectamente» a la independencia de EE. UU. Desde el punto de vista de la estrategia y la diplomacia, puede que la ayuda fuera «indirecta». Pero para los soldados que recibieron los mosquetes, las mantas, las botas y el dinero en el campo de batalla, desde luego que la ayuda española fue tremendamente directa.

Las opiniones que minimizan la importancia del apoyo de España se basan en una evidente falta de perspectiva histórica.

La Revolución Americana no fue simplemente un asunto entre Gran Bretaña y Los Estados Unidos, que se dirimió en territorio americano, sino que fue, realmente, una guerra mundial.

Las campañas americanas fueron una pieza relativamente pequeña de una guerra a mayor escala entre Gran Bretaña y cinco naciones —Francia, España, Estados Unidos, Holanda y el Reino de Mysore— que se dirimió, mayoritariamente, en y por el mar. El asedio más grande de la guerra no fue Yorktown, sino Gibraltar, que resultó ser de mayor entidad para España e Inglaterra que lo que fue América.

España se alió con Francia respetando los términos acordados en el tratado firmado entre Francia y Estados Unidos, que establecía que «no se firmaría una paz separadamente con Gran Bretaña sin el reconocimiento de la independencia de Estados Unidos». Las campañas de Bernardo de Gálvez en La Luisiana y La Florida no solo obligaron a los británicos a replantear toda su estrategia en el Caribe, sino que le permitieron al almirante francés Grasse llevar toda su flota a Chesapeake y derrotar a la flota inglesa, sellando la suerte del general británico Cornwallis en Yorktown. La presencia de una flota española y miles de soldados en el golfo de México fue una amenaza constante para la

At one of North America’s well-known museums, a current visitor will read that Spain provided “indirect assistance” to the cause of U.S. independence. From a diplomatic and strategic point of view, “indirect” may be the right word, but for the soldiers who received the muskets, blankets, boots, and money in the field of battle, the Spanish assistance could not have been more direct.

Opinions that minimize the importance of the support rendered by Spain are based on a total lack of historical perspective. The American Revolution was not simply an affair between Great Britain and the United States, fought on American soil. It was, in fact, a world war. The American campaigns comprised a relatively small piece of a much wider global conflict between Britain and five separate nation-states—France, Spain, the USA, the Dutch Republic, and the Kingdom of Mysore—much of it fought in and around international waters. The largest and longest siege of the war was not Yorktown but Gibraltar, which turned out to be of far greater importance to both Spain and Great Britain than America was.

Spain was directly allied with France and fought Britain on terms agreed upon by France and North America: no British surrender without the recognition of U.S. independence. Bernardo de Gálvez’s campaigns in Florida and Louisiana not only caused the British to regroup and recast their entire Caribbean strategy, but also allowed the French admiral Count de Grasse to move his entire fleet to the Chesapeake and defeat the English fleet there, thus sealing British General Cornwallis’s fate at Yorktown. The presence of a large Spanish fleet and thousands of troops in the Gulf of Mexico was a constant threat to British strategy and caused the loss of Florida and the Bahamas. Jamaica was saved only by the end of hostilities.

estrategia británica y causó que perdieran La Florida y las Bahamas. Jamaica se salvó solo debido al fin de las hostilidades.

Hubo tantos soldados y marinos franceses y españoles en combate (250.000) como norteamericanos.

España prestó una gran cantidad de dinero y envió grandes cantidades de equipo. Los primeros mosquetes que recibieron los rebeldes en Massachusetts, en 1775, fueron remitidos desde Bilbao. España envió entre 1777 y 1781, por citar solo algunos artículos, miles de mantas y prendas de vestuario. La flota francesa recibió más de 1.000.000 de pesos, en Cuba, en 1781, para la batalla de Yorktown y las campañas siguientes. Muchos de los uniformes y armas que se enviaron desde puertos de Francia, usando compañías fantasma como *Roderique Hortales et Cie.*, fueron pagados realmente por la Monarquía hispánica.

Las alianzas entre naciones son el resultado de intereses coincidentes y no son nunca meramente altruistas. Lafayette y sus compatriotas no lucharon solo «por la libertad de América», lucharon por Francia, cuyo interés en derrotar a Gran Bretaña se solapaba con el de los norteamericanos. Del mismo modo, los estadounidenses, en las dos guerras mundiales, no lucharon solo por la libertad de Europa, sino por los Estados Unidos. Ningún rey, reina o presidente, que merezca ese título, enviará sus soldados al combate a no ser que los intereses de su país estén en juego.

Negar la importancia de la contribución hispánica a la historia de los Estados Unidos es continuar separando el pasado común de millones de personas dentro y fuera del país.

La ayuda de España a la Independencia de los Estados Unidos es un tema poco conocido por el gran público. En los libros de historia norteamericanos hay referencias a la ayuda de Francia y a personajes como Lafayette, pero no encontraremos los nombres de Gálvez o Gardoqui, dos de los españoles que más contribuyeron al éxito de la Revolución Norteamericana. ¿Por qué? Podemos dar algunas razones: el conflicto fronterizo que surgió entre los dos países tras conseguir Estados Unidos su independencia, las diferencias religiosas y culturales entre sus dirigentes, la visión negativa de lo hispánico por parte de la clase política y cultural norteamericana en los siglos XVIII y XIX, el carácter oculto de la alianza y el secreto de las ayudas entregadas y, también, el desinterés español por ser mejor conocidos en los Estados Unidos.

Gente de muchos territorios de la América Hispana participó en el apoyo a la Revolución Norteamericana. Nombres como Juan de Miralles, de Alicante; Juan Manuel de Cagigal, de Cádiz; Francisco de Miranda, de Caracas; Jorge Farragut, de Menorca; funcionarios; militares y mujeres y hombres sencillos de todas las razas, de lo que hoy día es México (que incluía entonces Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica) Guatemala, Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana lucharon en Florida, Luisiana y la costa centroamericana del Caribe. Lucharon por mar y tierra, espionaron al enemigo y dieron su sangre en combate, favoreciendo así las operaciones del ejército de Washington.

There were as many Spanish and French soldiers and sailors fighting against Britain (around 250,000) as there were Americans fighting in 1781.

Spain lent large sums of money and sent large quantities of military equipment. The first muskets received by the rebels arrived in Massachusetts from Bilbao in 1775. Between 1777 and 1781, Spain provided thousands of blankets and items of clothing, among many other articles. In 1781, the French fleet received more than 1,000,000 pesos in Cuba to assist in the battle of Yorktown and in subsequent campaigns. Many of the uniforms and weapons sent from French ports or using phantom companies like *Roderique Hortalez et Cie.* were actually paid for by the Spanish monarchy.

Alliances are always about overlapping interests; they are never purely altruistic. Lafayette and his compatriots did not “fight for American Liberty”; they fought for France, whose interests in defeating Britain aligned with those of the Americans. By the same token, Americans in the World Wars did not “fight for European liberty”; they fought for the United States. No leader worth the name would ever send troops into battle unless national interests were at stake.

To deny the importance of the Hispanic contribution to the history of the United States is to fragment a past that is actually common to millions of people inside and outside the country.

Spain’s support of the United States War of Independence is largely an unknown topic among the general public. American history books make reference to French aid and to such figures as Lafayette, but one does not find the names of Gálvez or Gardoqui, two of the Spaniards who contributed most notably to the success of the American Revolution, in their pages. Why is this the case? A number of reasons come to mind: the frontier clashes between the two countries shortly after U.S. independence, the religious and cultural differences between their leaders, the negative view of anything Hispanic held by the American political and cultural establishment during the 18th and 19th centuries, the covert nature of the alliance and the secrecy that veiled the aid being provided, and lastly, Spain’s own lack of interest in divulging its role in the United States.

The people who provided aid to the American Revolution came from numerous parts of Hispanic America. Juan de Miralles was from Alicante; Juan Manuel de Cagigal, from Cádiz; Francisco de Miranda, from Caracas; Jorge Farragut, from Menorca; civil servants, soldiers, common women and men of all races came from places we know today as Mexico (which included Honduras, El Salvador, Nicaragua, and Costa Rica), Guatemala, Cuba, Puerto Rico, and the Dominican Republic. They fought in Florida, Louisiana, and the Caribbean coast of Central America. They fought on land and on sea; they spied on the enemy; they shed blood in combat, tilting the balance in favor of the operations being waged by Washington’s troops.

Between 1781 and 1782, Indians, African Americans, Creoles, and Mexican *mestizos* all contributed money to a collection set up to cover the

Los indios, afroamericanos, criollos y mestizos de México contribuyeron a la colecta de dinero que se organizó para pagar los gastos de la guerra contra Inglaterra, entre 1781 y 1782, que también incluyó ayudas a la flota francesa aliada. En Cuba, comerciantes, hacendados y hasta una marquesa, Bárbara de Santa Cruz, entregaron su dinero para ayudar a las tropas aliadas que combatieron en Yorktown.

Incluso antes de la Declaración de Independencia, firmada en Filadelfia el 4 de julio de 1776, desde España había salido ya armamento y provisiones a las Trece Colonias norteamericanas. Diego de Gardoqui, nacido en Bilbao, era dueño de la naviera Joseph Gardoqui e hijos, dedicada al comercio de bacalao, tabaco y otros géneros con Inglaterra y puertos norteamericanos. En fecha tan temprana como febrero de 1775, Gardoqui envió 300 fusiles de las Reales Fábricas de Placencia. Fueron las primeras armas extranjeras que llegaron para la lucha por la independencia. Era la respuesta a la solicitud que le hicieron Jeremiah Lee y Elbridge Gerry, de Marblehead, corresponsales de Gardoqui y miembros del Congreso de Massachusetts, encargado de armar al *Continental Army*. Nuevos envíos de mosquetes, pistolas y 21 toneladas de pólvora llegaron, en julio de 1776, desde España a Massachusetts.

Poco después, Thomas Jefferson, gobernador de Virginia, envió sus representantes al gobernador español de Nueva Orleans, Luis de Unzaga, y a su sucesor, Bernardo de Gálvez, ambos malagueños, para pedir apoyo económico, suministros, armas y la navegación libre por el Misisipí. Ambos enviaron dinero, armas y pólvora río arriba para las Trece Colonias. Francia y España pagaron 1.000.000 de libras tornesas cada una, para reunir el primer gran envío conjunto de armas, que se realizó en 1776. Al año siguiente, Benjamín Franklin, en una carta al embajador español en París, el aragonés conde de Aranda, agradecía que España hubiera prestado otras casi 200.000 libras en metálico, «así como suministros navales desde sus puertos».

Pero las relaciones de los enviados norteamericanos a España con las autoridades no fueron fáciles. Arthur Lee, el primero en llegar, solo fue autorizado a entrevistarse con el ex secretario de Estado Grimaldi y con Diego de Gardoqui en Vitoria, para evitar que su presencia fuera conocida por los espías ingleses. En esa época, España trataba aún de utilizar su aparente neutralidad para conseguir, por medios diplomáticos, la devolución de Gibraltar. Durante varias reuniones celebradas en casa de la mujer de Gardoqui, en marzo y abril de 1777, se ofreció enviar suministros y préstamos españoles a los norteamericanos.

Entre enero y julio de 1777, Gardoqui, ya nombrado oficialmente por el rey para este cometido, envió telas y botones metálicos para confeccionar uniformes, dos cajones de quinina y miles de mantas confeccionadas en Palencia y Burgos. También, 24.000 fusiles de las Reales Fábricas de Placencia (Guipúzcoa). Estos suministros ayudaron a los maltrechos soldados de George Washington a sobrellevar el duro invierno que el *Continental Army* pasó en el campamento de Valley Forge (Pensilvania).

expenses of the war against England. The assistance also extended to the allied French fleet. In Cuba, merchants, landowners, and even a Marchioness, Bárbara de Santa Cruz, raised funds to help the allied troops fighting in Yorktown.

Before the Declaration of Independence was signed in Philadelphia on July 4, 1776, Spain was already sending weapons and other provisions to the Thirteen Colonies. Diego de Gardoqui, a native of Bilbao, owned a shipping company, Joseph Gardoqui and Sons, which traded in cod, tobacco, and other goods with England and with North American ports. As early as February, 1775, Gardoqui sent 300 rifles from the Royal Factories in Placencia, the first foreign arms to be used in the war for independence. He was responding to a request made by Jeremiah Lee and Elbridge Gerry, from Marblehead. Both men, who corresponded with Gardoqui, were members of the Massachusetts Congress, charged with equipping the Continental Army. Additional shipments of Spanish muskets, pistols, and 21 tons of gunpowder arrived in Massachusetts in July, 1776.

Shortly afterwards, Thomas Jefferson, the governor of Virginia, sent his representatives to meet with the Spanish governor in New Orleans, Luis de Unzaga, and his successor, Bernardo de Gálvez, both from Málaga. They solicited financial aid, arms and provisions, and safe passage on the Mississippi. In response, Unzaga and Gálvez sent money, weapons, and gunpowder upriver to the Thirteen Colonies. In 1776, France and Spain each paid 1,000,000 French pounds (*livre tournier*) to cover the first major joint shipment of arms. The following year, in a letter to Spain's ambassador in Paris, the Aragonese Count of Aranda, Benjamin Franklin thanked Spain for an additional loan of almost 200,000 pounds in cash, "as well as naval supplies from its ports".

But the relationship between the North American envoys to Spain and the local authorities was not easy. To begin with, Arthur Lee was authorized to deal with the former Prime Minister, Jerónimo Grimaldi, and with Diego de Gardoqui only in Vitoria, so that the British would not learn of his presence in the country. At this time, Spain was still attempting to leverage her neutrality in order to achieve the return of Gibraltar by diplomatic means. Over the course of several meetings held in March and April, 1777, in the family home of Gardoqui's wife, offers were made to supply the North American rebels with loans and provisions.

Between January and July, 1777, Gardoqui, who had been assigned officially by the king to handle the negotiations, sent cloth and metal buttons for military uniforms, as well as two boxes of quinine and thousands of blankets manufactured in Palencia and Burgos. Some 24,000 rifles also were sent from the Royal Factories of Placencia (Guipuzcoa). These supplies would help Washington's ill-equipped Continental Army to endure the harsh winter encamped in Valley Forge (Pennsylvania).

In November, 1777, the Congress sent urgent instructions to its envoys in Europe to pursue further assistance. Arthur Lee turned once more to Diego

En noviembre de 1777, el Congreso pidió a sus representantes en Europa que consiguieran nuevas ayudas urgentes. Arthur Lee solicitó de nuevo suministros a Diego de Gardoqui. Entre julio y diciembre de 1778, salieron de Bilbao y Santander varios barcos que transportaron a puertos de Nueva Inglaterra, sobre todo a Boston y Portsmouth, 30.000 mantas, «zapatos fuertes», telas y uniformes.

El siguiente representante norteamericano, John Jay, no consiguió ningún compromiso firme ni reconocimiento oficial durante su estancia en Madrid. La monarquía hispánica temía el contagio de la revolución a sus posesiones en América, además del ataque a sus ciudades y puertos por los británicos. Por ello, su postura ante cómo ayudar a la independencia fue mucho más cauta que la de Francia, que no tenía territorio alguno que peligrara en América. Pero, en realidad, el Tratado secreto de Aranjuez, firmado con Francia el 12 de abril de 1779, en su artículo 4.º, especificaba que el rey no haría ninguna negociación «sin concertar (con Francia) todo lo que tenga que ver con la independencia (de Estados Unidos)», lo que era un reconocimiento implícito de la nueva nación.

El reconocimiento oficial llegó el año 1785, cuando Diego de Gardoqui fue enviado a Nueva York como primer representante de negocios (embajador) de España, y donde participó en la toma de posesión de George Washington como primer presidente. Tanto John Jay como William Carmichael, su ayudante y sucesor en el cargo, recibieron importantes préstamos españoles para la adquisición de suministros. Curiosamente, Jay nunca reconoció en sus memorias la importancia de la ayuda que había recibido de España, cantidades que sí figuran en muchos documentos del Archivo Histórico Nacional. Un ejemplo son los miles de uniformes, remitidos desde Cádiz, que llegaron a Boston y Salem en la primavera de 1781 y que fueron distribuidos a las tropas de Washington en el otoño de ese año.

Por su parte, Bernardo de Gálvez se ocupó de enviar tanto dinero como suministros, desde La Luisiana, La Habana y Nueva España (México). La pólvora y la quinina, medicamento para tratar la malaria que provenía del Perú, eran los artículos más necesitados y apreciados. Para ello, fue fundamental la estratégica posición de la ciudad española de Nueva Orleans en la entrada del río Misisipí. La ayuda se entregó a los rebeldes a través del comerciante Oliver Pollock, socio allí de Robert Morris, el comerciante de Filadelfia considerado como «el financiero de la Revolución». Otro personaje fundamental para estos envíos fue el primer representante español ante el Congreso, el alicantino Juan de Miralles.

Al declarar la guerra a Inglaterra en 1779, España inició, junto con Francia, una serie de importantes operaciones militares, tanto en Europa como en el golfo de México y en el Atlántico, que abrieron un nuevo frente a Gran Bretaña en el marco de aquel conflicto global. Francia envió la *Expédition Particulière* a Norteamérica con más de 4.000 soldados, mientras que España envió el Ejército de Operación a Cuba con más de 11.000, para luchar en La

de Gardoqui for additional supplies. Between July and December, 1778, several ships set sail from Bilbao and Santander to ports in New England, particularly Boston and Portsmouth, where they would unload 30,000 blankets, “sturdy footwear”, cloths, and uniforms.

During his stay in Madrid, John Jay, the next North American envoy, was unable to extract a firm commitment from Spain or an official recognition. The Spanish monarchy was wary that the revolution would spread to its own possessions in America, and it also feared a British attack on its cities and ports in that hemisphere. As a result, its approach to the rebel requests for assistance was far more cautious than that of the French, who had no territories to lose in America. Yet, in reality, the secret Treaty of Aranjuez, signed by France and Spain on April 12, 1779, stipulated in Article 4 that the Spanish monarch would not enter into any negotiations “without coordinating (with France) any matter that might relate to the (United States) independence,” an implicit acknowledgment of the sovereignty of the new nation. Spain’s formal recognition of the United States finally occurred in 1785, when Diego de Gardoqui was appointed charge d’affaires (in effect, ambassador) and attended the inauguration of George Washington as the nation’s first president.

John Jay and William Carmichael, his assistant and successor to the post, both received substantial loans from Spain for the purchase of provisions. Oddly enough, in his memoirs, Jay never acknowledged the importance of the aid he had received from Spain, records of which can be found in numerous documents in the National Archives. For example, thousands of uniforms were sent from Cádiz and are known to have arrived in Boston and Salem in the spring of 1781. We also know that they were distributed among Washington’s men in the fall of that year.

Bernardo de Gálvez, on his part, was focused on sending money and supplies from Spanish Louisiana, Havana, and New Spain (Mexico). The rebel forces were particularly grateful for the critical deliveries of gunpowder and quinine, a medicine needed to treat the malaria spreading from Peru. The strategic location of the Spanish city of New Orleans, at the mouth of the Mississippi, was crucial to these transports. The assistance reached the rebel army through the merchant Oliver Pollock, also a business associate of Robert Morris, the Philadelphia entrepreneur who would be known as the “financier of the Revolution”. Another important figure in these activities was Juan de Miralles, a native of Alicante and the first representative of Spain to the Congress.

As soon as Spain declared war on Great Britain in 1779, it launched a series of critical military operations, not only in Europe, but also in the Gulf of Mexico and in the Atlantic. These attacks were carried out in coordination with France and were designed to open a new front against Great Britain in the now global conflict. France sent the *Expédition Particulière* to North America with over 4,000 soldiers, while Spain deployed its *Ejército de Operación*, 11,000

Florida y el Caribe. No solo se luchó en los territorios de las Trece Colonias rebeldes, sino que hubo combates navales por todo el Atlántico y el Caribe: la conquista de los puestos británicos a lo largo del Misisipí, la victoria de Pensacola con el primer ejército multirracial de Norteamérica al mando de Gálvez, el asedio a Gibraltar y la captura de la isla de Menorca, la toma de las islas Bahamas o la expulsión de los británicos de Guatemala y Honduras.

Una flota francesa al mando del almirante Grasse llegó a la bahía de Chesapeake el 30 de agosto de 1781, transportando más de 3.000 hombres de refuerzo para los aliados. Pero, también, algo más importante: 500.000 pesos necesarios para pagar a los soldados y las tripulaciones franco-americanos, que llevaban meses de retraso de sueldos. Esta extraordinaria ayuda económica fue reunida en La Habana y proporcionada por el sevillano Francisco de Saavedra, comisionado especial del rey en Cuba. Contribuyó a que pudiera conseguirse la victoria decisiva de Yorktown, en la cual, Lord Cornwallis se rindió con sus 7.000 soldados británicos. Saavedra continuó proporcionando fondos a los aliados franceses, más de 2.000.000 de pesos provenientes de México, en el mes de diciembre y en enero de 1782. En total, se calcula que México proporcionó más de 37.000.000 de pesos a las necesidades de la guerra entre 1779 y 1783, dinero recaudado gracias a impuestos y colectas en los que participó toda la población. Colectas que se pudieron realizar gracias a la gran colaboración que el virrey Martín de Mayorga ofreció a Saavedra.

Tras años de investigación en archivos de España y América, en 2010 se presentó un informe (publicado en parte en Lancho, 2015) que cuantificaba la cantidad de dinero entregada por España a las Trece Colonias en 3.266.295 pesos (1 peso era equivalente a 1 dólar), más de tres billones de dólares al cambio actual, contando los intereses. Cifra que no es definitiva, por no incluir otros pagos directos desde La Habana y Nueva Orleans y la ayuda en material y equipo. De esta cantidad, en 1789, Estados Unidos devolvió unos 342.120 pesos, lo único que se pudo calcular en aquellos momentos. Hay que considerar, además, que, en la cantidad de dinero entregado por Francia, que se calcula en 4.500.000 pesos, está incluido un porcentaje muy importante, pero difícil de evaluar por su secretismo, proveniente de las arcas hispanas.

En el invierno del año 2014, la Resolución Conjunta 38/214 del Congreso y Senado norteamericanos concedió el título de Ciudadano de Honor a Título Póstumo de los Estados Unidos a Bernardo de Gálvez, distinción que solo tienen otras siete personalidades del mundo y que comparte con el marqués de Lafayette. Esta distinción representa un reconocimiento oficial de la importante aportación hispánica a la independencia de los Estados Unidos.

Hoy está abierto el camino para conseguir que aquella historia, protagonizada por hombres y mujeres de todos los rincones de España y de la América hispana, figure en el lugar que le corresponde en los libros y a ambos lados del Atlántico. Y, por qué no, en monumentos y museos y, ojalá, pronto en el cine.

[José Manuel Guerrero Acosta]

strong, to Cuba, to fight in Spanish Florida and the Caribbean. So, the war was not fought exclusively in the territory of the rebellious Thirteen Colonies; it was fought at sea in wide swaths of the Atlantic and in the Caribbean: the takeover of British strongholds along the Mississippi, the victory in Pensacola achieved by the first multiracial army in North America, under the command of Bernardo de Gálvez, the siege of Gibraltar and the repossession of the island of Menorca, the capture of the Bahamas, and the expulsion of the British from Guatemala and Honduras.

On August 30, 1781, Admiral Count de Grasse's French fleet arrived in Chesapeake Bay with over 3,000 men as reinforcements for the allied army. More importantly, it was carrying 500,000 pesos in back pay for the rebel soldiers and the French-American crewmen, who had not been remunerated for months. This extraordinary economic aid had been collected in Havana and made possible by Francisco de Saavedra, the king's Seville-born special envoy to Cuba. It would be critical for the decisive rebel victory in Yorktown, where Lord Cornwallis and his British army of 7,000 men were forced to surrender. Saavedra continued to send financial aid to the French allies, over 2,000,000 pesos from Mexico in December of that year, and in January, 1782. It is estimated that Mexico provided more than 37,000,000 pesos to the American war effort between 1779 and 1783. The money was raised through taxes and special collections borne by the entire population and made possible through Viceroy Martín de Mayorga's impressive cooperation with Saavedra.

In 2010, after years of research in Spanish and American archives, a report (published, in part, by Lancho, 2015) was issued estimating Spain's contributions to the Thirteen Colonies at 3,266,295 Spanish pesos (the value of one peso was then equal to one dollar), or over three billion dollars, including interest, in current U.S. dollars. This would not include direct payments from Havana and New Orleans, or any assistance provided in kind, such as equipment. In 1789, the United States reimbursed Spain some 342,120 pesos, which was all that could be estimated about the debt at the time. One should also consider that a substantial percentage of the 4,500,000 pesos provided by France had originated in Spanish coffers. It is impossible, however, to determine the exact amount, because of the secrecy surrounding those negotiations.

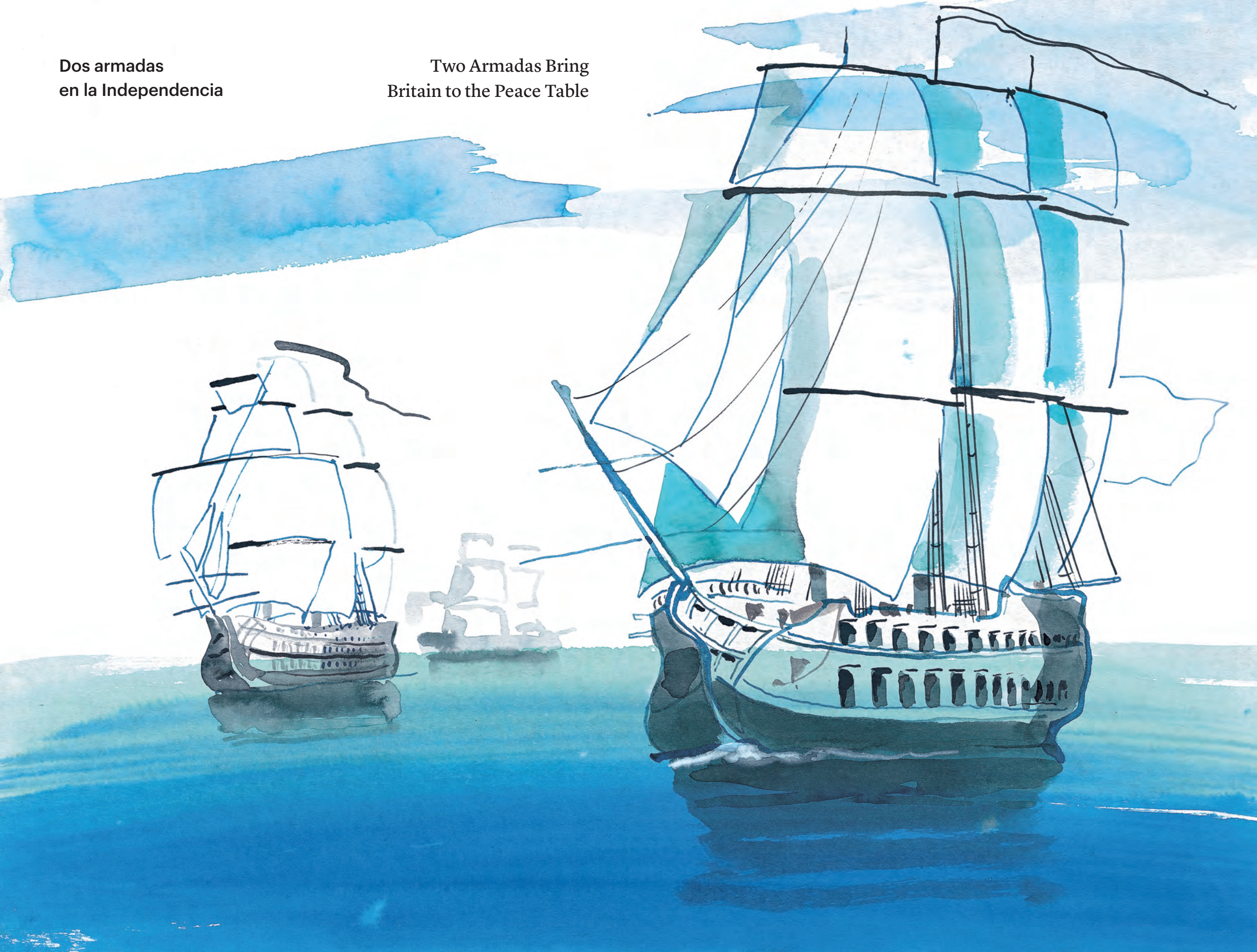
In the winter of 2014, Joint Resolution 38/214 by both houses of the United States Congress granted Bernardo de Gálvez, posthumously, honorary U.S. citizenship, a distinction he shares with only seven other historical figures, including the Marquis de Lafayette. This accolade represents an official recognition of the important Hispanic contribution to the independence of the United States.

Today, a new way to recognize this history has opened up, so that its principal characters, men and women from all parts of Spain and Hispanic America, may be given their rightful place in history books on both sides of the Atlantic. Before too long, they may be celebrated, too—why not?—in monuments and museums, and hopefully in the cinema as well.

[José Manuel Guerrero Acosta]

Dos armadas
en la Independencia

Two Armadas Bring
Britain to the Peace Table



Uno de los aspectos menos conocidos, pero más importantes, de la Guerra de Independencia Americana fue la coalición naval de España y Francia, que constituyó el principal factor coadyuvante a la derrota de los británicos. La armada conjunta, la fuerza colectiva resultante de la unión de la Real Armada y la *Marine Royale* francesa, se basaba en los Pactos de Familia borbónicos, un conjunto de tres tratados concertados por Francia y España que abarcaron el siglo XVIII. Con dichos tratados y la armada a que dieron lugar, se reconocía, prácticamente, que Gran Bretaña era el enemigo común de las dos potencias borbónicas. Los primeros empeños y operaciones conjuntas durante la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748) y la Guerra de los Siete Años (1756-1763) no estuvieron bien coordinados y no ayudaron a Francia ni a España en su ofensiva contra Gran Bretaña. Sin embargo, tras el Tratado de París de 1763, España y Francia intercambiaron ingenieros y armadores «como formando una sola armada», como precisó Francisco Gautier, el principal constructor naval de España, nacido en Francia. Durante la Guerra de Independencia Americana (1775-1783), los esfuerzos de todo un decenio fructificaron al superar ambas naciones sus primeras dificultades logísticas y operacionales en la creación de una armada de coalición eficaz. En batallas como el proyecto de invasión de Gran Bretaña en 1779, la batalla de Pensacola en 1781 y la captura de Menorca en 1782, la armada conjunta aplastó a la *Royal Navy* y obligó a Inglaterra a acudir a la mesa de negociación.

Cuando América inició su Guerra de Independencia de Gran Bretaña en 1775, era sorprendente su incapacidad para defenderse por sí sola; no tenía armada, su artillería era escasa y sus tropas y milicias desarraigadas carecían de fusiles e, incluso, de pólvora. Los americanos sabían que sin la ayuda de Francia y España no podrían sobrevivir. En 1775, los dirigentes coloniales confiesan a un enviado secreto francés a Filadelfia que «están convencidos de que no les es posible defenderse de no protegerles una potencia marítima, y que las únicas dos naciones que pueden ayudar son Francia y España». Al principio, las dos potencias borbónicas aportaron apoyo material a los Estados Unidos, que ya habían declarado la independencia en 1776, pero, ya el año siguiente, era evidente que los americanos no podían ganar la guerra sin una intervención militar directa. Francia acordó una alianza con los Estados Unidos en febrero de 1778, tras de lo cual, envió una fuerza naval al mando del conde d'Estaing para asistir en la contienda. Sin embargo, durante sus campañas del verano y otoño de 1778, Estaing no pudo recuperar Newport ni Savannah como se lo proponía, lo que dejó a los americanos anhelando una alianza franco-española. Como dijo George Washington al Congreso en aquel mes de noviembre, «La verdadera situación dependerá enteramente de lo que ocurra en el mar... Francia y España deberían unirse y conseguir una decidida superioridad naval».

España había optado por mantenerse al margen de la alianza en 1778, pues todavía tenía en el mar una flota encargada de transportar un tesoro equivalente a 50.000 millones de dólares de plata y no quería correr el riesgo de que la atacase la armada británica. Pero, una vez que llegó bien a puerto a

One of the least recognized yet most important aspects of the War of American Independence was the naval coalition between Spain and France, which was the principal contributing force behind the defeat of the British. The Combined Armada, the collective forces of the Spanish *Real Armada* and the French *Marine Royale*, was based upon the Bourbon Family Compacts, a series of three treaties between France and Spain that spanned the 18th century. These treaties and the resultant Armada were the concrete recognition that Britain was the common enemy of the two Bourbon powers. The first efforts and joint operations during the War of the Austrian Succession (1740-1748) and the Seven Year War (1756-1763) were poorly coordinated and did not help either France or Spain in their fight against Britain. However, after the Treaty of Paris in 1763, Spain and France exchanged engineers and shipbuilders “to form a single Armada” [*como formando una sola Armada*], as Spain’s chief naval constructor, the French-born Francisco Gautier, made clear. During the War of American Independence (1775-1783) their decade-long labors bore fruit as the two nations overcame early logistical and operational difficulties to form an effective coalition navy. From the planned invasion of Britain in 1779 to the Battle of Pensacola in 1781 and the capture of Menorca in 1782, the Combined Armada overwhelmed the British Royal Navy and brought that nation to the peace table.

When America began its war of independence from Great Britain in 1775, it was stunningly incapable of fending for itself; it had no navy, little in the way of artillery, and a ragtag army and militia bereft of guns and even gunpowder. The Americans knew that without the help of France and Spain, they could not survive. In 1775, the colonial leaders reported to a secret French envoy to Philadelphia that “they are convinced they cannot defend themselves without a seafaring nation to protect them, and the only two powers which are able to help are France and Spain.” At first, the two Bourbon powers provided materiel support to the United States, which had declared its independence in 1776, but by the following year it became apparent to them that the Americans could not win the war without their direct military intervention. France agreed to an alliance with the United States in February, 1778, after which it sent naval forces under the Count d’Estaing to assist in the fighting. But during his campaigns in the summer and autumn of 1778, d’Estaing failed to recapture either Newport or Savannah as he intended, which left the Americans despairing for a French-Spanish alliance. As George Washington told the Congress that November, “The truth of the situation will depend entirely on naval events... France and Spain should unite, and obtain a decided superiority by sea.”

Spain had opted to stay out of the alliance in 1778. The Spanish had a treasure fleet at sea carrying the equivalent of 50 billion dollars in silver

finales del año, España quedó en disposición de reactivar las cláusulas de seguridad mutua de los Pactos de Familia borbónicos en un tratado suscrito en Aranjuez el 12 de abril de 1779. Los ministros francés y español, el conde de Vergennes y el conde de Floridablanca, desempolvaron los proyectos de invasión de Gran Bretaña, que se habían elaborado diez años antes, y concibieron, en esta ocasión, un nuevo plan de invasión. Los navíos de línea franceses y españoles se darían cita en la costa septentrional de España e integrarían una flota conjunta antes de poner rumbo hacia Inglaterra. Una vez controlada la navegación en el canal de la Mancha, unos barcos más pequeños transportarían, desde Bretaña y Normandía, un ejército de invasión de 30.000 hombres, encargado del desembarco anfibio en la costa meridional de Inglaterra.

Para preparar la ofensiva, Francia y España intensificaron la actividad de los astilleros, con objeto de que sus barcos estuvieran a punto. En España, el ministro de Marina, Castejón, y su ingeniero naval jefe, Gautier, habían reformado y mejorado la técnica de los astilleros, de modo que por las gradas se iban botando, continuamente, buques rápidos, diseñados según los métodos franceses de construcción naval. Mientras tanto, en Francia, el ministro de la Armada, Sartine, se apresuraba a construir el número de buques necesario para las campañas navales. Ambas armadas se veían, empero, coartadas por un problema aún mayor, que afectaba, incluso, a la renombrada armada británica, la falta de efectivos. Tenían un déficit de 4.000 marineros que las armadas debían colmar con soldados inexpertos, levados a última hora, y muchos de los cuales ya estaban infectados por una epidemia de disentería cuando abordaron los barcos. Bajo los pabellones de los almirantes d'Orvilliers (Francia) y Córdova (España), la flota conjunta de ciento cincuenta buques (mayor incluso que la armada española original de 1588, que sumaba ciento veintiocho naves), zarpó desde Galicia el 29 de julio de 1779 con rumbo al canal de la Mancha. Casi de inmediato, el brote de disentería comenzó a diezmar las tripulaciones; en unos pocos días, murieron 80 hombres y otros 1.500 cayeron enfermos. Por si la epidemia fuera poco, la flota necesitó dos semanas completas de lucha contra rachas de calma chicha y vientos adversos para rodear la península de Bretaña, de modo que no entraron en las aguas de la Mancha hasta el 16 de agosto.

Los ingleses habían tenido noticia de que la flota conjunta se había hecho a la mar y mandaron a su Flota de la Mancha, al mando del vicealmirante Hardy, para interceptarla. A pesar de que, como les ocurría a los franceses y a los españoles, los buques británicos no tuviesen dotaciones suficientes y las tripulaciones estuviesen enfermas, salieron de Portsmouth en un intento de detener a Orvilliers antes de que pudiese penetrar en la Mancha. Sin embargo, el tan esperado enfrentamiento entre las flotas franco-española y británica nunca llegó a producirse. Los buques de avituallamiento no llegaron a la cita, con lo que la armada empezó a sufrir cada vez mayor carestía de víveres y agua. Mientras tanto, la disentería seguía haciendo estragos en las tripulaciones. El 18 de agosto, una galerna procedente del este expulsó a la flota conjunta de la Mancha. Una semana más tarde, por fin, avistaron la flotilla de Hardy, pero el enfrentamiento

and did not want to risk an attack on it by the British navy. But once the fleet was safely in port at the end of the year, Spain was free to reactivate the mutual assurance clauses of the Bourbon Family Compact in a treaty signed in Aranjuez on April 12, 1779. The French and Spanish ministers Count de Vergennes and Conde de Floridablanca dusted off invasion plans for Britain that had been developed a decade earlier and drew up a new invasion scheme. French and Spanish ships of the line would rendezvous off the northern coast of Spain and form a combined fleet before turning towards Britain. Once sea control had been established in the Channel, smaller vessels would transport a 30,000-strong Army of Invasion from Brittany and Normandy for an amphibious descent on Britain's southern coast.

In preparation for the assault, France and Spain stepped up dockyard activities to ready their ships for service. In Spain, Minister of the Navy Castejón and his chief constructor Gautier had overhauled and improved the dockyard system, so that fast warships based on French design principles were steadily coming off the slipways. In France, Minister of the Navy Sartine was rushing to build the number of ships needed for the naval campaigns. But both navies were delayed by an even larger problem, one which also afflicted the vaunted British navy: a lack of manpower. They were short 4,000 sailors, which the navies had to supplement with inexperienced army men drafted at the last minute, many of whom boarded the ships already ill from a dysentery epidemic. Under the naval flags of Admirals d'Orvilliers (France) and Córdova (Spain), the combined fleet of 150 vessels (more numerous than the 128 ships of the original Spanish Armada of 1588) left Galicia on July 29, 1779, bound for the English Channel. Almost immediately, the crews began succumbing to the dysentery outbreak, and within a few days, 80 were dead and 1,500 ill. On top of this, it took the fleet a full two weeks, fighting calms and contrary winds, to round the Brittany peninsula, before finally entering the English Channel on August 16.

The British had learned of the combined fleet setting sail and sent out their Channel fleet under Vice Admiral Hardy to intercept it. Although the British ships were also undermanned and their crews sickly, they nevertheless sallied from Portsmouth to stop d'Orvilliers before he could enter the Channel. But the long-anticipated showdown between the Spanish-French and British fleets never came. Resupply ships never made their rendezvous, leaving the Armada increasingly short of victuals and water. Meanwhile, dysentery continued to ravage the crews. On August 18, a gale from the east blew the combined fleet out of the Channel. A week later, they finally encountered Hardy's flotilla, but the engagement was indecisive, and soon after, the combined fleet returned to port with 8,000 sick and dying sailors aboard, and only one captured British ship to show for their efforts. The planned invasion of Britain, which had been the centerpiece of the entire Bourbon strategy and the culmination of a 15-year naval buildup, had simply fizzled out.

no fue concluyente y, poco después, la flota conjunta retornó a puerto con 8.000 marineros enfermos o moribundos a bordo y solo un buque inglés apresado como prueba de sus esfuerzos. La invasión de Inglaterra prevista, que había sido el eje de toda la estrategia borbónica y el colofón de quince años de acumulación de fuerzas navales, simplemente, había fracasado.

A pesar del fracaso del plan de invasión, Francia y España seguían manteniendo su armada conjunta, ya que ninguna nación podía habérselas por sí sola con la armada británica. Durante el año siguiente, perfeccionaron su sistema de cooperación. Para 1780, las dos armadas estaban operando regularmente desde los puertos de una u otra y los barcos se reparaban, indistintamente, en los astilleros de uno u otro país, tanto en Europa como en el Caribe, y en el mar era frecuente que capitanes franceses obedeciesen órdenes de comandantes de flota españoles y viceversa. Dieciséis navíos de línea franceses se sumaron a la flota de Córdova y realizaron varias incursiones en el Atlántico, con el fin de interceptar los buques ingleses que pasaban frente a la costa española. Una de esas misiones se inició en Cádiz, el 31 de julio de 1780, con veinticuatro navíos de línea españoles y seis franceses. Gracias a las buenas informaciones secretas que le transmitió Floridablanca, Córdova supo que un convoy de muchos buques y escasa escolta se dirigía hacia las Indias orientales y occidentales y salió en su busca. En la oscuridad que precedía a la aurora del 9 de agosto, las fragatas españolas vislumbraron el destello de un cañonazo y oyeron una detonación un minuto más tarde. Mazarredo, jefe de estado mayor de Córdova, sostuvo que debía proceder del convoy, apenas a diez millas de distancia, y no de la flota de la Mancha. Córdova engañó al convoy, induciéndole a seguirle mediante el farol de popa de su buque insignia, el *Santísima Trinidad*, que los ingleses confundieron con su escolta, el buque de setenta y cuatro cañones *HMS Ramillies*. Al alba, los cincuenta y cinco barcos mercantes del convoy se encontraron al alcance de los cañones de la flota conjunta mientras que el *Ramillies*, cuya carena iba forrada de cobre, pudo dejar atrás a sus perseguidores, para mayor disgusto de los capitanes franceses, cuyos buques no disponían de ese forro. El convoy regresó a Cádiz con una presa enorme. Esta fue la mayor pérdida de buques que la armada británica había de sufrir en la guerra y que se saldaría con más de 3.000 soldados, 80.000 mosquetes y 1.600.000 libras esterlinas en oro y plata (que hoy en día ascenderían a 17.000 millones de dólares) en manos españolas.

En enero de 1781, Chevalier de Monteil, al mando de la flota francesa con base en la Martinica, llevó sus nueve naves de línea al astillero de La Habana para su carenado y limpieza. El gobernador español de La Luisiana, Bernardo de Gálvez, se encontraba en aquel momento en la ciudad planeando su ataque a Pensacola, la capital de La Florida occidental británica. Monteil estaba deseoso de contribuir a la ofensiva española y de entrar en acción, pero se vio obligado a regresar a la Martinica, para proteger el comercio francés de los ataques ingleses.

La flota española se encontraba aún en La Habana donde se estaban reparando los efectos que un huracán devastador había producido unos meses antes. A pesar de ello, Gálvez estaba dispuesto a lanzar el ataque y convenció a

Despite the failure of the invasion scheme, France and Spain were still committed to their Combined Armada, for neither nation could take on the British navy by itself. Over the course of the next year, they perfected their joint strategies. By 1780, the two navies were operating regularly from one another's ports and being refitted in each other's dockyards, both in Europe and the Caribbean. At sea, it was common for French captains to take orders from Spanish fleet commanders and vice versa. Sixteen French ships of the line joined Córdova's fleet, making several sorties into the Atlantic in order to intercept British ships cruising off the Spanish coast. One of those sorties departed Cádiz on July 31, 1780, with 24 Spanish and 6 French ships of the line. Owing to good intelligence passed on to him by Floridablanca, Córdova knew that a massive, lightly escorted convoy was en route to the East and West Indies, and he went on its search. In the pre-dawn darkness of August 9, Spanish frigates glimpsed a cannon flash; one minute later, they heard a boom, which Córdova's chief of staff Mazarredo argued had to be the convoy just ten miles away, and not the Channel fleet. Córdova duped the convoy into following him by using the stern lamp of his flagship *Santísima Trinidad*, which the British mistook for their own escort, the 74-gun *HMS Ramillies*. Dawn saw the 55 merchantmen under the guns of the combined fleet; however, the copper-bottomed *Ramillies* was able to outrun its pursuers, much to the dismay of the French captains, whose uncoppered ships were left in its wake. The combined fleet returned to Cádiz with an enormous haul. It was the single largest loss of ships the British navy would experience in the war, with over 3,000 soldiers, 80,000 muskets, and 1.6 million pounds sterling in gold and silver (worth 17 billion dollars today) now in Spanish hands.

In January, 1781, Chevalier de Monteil, in command of the French fleet based at Martinique, brought his nine ships of the line to the Havana dockyard to be careened and scraped. The Spanish governor of Louisiana, Bernardo de Gálvez, was also in the city, planning his assault on the capital of British West Florida at Pensacola. Monteil was eager to assist the Spanish maneuvers and anxious to go into action, before he was forced to return to Martinique to protect French commerce from British attacks.

The Spanish fleet in Havana was still undergoing repair from a devastating hurricane just months earlier. Nevertheless, Gálvez was eager to press the attack and convinced the military leaders in Havana to mount an undermanned and undergunned expedition, with the promise that reinforcements would come as soon as they were ready. Gálvez's fleet departed Havana on February 28, 1781, and began the assault of Pensacola on March 9. On April 19, a support fleet of 28 ships under Monteil, with the Spaniards, Admiral Solano and General Cagigal, brought additional troops, cannons, mortars, and gunpowder. The combined Spanish-French army began its assault on the fortress on April 24, backed by naval artillery from the combined

los mandos militares de La Habana para que montasen una expedición, a pesar de que no contaba con el personal ni con el armamento necesarios, con la promesa de que llegarían refuerzos en cuanto estuvieran disponibles. La flota de Gálvez salió de La Habana el 28 de febrero de 1781 y comenzó el asalto de Pensacola el 9 de marzo. El 19 de abril, una flota de apoyo de veintiocho buques al mando de Monteil, junto con el almirante Solano y el general Cagigal por el lado español, transportó tropas adicionales, así como cañones, morteros y pólvora. El ejército conjunto franco-español comenzó su asalto a la fortaleza el 24 de abril, con el apoyo de la artillería naval de la flota combinada. El 8 de mayo, el ejército conjunto de Gálvez obligó al comandante de la plaza a la rendición de toda La Florida occidental. Una vez que la flota británica había dejado de ser una amenaza en el golfo, la marina española pudo, igualmente, custodiar las islas del Caribe francés, lo que permitió al conde de Grasse —que había llegado durante el verano— rodear con toda su flota francesa, en agosto, al general británico Cornwallis, en Chesapeake Bay, e infligir una derrota a la flota inglesa en septiembre. Esto dio lugar, en octubre, a la decisiva victoria franco-americana sobre Cornwallis en Yorktown. Durante los meses siguientes, Grasse lanzó operaciones navales en el Caribe, tomando varias posiciones británicas. Sin embargo, en abril de 1782, el almirante Rodney derrotó a la flota francesa en la batalla de Les Saintes, con lo que se evitó el ataque conjunto a Jamaica, que llevaba tiempo preparándose y que debía encabezar Gálvez.

Al mismo tiempo que se estaba librando la batalla de Pensacola, se estaba aprestando una flota conjunta franco-española para recuperar Menorca. El 21 de julio de 1781, cincuenta y ocho navíos de línea y setenta y cinco barcos de transporte, con 8.000 soldados a bordo, salieron de Cádiz bajo los pabellones de Córdova y del almirante francés conde de Guichen. Las tropas estaban bajo el mando del duque de Crillon, que había sido teniente general francés en la primera parte de la Guerra de los Siete Años, antes de ser transferido, con el mismo grado, al ejército español en 1762. Por aquel entonces, la armada británica estaba repartida entre Europa, las Américas, el Caribe y Asia; no les quedaban buques para enfrentarse a una flota tan nutrida o para aportar refuerzos a la guarnición del teniente general Murray en Menorca.

El 19 de agosto, la flota de invasión estableció una cabeza de playa en Mesquida, un poco al norte del puerto de Mahón. Para Murray, la sorpresa fue tal que sus 2.700 hombres apenas tuvieron tiempo de retirarse a la ciudadela del Fuerte San Felipe, dejando tras de sí almacenes importantes, provisiones y cincuenta y tres arsenales que podrían haber permitido a las tropas inglesas resistir el asedio. Crillon tomó rápidamente el puerto de Mahón y luego, el de Ciudadela, así como dos fortalezas, al día siguiente. En octubre, llegaron nuevos refuerzos españoles y franceses. Crillon contaba ahora con 14.000 hombres para ocupar la totalidad de la isla y asediar el Fuerte San Felipe. El 11 de noviembre, comenzó el bombardeo del fuerte con fuego de mortero, que fue destruyendo, poco a poco, las piezas de artillería que les quedaban a los ingleses. En enero de 1782, hubo nuevos refuerzos españoles, de modo que los bombardeos se

fleet. On May 8, Gálvez's combined army forced the British commander to surrender all of West Florida. With Britain no longer a threat in the Gulf, the Spanish navy was also able to guard the French Caribbean islands, thus allowing the Count de Grasse, who had arrived there during the summer, to take his entire French fleet and surround the British general Cornwallis at Chesapeake Bay in August. This resulted in the defeat of the British fleet in September, which led to the critical French-American victory over Cornwallis at Yorktown in October. During the following months, Grasse conducted naval operations in the Caribbean, taking several British outposts. But in April, 1782, Admiral Rodney defeated the French fleet at the Battle of the Saintes, preventing the long-planned combined attack on Jamaica, which was to be launched under the command of Gálvez.

While the Battle of Pensacola was being waged, a combined Spanish-French fleet was preparing to retake Menorca. On July 21, 1781, under the flags of Córdova and the French admiral Count de Guichen, 58 ships of the line and 75 transports carrying 8,000 troops left Cádiz. The troops would be led by the Duke de Crillon, who had been a French lieutenant general in the first part of the Seven Year War, before being transferred, with the same rank, into Spanish service in 1762. The British navy was spread out across Europe, the Americas, the Caribbean, and Asia; there were no other ships left to confront such a massive fleet, or to reinforce Lieutenant General Murray's garrison on Menorca.

On August 19, the invasion fleet established its beachhead at Mesquida, just north of the port of Mahón. Murray was caught so off guard that his 2,700 troops barely had time to retreat to the citadel of Fort San Felipe, having to abandon essential stores, provisions, and 53 arms magazines, which could have allowed the British troops to withstand the siege. Crillon quickly captured the port of Mahón, then Ciudadela and two forts the next day. More Spanish and French reinforcements arrived in October. Crillon now had 14,000 men to occupy the entire island and lay siege on Fort San Felipe. On November 11, the Spanish began bombarding the fort with mortars, slowly destroying the remaining British artillery pieces. More reinforcements came in January, 1782, and the bombardments increased. Meanwhile, the Spanish blockade was so effective that no British supply ships could get through, and Murray's garrison was succumbing to various diseases like scurvy. When Murray finally hoisted a white flag on February 4, 1782, only 600 men were fit enough to walk out unaided. The victors were appalled by the near-skeletons they had to carry out of the citadel and nurse back to health.

With the fall of Menorca, the only British stronghold left in the Mediterranean was Gibraltar, and now the Spanish and French turned their attention to concluding the blockade and siege that had begun back in 1779.

intensificaron. Al mismo tiempo, la guarnición de Murray iba sucumbiendo a infecciones como el escorbuto, pues el bloqueo español era tan efectivo que ningún buque de aprovisionamiento inglés pudo traspasarlo. Cuando Murray acabó por izar bandera blanca, el 4 de febrero de 1782, solo 600 hombres estuvieron en condiciones de salir por su propio pie. Los vencedores quedaron impresionados por los cuerpos casi esqueléticos que tuvieron que sacar de la ciudadela y cuidar hasta su restablecimiento.

Tras la caída de Menorca, la única plaza británica que quedaba en el Mediterráneo era Gibraltar y los españoles y franceses se dedicaron, a continuación, a poner término al bloqueo y sitio, que había comenzado ya en 1779. En junio de 1782, se encargó al duque de Crillon que encabezara una ofensiva naval y terrestre en gran escala, de modo que empezó a constituir las fuerzas de asedio con miles de soldados franceses y españoles, al mando de Córdoba y Guichen, que acababan de conquistar Menorca. El 13 de septiembre de 1782, comenzó el asalto conjunto, en el que se utilizaron baterías navales flotantes y artillería terrestre. Se dispararon más de cuarenta mil descargas durante la batalla, que duró un día entero, casi una por cada segundo que duró el enfrentamiento. Pero, una vez disipado el humo y despejadas las ruinas, la guarnición británica de Gibraltar había permanecido incólume, y así seguiría hasta el final de la contienda.

En pleno fragor de la batalla, la armada inglesa ya había enviado un convoy, al mando del almirante Howe, embarcado en el *HMS Victory*, para aprovisionar a la guarnición de Gibraltar. Llegó el 10 de octubre, durante una fuerte tormenta que había dispersado los barcos franceses y españoles que defendían la bahía, de modo que los ingleses pudieron entrar sin oposición y descargar unas provisiones extremadamente necesarias. Una semana más tarde, la flota de Howe abandonó Gibraltar. Para entonces, Córdoba y Guichen habían recompuesto su flota y emprendieron su persecución, pero las carenas de la flota inglesa iban forradas de cobre y las de la flota franco-española no, de manera que Howe pudo mantenerse fuera de su alcance. Cuando, el día 20 de octubre de 1782, las dos flotas terminaron por afrontarse frente al cabo Espartel, en Marruecos, intercambiaron unas cuantas andanadas esporádicas antes de que Howe decidiera ordenar la retirada. La última de las principales batallas europeas de la Guerra de la Independencia Americana acabó sin pena ni gloria.

Lo que no podían saber Howe, Córdoba y Guichen es que, incluso cuando se estaba librando la batalla del cabo Espartel, había ya en Versalles representantes de los tres gobiernos, rematando los detalles de una serie de tratados de paz que pondrían fin a la guerra y darían la independencia a los Estados Unidos. Esos tratados se concluyeron a tiempo para evitar que saliese de Cádiz, a principios de 1783, una flota hispano-francesa muy nutrida, compuesta por cuarenta navíos de línea, cuya misión era encontrarse con más de cincuenta buques españoles y franceses en el Caribe, para proceder al asalto final de Jamaica, la joya caribeña de los británicos. Esa invasión nunca llegó a producirse. La armada conjunta había combatido con éxito a la marina inglesa por todo el globo y obligado a Londres a pedir la paz, cimentando así el camino hacia el reconocimiento pleno de los Estados Unidos como nación soberana.

[Larrie D. Ferreiro]

In June, 1782, the Duke de Crillon was appointed to lead a large-scale naval and land assault, and he began building up the Spanish siege forces with thousands of French and Spanish troops under Córdoba and Guichen, who had just conquered Menorca. On September 13, 1782, the combined assault using floating naval batteries and land-based artillery began. Over 40,000 artillery rounds were expended during the day-long battle, almost one for every second of the fight. Yet when the smoke and wreckage cleared, the British garrison at Gibraltar remained intact and would remain so through the end of the war.

Even as the battle was raging, the British navy had already sent a convoy, led by Admiral Howe aboard *HMS Victory*, to supply the Gibraltar garrison. They arrived on October 10 during a fierce storm which scattered the French and Spanish ships defending the bay. Hence, the British were able to enter unopposed and offload the much-needed provisions. A week later, Howe's fleet departed Gibraltar. By then, having restored their fleet, Córdoba and Guichen gave chase. But the coppered British fleet was able to stay out of the range of the uncoppered Spanish-French fleet. When the two fleets finally met off Cape Spartel in Morocco on October 20, 1782, they exchanged a few desultory rounds before Howe ordered a general retreat. The last major European battle of the War of American Independence ended with a whimper, not a bang.

What Howe, Córdoba, and Guichen could not know is that even as the Battle of Cape Spartel was being fought, representatives of their three governments were already at Versailles, hammering out the details of a series of peace treaties that would end the war and secure the independence of the United States. These treaties were finalized just in time to prevent a massive Spanish-French fleet, 40 ships of the line, from departing Cádiz in early 1783 for a rendezvous with more than 50 French and Spanish ships in the Caribbean, to finally capture Jamaica, the jewel in Britain's Caribbean crown. That invasion would never come to pass. The Combined Armada had successfully fought the British navy across the globe and forced London to sue for peace, thus paving the way for full recognition of the United States as a sovereign nation.

[Larrie D. Ferreiro]

Ataque preventivo en el Misisipí.
La marcha de Gálvez

Preemptive Attack along the Mississippi:
Gálvez's March



He leído las noticias oficiales del gobernador de La Habana del triunfo de los españoles en Las Floridas. Si el resto de los puestos británicos caen, será un golpe muy importante y, con toda probabilidad, las operaciones allí tendrán una influencia favorable en las operaciones en su zona (Carolina del Sur).

GEORGE WASHINGTON
AL MAYOR GENERAL BENJAMIN LINCOLN,
27 FEBRERO DE 1780

I have just seen official accounts from the Governor of Havana of the success of the Spaniards in the Floridas. If the remaining posts fall, it will be a very important stroke; and in all probability the operations there will have a favorable influence upon our affairs in your quarter (South Carolina).

GEORGE WASHINGTON
TO MAJOR GENERAL BENJAMIN LINCOLN,
FEBRUARY 27, 1780

En junio de 1779, España declaró la guerra a Gran Bretaña. Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana, decidió dar el primer golpe ante una previsible ofensiva británica. Después de reunir suministros, barcos, cañones y soldados, se encontraba preparado para iniciar las operaciones a primeros del mes de agosto. Pero, en una sola noche, un violento huracán destruyó todo lo que se había reunido con tanto esfuerzo en aguas de Nueva Orleans. Sin embargo, no pudo destruir la determinación del gobernador para cumplir las órdenes del rey.

Gálvez estaba dispuesto para partir de nuevo el 27 de agosto de 1779. Salió de Nueva Orleans al frente de una fuerza pintoresca: 170 soldados veteranos de los Regimientos del Príncipe, España y Fijo de La Habana, 330 reclutas del Regimiento de La Luisiana, 80 milicianos de Nueva Orleans, 80 afroamericanos libres y otros 600 voluntarios de todas las castas y colores entre acadianos, alemanes y franceses. Completaban la expedición 160 indios de las tribus opeluza, atakapa y point-coupé y 8 voluntarios americanos, entre los que se encontraban Oliver Pollock y el capitán Pickles. En total, casi 1.500 hombres. Esta fuerza constituyó el primer ejército multirracial de Norteamérica. Según Pollock, avanzaron bajo las banderas de España y la nueva de los Estados Unidos.

Los acompañaban diez cañones en lanchas que remontaron el río Misisipí desde Nueva Orleans. La columna se dirigió a los puestos ingleses río arriba. Gálvez no quería perder el tiempo y pretendía tomarlos antes de que se conociera la declaración de guerra entre españoles y británicos.

Once días y un centenar de millas más tarde, la fuerza de Gálvez alcanzó los alrededores de Manchac. Había sido un viaje muy duro y gran parte de sus combatientes se hallaba fuera de combate por el cansancio, el calor o la enfermedad. En aquel momento, Gálvez informó por primera vez a sus soldados

In June, 1779, Spain declared war on Great Britain, and Bernardo de Gálvez, then governor of Spanish Louisiana, decided to launch a preemptive attack against a likely British offensive. Having gathered all that was needed, from ships to cannons to men, he felt equipped to start his campaign by early August. Yet, in a single night, a violent hurricane over the waters of New Orleans destroyed everything Gálvez had so painstakingly prepared. It could not destroy, however, the governor's determination to carry out the king's orders.

On August 27, 1779, Gálvez was ready for action once more. He set out from New Orleans at the head of a colorful army: 170 veteran soldiers from the *Príncipe Regiment*, the *España Regiment*, and the *Fijo de La Habana Regiment*, 330 recruits from the *La Luisiana Regiment*, 80 militiamen from New Orleans, 80 freed African Americans, and another 600 American volunteers of every strain and status: Acadians, Germans, and French. The troops also included 160 American Indians from the Opelousa and Atakapa tribes, as well as Indians from Point Coupee and eight additional American volunteers, among them Oliver Pollock and Captain Pickles, for a total of some 1,500 men. They were the first multiracial army in North America, and according to Pollock, they marched under the flag of Spain and the new flag of the United States.

The army had ten cannons, which they transported on gunboats up the Mississippi from New Orleans, while the column of men marched determinedly toward the English posts upriver. For Gálvez, there was no time to lose if he were to take the enemy posts before news of the declaration of war between Spain and Great Britain reached them.

sobre la declaración de guerra contra Gran Bretaña y obtuvo una respuesta entusiasta por parte de sus hombres. Al amanecer del día siguiente, 7 de septiembre, lanzaron un ataque sorpresa contra Fort Manchac, en el que capturaron una veintena de *casacas rojas* británicos. A continuación, Gálvez siguió su avance hacia Baton Rouge, a donde llegó el 12 de septiembre, con su fuerza ya reducida a la mitad. Allí encontró una fortificación de empalizadas rodeada por un foso y guarnecida por unos 400 soldados británicos y alemanes, con 13 cañones, más 150 milicianos afroamericanos y blancos.

Hubieran sido necesarias varias semanas de asedio convencional para reducir la fortaleza británica, así que Gálvez utilizó una estratagema. Durante la noche del 20 de septiembre, ordenó que se instalara una batería y que, inmediatamente, abriera fuego contra los británicos, como ataque de diversión, mientras se instalaba otra batería a tiro del fuerte, para engañar al enemigo sobre el punto de esfuerzo principal. Al día siguiente, comenzaron los disparos a corto alcance que obligaron al enemigo a rendirse después de tres horas de bombardeo. Fueron capturados 375 británicos y aliados de Waldeck, al mando del teniente coronel Alexander Dickson, así como varias banderas, incluyendo la del 16.^o *Regiment of Foot*. Oliver Pollock estuvo al frente de las conversaciones de rendición y Gálvez obligó a incluir en la capitulación a otros ochenta soldados del cercano Fort Panmure, en Natchez. Quinientos milicianos y esclavos fueron liberados, ya que los españoles no contaban con suficientes soldados para vigilarlos. Así, quedaba libre de ingleses todo el río Misisipí, permitiendo el transporte de suministros aguas arriba sin peligro.

[J. M. G. A.]

Eleven days after they had departed New Orleans, and about a hundred miles north of the bay, Gálvez's troops arrived at the outskirts of Manchac. It had been an arduous journey, and a considerable number of the men, exhausted by the trek, the heat, or disease, were in no condition to fight. It was at this moment that Gálvez chose to tell his troops that Spain had declared war against Great Britain. The men responded with enthusiastic cheers. At daybreak on September 7, Gálvez led a surprise attack on Fort Manchac, capturing some twenty British redcoats. His troops continued their advance toward Baton Rouge, where they arrived on September 12 with only half the initial force. Before them was an armed stockade surrounded by a moat; it was guarded by some 400 British and German soldiers, 13 cannons, and more than 150 white and African American militiamen.

It would have taken several weeks of traditional warfare to overpower the British stronghold, so Gálvez devised a different strategy. On the night of September 20, he ordered that a battery be installed and that it immediately open fire on the British as a diversionary tactic; another battery was being positioned with the fort at closer range, while the enemy focused on the farther target. The next morning, the onslaught of unexpected short-range shots forced the enemy to surrender within three hours of battle. Gálvez's troops captured 375 British soldiers and Waldeck allies, under the command of Lieutenant Colonel Alexander Dickinson, as well as several regimental flags, including the flag of the 16th Regiment of Foot. Oliver Pollock led the negotiations of capitulation, and Gálvez insisted that the conditions include the surrender of 80 additional soldiers from Fort Panmure in Natchez. Five hundred militiamen and slaves were released, because the Spanish army did not have enough men to guard them. The entire Mississippi River was now free from British control, allowing for the transport of goods and supplies northward without peril.

[J. M. G. A.]



Dígale al gobernador Gálvez que la mayor operación de apoyo que puede hacer a los estados del sur es golpear con sus armas contra el este de La Florida.

GEORGE WASHINGTON
A FRANCISCO RENDÓN, 1781

Tell Gov. Gálvez that he cannot make a more powerful diversion in favor of the southern States than by pushing his arms against East Florida.

GEORGE WASHINGTON
TO FRANCISCO RENDÓN, 1781

En 1775, Gran Bretaña se vio obligada a hacer frente a la sublevación de sus colonias de Norteamérica, que pronto desembocó en una guerra abierta y luego se transformó en un conflicto internacional. Francia entraba en 1778 en la contienda y, en junio de 1779, también el rey Carlos III declaraba la guerra a Inglaterra. Una de las preocupaciones de la Corona Española era la amenaza que suponía para Nueva España y las posesiones del Caribe la presencia de Gran Bretaña en el golfo de México y La Florida.

El punto más peligroso era la bahía de Panzacola (Pensacola), donde podían fondear los buques ingleses y desde donde se podían lanzar ataques contra La Luisiana. El comandante en jefe era el general John Campbell, que ordenó que se construyeran tres fortificaciones para proteger la ciudad y sus alrededores.

Bernardo de Gálvez era el gobernador de Nueva Orleans. Un enérgico mariscal de campo de treinta y cuatro años de edad, dispuesto a luchar por su rey. En septiembre de 1779, se apoderó de todos los puestos ingleses orillas arriba del Misisipí. También realizó diversos envíos de armas y pertrechos a los independentistas norteamericanos. En marzo de 1780, con refuerzos de soldados llegados desde La Habana, conquistaba La Mobila, la otra plaza importante en La Florida británica que abría el camino hacia Pensacola. En febrero de 1781, tras una tentativa frustrada por un huracán, que dispersó la flota el año anterior, partía de La Habana a la conquista de Pensacola, al mando de treinta y dos buques de guerra y más de 3.000 hombres.

Gálvez había tenido que vencer las reticencias de las autoridades de La Habana, preocupadas por la seguridad de la Isla. Por suerte, contaba con parte de los 11.000 soldados que el año anterior habían llegado en la gran expedición

In 1775, Great Britain was forced to confront the rebellion of its North American colonies, which rapidly developed into an all-out war, and from there into international conflict. France became involved in 1778, and in June, 1779, Carlos III, King of Spain, declared war on England. One concern of the Spanish Crown was the threat posed by the British presence in the Gulf of Mexico and in Florida to New Spain and other possessions in the Caribbean.

The sector most at risk was the Bay of Panzacola (Pensacola Bay), where British ships could anchor and from there launch attacks on Spanish Louisiana. The British commander in chief, General John Campbell, had ordered the construction of three fortifications to protect the city and its environs.

Bernardo de Gálvez, then governor of New Orleans, was an energetic 34-year-old field marshal determined to do battle for the king of Spain. In September, 1779, he took control of all the British posts along the Mississippi. He also arranged for the delivery of arms and provisions to the North American rebels. In March, 1780, with reinforcements arriving from Havana, he took control of Mobile, the other significant British stronghold in British West Florida and a gateway to Pensacola. In February, 1781, after a frustrated attempt the year before, when a hurricane decimated his fleet, Gálvez set sail once more from Havana, in command of 32 war vessels and over 3,000 men, en route to Pensacola.

Gálvez had had to overcome the misgivings of the authorities in Havana concerned over the defense of the island. Fortunately, he still had some of the 11,000 soldiers belonging to the huge military expedition sent from Cádiz the year before. But many of the men had succumbed to illness during the

enviada desde Cádiz. Habían sufrido gran cantidad de bajas durante la travesía y también por enfermedades tropicales, así que hubieron de ser reforzados con soldados de Cuba, La Luisiana y México.

Tras un primer desembarco el 10 de marzo en la isla de Santa Rosa, situada en la bahía al lado opuesto a la ciudad de Pensacola, se iniciaron de inmediato las operaciones. El 18 de marzo, la flota entraba en la bahía bajo el fuego enemigo, con Gálvez en cabeza, dando ejemplo a bordo de su bergantín, el *Galveztown*. El día 23, Gálvez recibía refuerzos de La Mobila y de Nueva Orleans. Eran sus mejores oficiales y soldados veteranos, entre ellos, el coronel José de Ezpeleta, y los regimientos de infantería de España y Fijo de La Luisiana, junto a sus milicianos de Nueva Orleans.

A finales de marzo, el Ejército Expedicionario comenzó una marcha hacia donde se hallaban las fortificaciones enemigas, desde su segunda zona de desembarco, situada al oeste de la ciudad, en la desembocadura del Río Sutton. Tras atravesar marismas y espesos pinares, llegaron al terreno de bosque más próximo a los fuertes enemigos. Las incursiones de los indios creeks, aliados los ingleses, fueron constantes, como lo serían durante toda la campaña.

Las tropas y la artillería españolas comenzaron los trabajos para el asedio a las fortificaciones inglesas. Se excavaron trincheras para ir aproximándose a ellas y poder responder al fuego enemigo, que era muy encarnizado. Muchas semanas de trabajos de trinchera, ataques y contraataques y pequeños combates tuvieron como sonido de fondo el rugir de los cañones y obuses de ambos bandos. La excavación era fácil por ser el terreno muy arenoso, pero las bajas, deserciones y enfermos aumentaban, a la par que iban escaseando las municiones. El 21 de abril llegó un importante refuerzo: una escuadra desde La Habana al mando del almirante Solano, con más soldados y un contingente de infantería de marina, así como tropas francesas al mando del Chevalier de Monteil, con lo que Gálvez reunió más de 7.000 hombres.

Las temperaturas eran suaves, pero las tormentas y lluvias fueron muy frecuentes. En abril, una gran tempestad destruyó tiendas y parapetos y empapó a los combatientes. El 5 y 6 de mayo, un fuerte huracán obligó a la escuadra española a hacerse a la mar separándola del ejército. Poco después, los ingleses efectuaron un violento contraataque contra la trinchera española, en el que causaron medio centenar de bajas.

Las condiciones del asedio fueron agravándose debido a los muertos y heridos, las enfermedades, la escasez de alimentos, la falta de municiones y la incertidumbre sobre la suerte de la escuadra. Gálvez sabía que era necesario hacer un esfuerzo final o bien levantar el asedio. El día 7 de mayo, ya con las baterías de artillería en condiciones de hacer un fuego eficaz, las fuerzas españolas se prepararon para lanzar su primer asalto nocturno, pero tuvo que suspenderse por el retraso durante la marcha de noche. Pero, al menos, el enemigo pudo ser bombardeado con intensidad.

A las seis de la mañana del día 8 de mayo, los tres fuertes enemigos, Media Luna, George y Prince of Wales, izaban sus banderas y daba comienzo su

voyage, and others would become victims of tropical diseases after their arrival. This meant that the troops had to be replenished with forces from Cuba, Spanish Louisiana, and Mexico.

On March 10, after first disembarking on the island of Santa Rosa, across from Pensacola in the mouth of the bay, Gálvez set his military campaign in motion. On March 18, the fleet entered the bay under heavy enemy fire, with Gálvez at the lead aboard his brigantine, *Galveztown*. On the 23rd, he received reinforcements from Mobile and New Orleans. They were his best officers and veteran soldiers, among them Colonel José de Ezpeleta, the *España Infantry Regiment*, the *Fijo de La Luisiana Regiment*, and his militiamen from New Orleans.

At the end of March, the *Ejército Expedicionario* began its march from its second landing at the mouth of Sutton Creek, west of the city, toward the enemy forts. The soldiers plodded through swamps and dense pine forests, under constant attack by Creek Indians allied with the British, who would continue to beleague the troops throughout the campaign. At last, Gálvez's men reached the wooded area closest to their target.

The Spanish troops and artillery set up positions for a siege of the fort. They dug rows of trenches that would allow them to respond to fierce enemy fire, while they tightened their noose around the fort. Weeks of trench warfare would follow, characterized by attacks and counterattacks, smaller skirmishes in between, and the constant roar of cannons exchanging fire in the background. Digging in sandy soil was relatively easy, yet the number of losses from desertion and illness kept rising, at the same rate as the depletion of their ammunitions. On April 21, important reinforcements arrived: a squadron from Havana under the command of Admiral José Solano, which included a Spanish Naval Infantry unit and French troops under Chevalier de Montiel. Gálvez's troops now numbered 7,000 men.

Despite mild temperatures, the area was plagued by frequent storms and heavy rains. In April, a tempest destroyed tents and parapets, soaking the combatants. On May 5 and 6, a powerful hurricane forced the Spanish squadron to set sail for open sea, cutting itself off from the fighters. Almost immediately, the British initiated a fierce counterattack against the Spanish trenches, killing some 50 men.

Conditions deteriorated rapidly as the number of dead and disabled continued to grow, some as casualties in battle, others from illness and food shortage. The troops faced a lack of munitions and were beset by doubts over the fate of the Spanish fleet at sea. Gálvez realized he needed to make a final push or give up the assault. On May 7, he positioned his artillery where it could inflict the most damage and prepared his first nighttime raid. However, the darkness slowed the pace of his men, and Gálvez suspended the assault, though the cannons kept up their intense volley on the enemy.

On May 8, at 6 a.m., the three enemy forts, Crescent, George, and Prince of Wales, raised their flags and began their usual cannon barrage on

habitual cañoneo contra las posiciones españolas. Pero, esta vez, los cañones de a 24 y los obuses, que los artilleros españoles y franceses habían terminado de emplazar en plena madrugada, respondieron con eficacia al fuego. Uno de los proyectiles impactó en el polvorín del reducto de la Media Luna, volándolo por los aires y matando a más de un centenar de sus defensores. Gálvez ordenó que se lanzaran rápidamente al asalto 1.700 hombres en dos columnas, al mando de los coroneles Ezpeleta y Girón. Tras un duro combate, se ocupó el reducto dañado y se colocaron varias piezas de artillería para contestar al fuego que los ingleses hacían desde los otros fuertes. Tras tres horas de fuego de mosquete y cañón, estos cesaban la resistencia e izaban bandera de tregua. Al día siguiente, el general Campbell no tuvo más remedio que firmar la capitulación. Bernardo de Gálvez desfiló al frente de dos compañías de granaderos y tomó posesión de la ciudad.

El día 9 de mayo, según lo acordado en los artículos de la capitulación, se realizó la ceremonia de rendición de todas las fuerzas inglesas. La guarnición de más de novecientos hombres, con el gobernador de la *West Florida*, Peter Chester, y el general Campbell al frente, abandonaba el Fuerte George con las armas al hombro, a tambor batiente y con las banderas desplegadas, entre seis descargas de artillería. Después, entregaron las armas y las banderas. En total, se tomaron 1.250 prisioneros y un centenar y medio de piezas de artillería. Las fuerzas británicas habían sufrido 219 bajas. Los españoles, unas 300. Noventa y un jefes, oficiales y soldados muertos durante todas las operaciones descansan bajo las arenas en algún lugar de la actual Pensacola. Gracias a su sacrificio, La Florida volvía a manos de la Corona Española.

Para obtener la rendición lo más rápido posible, ante las carencias y enfermedades en que se hallaban sus tropas, Gálvez se vio obligado a conceder a Campbell que la guarnición británica pudiera trasladarse a Nueva York vía La Habana, bajo palabra de «no tomar las armas contra ninguno de nuestros aliados». La noticia provocó la alarma de George Washington, que planeaba una ofensiva contra Nueva York para el verano; pero, tras la derrota de la flota británica en Chesapeake, la estrategia se modificó para atacar más al sur a los británicos encerrados en Yorktown. La situación de las fuerzas británicas, en aquel quinto año de guerra, hacía difícil que los prisioneros de Pensacola pudieran participar en ninguna operación de importancia el resto de la guerra. Por otro lado, la victoria española en La Florida se completó con la expulsión de los ingleses de Honduras, Guatemala y Las Bahamas.

En octubre de 1781, Gálvez escribió a Francisco Rendón, representante español ante George Washington, para proponerle una gran operación militar de las tropas norteamericanas y españolas contra los estados del sur ocupados por los británicos. En aquel momento, a Washington, ocupado en el asedio de Yorktown, no le era posible iniciar ningún tipo de operación combinada. La resultante derrota británica en esa batalla fue tan grave que hizo innecesario realizar ninguna cooperación militar directa entre ambos generales.

[J. M. G. A.]

the Spanish forces. But this time, the 24-pound cannons and high-caliber guns, which the Spanish and French artillery had just finished positioning at closer range, returned fire. One of the projectiles hit the powder kegs inside the Crescent, blowing it to pieces and killing over a hundred men. At once, Gálvez ordered 1,700 men to attack the redoubt in two columns led by Colonels Ezpeleta and Girón. After fierce fighting, the troops occupied the heavily damaged redoubt and positioned several artillery pieces to counter the British volley from the other two forts. It would take another three hours of musket and cannon fire for the enemy to end their resistance and raise a flag of truce. The next day, faced with no other alternative, General Campbell signed his surrender. Bernardo de Gálvez marched at the head of two grenadier units and occupied the city.

On May 9, as stipulated by the articles of capitulation, all the British forces surrendered in a formal ceremony. To the beat of drums, with flags unfurled, shouldering their arms, the entire garrison of over 900 men marched out of Fort George behind General Campbell and the governor of West Florida, Peter Chester, to be greeted with a six-gun salute, after which they laid down their arms and their flags. The victors took possession of 1,250 prisoners and about 150 artillery pieces. The British forces had lost 219 men; the Spaniards, 300. Today, 91 military officers and soldiers rest somewhere under the sands of current Pensacola. Thanks to their sacrifice, West Florida had been restored to the Spanish Crown.

In order to effect a swift surrender, and given the shortages and illnesses afflicting his own troops, Bernardo de Gálvez felt compelled to agree to Campbell's request that the British garrison be allowed to travel to New York via Havana, on the condition—the English general's word of honor—that they would “not take up arms against any of our allies.” The news alarmed George Washington, who was preparing a summer offensive on New York. However, after the defeat of the British fleet in the Chesapeake, Washington modified his strategy, moving his troops further south to attack the British forces clustered in Yorktown. The situation of the British army, in the fifth year of the war, made it unlikely that the prisoners from the battle in Pensacola would take part in any future major operation. For the Spaniards, however, the victory in Spanish Florida would be complete with the expulsion of the English from Honduras, Guatemala, and the Bahamas.

In October, 1781, Gálvez wrote Francisco Rendón, the Spanish envoy to George Washington, to propose a major military campaign using Spanish and North American forces against the southern states still under British control. By then, Washington was fully engaged in the siege of Yorktown and could not consider any other kind of joint military maneuver. The crushing British defeat in the Battle of Yorktown would render further military cooperation between the two generals unnecessary.

[J. M. G. A.]

España en Misuri:
la defensa de San Luis

Spain in Missouri:
the Defense of St. Louis



La Guerra de Independencia norteamericana estaba ya en su tercer año cuando Fernando de Leyba tomó posesión, el 14 de junio de 1778, del mando del partido occidental del Illinois. Fue el tercer oficial español en ejercer de teniente de gobernador en San Luis, el puesto más septentrional de la provincia de La Luisiana. El capitán no había llegado aún a su destino, cuando un vecino del lado inglés despachó a Detroit una carta con la noticia de su arribo:

El convoy ha llegado, es decir, dos botes; uno con un nuevo gobernador para el lado español; el otro, bajo su protección para los americanos con licores & 150 fardos de paño azul, blanco y rojo.

En efecto, las mercancías que traía Leyba constituían la primera de las cinco remesas que debían subir aquella primavera con artículos para el *Continental Army* de Washington —armas y municiones, uniformes, mantas y medicinas—. De hecho, gracias al ingenio del gobernador Gálvez en Nueva Orleans, no eran licores lo que transportaba Leyba en aquellas barricas, sino pólvora. El clima político de los tiempos, la situación geográfica de su destino, y el hecho de coincidir con el renombrado George Rogers Clark harían del gobierno de Leyba un mandato singular, caracterizado, de principio a fin, por su apoyo a las tropas americanas.

Leyba había salido de la capital a mediados de marzo a cargo de dos *bateaux*, el suyo propio, que llevaba su familia y pertenencias, y otro fletado por el agente americano Oliver Pollock. Cada uno estaba dotado de una bandera con el escudo del Rey y un pedrero para protegerse de registros, ante los puestos británicos del bajo Misisipí. También, llevaba instrucciones de Gálvez para su nuevo mandato en el Illinois con dos importantes disposiciones respecto a la guerra:

Confidencial. Yndagará saber quantas noticias ocurran en la parte Ynglesa concerniente a la guerra de esta potencia con los colonos, el estado de ambos partidos y designios, a fin de no dejarse sorprender en caso de algún intento imprevisto ...

Confidencial. Si tuviese correspondencia con algún gefe de las provincias americanas, observará el mayor secreto, dándome quenta de ella, y en caso de que reciva cartas para mí, me las dirigirá en primera ocasión, o hará una expresa si se lo previenen.

Así fueron las órdenes que Leyba tenía cuando, tras tres semanas en su nuevo mando, llegaron a la orilla de enfrente las tropas virginianas del Regimiento Illinois de George Rogers Clark. En la madrugada del 5 de julio, capturaron los puestos británicos de Kaskaskia y Cahokia. Tres días después, Leyba se dirigió en una carta a su nuevo vecino, presentándole sus felicitaciones y notificándole de los artículos para los Estados Unidos que tenía en su posesión.

It was in the third year of the American War for Independence, June 14, 1778, when Captain Fernando de Leyba took command of the western part of the Illinois Territory. He was the third Spanish officer to serve as lieutenant governor at St. Louis, the northernmost post of the province of Louisiana. The captain had not yet reached his destination when already a neighbor on the British side dispatched a letter to Detroit with news of his arrival:

The Convoy is arrived, that is two Boats, one with a new Governor for the Spanish Side, the other under his Cover for the Americans with liquors & 150 Bails broad Cloth, blue, white & red.

Indeed, the effects that Leyba was bringing constituted the first of five deliveries that were to come that spring with articles for Washington's Continental Army: military stores, uniforms, blankets, and medicines. In fact, thanks to the ingenuity of Governor Gálvez in New Orleans, it wouldn't be liquor that Leyba transported in those barrels, but gunpowder. The political climate of the time, the geographical situation of his command, and his coinciding with the famed George Rogers Clark would make Leyba's term in St. Louis unique, characterized from beginning to end by his support of the American troops.

Leyba had left the capital in mid-March with two *bateaux*, one carrying his family and belongings and another chartered by the American agent Oliver Pollock. Each was equipped with a flag bearing the Royal Arms and a swivel gun to ward against searches as he passed the British posts of the lower Mississippi. The captain also had with him a set of instructions from Gálvez for his new command in the Illinois with two important provisions regarding the war:

Confidencial. He shall endeavor to learn all the news occurring in the English part (of Illinois), concerning the war of this power with the colonists, the situation of both parties and their plans so as not to allow himself to be surprised in case of any unforeseen design...

Confidencial. If he should have correspondence with any American chief of the American provinces, he shall observe the greatest secrecy, and report same to me; and in case he should receive letters for me, he shall send them to me by the first opportunity or by a special courier if so instructed.

Such were Leyba's orders when, three weeks into his new command, the Virginia troops of George Rogers Clark's Illinois Regiment arrived at the opposite shore. In the early morning hours of July 5, they captured the British posts of Kaskaskia and Cahokia. Three days later, Leyba addressed a letter to his new American neighbor conveying his congratulations and informing him of the effects for the United States that he had in his possession.

Comenzó entonces una estrecha asociación entre Leyba y Clark, que imitaba la relación que ya existía entre sus gobiernos y que ofrecía «toda asistencia & intercambio amistoso de buenos oficios». Aunque Leyba y Clark tenían caracteres muy distintos y no estaban siempre de acuerdo, se entendían bien. «Los resortes están acordes», dijo Leyba, pues tenían, el uno para con el otro, las mismas instrucciones de sus respectivos jefes. Durante los siguientes dos años, sirvieron juntos de enlace entre Nueva Orleans en el sur y Williamsburgh en el este, usando los ríos Misisipí y Ohio para el envío de suministros, el intercambio de información y la entrega de documentos que no se podían confiar por mar. Aunque esta ruta era larga, costosa y de mucho peligro a causa de los indios, fue una alternativa viable a la ruta atlántica, que estaba cuidadosamente vigilada por la armada británica.

Cabe señalar que la asistencia proporcionada por Leyba al ejército de los rebeldes fue más allá del cumplimiento del deber. Cuando los hombres de Clark no pudieron comprar provisiones, debido a los desorbitados precios de todo género en el Illinois y la devaluación de la moneda continental, Leyba ordenó que se les aprovisionara a cuenta de su propio crédito, «pero qué había yo de áser —se justificó ante su superior— biendo que ni aun el jefe principal por quantos papeles americanos traía, allaba una camisa con que cubrir su desnudez, si no es presentarme al socorro». Este gesto de mera hospitalidad significó su ruina. Además de contraer una enorme deuda, su esposa se disgustó tanto, ante la perspectiva de no poder nunca retirarse a España, que le sobrevino una profunda melancolía y a los pocos días falleció. A su propia muerte, sus dos hijitas se verían obligadas a vivir de la caridad.

En los primeros años de la Revolución Americana, España debía guardar la apariencia de neutralidad, pero la protección y el auxilio prestado a los rebeldes fueron imposibles de esconder. España entró como aliado de Francia en la guerra en junio de 1779, lo que dio pie a su clara alineación con los rebeldes americanos. Fue esta la excusa que le bastó a Gran Bretaña para, no solo recuperar los puestos tomados por Clark, sino, también, para adueñarse de todo el valle del Misisipí.

El secretario de Estado para las Colonias Británicas, Lord George Germain, rápidamente elaboró un plan para los territorios del oeste. Giraba sobre dos importantes maniobras: una, una expedición al mando del general John Campbell, que marcharía desde Pensacola para tomar Nueva Orleans y los puestos españoles del bajo Misisipí; la otra, una expedición mandada por un tratante y antiguo oficial del ejército inglés, Emmanuel Hesse, que debía bajar desde los Grandes Lagos, para reducir los asentamientos del Illinois (San Luis y Santa Genoveva y los puestos americanos en la otra orilla, Cahokia y Kaskaskia.) A continuación, un jefe Sioux llamado Wapasha debía seguir el curso del Misisipí, reduciendo todo a su paso, hasta reunirse con Campbell en Natchez.

A la vez, en España, Carlos III decretó una Real Cédula autorizando a sus vasallos en América «para que por vía de represalias y desagravio hostilicen por mar y tierra a los súbditos del Rey de la Gran Bretaña». La noticia de este

A close partnership thus commenced between Leyba and Clark, one that mirrored the union that already existed between their governments and that offered “every Assistance & friendly Interchange of good offices”. While Leyba and Clark were very different in character and did not agree on some issues, they maintained a good rapport. “The resorts are consonous” said Leyba, for each with regard to the other had the same instructions from their bosses. Over the next two years, they would serve together as a liaison between New Orleans in the south and Williamsburg in the east, using the Mississippi and Ohio rivers to ship supplies, exchange information, and send documents that could not be trusted to sea transport. While the river route was longer, more expensive, and perhaps even more dangerous on account of the Indians, it was a viable alternative to the Atlantic shipping routes that were carefully monitored by the British navy.

As a matter of fact, the assistance that Leyba provided to the rebel army went beyond the mere fulfillment of his duties. When Clark’s men were unable to purchase provisions due to the exorbitant Illinois prices and the devaluation of their own Continental currency, Leyba ordered that the men be provided for on his own credit. “What was I to do,” he explained, “seeing how even their principal leader, no matter how many American papers he brought, was unable to get a shirt to cover his nakedness, if not come to their aid?” But this act of hospitality would be his undoing. In addition to the enormous debt he incurred, his wife became so upset at the prospect of never retiring to Spain that she was overcome by a deep melancholy and died some days later. After Leyba’s death, their two young daughters would be obliged to live off the charity of others.

During the early years of the American Revolution, Spain endeavored to maintain an appearance of neutrality, but the protection and aid she afforded to the rebels were impossible to hide. When Spain entered the war as an ally to France in June, 1779, she positioned herself openly on the side of the Americans. This was just the excuse Great Britain needed, not only to recover the posts lost to Clark, but also to take possession of the entire Mississippi River valley.

Secretary of State for the British Colonies, Lord George Germain, quickly put together a plan for the western territories. It hinged on two important maneuvers: one, an expedition commanded by General John Campbell that would march from Pensacola to take New Orleans and the Spanish posts along the lower Mississippi; the other, an expedition commanded by trader and former military officer Emmanuel Hesse that was to move down from the Great Lakes and take the Illinois settlements (Spanish St. Louis and Ste. Genevieve and their American counterparts on the other side, Cahokia and Kaskaskia). A Sioux chief named Wapasha was to continue down the course of the Mississippi, wreaking havoc along the way, as far as Natchez, where he would join Campbell.

At the same time, in Spain, Carlos III issued a Royal Order authorizing his subjects in America to commit hostilities against the British by land and by sea. The news of this decree never reached Leyba in Illinois, and neither did

decreto nunca llegó al conocimiento de Leyba en el Ilinueses, como tampoco le llegó, hasta ultimísima hora, la noticia de la ruptura de relaciones con Inglaterra. ¡Cuál sería su sorpresa cuando, en marzo de 1780, supo por algunos viajeros y por los americanos de la otra orilla que un ejército liderado por tropas inglesas y compuesto por canadienses e indios bajaba desde el norte para atacarlos! Solo entonces supo que los rumores sobre la guerra tenían fundamento.

La situación defensiva de San Luis dejaba mucho que desear. Leyba, a su llegada a la zona, propuso un plan para su fortificación, pero la falta de recursos en la provincia lo prohibía. Los fuertes del río Misuri, mandados construir en el año 1767 por el primer gobernador de La Luisiana, D. Antonio de Ulloa, por considerar este lugar la llave norteña a la colonia y fronteras de Nuevo México, se hallaban en ruinas por las inclemencias del invierno. Los pueblos de San Luis y Santa Genoveva carecían totalmente de estructuras defensivas, como estacadas, y San Luis contaba con solo cinco cañones pequeños (de a 2 libras), cinco morteros también pequeños y algún pedrero. De guarnición, es decir, de tropa reglada, había 24 soldados repartidos entre los dos pueblos y los fuertes. El número de milicianos en San Luis era de 218 hombres (167 de infantería y 51 de caballería) y en Santa Genoveva, de 175, pero no todos ellos estaban presentes por variedad de motivos.

Con estos factores en mente, Leyba puso en marcha un plan de defensa. Primero, propuso la construcción de cuatro torres de piedra, una a cada lado del pueblo. El proyecto recibió la aprobación de los habitantes, que dieron gustosos sus ahorros para llevarlo a cabo. Contribuyeron con cuatrocientas horas de mano de obra y reunieron 600 pesos que, junto con 400 más que Leyba dio de su bolsillo, sumaron 1.000. Esto no llegó, sin embargo, para la construcción de más de una torre y los cimientos de otra. La primera piedra de esta torre, que se levantó al oeste del pueblo, fue bautizada el 17 de abril de 1780 con el nombre del monarca. Desde aquel momento se la conocería por San Carlos.

Un mes más tarde, el 9 de mayo, Leyba fue avisado de que el ejército que venía a atacarlos, compuesto de 900 indios y 300 ingleses y canadienses, se hallaba a solo ochenta leguas de San Luis. Enseguida mandó subir refuerzos del pueblo de Sta. Genoveva: 60 milicianos, dos embarcaciones, los pedreros que tuviesen y provisiones. Estos hombres se unirían a la guarnición de San Luis que quedaba bajo el mando del teniente Silvio Francisco de Cartabona. Leyba, entonces, mandó venir, de hasta veinte leguas de distancia, a los cazadores que se hallaban en los ríos y los alojó en el pueblo. Con esto, el número de defensores ascendió a unos trescientos.

Leyba también organizó un dispositivo para detectar y alertar de la llegada del enemigo. Mandó salir a un destacamento de 40 milicianos en tres piraguas a reconocer durante cinco o seis días los alrededores, hasta doce leguas de distancia, y dos canoas con 6 cazadores cada una, para subir el río veinte leguas, donde se debían quedar hasta avistar al enemigo.

Mientras tanto, aligeró la obra de la torre, poniendo la planta superior y colocando en ella cinco cañones (dos de a 6 libras y tres de a 4 libras) que se

official news of the Declaration of War against Great Britain until the very last hour. What a surprise to him when, in March of the following year, he heard from travelers and from Americans on the opposite shore that an army led by British regulars and made up of natives and Canadians was coming from the north to attack them! Only then did he believe the rumors of war to be true.

The defensive situation of Illinois left a great deal to be desired. On his arrival, Leyba had proposed a plan for its fortification, but the lack of resources in the province rendered the plan impossible. Two small forts at the mouth of the Missouri River, built in 1767 by order of Louisiana's first governor Antonio de Ulloa, who considered this location the northern key to the colony and frontiers of New Mexico, had been reduced to ruins by the harsh Illinois winters. The towns of St. Louis and Ste. Genevieve completely lacked defensive structures, such as stockades, and St. Louis had only five 2-pounder cannons, five small mortars, and perhaps a swivel gun or two. The garrison consisted of only 24 infantry soldiers divided among the towns and forts. The number of militiamen in St. Louis amounted to 218 (167 infantry and 51 cavalry) and in Ste. Genevieve, to 175. Not all would have been present at a given time for sundry reasons.

With these considerations in mind, Leyba proposed a plan of action. First, he suggested the building of four stone towers, one on each side of the town. This idea was well received by the townspeople, who eagerly pitched in according to their means. They volunteered 400 hours of labor and managed to scrape together 600 pesos which, along with 400 more that Leyba contributed, amounted to 1,000 pesos for materials. However, this was only enough for one tower and the foundation of another. The first stone of this first tower, which was to be raised on a hill west of the town, was blessed on April 17, 1780, and named for the Spanish monarch. The tower was thereafter known as "San Carlos".

One month later, on May 9, Leyba received word that the approaching army, composed of 900 Indians and 300 British and Canadians, was just 80 leagues away. He immediately sent to Ste. Genevieve for reinforcements: 60 militiamen, two boats, and any available swivel guns and provisions. They were to join the St. Louis garrison now under the orders of Lieutenant Silvio Francisco de Cartabona. Hunters were called in from the rivers, up to 20 leagues away, and lodged in private homes. This increased their numbers to about 300.

Leyba also arranged for the detection and warning of the enemy's arrival. He sent a detachment of 40 militiamen in three pirogues to reconnoiter for five or six days at a distance of up to twelve leagues, and he sent two canoes with six hunters each to post themselves twenty leagues upriver until the enemy appeared.

In the meantime, Leyba sped up work on the tower, laying the top floor, on which he positioned five cannons (two 6-pounders and three 4-pounders) brought from the Missouri forts. To protect the remaining sides of the town, he

trajo de los fuertes de Misuri. Para proteger los demás costados de la villa, mandó hacer unos atrincheramientos que rodeaban el pueblo, por norte y sur, desde la torre hasta el río, un total de dos mil metros.

El 23 de mayo, cuando aún les faltaba construir los parapetos de la torre, Leyba recibió el aviso de que el enemigo se hallaba a veinte leguas de las puertas de San Luis. El 24 llegó de Nueva Orleans un comerciante con la declaración de guerra, que Leyba leyó al día siguiente en la plaza pública. Fue justo a tiempo, pues el día 26, el enemigo entró por el norte «con una audacia y una furia increíbles, dando gritos aterradores y haciendo un fuego terrible».

Se ha sabido después, por fuentes británicas, que la fuerza atacante consistía en guerreros winnebagos, sioux, ottawas, chippewas y iowas, además de algunos outagamies, sacs, mascoutins, kickapous y pottawatamies. Hubo también, aunque en menor número, voluntarios canadienses, tratantes de pieles y sus criados. Una parte de este ejército se separó para atacar simultáneamente el asentamiento americano de Cahokia al otro lado del río. Se calcula que fueron entre 600 y 750 los que asaltaron San Luis.

La guardia del atrincheramiento norte dio la voz de alarma, «¡A las armas! ¡A las armas!» y todos sin excepción —soldados, milicianos, cazadores y habitantes— tomaron sus posiciones, designadas de antemano. Mujeres y niños corrieron para refugiarse en la Casa del Gobierno, que estaba defendida por el teniente y 20 de sus soldados; los milicianos lucharon desde los atrincheramientos y a Leyba le llevaron a la torre (en aquel momento se hallaba gravemente enfermo), junto con algunos soldados y cazadores, para dirigir la artillería y dar órdenes.

Durante más de dos horas, San Luis resistió el asalto, sin que dejaran de sonar mosquetes ni cañones. Leyba elogió el valor de los padres de familia que, a pesar de los desgarradores gritos que les llegaban desde la Casa del Gobierno, no soltaron las armas y mantuvieron sus posiciones:

Nuestros milicianos y habitantes han demostrado prodigios de valor al afrentarse a los más evidentes peligros para la defensa de los atrincheramientos y queriendo incluso llevar a cabo una salida contra el enemigo si yo no lo hubiese impedido por el miedo de que podrían sucumbir al gran número de nuestros enemigos que esperaban solo ese momento para forzar y entrar en la villa.

Según informó el teniente-gobernador británico en Michilimackinac, Patrick Sinclair, fue la traición de un tratante y algunos indios que se quedaron atrás lo que sembró la duda entre los demás e hizo que el ataque se desmoronara. El enemigo, entonces, desató su furia en el campo, destrozando los cultivos y matando a los animales. Masacraron, arrancaron cabelleras y tomaron prisioneros a aquellos a quienes el ataque sorprendió ocupados con la labranza. «¡Qué espectáculo de horror, mi general! —dijo Leyba— al relatarlo me

ordered that entrenchments be built extending northward and southward from the tower to the river, a length of almost 2,000 meters.

On May 23, with the parapets of the tower still unfinished, Leyba was notified that the enemy was just twenty leagues from the gates of St. Louis. On the 24th, a merchant arrived from New Orleans with an official copy of the Declaration of War, which the lieutenant governor read the following day in the public square. It was none too soon. On the 26th, the enemy fell upon the town “with unbelievable boldness and fury, dreadful cries and a terrible firing.”

It would later be known from British sources that the attacking force consisted of warriors of the Winnebago, Sioux, Ottawa, Chippewa, and Iowa tribes, as well as some Outagamies, Sacs, Mascoutins, Kickapoos, and Pottawatomies. There were also, in smaller numbers, Canadian volunteers, fur traders, and their servants. One part of this army detached for a simultaneous attack on the American settlement at Cahokia across the river, while an estimated 600 to 750 stormed St. Louis.

The guard at the northern entrenchments sounded the alert, “To arms! To arms!”, and to a man, all soldiers, militiamen, hunters, and inhabitants turned out to their designated positions. Women and children fled to take refuge in the Government House, which was being defended by Lieutenant Cartabona and twenty of his soldiers; the militia fought from the entrenchments; and Leyba was taken to the tower (he was gravely ill at the time), along with some soldiers and hunters, to direct the artillery and give his orders.

For over two hours, St. Louis resisted the assault, its muskets and cannons never ceasing to fire. In his report to his superior, Leyba commended the fathers of families who, despite the heart-wrenching screams that reached them from the Government House, held on to their weapons and kept their positions:

Our militiamen and inhabitants have shown prodigies of bravery in the face of the most evident dangers for the defense of the entrenchments, and would have even made a sortie against the enemy, had I not prevented them from it for fear they might succumb under the great number of the enemy who awaited just that moment to force open and enter the village.

The British lieutenant governor at Fort Michilimackinac, Patrick Sinclair, would later recount that it was the treachery of a Canadian trader and his Indian friends, who had hung back, sowing doubt among the rest, that caused the attack to fall apart. Even so, the enemy unleashed their fury in the fields, destroying the crops and killing the animals. They massacred, scalped, or took prisoner the unfortunate souls unlucky enough to have been out tending to the crops. “Oh my General, what a horrible spectacle!” said Leyba, “just telling you of it, I am deeply grieved with the bitterest pain.” The official tally

encuentro afligido por el más amargo de los dolores». El recuento oficial fue de 21 muertos, 7 heridos y 25 prisioneros tomados en el campo de batalla. Otros 46 fueron capturados en el río. También perecieron 20 bueyes y 30 caballos.

Mientras los habitantes del llinueses se estremecían ante tan duro golpe, en Madrid, la defensa de San Luis fue considerada un éxito. En febrero, se publicó en la *Gaceta de Madrid* un relato que exaltaba la vigorosa defensa hecha por los paisanos y soldados. Los oficiales que la mandaron (el capitán Leyba y el teniente Cartabona) fueron premiados con un ascenso. En el caso de Leyba, se le dio a título póstumo, pues la enfermedad le había arrebatado la vida solo un mes después del ataque, en la madrugada del 28 de junio de 1780.

La victoria española en San Luis, conocida hoy como la batalla del Fuerte San Carlos, significó mucho más que la salvación de los asentamientos del llinueses. Significó también el fracaso del plan inglés para tomar posesión del río Misisipí. Aunque intentaron otra vez movilizar a los indios, para efectuar un nuevo ataque en la primavera —lo que mantuvo al nuevo teniente-gobernador D. Francisco Javier Cruzat en alerta máxima y la milicia, en activo hasta el final de la guerra— los indios habían perdido el interés. Les parecía una empresa demasiado difícil como para merecerles la pena. Tampoco resultó la expedición de Campbell en el sur, cortada de raíz por el ataque preventivo que efectuó el general Gálvez contra La Mobila y que redujo la habilidad de Gran Bretaña para llevar a cabo la toma de Nueva Orleans.

Pero las implicaciones fueron aún más importantes, porque la pérdida del valle del río Misisipí hubiese significado para España la pérdida de toda la provincia de La Luisiana, que servía de barrera entre los dominios de Gran Bretaña y las provincias españolas de Texas y Nuevo México. Para los rebeldes americanos, se hubiese abierto un nuevo frente de guerra. Sin poder transportar hombres, suministros y documentos por los ríos Misisipí y Ohio, se hubiese visto perjudicada su capacidad de ganar la guerra. Y aun cuando la hubiesen ganado, como así lo hicieron en septiembre de 1783, no habrían tenido derechos sobre las tierras al oeste de los Apalaches, por lo que el territorio de la nueva Nación habría quedado limitado al mismo que ocuparon las Trece Colonias originales.

Cada año, los miembros de la MOSSAR (*Missouri National Society Sons of the American Revolution*) se reúnen en Saint Louis para conmemorar la batalla del Fuerte San Carlos y recordar el valor y el sacrificio de aquellos que lucharon para salvar al pueblo en 1780. En 2014, año del 250 aniversario de la ciudad, una placa conmemorativa les fue dedicada en Ballpark Village, cerca del lugar donde estuvo la torre, ejemplo de los esfuerzos de la MOSSAR por reconocer la contribución española a la Revolución Americana. También en Ceuta, la comunidad civil y militar rindió homenaje el 13 de marzo de 2019 a Fernando de Leyba. Se descubrió un monumento con la asistencia de los presidentes de la NSSAR y la NSDAR en España, en el que se recordó a los españoles que sirvieron, tanto en el campo de batalla como en otras tareas de gobierno, en apoyo al proceso de independencia de los Estados Unidos de América.

[Kristine L. Sjostrom]

of casualties was 21 dead, 7 wounded, and 25 taken prisoner, with another 46 captured on the river. Twenty oxen and 30 horses were also slaughtered.

While the Illinois inhabitants reeled from this great blow, in Madrid the defense of St. Louis was heralded as a success. In February, the *Gaceta de Madrid* published an account which exalted the valiant defense made by the soldiers and countrymen. The commanding officers, Captain Leyba and Lieutenant Cartabona, were rewarded with promotions. In Leyba's case, this recognition came posthumously, for his illness had taken him just one month after the battle, in the early morning hours of June 28, 1780.

The Spanish victory at St. Louis, commonly referred to today as the Battle of Fort San Carlos, represented much more than the saving of the Illinois settlements. It meant the failure of the British to possess the Mississippi River. Despite efforts to raise enthusiasm for another attack in the spring, which kept the new Spanish Lieutenant Governor D. Francisco Javier Cruzat on high alert and the militia active until the end of hostilities in 1783, the Indians had lost interest. They found the enterprise more trouble than it was worth. Nothing came either of Campbell's southern expedition, which General Gálvez nipped in the bud with his preemptive strike against Mobile, thus reducing Britain's ability to carry out any plan against New Orleans.

Yet the implications were far-reaching. For Spain, losing the Mississippi River valley would have meant the loss of the entire Province of Louisiana, which served as a buffer between the British domains and the Spanish provinces of Texas and New Mexico. For the American rebels, it would have meant the opening of a new western front to the war. The inability to move men, supplies, and documents on the Mississippi and Ohio rivers would have greatly impaired their ability to win the war. And even if the war were won, as occurred in September, 1783, the Americans would have had no claim to the lands west of the Appalachian mountains, limiting the territory of the new nation to that of the original Thirteen Colonies.

Every year, members of the Missouri National Society of the Sons of the American Revolution (MOSSAR) gather to commemorate the Battle of Fort San Carlos and to remember the courage and sacrifice of those who fought to save the town in 1780. In 2014, the 250th anniversary of the founding of St. Louis, a memorial plaque was dedicated at Ball Park Village, near the site where the tower once stood, exemplifying the efforts of MOSSAR to recognize the Spanish contribution to the American Revolution. In Ceuta, too, on March 13, 2019, the civil and military communities paid tribute to Fernando de Leyba. With the participation of the presidents of the NSSAR and NSDAR in Spain, a monument was unveiled commemorating the role of the Spaniards who served, not only on the battlefield, but also in government, in support of American independence.

[Kristine L. Sjostrom]

Yorktown, dinero hispano
para la victoria decisiva

Yorktown: Spanish Money
for a Decisive Victory



Me ilusiona pensar en los eventos tan felices que resultarán del conocido espíritu de vuestra nación. Unidos junto a las armas de Francia, tenemos toda la esperanza en superar a las armas de nuestro común enemigo, los ingleses.

GEORGE WASHINGTON A JUAN DE MIRALLES, 1779

Desde 1779, el escenario principal de la Guerra de la Independencia Norteamericana se trasladó a las colonias del sur. Tras tres años de combates sin victorias ni derrotas decisivas, el ejército británico fue sufriendo un gran desgaste. Los ataques españoles en el Misisipí y La Florida agravaron su situación estratégica y facilitaron que el ejército franco-norteamericano pasara a la ofensiva.

Pero la guerra necesitaba dinero. En la primavera de 1781, el Congreso Continental estaba en bancarrota. Robert Morris, superintendente de finanzas, movió todos sus hilos para reunir dinero y poder pagar, alimentar y vestir a las tropas de George Washington. Pero no era fácil conseguirlo, pues nadie daba valor a vales ni a cartas de crédito. Morris pidió ayuda al embajador francés, el conde de La Luzerne.

Pero a los franceses, que necesitaban unos 50.000 pesos al mes, solo para pagar los gastos de los soldados, tampoco les sobraba el dinero. Según el general Rochambeau, comandante en jefe del ejército francés en América, a finales de agosto de 1781 solo quedaban unos 120.000 pesos en sus cajas. Incluso la *Gazette Française de Newport*, el periódico que publicaba el ejército francés en América, dejó de publicarse por falta de papel y fondos. Rochambeau escribió al almirante conde de Grasse, quien, con su escuadra, estaba llegando a las Antillas procedente de Francia, para combatir en aguas de América. Le pedía que consiguiera dinero en la colonia francesa de Santo Domingo o que lo solicitara a los españoles. Pero, a su llegada a Santo Domingo, Grasse no consiguió movilizar a los responsables de hacienda ni a los habitantes de la colonia francesa.

Por su parte, Morris escribió el 4 de julio al representante norteamericano en Madrid, John Jay, solicitándole que consiguiera «al menos 5.000.000 de pesos, preferentemente a entregar en La Habana». La misma petición había hecho el 1 de julio al representante español en Filadelfia, Francisco Rendón, «para oponernos al enemigo común», el cual, a su vez, lo solicitó directamente al capitán general de Cuba. Desgraciadamente, la fragata *Trumbull*, que Morris mandó a La Habana, fue capturada por los británicos.

Washington escribía a Morris el 27 de agosto: «estas tropas no han sido pagadas desde hace mucho tiempo y han mostrado signos de descontento». De hecho, los regimientos de Connecticut y Pennsylvania se habían amotinado. El 6 de septiembre insistía, solicitando «al menos un mes de paga con la mayor celeridad posible».

Un hombre contribuyó decisivamente a solucionar este grave problema. Se llamaba Francisco de Saavedra y había llegado el año anterior a Cuba como

I promise myself the most happy events from the known spirit of your nation. United with the arms of France, we have everything to hope for over the arms of our common enemy, the English.

GEORGE WASHINGTON TO JUAN DE MIRALLES, 1779

In 1779, the main theater of operations in the North American War of Independence moved to the southern colonies. After three years with neither resounding victories nor abject defeats, the British army was exhausted. The Spanish attacks along the Mississippi and in West Florida had worsened its strategic position and allowed the French-American forces to take the offensive.

But the war cost money, and in the spring of 1781, the Continental Congress was bankrupt. Robert Morris, Superintendent of Finance, pulled every available string to raise funds, in order to feed and clothe George Washington's troops. But there was a general mistrust in the value of vouchers or letters of credit, which made the task nearly impossible. Morris approached the French ambassador, Count La Luzerne, for help.

The French, however, needed 50,000 pesos to cover the salaries and expenses of their own soldiers every month and hence had no money to spare. According to General Rochambeau, Commander in Chief of the French army in America, by the end of August, 1781, they had less than 120,000 pesos on hand. Even the *Gazette Française de Newport*, the official newspaper of the French army in America, had ceased publication for lack of funds—and paper. Rochambeau wrote to Admiral Count de Grasse, who was on his way from France to the Antilles at the head of his squadron, to do battle in American waters, and asked him to raise money in the French colony of Saint-Domingue, or to ask the Spaniards for it. But, upon his arrival in Saint-Dominique, Grasse discovered he could not mobilize any of the treasury authorities or the common inhabitants of the French colony in his favor.

On July 4, Morris wrote to John Jay, the American representative in Madrid, asking him to obtain “at least 5,000,000 pesos, to be deposited preferably in Havana.” He had made the same request to Francisco Redón, the Spanish representative in Philadelphia, “that we might oppose the same enemy.” In response, Redón had gone directly to the captain general of Cuba asking him for money. Unfortunately, the frigate *Trumbull*, which Morris sent to Havana, was captured by the British.

In a letter to Morris dated August 27, Washington would write, “these troops have not been paid for a very long time and they have shown signs of discontent.” In fact, the regiments of Connecticut and Pennsylvania had risen in mutiny. On September 6, he wrote again, more insistently, soliciting “at least one month's pay, as quickly as possible.”

comisionado especial del rey para facilitar las operaciones militares de España en América. Saavedra y Grasse acordaron que los españoles prestarían 500.000 pesos, dinero que fue recolectado en cuarenta y ocho horas en La Habana de instituciones y de particulares y que partió a bordo de la fragata *Aigrette* el 17 de agosto. También dio su conformidad a que embarcaran 3.000 soldados franceses de refuerzo, a las órdenes del marqués de Saint Simon, que estaban bajo el mando de Gálvez, para invadir Jamaica.

El 30 de agosto, llegaba Grasse a las costas de Virginia y, el 5 de septiembre, Morris recibía, por fin, 26.000 pesos del tesorero del ejército francés, para pagar a los soldados de Washington. Era la primera vez que la mayoría de ellos recibía paga alguna. Por su parte, el 22 de septiembre, recibía el ejército francés en Williamsburg los toneles y cajas con los pesos españoles. El intendente Blanchard recuerda que, aquella noche, el peso de las cajas hizo que se desplomara el suelo de la casa donde se guardaban.

Las operaciones pudieron continuar y el general inglés Lord Cornwallis quedó bloqueado en Yorktown. Las tropas norteamericanas de Washington y las francesas de Rochambeau, con el importante refuerzo de 3.000 soldados, autorizado por Saavedra y Gálvez, pusieron cerco a la ciudad, hasta que, el 17 de octubre, los británicos izaron bandera blanca. Fue la victoria definitiva de la guerra, que terminó con la Paz firmada en París el 3 de septiembre de 1783.

El ejército de Rochambeau recibió varias partidas de dinero desde Francia en los meses siguientes. Sin embargo, Grasse, que tenía que pagar y alimentar a más del triple de hombres de la escuadra, sí tuvo que acudir a los españoles otra vez. Saavedra le entregó, de nuevo, otros 2.000.000 de pesos, provenientes de México, en septiembre y diciembre de 1781.

La situación económica mejoró solo parcialmente para los americanos. El 17 de octubre, Robert Morris escribía a Washington: «el poco dinero del que puedo disponer se pierde en mil direcciones diferentes y pronto se habrá agotado». Morris se dirigió de nuevo al gobernador de Cuba y, el 31 de enero de 1782, las fragatas *Duc de Lauzun* y *Alliance* partieron de La Habana con 72.447 pesos que desembarcaron en Newport veinte días más tarde. El verano de 1782, continuaban los problemas de suministros, a juzgar por las quejas de Washington de «falta de ron, harina, vinagre...» para sus soldados. Por suerte, a finales del año anterior, había recibido una importante cantidad de uniformes remitidos desde España, con los cuales, al menos, pudo uniformar a gran parte del *Continental Army*.

España honró su alianza, no solo con la sangre de sus soldados, sino con la plata de Cuba y la recolectada en Nueva España (hoy México, Salvador, Guatemala, Honduras y Costa Rica) con la aportación que hicieron indios, mestizos, criollos y españoles, en lo que fue una contribución excepcional de los hispanos a la derrota de Inglaterra y a la independencia de los Estados Unidos.

[J. M. G. A.]

One man would contribute decisively to the solution of this grave problem. His name was Francisco de Saavedra, and he had arrived in Cuba the year before as special envoy of the king to oversee Spanish military operations in America. Saavedra and Grasse agreed that Spain would loan the rebels 500,000 pesos, and on August 17, the money, which was raised within 48 hours from organizations and individuals in Havana, left Cuba on the frigate *Aigrette*. Also on board, with Saavedra's approval, was a reinforcement of 3,000 French soldiers, under the command of Marquis de Saint Simon. They had been with Gálvez's troops, ready for a possible invasion of British Jamaica.

Grasse reached the coast of Virginia on August 30, and on September 5, the treasurer of the French army handed Morris 26,000 pesos with which to remunerate Washington's men. It was the first time many of them had been paid. On September 22, the French army stationed in Williamsburg received several barrels and crates filled with cash. The French commissioner of finances, a man named Blanchard, recalls that the floorboards of the house where the money was taken crashed under the weight of the containers.

The military operations were now able to proceed against the English general Lord Cornwallis, who was now, in effect, surrounded in Yorktown. Washington's North American troops and Rochambeau's French forces, with the vital reinforcement by the 3,000 men authorized by Saavedra and Gálvez, laid siege to the city until October 17, when the British raised the flag of surrender. It was the decisive victory of the war, which would end formally with the peace treaty signed in Paris on September 3, 1783.

Rochambeau's army received further consignments of money from France in the months to follow. However, Grasse, who had to pay and feed more than three times as many men in his fleet, had to turn once more to Spain for assistance. Again, Saavedra came to his aid, this time with a total of 2,000,000 pesos collected in Mexico between September and December, 1781.

The financial situation improved only marginally for the Americans. On October 17, Robert Morris wrote Washington the following: "the little money that is available to me is lost in a thousand different directions and will soon be fully spent." Morris approached the Spanish governor of Cuba once more, and on January 31, 1782, the two frigates *Duc de Lauzun* and *Alliance* set sail from Havana with 72,447 pesos on board, which were unloaded in Newport (Rhode Island) twenty days later. It is clear, from some of Washington's complaints about "the lack of rum, wheat, and vinegar..." for his soldiers, that supply problems persisted through the summer of 1782. Luckily, at the end of the previous year, he had received a large shipment of uniforms from Spain and at least was able to use these to outfit many of the men in the Continental Army.

Spain honored its alliance, not only with the blood shed by its men, but also with silver collected in Cuba and in New Spain (now Mexico, Salvador, Guatemala, Honduras, and Costa Rica), and with the participation of Indians, *mestizos*, Creoles, and Spaniards, in what was an exceptional Hispanic contribution to the defeat of Great Britain and the independence of the United States.

[J. M. G. A.]

Bahamas: españoles
en barcos americanos

Bahamas: Spaniards
Aboard American Ships



En abril de 1782, el jefe del Ejército de Operación español, el teniente general Bernardo de Gálvez, decidió acabar con la presencia británica en las islas Bahamas, ya que era un peligro para la navegación de los buques españoles y norteamericanos. Dado que Gálvez se hallaba en Santo Domingo, preparando la invasión de Jamaica, y los buques de la armada estaban con él o en otras operaciones, el capitán general de Cuba, Juan Manuel Cagigal, pidió ayuda para transportar el convoy con la infantería española a una pequeña escuadra norteamericana que estaba anclada en La Habana.

Así, en la expedición contra las Bahamas, participaron, por parte española, solo lanchas cañoneras, embarcaciones pequeñas de transporte y la fragata armada *San Antonio*.

Por parte norteamericana, el buque mayor era la fragata *South Carolina*, un barco de origen francés al mando de Alexander Gillon, de la marina de la colonia de Carolina del Sur.

La escuadra combinada hispano-norteamericana se componía de unos cincuenta buques que transportaban a unos 3.000 soldados de infantería y varias piezas de artillería. Guiados por los norteamericanos, a través de los peligrosos canales de las Bahamas que estos conocían bien, el 23 de abril, el convoy llegó frente a la ciudad de Nassau, en la isla de Providence. Cagigal ordenó ocupar el islote de Hogh con la infantería y artillería, ya que, desde allí, la ciudad y sus defensas quedaban fácilmente a tiro de las fuerzas españolas.

Tras algún intercambio de disparos y varios días de conversaciones, en las que intervino Francisco de Miranda, por entonces oficial español y ayudante de Cagigal y más tarde líder de la independencia de Venezuela, los ingleses izaron bandera blanca. El gobernador inglés John Maxwell rindió a Su Majestad Católica el fuerte Montagu y todas las islas el 8 de mayo de 1782.

Junto con una acción de combate en Illinois en 1780 y el ataque al Misisipí y a La Mobila, esta fue una de las únicas cuatro acciones de la Guerra de Independencia de Estados Unidos en que intervinieron efectivos españoles y norteamericanos combinadamente.

[J. M. G. A.]

In April, 1782, the commander of the Spanish *Ejército de Operación*, Lieutenant General Bernardo de Gálvez, decided it was time to end British rule in the Bahamas, since it posed a constant threat to the Spanish and North American ships navigating those waters. Because Gálvez and part of the naval fleet were in Santo Domingo readying for an invasion of British Jamaica, and the ships of the Armada were involved in this and other operations, the captain general of Cuba, Juan Manuel Cagigal, requested aid in transporting the convoy with the Spanish infantrymen to a small North American squadron anchored off Havana.

As a result, the only Spanish vessels to take part in the expedition against the Bahamas were gunboats, small transport ships, and the armed frigate *San Antonio*. The largest North American vessel, on the other hand, was the *South Carolina*, a frigate of French origin in the service of the navy of South Carolina, under the command of Alexander Gillon.

The joint Hispanic-American squadron was composed of some 50 vessels transporting approximately 3,000 infantry soldiers and several pieces of artillery. It was steered through the dangerous channels of the Bahamas by the North Americans who knew the area well, and it reached the waters fronting the city of Nassau, at Providence Island, on April 23. Cagigal ordered his infantry and artillery to occupy the islet of Hogh. From there, the city and its defenses were within easy firing range of the Spanish forces.

After a brief exchange of fire followed by several days of negotiation in which Francisco de Miranda, a Spanish officer, aide to Cagigal, and future leader of Venezuelan independence, played an important role, the English laid down their arms. On May 8, 1782, Governor John Maxwell surrendered Fort Montagu and all the islands to the Spanish Catholic monarch.

This campaign was one of only four military operations carried out by joint Spanish and North American forces in the United States War of Independence, the other three being the battle in Illinois in 1780, the attack along the Mississippi, and the assault on Mobile.

[J. M. G. A.]

Naciones indias,
europeos, africanos
y americanos en la
Arkansas española,
1763-1804

Indian Nations,
Europeans, Africans,
and Americans
in Spanish Arkansas,
1763-1804



En 1763, Francia cedió a España La Luisiana, un enorme territorio de fronteras indeterminadas desde el golfo de México a Canadá, en la orilla oeste del río Misisipí, que hacía de frontera con el territorio de Gran Bretaña. En dichas tierras vivían numerosos pueblos indios, que las consideraban suyas. Entre ellos también había rivalidades territoriales e intereses contrapuestos. Los pueblos indios dividían sus alianzas políticas y sus relaciones comerciales con los europeos en función de la ubicación de sus territorios, al este o al oeste del Misisipí, o de su conveniencia según el momento.

Cuando España se hizo cargo de La Luisiana, en lugar de aplicar el sistema colonial español vigente en el resto de los territorios de la Corona, consideró más adecuado mantener el sistema de sus antecesores franceses: comercio y diplomacia de alianzas basadas en regalos de simbología política (medallas y banderas) y mercancías. Se ilegalizó la esclavitud de los indios. El comercio era importante en las relaciones con estos, mucho más numerosos que la población europea. Los franceses de La Luisiana se convirtieron en súbditos de la Corona Española y los militares juraron lealtad a España y pasaron a ocupar puestos de responsabilidad. Un brote de rebelión local fue sofocado y la población, poco a poco, fue aceptando a las nuevas autoridades. Sin duda, ayudó a esta aceptación que se respetaran las condiciones existentes. Los gobernantes españoles de la época de la Ilustración mostraron una apertura y una adaptabilidad que permitió su mayor objetivo: mantener el territorio frente a los británicos y proteger Nueva España. Menos éxito tuvieron en impedir la penetración de mercancías inglesas en La Luisiana, más baratas y abundantes que las españolas. La barrera al contrabando tenía objetivos económicos y estratégicos, porque las relaciones comerciales con los británicos debilitaban las alianzas con los pueblos indios y, por tanto, el control sobre el territorio. De esta rivalidad imperial supieron sacar ventaja los indios, que desplegaron una hábil diplomacia adaptada a los cambios.

En La Baja Luisiana, entre la capital Nueva Orleans y la recientemente fundada San Luis, se encontraba el puesto de Arkansas, un pequeño fuerte con destacamento militar y familias en su mayoría francesas. En sus bosques vivían cazadores y tramperos con sus familias y, también, comerciantes itinerantes. El puesto de Arkansas se había establecido en la época francesa en la vecindad de tres aldeas quapaws, llamadas Oghappas, Othonalimon y Ossothous, buscando su protección. Los quapaws mantuvieron la alianza con los españoles. En 1777, las tres aldeas sumaban un total de 309 habitantes, según el censo que envió el comandante Baltasar de Villiers al gobernador Bernardo de Gálvez. Otros pueblos indios de la zona eran los osages, en el noroeste; los cados, al sureste y los tunicas, al sur. Al otro lado del Misisipí vivían los chotos y los chिकासos, estos últimos estrechos aliados de los británicos.

Los osages, muy numerosos y expansionistas, ambicionaban las tierras de caza de los quapaws. Las incursiones violentas de los osages contra cazadores, indios o europeos, no desaparecieron durante la época española en Arkansas. Sin embargo, no se realizó un ataque en toda regla contra ellos por no disponer de suficientes fuerzas, ni perjudicar el rico comercio peletero de San Luis.

In 1763, France relinquished Louisiana to Spain. It was an enormous territory of indeterminate boundaries, extending from the Gulf of Mexico to Canada along the eastern bank of the Mississippi River, where it fronted British territories. The area was inhabited by various Indian tribes who considered the land theirs. Rivalries also existed among the tribes, as well as opposing interests, and the Indian peoples formed different political alliances and made various trade deals with the Europeans, depending on which part of the territory they occupied, east or west of the Mississippi, and the advantages of the moment.

When Spain took over Louisiana, rather than establish the Spanish colonial system common to other territories of the Crown, it decided to retain the system previously set up by the French: commercial and diplomatic alliances based on an exchange of merchandise and of gifts that symbolized political power (medals and banners). The slavery of Indians was declared illegal. Commerce was vital toward good relations with the Indian peoples, who were far more numerous than the European newcomers. The Louisiana French became subjects of the Spanish Crown, and the military pledged their loyalty to Spain. Soon they were occupying positions of leadership. A small local rebellion flared up early on, but it was quickly quelled, and the population gradually came to accept the new authorities. Undoubtedly, respecting the status quo contributed positively to the transition. The openness and adaptability displayed by these Spanish governors of the Enlightenment contributed to the greater objective of keeping the territory free from British incursions and protecting New Spain. The Spaniards were less successful in impeding the entry of English products into Spanish Louisiana, since these goods were less expensive and more abundant than the Spanish ones. Curbing smuggling was important for financial and strategic reasons. Commercial dealings with the British weakened the Spanish alliances with the Indian peoples, and consequently, Spanish control over the territory. The Indians would often take advantage of this imperial rivalry, displaying diplomatic savviness in their adaptability to change.

In Lower Louisiana, between New Orleans, the capital, and the recently founded city of St. Louis, lay the outpost of Arkansas, a small fort with a military detachment and their families, most of which were French. In the surrounding woods lived hunters and trappers, also with their kin, as well as itinerant merchants. The French had established the outpost of Arkansas near three Quapaw villages named Oghappas, Othonalimon, and Ossothous, seeking their protection. The Quapaw maintained a similar political alliance with the Spaniards. From the results of a 1777 census sent by the local commander Balthazar de Villiers to Governor Bernardo de Gálvez, we know there were 309 inhabitants in the three villages. Other Indian tribes in the area were the Osage in the northeast, the Caddo in the southeast, and the Tunica in the south. On the other side of the Mississippi lived the Chota and the Chickasaw Indians, who had forged close ties with the British.

Los documentos españoles, en especial la frecuente correspondencia entre el comandante del puesto y el gobernador de Nueva Orleans, reflejan la vida en este territorio de frontera y la estrecha relación con los indios, sobre todo, con los quapaws. Así, el comandante Fernando de Leyba informaba al gobernador Luis Unzaga y Amezaga que «estos indios están en el puesto cada día y casi todas las noches». Los quapaws iban al fuerte a comerciar, a beber alcohol y a ser invitados por el comandante. La hospitalidad era necesaria para mantener las buenas relaciones con los indios. La política española, su puesta en práctica y las dificultades para implementarla se reflejan claramente en los documentos españoles de Arkansas.

A lo largo de la época española, el puesto tuvo comandantes de apellidos franceses y españoles y la correspondencia con el gobernador se realizaba en la lengua del comandante. Las relaciones con los indios se mantenían vía intérprete, generalmente un habitante del puesto de origen francés, que recibía un nombramiento y un sueldo oficial.

La vida en Arkansas transcurría centrada en la caza, el comercio y el apoyo estratégico y logístico entre Nueva Orleans y San Luis, y los problemas de seguridad por las incursiones de los osages. Un reto importante para los españoles era la presencia y agresividad comercial de los británicos, cuyas actividades de contrabando eran difíciles de impedir dado el escaso número de tropa, lo extenso del territorio y el interés de los quapaws por las mercancías inglesas.

El aislamiento de aquel puesto de frontera tampoco ayudaba a su crecimiento. Según un informe del comandante Fernando de Leyba al gobernador Unzaga y Amezaga, el viaje a Natchitoches, la población más cercana, podía tomar diez días si las aguas del río estaban bajas.

El ciclo climático de inundaciones del río y sequías de la zona afectaba a la vida de sus habitantes, europeos e indios. Los quapaws, fundamentalmente las mujeres, cultivaban maíz, calabazas, melones y habichuelas. En el puesto de Arkansas se cultivaba maíz, tabaco y trigo, entre otros productos, pero el desarrollo de la agricultura fue modesto. Los documentos indican que las malas cosechas impedían garantizar periódicamente la subsistencia de los habitantes, que necesitaban de la harina y de otros alimentos que recibían vía fluvial desde distintos establecimientos de La Luisiana. A pesar de los esfuerzos de los sucesivos comandantes por promover la agricultura, las actividades más importantes eran la caza y el comercio.

La vida de Arkansas fue alterada por la Guerra de Independencia de los colonos americanos. Años antes de que España participara oficialmente en la guerra contra Gran Bretaña, La Luisiana ya jugó un papel importante en la ayuda española a los independentistas. El gobernador Bernardo de Gálvez, desde Nueva Orleans, enviaba dinero, alimentos, armas, medicinas, uniformes, mantas y otros artículos, Misisipí arriba, con destino a los independentistas americanos y había ordenado que se les diera refugio y protección en los establecimientos y puestos de La Luisiana. Así, el puesto de Arkansas sirvió de apoyo al tráfico y las

The Osage, a large tribe with expansionist ambitions, coveted the Quapaw hunting grounds, and violent Osage forays against both Indian and European hunters continued in Arkansas under Spanish rule. However, the Spaniards, who were short on manpower, did not carry out an organized campaign against the tribe. They were also wary of the effect of open hostilities on the lucrative fur trade with St. Louis.

Spanish records, particularly the frequent correspondence between the post commander and the governor of New Orleans, reflect the daily life of this frontier land and the close relations established with the Indian people, especially the Quapaw. For example, Commander Fernando de Leyba would inform Governor Luis Unzaga y Amezaga that “these Indians are in the post practically every day and every night.” The Quapaw would go to the fort to engage in trade, to drink alcohol, and also to be guests of the commander, whose hospitality was essential to maintaining good rapport with the Indians. Spanish historical documents clearly reflect what Spain’s policies were and how they were put into practice, as well as the difficulties of their implementation.

Throughout the Spanish era, the post had some commanders with French surnames and others with Spanish surnames, and the correspondence with the governor was carried out in the commander’s native tongue. Agreements with the Indians were negotiated through an interpreter, often a settler of French descent who held an official title and received a salary for his service.

Life in Arkansas was characterized by hunting, commerce, the strategic and logistical support between New Orleans and St. Louis, and the constant security problems posed by Osage raids. The aggressive commercial activities of the British, in the form of recurrent smuggling, also presented a major challenge. Yet, it was practically impossible to curtail it, given the shortage of men, the extent of the territory, and the interest of the Quapaw in British goods.

The isolation of that frontier post also hindered its growth. In a report to Governor Unzaga y Amezaga, Commander Fernando de Leyba remarked that a trip to Natchitoches, the nearest village, could take as many as ten days if the waters of the river were low.

The area’s climatic cycles of river floods and droughts impacted the life of its inhabitants, whether European or Indian. The Quapaw, mostly the women, grew corn, squash, melons, and beans, while corn, tobacco, and wheat, among other produce, were grown inside the post. Yet, overall, farming methods developed very slowly. Records show that recurring poor harvests meant the seasonal subsistence of the inhabitants was often at risk; they relied on wheat and other food staples that the river brought from various settlements scattered in Spanish Louisiana. Despite the efforts of a succession of commanders to improve agriculture, hunting and trade remained the leading means of livelihood.

Life in Arkansas changed with the North American War of Independence. Years before Spain signed its declaration of war against Great Britain, Spanish

comunicaciones, de cobijo a los rebeldes y de parada en sus visitas a Nueva Orleans, donde el gobernador les recibía y les procuraba información estratégica y ayuda material.

Cuando España entró en guerra contra Inglaterra en 1779, La Luisiana se convirtió en teatro de operaciones. Desde Nueva Orleans, el gobernador Gálvez conquistó Manchac, Baton Rouge, La Mobila y Pensacola, obteniendo la posesión de La Florida occidental. Nueva Orleans era una capital estratégica importante, con control sobre el golfo. Pero otros puestos y pueblos españoles eran objeto de posibles ataques de los británicos y el tráfico en el río Misisipí estaba amenazado.

En mayo de 1780, San Luis fue atacado por los británicos y sus aliados indios. El antiguo comandante de Arkansas, Fernando de Leyba, entonces comandante de San Luis, repelió el ataque. Meses después, tropas españolas de San Luis tomaron brevemente el fuerte británico de San José, a orillas del lago Michigan.

Arkansas también podía temer acciones de los ingleses. James Colbert, que había participado en la defensa de Pensacola, y un número de lealistas con fuertes lazos con los chickasos, desde sus bases del otro lado del Misisipí, se dedicaban a abordar los barcos que surcaban el río, capturar rehenes y amenazar a los españoles. Una de sus capturas más importantes fue la de Nicanora Ramos, esposa del vicegobernador de Illinois, y sus cuatro hijos.

El comandante del fuerte de Arkansas, consciente de su vulnerabilidad y con la colaboración de los habitantes civiles, inició el traslado y la construcción de un nuevo fuerte de mayor tamaño, para que sirviera de refugio a todas las familias. Lo llamó Fuerte San Carlos. El tan temido ataque se produjo cuando se había acabado la guerra, pero las noticias aún no habían llegado a aquel puesto de frontera. La noche del 17 de abril de 1783, Colbert y su banda de lealistas ingleses, junto a un grupo de chicasos, atacaron el fuerte por sorpresa. Habían conseguido que el jefe quapaw Angasca les dejara paso, diciéndole que eran americanos de visita al fuerte. Cayeron sobre el pueblo tomando como rehenes a varias familias, entre ellas, al segundo oficial del puesto Louis de Villars y su esposa María Luisa Vallés. El comandante Jacobo Dubreuil y los soldados y civiles del puesto consiguieron repeler el ataque, aunque tres soldados españoles resultaron muertos. Cuando los atacantes ya huían, apareció el jefe Angasca con sus guerreros y se ofreció a rescatar a los rehenes. Angaska consiguió negociar la liberación de la mayoría, pero Colbert se negó a entregar a algunos, entre los que había varios esclavos domésticos negros.

Tras el ataque, la vida en Arkansas transcurría de forma parecida a la época prerrevolucionaria: la caza, los problemas de seguridad en los bosques por las acciones de bandas de osages y el apoyo a las comunicaciones por el Misisipí. La gran diferencia era que los americanos sustituían a los británicos al otro lado del río y el expansionismo del joven país y la penetración de la cada vez más numerosa población americana iba a ser mucho más difícil de detener.

Louisiana was already playing an important role in providing aid to the rebels. From New Orleans, Governor Bernardo de Gálvez was sending money, foods, arms, medicines, uniforms, blankets, and other goods up the Mississippi River to the revolutionary troops. He had also ordered that refuge and protection be extended to the rebels in Louisiana's posts and settlements. Thus, the Arkansas post served to support the traffic of goods and the interchange of communications. It also served as a sanctuary for the revolutionaries and a stopover for travelers on their way to New Orleans to meet with the governor, who would provide them with strategic information and material aid.

When Spain entered the war officially in 1779, Spanish Louisiana was turned into a theater of operations. Setting out from New Orleans, Governor Gálvez seized Manchac, Baton Rouge, Mobile, and Pensacola, in effect dominating all of West Florida. New Orleans was now strategically vital, as it controlled the Gulf. However, other Spanish posts and population centers became possible targets of British attacks, and the traffic on the Mississippi was under threat.

In May, 1780, joint British and Indian forces attacked St. Louis. Fernando de Leyba, former commander of Arkansas, now commander of the city, repelled the assault. Months later, the Spanish troops took the British fort of St. Joseph (on the shores of Lake Michigan), but they held the post only briefly.

Arkansas was also vulnerable to English attacks. James Colbert, who had taken part in the defense of Pensacola, and a number of Loyalists with strong ties to the Chickasaw would lie in wait along the banks of the Mississippi and board the ships navigating the river, taking hostages and threatening the Spaniards. One of the most notable captures was that of Nicanora Ramos, the wife of the vice-governor of Illinois, and their four children.

Aware of the post's vulnerability and with help from its civilians, the commander of the Spanish fort in Arkansas began construction of a new and larger fort, which he called San Carlos, and then moved all the families into it for their protection. The greatly feared attack did not occur until after the war, when news of the peace agreement failed to reach the frontier outposts in time. On the night of April 17, 1783, Colbert and his band of British Loyalists, joined by a group of Chickasaw, staged a surprise attack. They had persuaded the Quapaw chief Angaska to allow them entry, convincing him that they were Americans who had come to visit the fort. Once inside, they fell upon the inhabitants, taking several families hostage, including second officer Louis de Villars and his wife Maria Luisa Vallés. Commander Jacob Dubreuil led the soldiers and civilians in the post in a counterattack and managed to repel the enemy, but not before three Spanish soldiers were killed. As the attackers were fleeing, chief Angaska arrived with his warriors and offered to rescue the hostages. He was able to negotiate the release of most, but Colbert refused to hand over some of his captives, including several black domestic slaves.

Para fortalecer La Luisiana, los gobernadores promovieron activamente la inmigración no solo de población española sino, a diferencia de la política inmigratoria del resto del imperio español, también, de población extranjera, ofreciendo importantes concesiones de tierras. Las medidas inmigratorias fueron variando. El gobernador Esteban Miró permitió la inmigración de familias americanas, entre otras nacionalidades. Años después, y en vista del rápido crecimiento de la población americana al este del Misisipí que cruzaba la frontera y se asentaba en territorio español, los gobernadores Luis Héctor de Carondelet y Manuel Gayoso de Lemos excluyeron a los americanos «excepto a los que tuvieran las mejores referencias». Pero la penetración americana en el distrito de Arkansas se producía con o sin el permiso de las autoridades. Los comandantes del puesto reportaban estas noticias expresando su impotencia para evitar asentamientos en zonas alejadas del puesto. Posiblemente, durante los últimos años de la época española, el número de habitantes americanos superara al de cualquier otro grupo de origen europeo.

Los pueblos indios de Arkansas, como había ocurrido con sus antecesores ingleses, comerciaban con los americanos que, cada vez más en mayor número, se establecían en el norte de Arkansas. El nuevo país pronto iba a hacerse cargo del territorio, con sus tierras y sus gentes, y la capacidad de los indios para defender sus intereses mediante la diplomacia se evaporaba.

La noticia de la cesión de La Luisiana a Francia y de la venta de esta a los Estados Unidos llegó mucho más tarde a Arkansas. El 17 de marzo de 1804, el capitán Francisco Caso y Luengo traspasó oficialmente el puesto y las tierras al teniente James B. Many, del ejército de los Estados Unidos. El documento de cesión no menciona a los pueblos indios. Había comenzado otra época.

En resumen, Arkansas durante la época española fue un territorio de frontera con una variada población francesa, española, de origen africano, inglesa, alemana, holandesa y americana. El censo de 1769 reflejaba una población de ochenta y nueve personas y el de 1798, de trescientas noventa y tres. La población era elevada porque los censos no incluían a los cazadores y tramperos y sus familias, que vivían en los bosques y rara vez bajaban al pueblo. Mucho mayor era el número de nativos americanos.

El puesto de Arkansas, en la frontera del imperio español, desarrolló su función con muy pocos medios. Cumplió el objetivo principal: servir de barrera frente a los británicos. Fue importante en la ayuda española a los independentistas americanos, a los que acogió como visitantes y a los que facilitó recibir ayuda material. Como consecuencia, el fuerte recibió un ataque de los británicos con aliados chicasos que consiguió repeler. Arkansas también tuvo un papel relevante en las comunicaciones entre Nueva Orleans y San Luis y apoyó el desarrollo del oeste. La población fue

After the attack, life in Arkansas reverted to its prerevolutionary pace: hunting, facing the danger posed by Osage raids in the surrounding woods, and supporting commerce along the Mississippi. The main difference was that the British had been replaced by the Americans on the other side of the river, and it would become far more difficult to restrain the expansionism of the young nation with its increasingly large population.

In order to fortify Spanish Louisiana, successive governors employed immigration policies that were alien to the rest of the Spanish empire; they promoted immigration, not only among Spaniards, but also among foreigners, offering them substantial land grants. These policies would vary from time to time. Governor Esteban Miró allowed the immigration of American families, among other nationalities. Years later, concerned with the increasing number of Americans from lands east of the Mississippi now settling in Spanish territory, Governors Luis Héctor de Carondelet and Manuel Gayoso de Lemos excluded most Americans from immigrating, “except those with exceptional references”. But the American population in Arkansas would grow with or without official approval. The post commanders reported their inability to stop the immigrants from settling in those areas that were distant from the outpost. Quite possibly, during the last years of the Spanish era, the number of Americans in the area exceeded that of any other group of European descent.

The Indian peoples of Arkansas traded with the fast-growing American population, particularly those settling in the northern reaches, much as they had done with their English precursors. The new nation would soon take control of the territory, its land and its inhabitants, and the ability of the native Indian population to guard its interests through diplomacy was evaporating.

News that Spain had ceded Louisiana to France and that France had sold the territory to the United States reached Arkansas far later than it did other parts of the country. On March 17, 1804, Captain Francisco Caso y Luengo yielded command of his post and the surrounding lands to Lieutenant James B. Many of the United States Army. The transfer agreement made no mention of the Indian population. A different era had begun.

In summary, during the Spanish period, Arkansas was a frontier territory with a diverse population composed of French and Spanish inhabitants, as well as those of African, English, German, Dutch, and American descent. Eighty-nine people registered during the 1769 census; by 1798, there were 393. The total population was actually higher, since the census did not count hunting parties or trappers and their families, who lived in the woods and rarely came to town. The number of Native Americans was much greater than recorded.

During the days of the Spanish frontier, the Arkansas post carried out its mission with meager resources. It fulfilled its main objective, to act

creciendo, algunas familias atraídas por las medidas inmigratorias, otras eran parte del movimiento migratorio producido por el empuje del nuevo país.

Finalmente, la época española sirvió para que tengamos abundante información de la vida de los pueblos indios que vivían en las tierras de Arkansas y alrededores. Sabemos de su modo de vida, de las relaciones amistosas o belicosas entre ellos y de cómo supieron defender sus intereses frente a franceses, españoles, ingleses y americanos. Los documentos españoles nos dan información sobre el clima, la fauna, la agricultura, los ríos y las comunicaciones en ellos, las riquezas peleteras de sus bosques y la importancia del comercio del Misisipí. Estos documentos son muy valiosos para estos pueblos indios, puesto que en ellos se refleja, a través de otros ojos, la vida en sus territorios, unas pocas décadas antes de que fueran obligados a abandonar sus tierras y su modo de vida para siempre. Quizá este sea el legado más importante de las cuatro décadas de presencia española en Arkansas.

[Carmen González López-Briones]

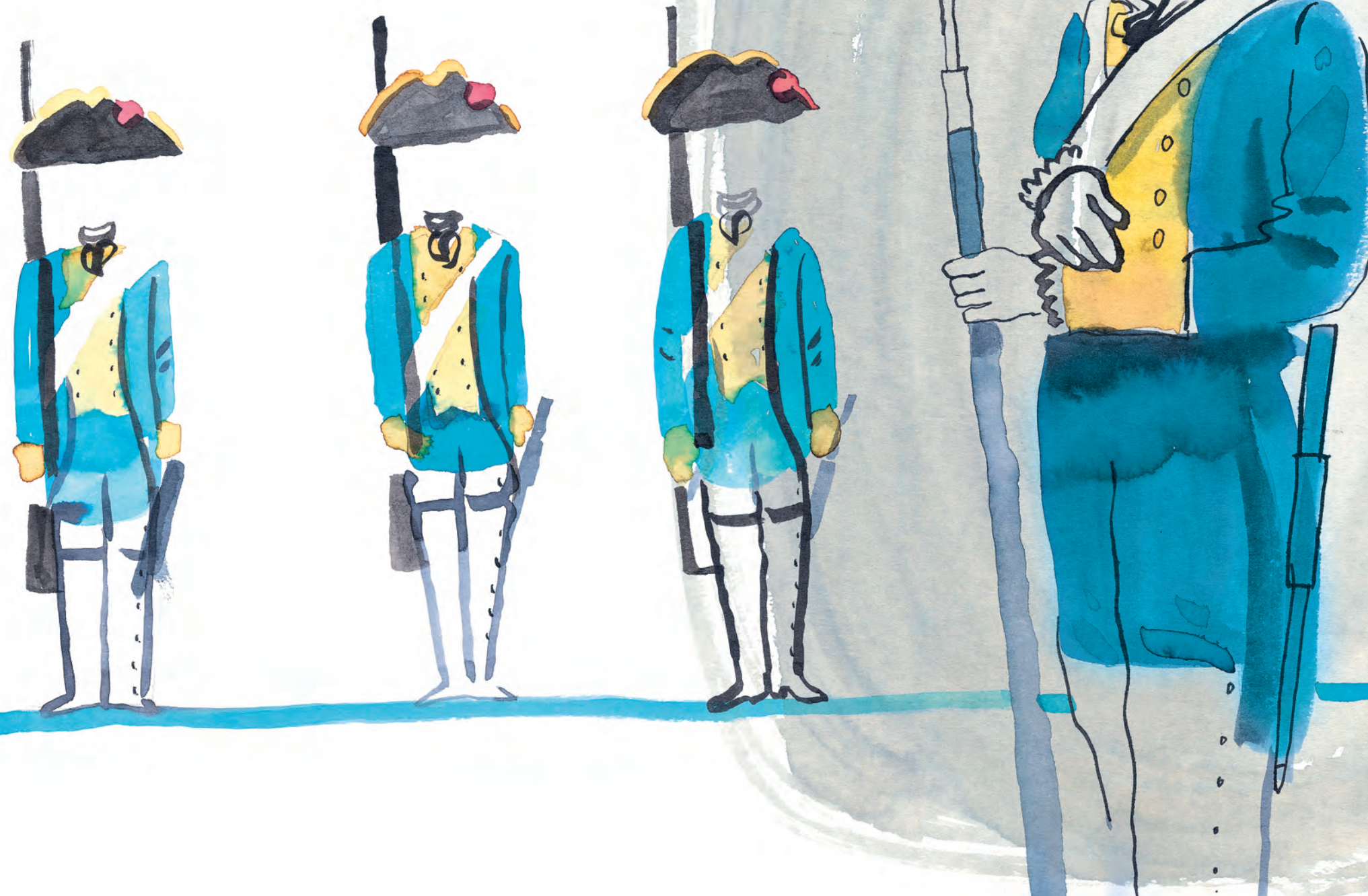
as a barrier against the British, and it was an important contributor to Spain's support of the American revolutionaries, whom it welcomed as visitors and to whom it provided material aid. As a result, it became the target of a British and Chickasaw attack that it managed to repel. Arkansas also played an important role in the communications between New Orleans and St. Louis, and it furthered the development of the West. Its population kept growing, through families drawn by the immigration policies and through the influx of others who were a part of the great migratory movement produced by the pulse of the new nation.

Lastly, the Spanish era served to preserve abundant information about the life of the Indian peoples who inhabited Arkansas and its environs. We know of their way of life, the friendly and hostile relations among them, how they learned to guard their interests against the French, the Spanish, the English, and the Americans. Spanish records give us details about the climate, the fauna, the agriculture, the river and its communications, the fur trade whose rich resources lay in the forests, and the importance of the Mississippi for commerce. These documents are of particular value to the Indian peoples, because they allow them to see their own lives and their livelihoods through the eyes of others, as well as the lands they would have to abandon in just a matter of decades. Perhaps this is the most important legacy of the four-decade Spanish presence in Arkansas.

[Carmen González López-Briones]

Mujeres en la paz
y en la guerra

Women in Peace
and in War



*Mas vela con cuidado el alcázar del pecho porque al
corazón libre no le hagan prisionero.*

MARÍA GERTRUDIS HORE, POETA GADITANA (1742-1801)

*How the breast safeguards her fortress, lest her free
heart be taken prisoner.*

MARIA GERTRUDIS HORE, CÁDIZ POET (1742-1801)

El relato histórico dibuja, frecuentemente, un colectivo femenino que poco o nada tenía que aportar a su entorno político o social, más allá del doméstico, limitado a las paredes de la casa. Se trata de un discurso muy lineal, en el que el hombre sería un protagonista único, mientras que las mujeres quedaban relegadas a un papel inerte.

Durante el siglo XVIII, la vida de cualquier mujer de extracción humilde, en puntos tan alejados como Segovia y Baltimore, encontraba multitud de similitudes. Nacían en un entorno con bajas perspectivas intelectuales y una enorme necesidad de subsistencia, recibían una escasa o nula educación, tan inexistente como la que, probablemente, recibían sus hermanos varones, ya que la educación se consideraba una distracción innecesaria para quienes debían pasar el grueso de sus jornadas trabajando para sobrevivir. Aprendían desde muy temprano a realizar tareas domésticas además de las propias del oficio familiar. Trabajaban, posiblemente, fuera del ámbito de su casa, realizando algún servicio como lavandera, criada, cocinera o costurera. En este caso sí, por un salario menor que el de sus hermanos varones y que, además, entregarían a sus progenitores, gestores de la economía familiar. Llegado el momento, generalmente a una edad temprana, contraían matrimonio con la aprobación o intermediación de sus padres y, quizá entonces, abandonaban el hogar familiar.

Atendían fielmente sus asuntos religiosos, sabían bordar y tejer, su indumentaria era sencilla y bastante similar. Estaban igualmente expuestas a las enfermedades, las aguas en mal estado, las complicaciones de un parto difícil o la hambruna por una mala cosecha y se entretendrían del mismo modo con las anécdotas y chismes de su entorno más cercano.

The historical narrative often delineates a collective feminine identity confined to the perimeter of her home, with little or nothing to contribute to the political and social environment beyond her domestic setting. We are given a linear discourse, wherein men are the only protagonists and women are relegated to a meaningless role.

During the 18th century, women of limited means shared a multitude of characteristics, whether they lived in Segovia or in Baltimore. Born into a life with low intellectual perspectives and a pressing need to survive, they received little if any schooling, perhaps comparable to that of their brothers, since education was considered a superfluous diversion for anyone whose day was largely devoted to eking out a living. From a very early age, they learned to do household chores, as well as the skills of the family trade. They might find work away from home as washerwomen, maids, cooks, or seamstresses. In these cases, they were paid less than their brothers and were expected to turn their earnings over to their parents, the managers of the family finances. At the appropriate time, usually at an early age, they were married, with the approval or at the behest of their parents, and possibly left the family home.

They fulfilled their religious duties faithfully; they could embroider and knit; their clothing was simple and similarly styled. They were exposed, as humble women everywhere, to illnesses, to polluted waters, to complications during childbirth, and to the hunger caused by poor harvests. Most likely, they entertained themselves by sharing anecdotes and gossiping about the goings-on in their immediate surroundings.

Si hay algo que diferenciaba la existencia de la mujer nacida en territorio español de cualquier otra mujer era la ley bajo la que se amparaban.

Las leyes españolas eran paternalmente proteccionistas, otorgaban a las mujeres derechos y espacios legales propios. No perdían su apellido ni su condición de individuo autónomo al contraer matrimonio y, como tal, tenían poder sobre sus asuntos legales y su patrimonio. Eran herederas por derecho y podían dejar su herencia a quien desearan, conservaban sus dotes y derechos de propiedad al margen del casamiento y, en el caso de pertenecer a familias acomodadas, manejaban una cantidad de dinero que quedaba fuera del control de sus esposos. Transmitían y recibían títulos y linaje. Además, les pertenecía por ley la mitad del patrimonio acumulado durante el matrimonio si quedaban viudas y, en caso de maltrato o desavenencias demostrables, podían pedir la separación y el reintegro de la dote, como también solicitar pensiones de manutención de los hijos, incluso los ilegítimos. La presencia de la mujer española en la esfera productiva y social era relevante y estaba lejos de ser inerte. En una sociedad altamente jerarquizada, donde los hombres gozaban de la plenitud de derechos, su actividad quedaba siempre relegada a un escalón inferior, sin embargo, aprovecharon todos los posibles resquicios existentes en el sistema legal, para adquirir y ampliar poder y beneficios que poder gestionar como desearan.

En el escalón más primario de la economía, su presencia en la actividad agrícola era fundamental. En Valencia, por ejemplo, en el importantísimo negocio de la seda, la fase inicial del proceso de producción, la cría de gusanos y la obtención de la fibra de los capullos, para elaborar los tejidos de seda en los telares, era un trabajo, realizado por las mujeres y los niños, que se hacía en las andanas de las casas.

La educación que recibían las mujeres era simplista y no ponía a prueba sus capacidades o límites para trascender. No podemos conocer el alcance de nuestras propias capacidades si nunca han sido puestas a prueba, pero, como herederas de sus padres o sus maridos, las mujeres que recibían una empresa familiar que mantener requerían de inteligencia práctica, competencia para la administración y visión comercial. Encontramos en el archivo de Cádiz a María de Aranda, propietaria de una imprenta en 1739; en el archivo municipal de Burgos, las imprentas de las viudas de Marín o de José de Astulez; en 1776, a María Antonia Ferrer y Pinos quien, además de ser Hermana de la Mesta (ganadera), tenía negocios mercantiles en el puerto de La Habana. Otras llegaron a alcanzar importantes fortunas, como Ana de Elorriaga y Endaya, cuyo negocio mercantil en 1766 alcanzaba varios puertos europeos, la Península, Nueva España y Filipinas.

Aquellas que tuvieron acceso al estudio académico alcanzaron la erudición como un acto de amor propio y poder sobre sí mismas y su entorno. Podríamos encontrar en esa lista a cualquiera de los miembros de la Junta de Damas de Honor y Mérito, sociedad intelectual y filantrópica femenina fundada en 1787, que abogaba por la instauración de un sistema educativo

If there was anything that separated the existence of a woman born in Spanish territory from that of any other woman, it was the law that sheltered them.

Spanish laws were paternalistically protective; they granted women specific rights and a legal standing. Women did not lose their surname or their autonomous identity with marriage, which meant they had final say over their personal legal issues and patrimony. They had the right to inherit and to bequeath their property as they saw fit; they retained ownership of their dowry and personal possessions, apart from marriage; and if they came from affluent families, they managed a certain amount of money which was out of their husband's control. They were bestowed and could bestow titles and lineage. In addition, if they were widowed, they had legal ownership of half of the wealth accrued during their marriage. In cases of abuse or manifest discord, they could apply for a separation from their husbands with a full return of their dowry. They could also ask for child support, including for illegitimate children. A Spanish woman's presence made a difference in the productive and social spheres of society; it was far from being meaningless. In a highly hierarchical world, where men enjoyed full rights, a woman's activity was relegated to a lower tier; yet, women would take advantage of every possible legal loophole to acquire power to their benefit and to manage their affairs as they desired.

In the most basic economic level, that is to say, farming, a woman's role was crucial. In Valencia, for example, the very first steps in silk manufacturing, which was a major industry, involved raising silkworms and extracting the thread from the cocoons, before spinning the silk fabrics in looms. It was a process carried out by women and children, using wooden platforms erected in their houses.

The education women received tended to be simple and did not test their abilities or attempt to transcend their limitations. We cannot know the extent of our capacities unless they are put to the test, and yet as heirs of their parents or husbands, what these women needed was practical know-how, administrative skills, and commercial acumen in order to run the family business. In the archives of Cádiz we read, for example, about María de Aranda, who owned a printing press in 1739; in the municipal archives of Burgos, we learn of presses that were run by the widows of Marín and of José de Astúlez; in 1776, Maria Antonia Ferrer y Pinos conducted trade in the port of Havana, in addition to being an *Hermana de la Mesta*, that is, a member of the association of livestock breeders. We read of other prosperous women, such as Ana de Elorriaga y Endaya, whose trading activities in 1766 extended to several ports in Europe, the Peninsula, New Spain, and the Philippines.

The women who had access to higher learning considered their academic achievement an act of self-esteem; they had risen above themselves

que alcanzase a todos los sectores de la población, especialmente a las niñas. E, incluso antes, a la matemática María Andresa Casamayor de La Coma, que, a los diecisiete años, publicó el libro *Tyrocinio Aritmético* (1738). Estos éxitos se entendían como méritos individuales hasta la llegada de la Ilustración, cuando las mujeres se dieron cuenta de que su aportación como colectivo dentro de la sociedad era importante y podía ser el motor del cambio para que todos alcanzasen la «felicidad ilustrada».

Paradójicamente y a pesar de estas leyes proteccionistas, España no se quedó fuera del enconado debate sobre la capacidad intelectual de la mujer y la creencia de que no estaba destinada por naturaleza a las habilidades del intelecto profundo, o si su participación en la sociedad debía mantenerse en la esfera de la maternidad y la casa. Un debate empeñado en resistir el paso del tiempo y las evidencias.

Durante el período de la Revolución Americana y la consiguiente guerra internacional en la que se vio envuelta España, las mujeres no variaron su posición social. Las esposas de los soldados siguieron conformando el «cuerpo de logística» de los ejércitos del Rey en los territorios que se vieron directamente afectados por las batallas. Estas esposas de soldados y oficiales mostraron valor e, incluso, heroísmo, como en el caso de Marie Josepha Pinconneau de Rigauche que, en la batalla de San Luis (Misuri), armada con pistola y cuchillo y enfundada en la casaca militar de su difunto marido, se unió a la defensa de la ciudad.

Se ocuparon de las haciendas y de la subsistencia de estas, de cuyos buenos resultados dependían la economía y el alimento de cada territorio y, como el resto de los súbditos de la Corona, pusieron dinero en las colectas organizadas para el mantenimiento de la guerra. Las más cercanas a la esfera política ejercieron sus habilidades diplomáticas para apoyar a sus esposos, e indirectamente a sí mismas, como sería el caso de Brígida Josefa de Orueta y Uriarte, la esposa de Diego de Gardoqui, que cedió su casa familiar en Vitoria, lugar donde se celebraron las conversaciones con Arthur Lee entre el 9 y el 21 de marzo de 1777 y en las que se acordó incrementar la ayuda al proceso independentista americano de manera secreta. O como Margaret Pollock, que, al casarse y residir bajo las leyes españolas en Nueva Orleans, disfrutaba de poder e influencia social para beneficio de su esposo Oliver. Incluso, hubo quien se alistó vestida de hombre, como la conocida bajo el nombre de Carlos Garain, que murió durante el asalto a la isla de Menorca con tal solo 17 años edad y cuya identidad real nunca fue descubierta.

Pero todas estas mujeres no vieron peligrar la integridad de sus derechos ni afrontaron el conflicto de tener que elegir un bando.

En el caso de las mujeres de las Trece Colonias, la elección de bando suponía una decisión que iba más allá de las lealtades personales o familiares. De aquella elección podía depender su propia seguridad física. Pero, mucho más allá del impacto directo que suponía el movimiento de tropas a las puertas de sus casas, la elección afectaría al resto de sus vidas, a qué leyes se

and their circumstances. Among this list of achievers we find the members of the *Junta de Damas de Honor y Mérito* (The Society of Ladies of Honor and Merit), a women’s intellectual and philanthropic organization founded in 1787, which promoted education in all sectors of society, especially the education of girls. They were preceded, years before, by the mathematician Maria Andrea Casamayor y de la Coma, who at the age of seventeen published the text *Tiroycinio Aritmetico* (1738) (*Arithmetic Tutorial*). These successes were perceived as isolated cases of individual merit until the time of the Enlightenment, when women realized the importance of their collective contribution to society, which could be the change agent that would bring about universal “enlightened bliss”.

Paradoxically, despite its protectionist laws, Spain would not be exempt from the acrimonious debate over a woman’s mental capacities, or the belief that nature had not designed her for deep intellectual inquiry, or why her involvement in society should not be limited to motherhood and the home. It was a debate that resisted any evidence to the contrary or the passage of time.

The social status of women remained unchanged during the period of the American Revolution and the ensuing international conflict in which Spain was embroiled. Military wives continued to be a part of the “logistics corps” in the king’s armies in those territories directly affected by the war. There, these wives of soldiers and officers displayed courage, even heroism, as was the case of Marie Josepha Pinconneau de Rigauche in the Battle of St. Louis (Missouri). After her husband was killed, she donned his uniform, and armed with pistol and a knife, joined in the defense of the city.

The women ran the farms and were responsible for their survival; the local economy depended on the bounty of their harvests, which also fed the territory. And like everyone else, these women contributed to the collections organized in support of the war. Those who moved in political circles used their diplomatic skills to support their husbands, indirectly supporting themselves as well. This would be the case of Brigida Josefa de Orueta y Uriarte, Diego Gardoqui’s wife, who lent her family home in Vitoria for the meetings with Arthur Lee between March 9 and 21, 1777. In the course of those conversations, Spain agreed to increase its clandestine aid to the American revolutionary effort. Or Margaret Pollock, who would use the power and social influence granted her under Spanish law, by virtue of her marriage in New Orleans, to favor her husband Oliver. And more than one woman would disguise as a man in order to enlist. Such was the case of Carlos Garain, a seventeen-year-old killed during the assault on the island of Menorca, whose real identity remains unknown.

But none of these women risked losing their individual rights, nor did they face the dilemma of having to choose sides.

someterían, cuánto afectaría ello a su independencia personal y en qué tipo de país verían crecer a sus hijos. A medida que crecían las tensiones entre los colonos y el gobierno británico, los habitantes se dividieron en tres grupos: los leales, los patriotas y los que eran neutrales, debido a sus profundas objeciones religiosas a la guerra, y, en cada grupo, había un consiguiente número de mujeres que servían y sufrían. Muchos de los productos británicos que estaban siendo gravados eran artículos que se usaban regularmente, incluyendo té, papel y azúcar. Las mujeres tenían que decidir si sacrificar muchos de estos bienes comunes, para apoyar la causa revolucionaria, o comprarlos de todos modos, enfrentándose al escrutinio de los vecinos pro-revolucionarios. Debían mostrar un compromiso político completo, las que habían puesto sus lealtades en la causa patriota se negaron a ser cortejadas o, incluso, bailar con hombres que no se hubiesen declarado abiertamente anti-ingleses.

Mujeres como Martha Washington y Abigail Adams fueron esposas de los principales líderes revolucionarios, pero, también, desempeñaron roles políticos muy activos. En marzo de 1776, Abigail Adams escribió a su esposo John, quien se encontraba en Filadelfia, en el Congreso Continental, participando en la redacción de la Declaración de Independencia. Abigail instaba a su esposo a conceder derechos a las mujeres: «Si no se presta especial atención a las damas, estamos decididas a fomentar una rebelión y no nos obligaremos a cumplir ninguna ley en la que no tengamos voz ni representación». Las patriotas americanas soñaban que, en esta nueva y naciente república, las mujeres tuvieran los mismos derechos legales que sus compañeros varones y lucharon en todos los sectores para ver esa nueva nación florecer.

Otras se alistaron en el *Continental Army* como soldados, vistiendo prendas de hombre, como Anna Maria Lane, herida en la batalla de Germantown y por la que recibió una pensión; Ann (o Nancy) Bailey, de Boston, quien se alistó en 1777 con el alias de Sam Gay y fue promovida a cabo, antes de que su verdadera identidad fuera descubierta, lo que resultó en su arresto y encarcelamiento. Otras organizaron boicots a los productos británicos y, desde asociaciones como la *Daughters of Liberty*, hilaban su propio textil y elaboraban materias primordiales, para no depender en absoluto de la metrópoli inglesa. Algunas insistieron en su lucha a través de la palabra escrita, como la poeta Sarah Wentworth Morton o la intelectual Mercy Otis Warren.

Deseaban ser independientes no solo de la soberanía británica sino de cualquier tiranía. De todos los medios que utilizaron para participar activamente en la lucha, hubo un territorio en el que su éxito fue indiscutible, no solo entre aquellas que lucharon por la revolución sino entre las que decidieron mantenerse leales a la corona británica; tanto el ejército británico como el estadounidense reclutaron mujeres como cocineras y criadas. Con su acceso casi sin restricciones, estas mujeres podían estar al tanto de todas las

For the women of the Thirteen Colonies, the repercussions of their decisions exceeded personal and family loyalties. A particular allegiance would easily place their personal physical safety at risk. And there was more at issue than having troops marching outside their doors. Their choice would affect the rest of their lives; it would determine under which laws they would live, what level of personal freedom they would enjoy, and in what kind of country their children would be raised. As the tensions between the colonies and the British government escalated, the colonists split into three groups: Loyalists, Patriots, and those who remained neutral out of a deep religious objection to war. Each group had its corresponding share of women who would serve and suffer. Many of the heavily taxed British products were items of regular use, such as tea, paper, and sugar. Women had to decide whether to do without many of these common household commodities and support the revolutionary cause, or purchase them nonetheless and be subject to the scrutiny of their revolutionary neighbors. They had to demonstrate a total political commitment, and so the women who were dedicated to the Patriots' cause refused to entertain suitors or even dance with men who were not openly anti-English.

Women like Martha Washington and Abigail Adams were not only the wives of leading revolutionary figures, they also played very active political roles. In March, 1776, Abigail Adams wrote to her husband John, who was attending the Continental Congress in Philadelphia where the Declaration of Independence was being drafted. In her letter, she advocated insistently for women's rights: "If particular attention is not paid to the ladies, we are determined to foment a rebellion, and will not hold ourselves bound by any laws in which we have no voice or representation." The American female Patriots dreamed of a new, emerging republic, where women would enjoy the same legal rights as their male counterparts, and they fought on every front to see that nation rise.

Some women enlisted in the Continental Army dressed as men. Among them was Anna Maria Lane, wounded in the Battle of Germantown, for which she was granted a pension; and Ann (or Nancy) Bailey from Boston, who signed up in 1777 by using the alias of Sam Gay; she was promoted to corporal before her identity was revealed, which then led to her arrest and imprisonment. Other women organized boycotts of British goods and founded associations like the Daughters of Liberty; they wove their own textiles and made their own basic materials to eliminate their dependency on the English metropolis. Still others took up the war effort through the written word, among them the poet Sarah Wentworth Morton and the intellectual Mercy Otis Warren. American women longed to be free, not only from British sovereignty, but also from any form of tyranny.

conversaciones en los campamentos y proporcionar información altamente sensible. Las mujeres, a menudo, podían escuchar información secreta, porque los hombres creían que estas eran incapaces de comprender las complejidades de la estrategia militar, por lo que estas agentes resultaron ser certeras y altamente fiables. La lealista Ann Bates, una maestra de escuela en Filadelfia, sintió que era su deber buscar información sobre las actividades coloniales ilegales y notificarla a los superiores de su esposo, quien le enseñó a identificar la información militarmente relevante, como el número de cañones, hombres y suministros. La subestimación de sus capacidades intelectuales le permitió campar a sus anchas, como al resto de espías e informantes mujeres.

El ideal femenino que resultó al final de la guerra en esta naciente república queda plasmado en la ilustración *Keep Within Compass*, en la que queda circunscrita dentro de los límites del compás una figura de gran representación alegórica. La mujer debe guiarse con inteligencia y entendimiento en el camino hacia la perfección moral, ser una «madre de la nación» literal y metafóricamente, debe marcar sus pasos en la senda del deber, fijarlos con precisión y firmeza, eliminar o rechazar los malos hábitos, las pasiones vulgares y, en general, todos aquellos vicios que se adquieren bajo el influjo de la debilidad de carácter o de la fragilidad humana.

Este modelo femenino no delimitaba exactamente el campo de actuación de la mujer al ámbito doméstico, pero lo priorizaba frente a otros, en un momento histórico en el que la propia subsistencia de la nación dependía por completo del éxito de las familias en su capacidad productiva y también de su capacidad en hacerla crecer, trayendo al mundo niños sanos, intelectualmente instruidos y educados en la rectitud, el deber y la responsabilidad hacia la nación.

[Cristina de Santiago Rodríguez]

There is one particular area where women earned indisputable success, whether they were fighting for the revolution or had decided to remain loyal to the British Crown. Both the British and American armies recruited women as cooks and maids, a situation that opened up a unique way they could assist in the struggle. With virtually unrestricted access, these women were able to listen in on confidential conversations in the camps and then provide highly sensitive intelligence to their allies. They succeeded because the men would often underestimate their ability to understand the complexities of military strategy. As a result, these women became accurate and highly reliable agents. Ann Bates, a schoolteacher in Philadelphia, was a Loyalist, and she felt that it was her duty to seek out information about the illegal movements of the colonists and then relay it to her husband's superiors. Her husband had taught her to recognize the most relevant aspects of military information, such as the number of cannons or men and the amount of supplies. Underrating her intellectual abilities, her opponents allowed her to move about freely, as they did the other female spies and informants.

The feminine ideal that emerged in the newborn republic at the end of the war is displayed in the illustration *Keep Within Compass*, with its allegorical depiction of a figure within the limits circumscribed by the compass. A woman must be guided by her intelligence and understanding, as she walks on the road to moral perfection; she must be “mother of the nation”, literally and metaphorically; she must step forward with firmness and precision on the pathways of duty, eliminating or rejecting bad habits, unrefined passions, and in general, all those vices acquired through weakness of character or human frailty.

This feminine model did not confine women's endeavors to the domestic realm, but it did prioritize it above all others. At that historical moment, the nation's survival depended entirely on the strength of its families, on their productive capability, and their capacity to contribute to the nation's growth by bringing healthy offspring into the world, children who would be raised and educated in rectitude and with a sense of duty and responsibility toward their country.

[Cristina de Santiago Rodríguez]

España y el símbolo del dólar

Spain and the Dollar Sign



When you google “how did the dollar sign originate?”, you find many entries, but not all give the same answer. In New Orleans, we stand by our belief that a local resident, Oliver Pollock, used it first.

Who was Oliver Pollock? No portraits or images have survived. All his belongings were destroyed during the Civil War bombardment of St. Francisville, Louisiana. There is, however, a very modernistic bust of Pollock on Gálvez Plaza, in front of the Public Library in Baton Rouge. The statue was designed, with much artistic license, by Frank Hayden in 1979.

Oliver, an Irishman, accompanied Spanish governor Alejandro O’Reilly (also of Irish origin) to Louisiana when Spain took over from France in 1768. This was after a war known in Europe as “The Seven Year War” and in the Thirteen Colonies as “The French and Indian War”. Locally, O’Reilly was nicknamed “Bloody O’Reilly”, but that is another story.

Oliver Pollock was one of the greatest single financiers of the American Revolution. Based in New Orleans at the mouth of the Mississippi, he smuggled guns upriver for the American cause. Theaters as far north as Fort Pitt in Pennsylvania and the Illinois Territory under George Rogers Clark were his “clients”. By 1778, the upper Mississippi and Ohio were under American control.

Si se busca en Google «¿Cuál es el origen del símbolo del dólar?», se encuentran muchos resultados, pero no todos ellos dan la misma respuesta.

En Nueva Orleans, tenemos la convicción de que fue un residente de la ciudad, Oliver Pollock, quien primero lo utilizó.

¿Quién era Oliver Pollock? No se conservan retratos o imágenes de él. Todas sus pertenencias y retratos quedaron destruidos en el bombardeo de St. Francisville (Luisiana), durante la Guerra Civil. No obstante, hay un busto extremadamente moderno de Pollock en Gálvez Plaza, enfrente de la Biblioteca Pública de Baton Rouge. La escultura fue diseñada, con considerable licencia artística, por Frank Hayden, en 1979.

Oliver, que era irlandés, acompañó a La Luisiana al gobernador español Alejandro O’Reilly (también de ascendencia irlandesa) cuando Francia tuvo que ceder la colonia a España en 1768. Esto ocurrió después de una guerra conocida en Europa como la Guerra de los Siete Años y como la Guerra Franco-India, en las Trece Colonias. Localmente, se le dio a aquel gobernador el apodo de «O’Reilly el sanguinario», pero esa es otra historia.

Oliver Pollock fue uno de los mayores financiadores individuales de la Revolución Americana. Desde su base de Nueva Orleans, en la desembocadura del Misisipí, remontaba el río con fusiles de contrabando en favor de la causa americana. Teatros de operaciones tan septentrionales como Fort Pitt, en Pensilvania, y el territorio de Illinois, bajo el mando de George Rogers Clark, figuraban entre sus «clientes». Ya en 1778, el curso alto tanto del Misisipí como del Ohio se encontraba bajo control americano.

El contrabando de fusiles prosiguió con el acuerdo tácito de Bernardo de Gálvez, cuarto gobernador español de La Luisiana. Después de todo, España no estaba en guerra con Inglaterra, de modo que Gálvez no podía apoyar abiertamente la causa americana. Sin embargo, después de que España declarase la guerra a Gran Bretaña, en 1779, Gálvez desempeñó un papel fundamental en la eliminación de la presencia británica en el Misisipi y en el golfo de México.

A las órdenes de Gálvez, Oliver contribuyó a la rendición de Natchez, pero esta es otra historia, bien documentada en diferentes trabajos y, últimamente, en *Brothers at Arms* (Ferreiro, 2016).

Pero, volviendo al símbolo del dólar, en Nueva Orleans, Pollock estaba en contacto permanente con muchos armadores y negociantes americanos dedicados al comercio. En aquella época, el propietario de un negocio de exportación e importación depositaba su confianza en hombres con idéntica actividad con base en otras ciudades portuarias. Ambas partes necesitaban aplicar normas uniformes a sus comunicaciones financieras, y aquí es donde comienza, realmente, la historia del símbolo del dólar.

El principal interlocutor comercial de Oliver era Robert Morris Jr., de Filadelfia. Morris era un comerciante de origen inglés y uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Ejerció como diputado en la Cámara de Pensilvania, así como en el Segundo Congreso Continental y en el Senado de los Estados Unidos. Figuró entre los firmantes de la Declaración de Independencia, de los Artículos de la Confederación y de la Constitución de los Estados Unidos. Fue nombrado superintendente de Finanzas del Congreso en 1781.

El símbolo del dólar aparece por primera vez en las facturas que Oliver extiende a Morris. Al utilizar para los dólares la abreviatura *PS*, de pesos, combinó las dos letras para escribir lo que en la actualidad se conoce como el símbolo del dólar, \$.

Ahora que ya conocemos la historia del símbolo, necesitamos comprender la historia de la moneda. Con ese fin traemos a colación a Thomas Jefferson. Le conocemos como autor de la Declaración de Independencia, tercer presidente y promotor de la compra de La Luisiana. ¡Él también es el padre de nuestra moneda!

Un artículo aparecido recientemente en *The Numismatist* (Nancy Oliver y Richard Kelly, 2019) nos aporta información acerca de la necesidad en que se encontraba el nuevo país de crear una moneda de referencia y del papel que desempeñó Jefferson.

El sistema monetario británico no funcionaba fluidamente en las colonias. Las continuas escaseces de monedas británicas se compensaban con la utilización de monedas de plata y oro de otras naciones. Además, cada colonia establecía su propio tipo de cambio, lo que obligaba a armadores, negociantes y viajeros a consignar el valor de sus monedas según la colonia de que se tratase.

Pollock's gunrunning went on with the silent approval of Bernardo de Gálvez, the 4th Spanish governor of Louisiana. After all, Spain was not at war with Britain, so Gálvez could not openly support the American cause. However, after Spain declared war on Britain in 1779, Gálvez played a pivotal role in eliminating the British presence on the Mississippi and in the Gulf of Mexico.

Serving under Gálvez, Oliver was instrumental in the surrender of Natchez, but that, too, is another story, well documented in different studies, most recently in *Brothers at Arms* (Ferreiro, 2016).

Back to the dollar sign. In New Orleans, Pollock was in constant contact with many American shippers and merchants who were involved in trade. At that time, an owner of an export and import business would rely on his trust in men in other port cities engaged in the same business. Both parties needed to standardize their financial communications, which is where the dollar sign story really begins.

Oliver's main commercial associate was Robert Morris, Jr., of Philadelphia. Morris was an English-born merchant and a Founding Father of the United States. He served as a member of the Pennsylvania legislature, the Second Continental Congress, and the United States Senate. He was a signer of the Declaration of Independence, the Articles of Confederation, and the United States Constitution. He was named Superintendent of Finances of the Congress in 1781.

It is in Oliver's invoices to Morris that we see the dollar sign for the first time. As he began to abbreviate dollars as "PS" for pesos, he merged the letters to form what we know today as the dollar sign: \$.

Now that we know the story behind the symbol, we need to understand the story behind the currency. For this, we must bring in Thomas Jefferson, whom we know as the author of the Declaration of Independence, the third President of the United States, and the man behind the Louisiana Purchase. It turns out he is also the father of our currency!

An article which appeared recently in *The Numismatist* (Nancy Oliver and Richard Kelly, 2019) provides us with background on the new country's need to create a standard currency, and the role Jefferson played.

The British monetary system did not operate smoothly in the colonies. Constant shortages of British coins were filled by the silver and gold coins of other nations. In addition, each colony established its own exchange rate, forcing shippers, merchants, and travelers to write down the value of each of their coins based on the coinage of the colony involved.

Referring to Jefferson's writings on the subject, we find that before the country's independence, he utilized a variety of coins for his personal transactions: Portuguese moidores and johannes; German ducats; doubloons and pistoles from Spain; and guineas, shillings, and half crowns from England.

Si nos referimos a los escritos de Jefferson sobre la cuestión, nos damos cuenta de que sus transacciones personales anteriores a la Independencia se hacían mediante diversas monedas: moidores y johannes portugueses, ducados alemanes, doblones y pistolas de España, y guineas, chelines y medias coronas de Inglaterra.

A los nuevos Estados Unidos no les resultó sencillo crear un sistema monetario basado en el dólar estadounidense. A pesar de que algunas colonias pensaban que lo mejor era crear una nueva moneda, basada en la de Inglaterra, Jefferson no compartía esa opinión. En 1776, abogó por la utilización del dólar español como base de un sistema monetario decimal.

En 1784, Jefferson escribió sus *Notas sobre la creación de una unidad monetaria y de moneda metálica para los Estados Unidos*. En esa obra describió, a grandes rasgos, el sistema decimal que tenía el dólar español como unidad básica. El Congreso votó la adopción del sistema de Jefferson, al igual que otros muchos países del mundo.

Ya en 1797, Morris y el nuevo gobierno de los Estados Unidos utilizaban el símbolo de Oliver para unificar el conjunto. Este fue el momento en que se acuñó tipográficamente en Filadelfia como símbolo oficial de la moneda propia de la nueva nación. A pesar de que el Congreso aprobó la Ley de Moneda el 2 de abril de 1792, ¡las monedas españolas fueron de curso legal hasta el año 1857!

Esta es la razón por la que el pueblo de Luisiana se enorgullece de la importancia que Oliver Pollock y su símbolo del dólar tienen en la historia americana. Así pues, aunque La Luisiana española no fuese una de las Trece Colonias originales, participó de modo esencial en el nacimiento de una nación y de sus símbolos.

[Robert Gray Freeland]

It was not simple for the new United States to create the U.S. dollar as a monetary system. Some of the colonies thought it best to create a new currency based on England's currency, but Jefferson did not care for that. In 1776, he advocated using the Spanish dollar as the basis for a currency system based on the number 10.

In 1784, Jefferson wrote his *Notes on the Establishment of a Money Unit, and of a Coinage for the United States*. Here he outlined his decimal system using the Spanish dollar as the basic unit. Congress voted to adopt Jefferson's system, as did many other countries around the world.

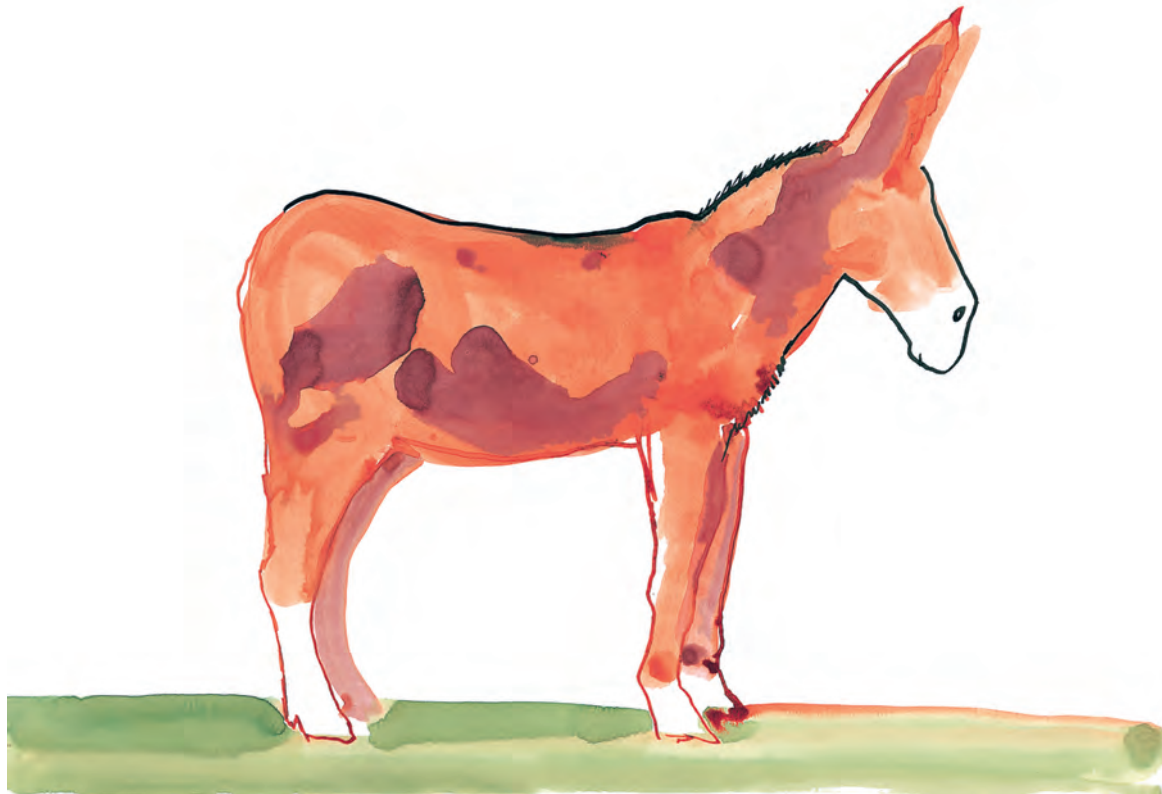
By 1797, Morris and the new U.S. government would use Oliver's symbol to tie it all together. It was cast in type in Philadelphia as the official symbol for the new nation's currency. Interestingly, although Congress passed the Coinage Act in April 2, 1792, Spanish coins were legal tender until the year 1857!

For this reason, the people of Louisiana are proud of the importance of Oliver Pollock and his U.S. dollar sign in American history. Even though Spanish Louisiana was not one of the original Thirteen Colonies, it was a key actor in the birth of the nation and its symbols!

[Robert Gray Freeland]

Dos asnos para Washington y un caballo para John Jay

Two Donkeys for Washington and a Horse for John Jay



George Washington owned a few mules in Mount Vernon, his plantation, and he was anxious to improve their breed. Spain was known to have the best jackasses, particularly those from the region of Zamora, which when crossed with mares would produce excellent mules. However, the Spanish Crown expressly forbade the export of any type of stud animal. Diego de Gardoqui, then Spanish ambassador to the United States and a personal friend of Washington, alerted the Secretary of State, Count of Floridablanca, to Washington's desires. The count informed King Carlos III, who decided to send a pair of donkeys from the region of Zamora to the American president, as a personal gift. Unfortunately, one of the animals died during the journey across the Atlantic. The surviving jackass arrived in Virginia on December 19, 1785, and Washington embarked on a successful effort in animal husbandry, breeding mules.

During John Jay's tenure in Spain as representative of Congress, between 1780 and 1781, he was very favorably impressed with the Andalusian horse, a breed highly coveted since antiquity. It was considered among the best horses in the world for its agility, beauty, and qualities as a war horse. Gardoqui arranged for a horse from the Stables of the Royal Guard to be sent to New York as a present to Jay, who had to ask Congress for a special exemption before accepting the valuable gift.

George Washington necesitaba mejorar la crianza de las escasas mulas con las que contaba en su plantación de Mount Vernon. En España, había una de las mejores razas de asnos, la del zamorano, que, mezclado con yeguas, daba excelentes ejemplares de mula. Pero la Corona prohibía la salida de cualquier tipo de semental del territorio español. Diego de Gardoqui, por entonces embajador del Reino de España en Estados Unidos y amigo personal de Washington, avisó al Secretario de Estado, el conde de Floridablanca, de los deseos de este. Este informó al rey Carlos III, quien decidió regalarle una pareja de asnos zamoranos, aunque uno murió durante la travesía a América. Con el superviviente, que llegó a Virginia el 19 de diciembre de 1785, Washington comenzó una provechosa crianza de mulas.

John Jay, representante del Congreso en España entre 1780 y 1781, quedó vivamente impresionado durante su estancia por el caballo andaluz. Es una raza célebre desde la antigüedad, considerado entre los mejores del mundo, por su agilidad, belleza y especiales virtudes para la guerra. Gardoqui hizo llegar a Nueva York, como regalo de Estado, un ejemplar procedente de las cuadras de la Guardia Real para Jay, quien tuvo que solicitar un permiso especial al Congreso, para poder aceptar el valioso presente.

[J. M. G. A.]



En la mesa de un gran hotel de estilo regionalista, en una ciudad del sur español zurcida por el calor y por el río, se posa la tarjeta de visita del actual conde de Gálvez. Alcurnia nobiliaria acotada en un rectángulo de cartulina para este siglo XXI que va consumiendo sus décadas. La anterior centuria ya apenas se divisa con ojos de halcón. Se agiganta la lejanía con recios hombres de otros tiempos y la nostalgia de épocas no vividas. Los títulos nobiliarios siguen procurando un marco mental pictórico (uniformes, galones, prosodias, rectitudes, solemnidades) desdibujado de inmediato a la vista de la estética funcional de este moderno conde: traje, corbata y complementos tecnológicos de uso diario, móvil de última generación y así.

Así llega y así se nos presenta, cordial y dubitativo, Pedro Alarcón de la Lastra y Romero, el vigente destinatario del título que el rey Carlos III concedió a Bernardo de Gálvez tras su arrojada, estratégica y definitiva intervención en la Guerra de la Independencia de las Trece Colonias norteamericanas, levantadas en armas contra Londres años antes, pero, oficialmente, desde el verano de 1776. Un título que contiene la hazaña como modo de vida, la hazaña como un compromiso anotado en la agenda semanal.

Estuvo aquel gestor y soldado dieciochesco —gobernador en Nueva Orleans, virrey en la Nueva España— curtido por la disciplina castrense desde el final de la infancia; fue súbdito de la corona, pero, también, súbdito de su arrebatado natural: «Nuestros enemigos ignoro los días o meses que tardaremos en encontrarlos. Irnos a Chihuahua con el sonrojo de haber gastado tiempo y dinero sin hacer nada no es para quien tiene vergüenza, ni esta ignominia se acomoda a mi modo de pensar. Me iré solo si no hubiese quien me acompañe. Yo llevaré una cabellera para Chihuahua o pagaré con mi vida el pan que he comido al Rey», les dijo a sus soldados cuando, en una dramática misión por los desiertos tejanos, defendía, como joven comandante de las armas de Nueva Vizcaya, las aisladas posiciones españolas.

Temerario, novelesco, audaz, acertado en decisiones imposibles, en él, como en otros escogidos, se subraya la intensidad de la vida con la rima de Bécquer:

Al brillar un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos;
¡tan corto es el vivir!

Entre aquel Gálvez y su vigente heredero —un empresario de buenas maneras y fiel admirador de su antecesor—, el condado compendia el abismo de dos largos siglos en la Historia española. Desde la parsimonia y el confort de estos días, en los que se exige una vida blindada a los sobresaltos, hasta retroceder a uno de los bordes norteamericanos del Imperio, en aquellos otros años en los que Bernardo nutría de pobladores peninsulares o isleños las provincias españolas de los actuales Estados Unidos; desde el oeste del Misisipí hasta alcanzar el Pacífico, con los ingentes pasajes embarcándose por los

On the table of a grand regional hotel in a southern Spanish city laced by heat and the river sits the calling card of the current Count de Gálvez: a noble lineage circumscribed within a small white rectangle for a 21st century already consuming its first decades, the last one hundred years now hardly visible to a falcon's eyes. The distance between us and those hardy men of the past grows by the day, as does a nostalgia for those eras we never experienced. The titles of the nobility still lend us a mental picture of those times (uniforms, stripes, modes of speech, norms, solemnities), yet it is quickly eclipsed by the functional aesthetics of this modern count: coat and tie, technological accessories for daily use, the latest smart phone, and such.

Thus we meet the congenial and somewhat cautious Pedro Alarcón de la Lastra y Romero, the current holder of the title which Carlos III granted Bernardo de Gálvez after his courageous, strategic, and definitive involvement in the U.S. War of Independence. Some years earlier, the Thirteen Colonies had taken up the fight for freedom against Great Britain, officially declaring their independence in the summer of 1776. It is a title that signifies heroism as a way of life, each heroic act an engagement entered in a weekly calendar.

Bernardo de Gálvez, the 18th century government agent and soldier, governor of New Orleans, viceroy of New Spain, was molded by military discipline, even as a young child. He was a subject to the Crown; he was also a subject to his innate boldness. "I know not how long, whether days or months, it will take us to defeat the enemy. But to return to Chihuahua shamefaced, having wasted time and money for no gain, is the fate of men without honor; such ignominy has no place in my mind. I shall go alone, if there is no one to go with me. I shall take a scalp back to Chihuahua or repay with my life the bread I have received from the King." Such were his words to his soldiers during a dramatic mission in Texas territory, when, as a young commander of the forces of New Vizcaya, he was defending the remote Spanish outposts.

Fearless, romantic, audacious, accurate when facing impossible decisions, he represents, as only a select few do, the intensity of life described by Becquer in his lines,

*We are born with a bolt of lightning
and its fire yet glows at our dying,
so fleeting is our life.*

Between the historic Gálvez and his present heir—a businessman of polished manners and a loyal admirer of his ancestor—the earldom embraces the profundity of two long centuries of Spanish history. It takes us from this moment, where parsimony and a desire for comfort reign, and lives must be shielded from any upheaval, to the remotest limits of the Spanish empire in North America, when Bernardo was feeding those erstwhile Spanish provinces

puertos andaluces —puertos con la mirada fijada en América— hacia el destino mexicano de Veracruz, al fin a la vista tras casi tres meses de azarosa travesía.

Pedro Alarcón de la Lastra y Romero, nombrado en 2018 alcalde honorario de Baton Rouge, capital del actual estado de Luisiana y enclave principal de la sucesión de conquistas estratégicas del militar malagueño, quiso recorrer entonces los lugares de la legendaria marcha con la que Gálvez logró la gesta de controlar, con fines defensivos y de conquista, el curso del Misisipí. El actual conde de Gálvez empleó varios días en completar en automóvil la histórica marcha galveciana, los distintos puestos significativos del golfo de México. Las sucesivas tomas de Natchez, Manchac, La Mobila, Pensacola... pusieron el gran río norteamericano al servicio de los revolucionarios. Hoy, la naturaleza y las penalidades que sufrió el variopinto ejército de Bernardo de Gálvez, con su líder al frente, se ocultan tras los miles de millas de enormes autopistas interestatales que conectan estados de la Unión entonces inexistentes (Alabama, Misisipí, Texas, Luisiana), tierras de pasado innegablemente hispánico.

Este nuevo conde de Gálvez apura una taza recién servida por el camarero del hotel, antes de evaluar la distancia que separan los siglos y el peso histórico de Bernardo. «Lo que él hizo resulta irreplicable», dice con aplomo. Palabras que referidas a un militar nos llevan a aquel otro *dictum* napoleónico, «Mi hijo no puede reemplazarme. Ni siquiera yo podría reemplazarme. Soy hijo de las circunstancias».

El condado de Gálvez es, hoy en día, un símbolo de sólida distinción, un título con cotización social que, sin embargo, hasta finales de los años sesenta del siglo XX permanecía en desuso. Luis Alarcón de la Lastra, el abuelo del vigente conde, lo rehabilitó en 1968, al igual que el marquesado de Rende, otra distinción olvidada. Lo hacía con la intención de proporcionar un reparto parejo de su legado entre las generaciones venideras.

Fruto del momento, se intuyó que el marquesado de Rende tendría más lustre que el condado de Gálvez. Pero, en esta última década, ha reverdecido la nombradía del militar español. Primero, tímidamente y, luego, con creciente difusión en foros y medios de comunicación, gracias al gentil e inagotable esfuerzo de civiles de uno y otro lado del Atlántico, indistintamente. Españoles de aquí y norteamericanos de allá o norteamericanos de aquí y españoles de allá que, con una constancia de granito y un apasionamiento romántico, han acabado arrojando a instituciones y compañías empresariales de referencia, para proceder al encumbramiento de Gálvez como la más insigne y valiosa figura histórica con la que cimentar una saludable relación entre España y Estados Unidos. Especialmente significativo es el esfuerzo de Iberdrola que, entre los años 2016 y 2019, ha desarrollado un programa de exposiciones y publicaciones para que la contribución de España en la Revolución Norteamericana sea comprendida y valorada. La muestra *Recovered Memories/ Memorias Recobradas*, exhibida en Nueva Orleans y Washington D.C., y su esmerado catálogo son un fruto notable de este empeño con vocación estatal.

with waves of peninsular and island settlers year after year. From west of the Mississippi to the Pacific Ocean, he would forge a path for myriad travelers leaving the ports of Andalusia, their eyes fixed on America—the Mexican port of Veracruz, finally visible after nearly three months of a hazardous crossing.

In 2018, Pedro Alarcón de la Lastra y Romero was named Honorary Mayor of Baton Rouge, capital of the state of Louisiana and the setting of the major strategic campaigns commanded by the soldier from Málaga. The young count was eager to retrace his ancestor's legendary march up the Mississippi, the defensive and offensive campaigns that led to his control of the river. And so he spent several days driving the route Gálvez and his men had taken, including strategic points along the Gulf of Mexico. The successive victories of Natchez, Manchac, Mobile, Pensacola... all placed the great North American river at the service of the revolutionaries. Today, the original landscape and the scars of wounds inflicted on Gálvez's motley army are hidden under miles and miles of highway connecting states of the Union that were not yet states then—Alabama, Mississippi, Texas, Louisiana—all of them territories of undeniable Hispanic heritage.

The new Count de Gálvez takes a final sip from a cup served by one of the hotel waiters before assessing the distance between centuries and Bernardo's historical significance. "What he achieved, no one else can achieve," he says, with poise. His words alluding to a soldier recall the Napoleonic maxim, "My son cannot replace me. Not even I can replace myself. I am the son of circumstances."

Today, the Earldom of Gálvez is a symbol of unwavering distinction, a coveted social title which, nonetheless, had been left unfilled for years, until the late 1960s. Luis Alarcón de la Lastra, grandfather of the current count, renewed the title in 1968, along with the Marquisate of Rende, another noble but forgotten distinction. He hoped that this effort would ensure a more equitable distribution of his legacy to future generations.

At the time it seemed that the Marquisate of Rende would be the more illustrious of the two. But over the last decade, we have witnessed a growing validation of the Spanish officer, at first discreetly, and then with increasing openness in forums and among the media, thanks to the quiet yet indefatigable efforts of citizens on both sides of the Atlantic. Displaying a granite will and a romantic passion in equal measure, Spaniards in Spain and North Americans in North America, or North Americans in this country and Spaniards across the Atlantic have persuaded relevant public institutions and private companies to see in Gálvez a renowned and significant historical figure around which to promote a strong relationship between Spain and the United States. Iberdrola's endeavors, between 2016 and 2019, to develop a series of exhibits and publications devoted to Spain's contribution to the North American Revolution are of particular importance in understanding and appreciating the scale and impact of that contribution. The exhibit *Recovered Memories/Memorias*

Según Carmen de Reparaz —pionera de los estudios que, hacia mitad de los años ochenta, se concentraron en su necesario libro *Yo solo: Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781: una contribución española a la independencia de los Estados Unidos*—, este, como cualquier otro hombre que desborde el pasado, no puede asimilarse a un paraguas que se olvida en el parque y, transcurrido un tiempo, se pasa a buscar con la esperanza de que todavía siga allí. Los héroes, explicó Emerson en *Hombres Representativos*, son aquellos que amplían la dimensión de lo humano, hacen más rica y sensible la experiencia de vivir y ensanchan la intensidad de la existencia. Es obligación de los vivos que, por su bien, no desaparezcan del presente.

Resulta necesario hablar de nuestra última década porque, en 2010, un investigador malagueño, Manuel Olmedo Checa, publicó los resultados de un prolongado trabajo en el Archivo Nacional de Indias de Sevilla y en los Archivos Nacionales norteamericanos (NARA): documentos de 1783 probaban que el Congreso Continental de los nacientes Estados Unidos había asumido ese año el compromiso de honrar a Gálvez por su imprescindible ayuda en la Revolución, colgando un retrato suyo en el lugar «donde se reúne el Congreso». Transcurridos más de dos siglos, la promesa seguía incumplida. Y nada pareció alterarse tras la difusión de la investigación de Olmedo Checa. Sin embargo, en marzo de 2013, gracias a un recordatorio de la información, publicado en el diario malagueño *Sur*, que insistía en el compromiso incumplido, Teresa Valcarce, una gallega de El Ferrol afincada en Washington D.C. y con doble nacionalidad, acabó conociendo el caso. Valcarce emprendió una inagotable misión personal que, finalmente, implicó a la Cámara de Representantes, al Senado y a los presidentes de España y Estados Unidos. Su incomparable y altruista esfuerzo logró focalizar gran atención mediática sobre el legado de Gálvez. Cabeceras como *Los Angeles Times*, *The Washington Post* o las principales cadenas de televisión norteamericanas prestaron atención a la conocida con el sobrenombre de *The Lady of the Portrait*, una inquieta señora que, apenas armada con una carpeta llena de papeles y documentos, abordaba en los pasillos del Capitolio, en los edificios senatoriales de Washington o en la embajada española a todos aquellos que pudieran ayudar a zanjar tal olvido.

Teresa Valcarce, recalando que la bondad no está de moda, es una mujer esencialmente bondadosa, que destaca por su generosidad y entusiasmo. Sobre esos dos cimientos basó el logro de desempolvar un compromiso histórico y administrativo, convenciendo con constancia a diplomáticos, senadores o congresistas.

El cuadro de Bernardo de Gálvez, fruto del nocturno esfuerzo mediterráneo del pintor malagueño Carlos Monserrate, cuelga de las paredes de la *Foreign Relations Committee Room* del Senado norteamericano, sita en el Capitolio, desde el 9 de diciembre de 2014. Aquel día, Valcarce pudo explicar en su discurso de agradecimiento por qué se había implicado tan denodadamente y desde una posición —la de civil rasa— aparentemente sin influencia en una ciudad, Washington D.C., cuya principal industria es el poder, en tan singular

Recobradas, shown in New Orleans and in Washington, D.C., and its exquisite catalogue are notable fruits of a nationwide effort.

According to Carmen de Reparaz, a research pioneer in this field, whose work was collected in her essential book *Yo solo: Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781: una contribución española a la independencia de los Estados Unidos*. (*I Alone: Bernardo de Gálvez and the Taking of Pensacola in 1781: a Spanish Contribution to the U.S. War of Independence*), [Gálvez], like any other man who is greater than his time, cannot be likened to an umbrella we leave behind in a park, expecting to find it as we left it, when we return after some time. Heroes, as Emerson explained in *Representative Men*, are those who expand human potential, enrich and intensify life's experience, and broaden the intensity of our existence. It is up to the living to ensure, for our own benefit, that such heroes endure.

We should also note an event from the last decade. In 2010, Manuel Olmedo Checa, a scholar from Málaga, published the results of his extensive research in the *Archivo Nacional de Indias* in Seville and the National Archives and Records Administration (NARA): records from 1783 show that the Continental Congress of the newly formed United States had resolved to honor Gálvez for his indispensable assistance to the Revolution by hanging his portrait “where Congress meets”. Two centuries later, the promise was yet to be fulfilled and did not seem to be any closer to fulfillment upon the publication of these results. However, in March, 2013, a news item published in the Málaga daily *Sur* reminding its readers of this pending debt caught the attention of Teresa Valcarce, a native of El Ferrol (Galicia) and resident of Washington, D.C., who holds dual citizenship. Valcarce set out on a tireless personal mission which would ultimately involve the House of Representatives, the Senate, and the presidents of Spain and the United States. Her unparalleled selfless efforts made Bernardo de Gálvez's legacy the focus of such media giants as the *Los Angeles Times*, *Washington Post*, and major television networks, all of whom began to refer to her as “The Lady of the Portrait”—a lively lady who, armed only with a briefcase full of documents and papers, would walk through the halls of the Capitol and visit senatorial chambers in Washington, as well as the Spanish embassy, determined to talk to anyone who would listen and could help heal this wound of neglect.

Goodness may not be fashionable these days, but Teresa Valcarce is an essentially good woman of remarkable generosity and enthusiasm. These two qualities became the basis of her endeavor to dust off a historical and administrative pledge, ultimately winning diplomats, senators, and representatives to her cause.

The portrait of Bernardo de Gálvez, a fruit of the nocturnal Mediterranean efforts of Málaga painter Carlos Monserrate, now hangs on one of the walls of the U.S. Senate's Foreign Relations Committee Room in the Capitol.

hazaña: «Gracias a mi madre por todo su apoyo durante esta aventura. Y a mis tres preciosos hijos, Pablo, Lucas y Lucía. He hecho esto por ellos. Porque ellos representan el futuro y las de Gálvez son también sus raíces. Cuidaré para que Bernardo de Gálvez sea una inspiración que les ayude a que sus sueños se hagan realidad y para que luchen por lo que consideren que es justo y bueno. Dios bendiga a España y a los Estados Unidos de América».

El *tour de force* de Valcarce ayudó a reactivar una causa dormida: el nombramiento de Bernardo de Gálvez como Ciudadano Honorario de Estados Unidos. La concesión de la ciudadanía honoraria se remonta a la presidencia de John Fitzgerald Kennedy. En 1963, un anciano sir Winston Churchill fue el primer distinguido. Desde entonces, los Gobiernos norteamericanos, que deben aprobar la nominación en las dos cámaras, tanto en la de Representantes como en el Senado, solo han consensuado el nombramiento de ocho personalidades. A comienzos de 2014, el congresista por Florida, Jeff Miller, volvió a intentarlo con Bernardo de Gálvez y fue obteniendo, no sin dificultad y retrasos, el respaldo de republicanos y demócratas. Siete días después de la ceremonia del cuadro y tras un largo trámite legislativo en el que fue fundamental la implicación de norteamericanas como Molly Long de Fernández de Mesa o Nancy A. Fetterman, el presidente Barack Obama rubricó el nombramiento del militar español como Ciudadano Honorario estadounidense. Entonces, el diario *Roll Call* tituló: «2014 ha sido un buen año para Bernardo de Gálvez, sin duda, mejor que los dos siglos anteriores».

Este héroe real representa un escalón entre las limitaciones humanas y sus más altos ideales. Nuestras factorías de ficción procrean hoy heroicidades de videojuego, sin sangre en las venas ni contradicciones ni épocas. Gálvez fue un militar con alto sentido del pundonor y el deber, al servicio de una corona absolutista e ilustrada. Hoy su nombre forma parte de proyectos que ayudan a popularizar su figura. En Houston, los Granaderos y Damas de Gálvez están poniendo en marcha el proyecto operístico *Gálvez of Galveztown: The unsung hero sings* (*El Héroe que no fue cantado, canta*) y en las escuelas, gracias a proyectos como el encabezado por el periodista español Guillermo Fesser, muchos niños hispanos se yerguen al escuchar que hombres de su mismo origen vivieron y murieron para construir su nación: diversa, rica y llena de matices.

[Paco Reyero]

On December 9, 2014, in her words of acknowledgment, Valcarce explained why she, a common citizen with no influence in a city whose main industry is power, had worked so strenuously in favor of such a singular cause. “I would like to thank my mother for all her support throughout this adventure. And my three precious children, Pablo, Lucas, and Lucía. I did this for them. Because they represent the future, and Gálvez’s roots are also their roots. I will continue to see to it that Bernardo de Gálvez remains an inspiration to them, helping them to make their dreams come true and to strive for what they believe to be just and good. God bless Spain, and God bless the United States of America.”

Valcarce’s *tour de force* helped revive another dormant cause: the proclamation of Bernardo de Gálvez as Honorary Citizen of the United States. The practice of granting honorary U.S. citizenship dates back to President John F. Kennedy. In 1963, an aging Winston Churchill would be the first dignitary to receive this honor. Since then, both houses of the U.S. Congress, with the requisite approval of the Executive Branch, have granted eight honorary citizenships. Early in 2014, Florida congressman Jeff Miller initiated the nomination process for Bernardo de Gálvez, gathering support from Republicans and Democrats alike, although not without some difficulties and delays. After a long legislative process, which involved the valuable assistance of several U.S. citizens, including Molly Long de Fernandez de Mesa and Nancy A. Fetterman, and seven days after Gálvez’s portrait had been hung in the Capitol, President Barack Obama signed the proclamation of the Spanish officer as Honorary United States Citizen. The daily paper, *Roll Call*, featured the following headline: “2014 has been a good year for Bernardo de Gálvez, undoubtedly better than the past two centuries.”

This true hero represents a link between our human limitations and our highest ideals. Today’s crafters of fiction create videogame heroics; but no blood runs through the veins of their characters, nor do they embody the complexities of a particular epoch. Gálvez was a soldier with an exquisite sense of honor and duty, in the service of a Crown that was both absolutist and enlightened. Today, his name is being attached to projects that will expand his reputation. In Houston, for example, the Order of Granaderos y Damas de Gálvez is working on the production of an opera, *Gálvez of Galveztown: The Unsung Hero Sings*, and in schools, as a result of various ventures led by the Spanish journalist Guillermo Fesser, many Hispanic children stand proud when they learn that men of their own heritage lived and died to build this nation: rich, diverse, and deeply multifaceted.

[Paco Reyero]

After the ruinous costs incurred during the recent Seven Year War, the British treasury is bankrupt. King George III (1760-1820) seeks to remedy the problem with the promulgation of the Duties in American Colonies Act 1765 (widely known as the Stamp Act), which imposes a tax on all legal documents and most printed material in the American colonies.	Growing protests against the Stamp Act spread in the Thirteen Colonies.	Yielding to pressure, George III annuls the Stamp Act but raises taxes on other colonial goods through the Townshend Acts. Colonial discontent grows.	Concerned with the growing unrest, George III sends reinforcements to the British garrisons in the Thirteen Colonies. The responsibility for lodging and feeding the troops falls on the colonists, according to a law passed in 1765.	The Boston Massacre: a mob of furious colonists hurls insults, snowballs, and a few stones at several British soldiers. The soldiers fire shots at the crowd, killing three demonstrators and wounding several others, two of whom would later die of their injuries. News of the incident sweeps across the Thirteen Colonies, often in exaggerated terms, producing widespread indignation.	The Boston Tea Party: the colonists boycott the British East India Company by purchasing tea smuggled from the Netherlands instead. The British government penalizes the colonists by levying taxes on tea imports. Disguised as Indians, some colonists board three English ships in Boston Harbor and dump the tea cargo into the sea. George III reacts by closing Boston Harbor to all commercial traffic, inflicting severe financial hardship on the state of Massachusetts.
--	---	---	--	---	--

————— 1765 ————— 1766 ————— 1767 ————— 1769 ————— 1770 ————— 1773 —————

La tesorería británica está arruinada debido a los cuantiosos gastos provocados por la reciente Guerra de los Siete Años. El rey Jorge III de Gran Bretaña (1760-1820) quiere remediarlo promulgando la Ley de la Póliza <i>Duties in American Colonies Act 1765</i> (popularmente, <i>Stamp Act</i>), que grava los documentos notariales y los impresos en las colonias americanas.	Crecientes protestas contra la <i>Stamp Act</i> en las Trece Colonias.	Jorge III cede y anula la <i>Stamp Act</i> , pero sube otros impuestos coloniales en las <i>Townshend Acts</i> (Leyes de Townshend), lo que aumenta el malestar de los colonos.	Jorge III refuerza con nuevas tropas las guarniciones de las Trece Colonias en previsión de desórdenes. Su alojamiento y manutención corre a cargo de los colonos de acuerdo con una ley de 1765.	<i>Boston Massacre</i> (La matanza de Boston): una turba de colonos enfurecidos insulta a unos soldados británicos y les arroja bolas de nieve y alguna que otra piedra. Los británicos disparan matando a tres manifestantes e hiriendo a algunos más de los que morirán dos. La noticia circula por las Trece Colonias notablemente exagerada, lo que provoca general indignación.	<i>Boston Tea Party</i> (Motín del té): los colonos boicotean a la Compañía Británica de las Indias Orientales, comprando el té a los contrabandistas que lo traen de los Países Bajos. El gobierno británico los castiga gravando la importación de dicho producto (<i>Tea Act</i>). Colonos disfrazados de indios asaltan tres buques ingleses surtos en el puerto de Boston y arrojan al mar su cargamento de té. Jorge III reacciona cerrando Boston al tráfico comercial, lo que redundo muy negativamente en la economía del estado de Massachusetts.
--	--	---	---	--	---

The <i>Expédition Particulière</i>, with over 4,000 French troops, disembarks in Rhode Island. The <i>Ejército de Operación</i>, with its 11,000 soldiers, leaves for Havana to participate in campaigns in Spanish Florida and the Gulf of Mexico. – Gálvez takes Mobile (in current Alabama). – Spain extends credit and sends uniforms to the North American forces through John Jay. – Fernando de Leyba defeats the British in St. Louis, Missouri.	Bernardo de Gálvez heads an expeditionary force to take Pensacola. – A combined French-American army defeats the British in Yorktown. – In Cuba, Francisco de Saavedra gives 2,500,000 pesos to the French allies. – Matías de Gálvez expels the British from Guatemala, Honduras, and Yucatán.	Plans are drawn for an invasion of Jamaica by joint French and Spanish forces, but the plans are suspended indefinitely when the French fleet is defeated in the Battle of the Saintes. – Spanish troops aboard North American ships conquer the Bahamas. – Menorca is retaken by joint French and Spanish naval forces and troops. Operations to regain Gibraltar fail.	The Peace of Versailles: England recognizes the independence of the new nation composed of the original Thirteen Colonies and the territory between the Appalachian mountains and the Mississippi River. Canada remains part of the British Empire. – Spain keeps Menorca, its Florida territories, and the coasts of Nicaragua, Honduras, and Campeche. It is unable to reclaim Gibraltar. – France obtains St. Lucia, Tobago, St. Louis, and Senegal.	Spain formally recognizes the United States and appoints Diego de Gardoqui as its first ambassador.	The Constitutional Convention of Philadelphia approves the new U.S. Constitution guaranteeing the division of powers according to the Montesquieu doctrine. The new nation is constituted as a Federal Republic.	George Washington is sworn in as first president of the United States of America.
1780	1781	1782	1783	1785	1787	1789
La <i>Expédition Particulière</i> desembarca más de 4.000 soldados franceses en Rhode Island. El Ejército de Operación español, de 11.000 soldados, es enviado a La Habana para operar en La Florida y el golfo de México. – Gálvez conquista La Mobila (Hoy, Alabama). – España proporciona créditos y uniformes a los norteamericanos a través de John Jay. – Victoria de Fernando de Leyba sobre los británicos en San Luis de Misuri.	Bernardo de Gálvez dirige una expedición que conquista Pensacola. – Un ejército combinado franco-americano derrota a los británicos en Yorktown. – Francisco de Saavedra entrega en Cuba 2.500.000 pesos a los aliados franceses. – Matías de Gálvez expulsa a los británicos de Guatemala, Honduras y Yucatán.	Se prepara la conquista de Jamaica por un ejército franco-español, que es suspendida ante la derrota de la escuadra francesa en la batalla de Los Santos. – Tropas españolas y barcos norteamericanos toman las Bahamas. – Menorca es conquistada por tropas y buques combinados de España y Francia. Fracasan todas las operaciones para tomar Gibraltar.	Paz de Versalles: Inglaterra admite la independencia del nuevo país formado por sus antiguas Trece Colonias y le reconoce el territorio comprendido entre los Apalaches y el Misisipí. Canadá sigue siendo británico. – España mantiene Menorca y los territorios recuperados de La Florida y las costas de Nicaragua, Honduras y Campeche, pero no consigue Gibraltar. – Francia obtiene Santa Lucía, Tobago, Saint Louis y el Senegal.	España reconoce oficialmente a los Estados Unidos y envía a Diego de Gardoqui como primer embajador.	La convención de Filadelfia aprueba la Constitución americana, que garantiza la división de poderes según la doctrina de Montesquieu. La nueva nación se instituye como una república federal.	George Washington toma posesión como primer presidente de los Estados Unidos de América.

Juan de Miralles

Empresario, diplomático y espía

El Sr. Miralles ha sido universalmente estimado en este país y su pérdida será profundamente sentida.

GEORGE WASHINGTON, 1780

Armador y empresario establecido en La Habana con amplias relaciones comerciales en el Caribe, Juan de Miralles residió en Filadelfia como representante ante el Congreso e informador de la Corte de España entre 1777 y 1780. Mantuvo contactos frecuentes con George Washington, militares y congresistas, el embajador francés y otras personalidades. Obtuvo informes sobre el enemigo británico de su red de agentes y asociados y gestionó el envío de préstamos y material de guerra para el *Continental Army*.

Juan de Miralles Trayllón nació en Preter (Alicante), segundo hijo de un matrimonio de origen francés asentado en la localidad. Tras pasar una corta estancia en Francia, llegó a La Habana en 1740, se estableció como empresario y prosperó rápidamente gracias a su olfato para los negocios, buenas maneras y don de gentes. Cuatro años más tarde, contrajo matrimonio con María Eligio de la Puente, dama de una de las familias más ricas de Cuba, con importantes conexiones familiares en La Florida española.

Los negocios de Miralles fueron muy diversos. Fue armador de buques y comerciante, principalmente con La Florida, así como con los puertos del Caribe y los de Charleston, Filadelfia, Nueva York y Boston. Hay indicios de que también se dedicó, ocasionalmente, a gestionar algunos envíos de esclavos africanos a América, especialmente, para sus socios de origen irlandés de la ciudad de Alicante, una actividad común entre los comerciantes del Caribe y de la costa este norteamericana. Pero sus negocios se centrarían, definitivamente, ya en la década de los sesenta, en la importación y exportación de mercancías, especialmente harina. En 1776, era uno de los comerciantes más importantes de la isla, siendo propietario de una flota de una decena de buques de transporte, goletas como la *San Antonio*, la *Miralleson*, *María Bárbara*, *Marte* o *El Galgo*. Uno

Entrepreneur, Diplomat and Spy

Mr. Miralles has been universally esteemed in this country and his loss will be deeply felt.

GEORGE WASHINGTON, 1780

Juan Miralles, ship owner and entrepreneur, with businesses in Havana and extensive commercial ties in the Caribbean, lived in Philadelphia from 1777 to 1780. He was a representative of the Spanish Crown to the Constitutional Congress and a spy. While at this post, he maintained frequent contacts with George Washington, military and congressional leaders, the French ambassador, and other high-level officials. Using a network of agents and associates, he collected information about the enemy—the British—and arranged to have loans and weapons delivered to the Continental Army.

Juan de Miralles Trayllón was born in Preter (Alicante) as the second son in a local family of French descent. After a brief stay in France, he arrived in Havana in 1740, where he made a name for himself as an entrepreneur, mostly due to his keen business acumen, urbane manners, and interpersonal skills. Four years later, he married Maria Eligio de la Puente, of one of the wealthiest families in Cuba, with considerable personal ties to Spanish Florida.

Miralles's commercial interests were wide-ranging and diverse. As a shipbuilder and merchant, he had numerous business dealings in Florida and in a number of Caribbean ports, as well as Charleston, Philadelphia, New York, and Boston. There are indications that he also engaged, occasionally, in the African slave trade, serving as broker for some of his Alicante-based associates of Irish descent—a common practice among businessmen in the Caribbean and in North American coastal cities of the time. But during the 1760s, his commercial activities would focus on the import and export of goods, particularly wheat. By 1776, he had become one of the richest businessmen in the island and the owner of ten shipping vessels, schooners like the *San Antonio*, the *Miralleson*, *Maria*

de los socios más importantes de Miralles fue Robert Morris, por entonces un rico empresario de Filadelfia, que después se convertiría en el «banquero de la Revolución».

Al estallar la Revolución Americana, el ministro de Indias, José de Gálvez, designó a varios agentes para que mantuvieran informada en secreto a la Corte de España de los movimientos británicos en La Florida y Jamaica y de los acontecimientos en las colonias rebeldes. Nadie más indicado que Miralles, que fue nombrado, el 11 de noviembre de 1777, agente español ante el Congreso de Filadelfia. Pero, al haber sido esta ciudad ocupada por los ingleses, se dirigió a Charleston, donde desembarcó en enero de 1778. Desde allí mantuvo contactos con el gobernador Edward Rutledge y con el gobernador de Virginia, Patrick Henry, así como con el de Carolina del Norte, Abner Nash, quienes le solicitaron dinero y material para las tropas rebeldes. Muchos de estos suministros y préstamos fueron costeados por Miralles de su propio bolsillo. En Charleston, compró una nueva goleta, que bautizó como *San Andrés* y que utilizó, especialmente, para mantener el comercio con La Habana y enviar sus informes al capitán general de Cuba, Diego José Navarro, quien centralizaba toda la inteligencia militar.

Una vez que las tropas del general Clinton abandonaron Filadelfia en junio de 1778, Miralles se estableció en dicha ciudad y se alojó en una casa que aún hoy existe, situada en 3rd Street, junto a la *Powell House*. Poco después, llegaría el embajador francés, Conrad Alexander Gérard, a bordo de una pequeña flota francesa arribada a las costas de Nueva Inglaterra, tras la declaración de guerra de Francia a Gran Bretaña.

Durante su estancia en la ciudad, Miralles ofreció magníficas recepciones a personalidades como el mismo George Washington y su esposa Martha, el marqués de Lafayette, los generales Greene, Von Steuben y Schuyle, el pintor Charles Wilson Peale —a quién encargó cinco copias de su famoso retrato de Washington— y varios congresistas. Miralles solicitó que nunca se hiciera pública su condición de enviado de la Corona española en su actividad en la ciudad. La razón es que, aunque ayudara decididamente a los rebeldes, España era oficialmente neutral y existía el temor al contagio de las ideas revolucionarias a los territorios españoles de América. Miralles desempeñó su misión con inteligencia y prudencia, estableciendo una red de amistades y contactos entre los miembros del Congreso. Siendo claramente partidario de la revolución, siguió la postura oficial de la política española, que pasó de la ayuda secreta durante la neutralidad de 1776-1778 a la implicación directa en la guerra a partir de 1779.

Miralles remitía frecuentes cartas a La Habana informando de la marcha de la contienda y sobre los movimientos de las tropas británicas. Para su misión de recopilar inteligencia militar, aprovechó toda su red de socios, los capitanes de buques españoles y americanos que surcaban aquellas aguas y los agentes comerciales en las ciudades costeras. Los movimientos enemigos eran vigilados en una zona que se extendía desde Jamaica, pasando por los puertos del Caribe, hasta la costa norteamericana.

Bárbara, Marte, and El Galgo. One of Miralles’s more celebrated associates was Robert Morris, a wealthy Philadelphia entrepreneur, who would later be known as the “financier of the Revolution”.

Soon after the outbreak of hostilities, the Spanish Minister of the Indies, José de Gálvez, arranged to have secret agents in place who would inform the Spanish Crown about any British maneuvers in Florida and Jamaica, as well as events in the rebel colonies. No one could have been better suited for this task than Miralles, and on November 11, 1777, he was named Spanish representative to the Continental Congress in Philadelphia. However, the English controlled Philadelphia, so Miralles headed to Charleston, where he disembarked in January, 1778. From there, he kept in regular contact with several key figures: Edward Rutledge, member of the South Carolina General Assembly and later governor of the state; Patrick Henry, governor of Virginia; and Abner Nash, governor of North Carolina. All three governors pleaded with him for money and supplies in support of the rebels, which he provided, mostly out of his own pocket. While in Charleston, he purchased a new schooner and christened it *San Andres*. He used the vessel not only for his business interests in Havana, but also to send his reports to Spain’s captain general in Cuba, Diego José Navarro, coordinator of all military intelligence.

When General Clinton’s forces retreated from Philadelphia in June, 1778, Miralles settled in the city and lived in a house on 3rd Street, next to the Powell House, both of which exist today. He would soon be joined by the French ambassador, Conrad Alexander Gérard, who arrived with a small French fleet and docked off the New England coast, shortly after France and England had declared war.

During his stay in Philadelphia, Miralles would host lavish parties for various dignitaries, most notably George and Martha Washington, the Marquis de Lafayette, Generals Greene, Von Steuben, and Schuyle, numerous congressmen, and the artist Charles Wilson Peale, from whom he commissioned five copies of his famous portrait of Washington. Throughout the war, he insisted that his role as representative of the Spanish Crown be kept secret. Although Miralles was an active supporter of the rebel cause, Spain remained neutral through most of the engagement, fearful that the revolutionary fever would spread to its own territories in the Americas. So, he carried out his mission in the city with judgment and prudence, establishing a network of friends and contacts among members of Congress. Although a fervent supporter of the revolution, he reflected, in his demeanor, the official position of Spain, which would move from one of furtive support of the colonies between 1776 and 1778 to that of open warfare in 1779.

Miralles wrote regularly to the Spanish authorities in Havana, detailing the progress of the conflict and the movement of British forces. The network he had established for the purpose of gathering intelligence included business associates, captains of Spanish and American vessels navigating adjacent waters,

Miralles intercambiaba correspondencia frecuente con Washington sobre estas cuestiones, mientras que gestionaba importantes ayudas de dinero y material para las Trece Colonias. Están documentados dos préstamos de 26.600 y 14.000 pesos a Carolina del Sur, así como otro de 140.650 pesos, firmado por el general Lincoln, al *Board of Treasury* del Congreso. Miralles también aconsejó al Congreso sobre las ayudas que podía suministrar secretamente el gobernador de La Luisiana española, Bernardo de Gálvez. Estas se entregaban, generalmente, a través del agente de Robert Morris en Nueva Orleans, Oliver Pollock. Un ejemplo fueron las recogidas por el capitán James Willing en marzo de 1778: gran cantidad de telas azules, rojas y blancas, «6 cajas de quinina, 8 cajas de otras medicinas, 100 quintales de pólvora en cien barriles y 300 fusiles con sus bayonetas». En junio de 1778, se entregaron provisiones y vestuario para las tropas de Rogers Clark, que luchaban muy al norte del río Misisipí, en el actual Illinois, así como todo el material necesario para armar una goleta, que fue remitido desde La Habana.

Una vez que España entró en la guerra en junio de 1779, continuaron los envíos de suministros españoles, individualmente o de forma conjunta con Francia, así como el intercambio de espionaje sobre desplazamientos de tropas enemigas. Durante el primer trimestre de 1780, Miralles solicitó al Congreso que se realizara alguna operación contra la retaguardia británica, para facilitar los ataques españoles en La Luisiana y La Florida. El Congreso debatió si era conveniente atacar San Agustín de Florida y George Washington mantuvo varias reuniones y correspondencia con Miralles sobre el particular. Finalmente, propuso que se realizara una operación combinada franco-hispano-norteamericana contra Carolina del Sur o Georgia y ordenó al general Lincoln que coordinara con Miralles algunas operaciones, para favorecer el inminente ataque de Gálvez a Pensacola.

Lamentablemente, esta coordinación quedó interrumpida al fallecer Miralles inesperadamente de una pulmonía, el 28 de abril de 1780, mientras visitaba, junto al embajador francés, el cuartel general de Washington en Morristown. El general norteamericano organizó un solemne funeral en muestra del aprecio por el enviado de la corona española, durante el cual, las tropas del *Continental Army* rindieron honores de estado.

En una carta dirigida a las autoridades españolas, Washington escribió: «El Sr. Miralles ha sido universalmente estimado en este país y también ha sido universalmente sentida su muerte». Juan de Miralles dejó escrito en su testamento que se entregara «un abrigo nuevo» a cada uno de sus criados y que se liberara en La Habana a su único esclavo negro, Rafael, con su mujer y su hijo, y se les diera una propiedad «donde puedan establecerse». Gran parte del dinero que prestó personalmente a la Revolución Americana nunca le fue devuelto. Su misión en Filadelfia la continuó su secretario, Francisco Rendón, hasta ser sustituido este por Diego de Gardoqui en 1785.

[J. M. G. A.]

and merchants doing business in the cities along the coast. Hence, the enemy's actions were being watched all along a zone that extended from Jamaica through Caribbean ports to the North American shoreline.

Miralles and Washington corresponded frequently about these issues, even as Miralles continued arranging for monetary and material assistance to the Thirteen Colonies. Records show two loans of 26,600 and 14,000 Spanish pesos to South Carolina and one of 140,650 pesos to the Board of Treasury of the Continental Congress, acknowledged by General Lincoln. Miralles also advised the Congress regarding clandestine aid that the governor of Spanish Louisiana, Bernardo de Gálvez, would be able to provide, usually through a Spanish agent in New Orleans named Oliver Pollock. A detailed account of items collected by James Willing in March, 1778, includes: “large amounts of blue, red, and white cloth; six boxes of quinine; eight boxes of other medicines; 100 quintals of gunpowder in a hundred barrels; and 300 bayonet rifles.” In June, 1778, clothing and other supplies were delivered to the troops of Rogers Clark north of the Mississippi River (currently, in the state of Illinois). Enough resources to fully arm a schooner also were sent from Havana.

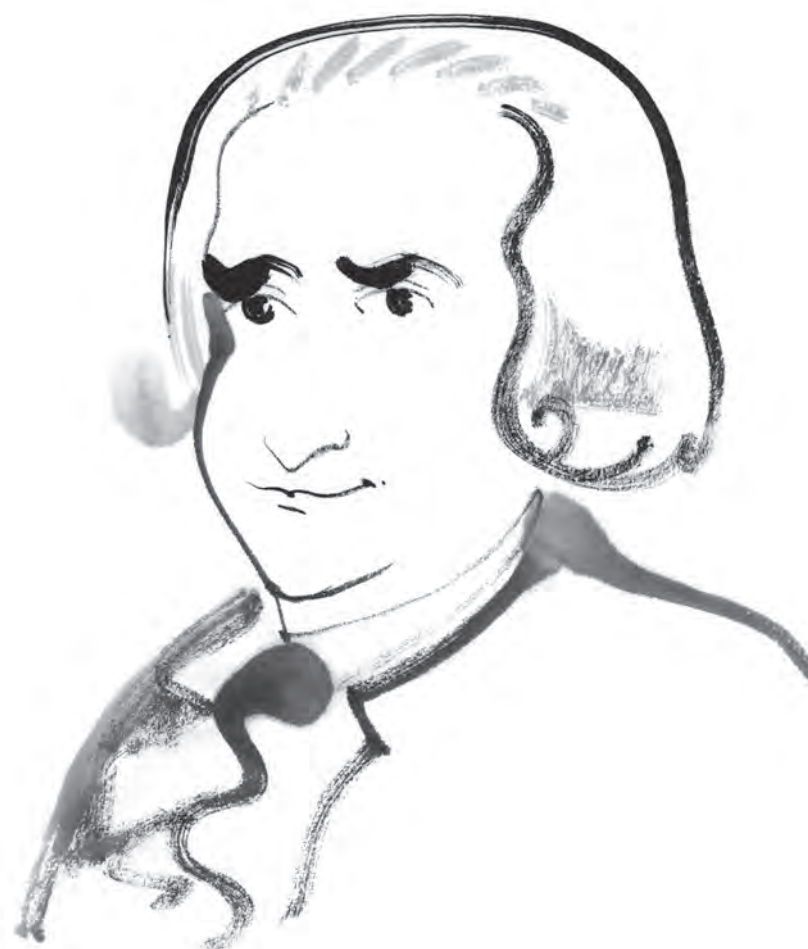
After Spain entered the war in 1779, its monetary and material support continued, at times in conjunction with French aid. There was also a constant interchange of intelligence about enemy troop movements. Sometime early in 1780, Miralles asked Congress to carry out attacks against the British rear guard, in order to facilitate Spanish offensives in Louisiana and Florida. Congress debated the practicality of such an assault on Saint Augustine (Florida), and Washington met with Miralles several times (in addition to corresponding with him) to settle the matter. Eventually, Congress proposed a combined French-Spanish-North American operation in South Carolina or in Georgia, and General Lincoln was ordered to coordinate these incursions with Miralles, as a tactic to assist General Gálvez in his imminent attack on Pensacola. Unfortunately, before the coordination could be accomplished, Miralles came down with pneumonia. He died on April 28, 1780, during a visit with the French ambassador to Washington's general headquarters in Morristown. In an expression of appreciation, the American general organized a solemn funeral, during which the troops of the Continental Army rendered full state honors to the envoy of the Spanish Crown.

In a letter to the Spanish authorities, Washington wrote, “Mr. Miralles has been universally esteemed in this country and his loss will be deeply felt.” In his last will and testament, Juan de Miralles bequeathed “a new coat” to each of his servants. He likewise directed that Rafael, his only black slave, be granted freedom in Havana, and that he and his wife and son be given a piece of land “where they might settle”. Most of the loans he had provided to the American Revolution were never reimbursed to him or his estate. His secretary, Francisco Rendón, took over his mission in Philadelphia until he was replaced by Diego de Gardoqui in 1785.

[J. M. G. A.]



Juan de Miralles



Diego de Gardoqui

Diego de Gardoqui

Comerciante imprescindible y primer embajador

Sé de su amistad hacia América y la amabilidad que ha mostrado a mis compatriotas, le ruego acepte mi agradecido reconocimiento.

BENJAMÍN FRANKLIN A DIEGO DE GARDOQUI, 1780

Diego de Gardoqui y Arriquibar fue un hábil comerciante, diplomático y funcionario encargado por el rey de España, Carlos III, para gestionar los envíos de dinero y de suministros a las Trece Colonias rebeldes durante la Revolución Norteamericana. Utilizando principalmente su compañía comercial, Joseph Gardoqui e hijos, con sede en la ciudad de Bilbao, importante puerto en el norte de España, remitió toda clase de aprovisionamientos para el *Continental Army*. Una vez finalizada la guerra, fue el primer embajador de España ante el Congreso y uno de los dos únicos extranjeros que asistió a la toma de posesión de George Washington como primer presidente de los Estados Unidos, en 1789. Fue uno de esos personajes claves que no aparecen en los cuadros de historia, pero que uno puede imaginarse detrás de la cortina que en el S. XVIII el artista acostumbraba a pintar detrás del retrato del héroe o del político.

Diego María de Gardoqui nació en Bilbao en 1735, el segundo de los ocho hijos de José de Gardoqui y de Simona de Arriquibar. Su padre era un activo hombre de negocios que creó varias empresas y que obtuvo, en 1763, la autorización para importar bacalao de Inglaterra y de Norteamérica. Diego fue enviado a estudiar durante cinco años a Londres, bajo la tutela de George Harley, director de la Compañía de Indias, donde, además de aprender el idioma, se familiarizó con el carácter anglosajón. Completó su formación bajo la dirección de su tío materno, el economista y jurisconsulto Nicolás de Arriquibar, miembro de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, una de las instituciones más prestigiosas de la España de la Ilustración.

A la muerte del padre en 1765, los Gardoqui hijos continuaron incrementando el negocio familiar, alcanzando los primeros puestos en la importación de bacalao salado de Terranova y los puertos del norte de Nueva Inglaterra. Bacalao que intercambiaba por hierro y lanas españoles, principalmente.

Indispensable Merchant and First Ambassador

I know of your friendship toward America and the kindness you have shown to my fellow countrymen; please accept my grateful acknowledgment.

BENJAMÍN FRANKLIN TO DIEGO DE GARDOQUI, 1780

Diego de Gardoqui y Arriquibar was a skillful merchant, diplomat, and civil servant in the Court of Carlos III. He was commissioned by the Spanish monarch to oversee the delivery of funds and supplies to the Thirteen Colonies during the American Revolution. In response, Gardoqui sent all manner of supplies to the Continental Army by using his own company, Joseph Gardoqui and Sons, which was based in Bilbao, an important city-port in northern Spain. At the end of the war, he became the first Spanish ambassador to the new country and one of only two foreigners to attend the inauguration of George Washington as first President of the United States in 1789. He is one of those key players who do not appear in the history books. Yet, it is easy to perceive Gardoqui as the draped figure depicted in so many 18th century portraits behind the hero or the politician.

Diego Maria de Gardoqui was born in Bilbao in 1735 as the second son of José de Gardoqui and Simona de Arriquibar and one of eight children. His father was a resourceful entrepreneur who founded several companies. In 1763, he obtained the authorization to import cod from England and North America. That same year he sent his son, Diego, to study in London for five years, under the tutelage of George Harley, head of the Company of the Indies. There Diego would learn the language and become closely acquainted with Anglo-Saxon customs. He completed his studies under the guidance of his maternal uncle, Nicolas de Arriquibar, an economist and jurisconsult, and a member of the *Sociedad Vascongada de Amigos del Pais* (Basque Society of Friends of the Country), one of the most prestigious institutions of the Spanish Enlightenment.

After José de Gardoqui's death in 1765, his children took over the family firm and presided over its growth into one of the most lucrative importers

Con el paso de los años, la compañía Joseph Gardoqui e hijos pasó por apuros económicos, pero, por suerte para la revolución americana, pudo superar la dura competencia de otras firmas y, sobre todo, del puerto de Santander. Consiguió incrementar las relaciones con comerciantes radicados en la costa Atlántica norteamericana centrando su negocio con los de Salem, Boston y Marblehead. En esta última ciudad, dedicada especialmente al negocio del bacalao, sus principales socios eran las compañías de Elbridge Gerry y de Jeremiah Lee, dos personajes que pronto serían claves para la independencia de la nueva nación.

Tanto Gerry como Lee entraron a formar parte del Congreso Provincial de Massachusetts al inicio de la Revolución. Massachusetts fue, además, el estado encargado de organizar el ejército que debía ponerse a las órdenes de George Washington en julio de 1775. Era un conjunto de tropas que el propio Washington denominó «una multitudinaria mezcla de gente» o, como los ingleses les llamaban, «una muchedumbre armada». La mayor parte sin uniformes, armados con fusiles estropeados y, por añadidura, sin pólvora ni equipamiento para enfrentarse a los soldados profesionales de Gran Bretaña.

A finales de 1774, Jeremiah Lee escribió a Gardoqui solicitando el envío urgente de armamento y pólvora. Gardoqui contestó, en una carta fechada el 17 de febrero de 1775, que enviaba 300 mosquetes con sus bayonetas y 600 pares de pistolas, pero que la pólvora no podía conseguirla si no se le avisaba con mucha antelación, porque «toda se fabrica para el gobierno». Elbridge Gerry solicitaba, en una carta firmada el 5 de julio de ese año, «buenas pistolas» y pólvora, para lo cual enviaba a Gardoqui 1.000 libras en metálico y 650 libras en letras de cambio. En 1776, Gerry informaba de que un barco de su compañía enviado por Gardoqui había partido para América transportando 21,5 toneladas más de pólvora.

En realidad, ni las armas ni la pólvora podían salir del país sin la autorización oficial de la Corona, que controlaba, detalladamente, cada fusil que se construía en las Reales Fábricas de Placencia y cada kilo de fulminante que se fabricaba, por lo que está claro que Gardoqui tuvo que contar con autorización del gobierno de España. Las preciadas mercancías eran cargadas en barcos de sus socios norteamericanos o en los de su propia compañía. Cruzaban un océano plagado de corsarios y buques enemigos, bajo denominaciones secretas, una práctica habitual durante gran parte de la Guerra de Independencia norteamericana, hasta que España declaró oficialmente la guerra a Gran Bretaña en junio de 1779.

«Mis soldados carecen de todo lo necesario para la guerra», escribía Washington al Congreso. Gardoqui continuó remitiendo suministros de forma confidencial. Una vez designado oficialmente para este cometido por el gobierno español, durante los años 1777 y 1778 respondió a las peticiones de Arthur Lee, el representante del Congreso Continental enviado a España para solicitar asistencia militar, con quien mantuvo varias reuniones secretas en Vitoria. Gardoqui le escribía en 1777: «Doy una nueva prueba de adhesión a las

of salted cod from Terra Nova and the northern New England ports, primarily in exchange for iron and Spanish wool. However, the company eventually suffered a number of business reversals brought about by stiff competition with other businesses, such as the port of Santander. These challenges would turn out to be advantageous for the American Revolution, since the Gardoquis offset their losses by increasing their business with the northern Atlantic ports of Salem, Boston, and Marblehead. In the latter, their major business associates would be Elbridge Gerry and Jeremiah Lee, two key figures in the young nation's struggle for independence.

When the Revolution broke out, Gerry and Lee were members of the Provincial Congress of Massachusetts. The state also would spearhead the organization of the young army under the command of George Washington in July, 1775. The troops were a disparate group, and Washington himself would refer to them as “a multitudinous mix of people”. To the British, they were nothing more than “an armed mob”. Most of the soldiers had no uniforms; they carried faulty rifles and lacked the gunpowder and equipment needed to face the professional soldiers of Great Britain.

Late in 1774, Jeremiah Lee had sent Diego Gardoqui an urgent plea for arms and gunpowder. In his response letter dated February 17, 1775, Gardoqui assured Lee that he would be sending 300 muskets, with their bayonets, and 600 pairs of pistols. However, he added that he could not deliver any gunpowder unless it were ordered well in advance, because “all of the gunpowder was ordained for government use.” In a letter dated July 5 of the same year, Elbridge Gerry put in an order for “good pistols” and gunpowder, enclosing 1,000 pounds sterling in cash and 650 in bills of exchange. In 1776, a communique from Gerry indicated that one of Gardoqui's vessels was on its way to America loaded with 21.5 tons of gunpowder.

In fact, neither the arms nor the gunpowder could be exported from Spain without the official authorization of the Crown, who regulated the assembly of every rifle in the Royal Factories of Placencia and the manufacture of every kilo of explosive to the minutest detail. Clearly, Gardoqui must have acquired the requisite permit from the Spanish government before loading the precious cargo onto the ships of his North American associates or on those of his own company. The vessels, sailing under unidentifiable flags, would cross an ocean plagued by pirates and enemy ships—a common practice during most of the North American War of Independence—until Spain declared war formally on Great Britain in June, 1779.

In a letter to Congress, Washington wrote, “My soldiers lack everything they need to fight a war,” and Gardoqui continued to send clandestine supplies. Between 1777 and 1778, when he was designated official representative of the Spanish government, Gardoqui responded to requests from Arthur Lee, who had come to Spain on orders of the Continental Congress to solicit military aid.

Colonias (...) al igual que las personas principales de aquí, aunque la situación actual les obliga a no manifestarse sobre ello». El bilbaíno multiplicó las remesas de fusiles, mantas, botas y telas para uniformes, que aliviaron la desastrosa situación de las tropas de Washington en el invierno de Valley Forge y las siguientes campañas. También remitió a América suministros navales, y a cambio, el Congreso decidió en octubre de 1777 pagarle en especie, mediante remesas de tabaco, alquitrán y betún.

Gardoqui continuó cumpliendo con su misión, que cada vez exigía más trabajo y esfuerzo de administración y le exigía continuos viajes de Bilbao a Madrid. Consiguió el armamento necesario para completar la expedición de 11.000 soldados que partieron de Cádiz hacia La Habana en abril de 1780 y que combatirían a las órdenes de Bernardo de Gálvez en las campañas contra los ingleses en el golfo de México, La Florida y La Luisiana. También mantuvo numerosa correspondencia y varias reuniones con John Jay, el nuevo representante del Congreso ante el gobierno de Madrid, durante los años 1780 y 1781, al que entregó varias remesas de dinero que sumaban más de 265.000 pesos o *Spanish Milled Dollars*.

Una vez finalizada la guerra, Gardoqui llegó en 1785 a Nueva York como «encargado de Negocios ante el Congreso», es decir, el primer embajador oficial del Reino de España. El 30 de abril de 1789 tuvo el privilegio de ser invitado de honor en la histórica inauguración de George Washington como primer presidente, desfilando tras él junto al embajador de Francia. Durante su estancia en Nueva York, donde residió al inicio de la calle Broadway (cerca de Wall Street) se mostró como un excelente diplomático y caballero, con fama de buen gastrónomo, experto catador de vinos y cortés con las damas.

Mantuvo frecuente contacto con muchos de los Padres Fundadores, como Franklin, Jay, Adams o el mismo George Washington, con quien le unió una amistad especial y a quién escribió: «He sido y seré un verdadero amigo de los Estados Unidos», mientras que este a su vez le comunicaba: «Estoy seguro tanto de su capacidad como político, como de su amistad por estos Estados». En noviembre de 1787, el español le había obsequiado con una bella edición de cuatro volúmenes del *Quijote* de Cervantes, que se conserva en la George Washington Library en Mount Vernon.

A finales de 1789, Gardoqui finalizó su misión diplomática y partió para Europa, donde el Rey, en muestra de su confianza, le nombró secretario de Hacienda. Un fatigado Gardoqui finalizaría su carrera como embajador en Turín, donde falleció en 1798 a los sesenta y tres años de edad.

[J. M. G. A.]

The men held several secret meetings in the city of Vitoria, and in a letter to Lee dated 1777, Gardoqui wrote: “I offer you further proof of my commitment to the Colonies (...) it is the same commitment of other notable figures, who are unable to express it here, under the current circumstances.” The Bilbao native increased his remittance of rifles, blankets, boots, and material for uniforms, which would alleviate the dismal state of Washington’s troops during the winter of Valley Forge and in subsequent campaigns. He would also send naval supplies, for which he was paid in species—tobacco, tar, and bitumen—as directed by the Continental Congress in October, 1777.

Gardoqui persisted in his effort to fulfill his mission, despite the ever-increasing stress and the administrative demands on his time, as well as the constant travel between Bilbao and Madrid. He was able to supply the necessary arms for an entire expedition of 11,000 soldiers who left Cádiz for Havana in April, 1780, under the command of Bernardo de Gálvez, to engage the British in the Gulf of Mexico, Florida, and Spanish Louisiana. He also maintained a voluminous correspondence with John Jay, envoy of the Continental Congress to Spain, and met with him several times between 1780 and 1781. During that period, the donations he made through Jay would amount to 265,000 pesos or Spanish Milled Dollars.

In 1785, after the war had ended, Gardoqui arrived in New York as Spanish charge d’affaires before Congress, that is, as the first official ambassador of the Kingdom of Spain to the United States. On April 30, 1789, he was a privileged guest of honor at George Washington’s historic presidential inauguration, where he processed behind the new leader alongside the French ambassador. During his stay in New York, he lived on Broadway, near Wall Street, and was admired for his excellent diplomatic skills and courtly manners. He was also known as a gourmet and a wine connoisseur, and for his courtesy in dealing with ladies.

He kept in close contact with many of the Founding Fathers, Benjamin Franklin, John Jay, John Adams, and notably George Washington, with whom he developed a special friendship. In a letter to him, he would write, “I have been and always will be a true friend of the United States,” to which Washington responded, “I am as certain of your political skills as I am of your affection for these States.” In November, 1787, the Spanish diplomat gave Washington a superb four-volume edition of Cervantes’s *Don Quixote*. Currently, this gift resides in the George Washington Library in Mount Vernon.

Near the end of 1789, Gardoqui returned to Europe, having completed his diplomatic mission in the United States. In a gesture of confidence, the Spanish king named him Secretary of the Treasury. Gardoqui would end his career, a weary man, as ambassador in Turin, where he died in 1798 at the age of sixty-three.

[J. M. G. A.]

Bernardo de Gálvez

El líder carismático

¿Qué importa al soberano que sea blanco o negro el que bien le sirve? He visto una bandera mejor defendida en las manos negras de un mulato que en poder de otras más blancas.

BERNARDO DE GÁLVEZ

En el sur de España, en una montañosa zona de Andalucía, se encuentra Macharaviaya, un pequeño pueblo de la provincia de Málaga. Allí, el 23 de julio de 1746, nació Bernardo, hijo de Matías de Gálvez y Ana Gallardo, un modesto matrimonio de ascendencia hidalga, que vivía cultivando viñas y cosechando los variados frutos de aquella agreste tierra y, también, de la crianza de cabras y otros animales domésticos.

Matías era el mayor de cuatro hermanos —los otros eran José, Miguel y Antonio— y desde muy joven se inclinó por la carrera militar. En 1755, con el empleo de capitán, fue destinado a la isla de Tenerife y allí se trasladó con su esposa y su hijo. Bernardo regresó a la Península con 16 años para incorporarse al regimiento francés *Royal Cantabre*, que había llegado a España para colaborar en la invasión de Portugal, cuando estaba próxima a finalizar la Guerra de los Siete Años. Terminado el conflicto, pasó con el citado regimiento a Francia, en donde permaneció durante más de un lustro perfeccionando su formación militar.

En 1769, su tío José de Gálvez se encontraba en el virreinato de Nueva España encargado por el rey Carlos III de reorganizar y sanear su administración. Pero, además de afrontar tan importante misión, impulsó la exploración y civilización de la Alta California, evitando así que pudiera caer en manos de los rusos. En la evangelización de aquellas tierras desempeñó un relevante papel Fray Junípero Serra, fundador de una veintena de misiones que dieron lugar al nacimiento de ciudades hoy tan importantes como San Diego, Los Ángeles o San Francisco.

José de Gálvez también se preocupó de mejorar la defensa de las llamadas Provincias Internas contra las incursiones de los apaches. Este

Charismatic Leader

Why should the sovereign care if the man who serves him well is white or black? I have seen a flag better defended in the black hands of a mulatto than in other, whiter hands.

BERNARDO DE GÁLVEZ

In the mountainous region of Andalusia in the south of Spain, in the province of Málaga, lies a little town called Macharaviaya. There, on July 23, 1746, Bernardo de Gálvez was born to Matías de Gálvez and Ana Gallardo, a couple of modest means but noble heritage. The family cultivated a small vineyard and grew a variety of fruits in that rural part of the country; they also raised goats and other domestic animals.

Matías was the oldest of four brothers—the others being José, Miguel, and Antonio—and he had been attracted to military life since he was a young boy. In 1755, he was assigned to the island of Tenerife, with the rank of captain, and he left his farm and settled there with his wife and son. Bernardo would return to the Peninsula at the age of sixteen to join the French regiment *Royal Cantabre*, which had arrived in Spain to take part in the invasion of Portugal during the waning years of the Seven Year War. At the end of the conflict, Bernardo moved to France with his regiment, where he remained for over five years and completed his military training.

In 1769, Bernardo's uncle, José de Gálvez, was stationed in the Viceroyalty of New Spain on orders of King Carlos III to reorganize and restore order to the local governments. In addition to addressing this mission, Gálvez propelled the exploration and cultivation of northern California, successfully keeping the area out of Russian control. It was the same land evangelized by Fray Junípero Serra, who would play a pivotal role in its history, founding over twenty missions that would give rise to such modern cities as San Diego, Los Angeles, and San Francisco.

José de Gálvez also endeavored to improve the defenses of the so-called Internal Provinces against Apache incursions. This enormous territory

territorio era un inmenso espacio de más de dos millones de km² que comprendía los actuales estados norteamericanos o mexicanos de Arizona, Texas, Nuevo México, Sonora, Coahuila, Nueva Vizcaya o Nuevo León.

En 1769, Bernardo de Gálvez llegó a Chihuahua y se le confirió el mando de una compañía de «soldados de cuera» o «presidiales», como eran conocidos en la época los militares españoles que operaban en aquel territorio para repeler las incursiones de los apaches. El joven capitán Gálvez tuvo una brillante actuación dirigiendo tres campañas, en las que recibió cuatro heridas de flecha o lanza. En una de estas expediciones alcanzó el río Pecos, ya en el territorio de Texas.

Al iniciar su cuarta campaña, sufrió graves lesiones a causa de una caída de caballo, por lo que le aconsejaron regresar a España. Viaje que realizó en 1772 acompañando a su tío José, que ya había concluido, con notable éxito, su difícil y ardua misión.

Bernardo de Gálvez fue destinado al regimiento de Sevilla y, en 1775, fue seleccionado para perfeccionar su formación militar en una academia creada a tal efecto en Ávila. Allí conoció a Francisco de Saavedra, quien sería el mejor de sus amigos. Pero, a los pocos meses, su unidad fue incorporada al ejército que España aprestó para atacar Argel, puerto base de la piratería berberisca que asolaba las costas españolas del Mediterráneo occidental.

El resultado de esta expedición fue desastroso: unos 4.000 soldados perdieron la vida y otros tantos resultaron heridos, entre ellos el capitán Gálvez, que recibió un disparo de fusil en su pierna izquierda. Por entonces este tipo de herida solía ser mortal de necesidad, pero, posiblemente, su fuerte constitución le permitió superar el trance. Por su heroico comportamiento fue ascendido al empleo de teniente coronel.

Al año siguiente, tras el fallecimiento en enero de 1776 de Julián de Arriaga, ministro de Indias, José de Gálvez fue nombrado para sucederle. Pocos meses más tarde, el día 4 de julio, las Trece Colonias inglesas en la costa este de Norteamérica declararon su independencia del Reino Unido.

Ascendido a coronel, Bernardo de Gálvez regresó a América y el 1.º de enero de 1777 tomó posesión, en Nueva Orleans, del cargo de gobernador de la provincia de La Luisiana y el mando del regimiento que la guarnecía. Su antecesor, el general malagueño Luis de Unzaga, ayudaba desde hacía varios años a los patriotas norteamericanos, facilitando que les llegase por el Misisipi toda clase de pertrechos, fundamentalmente pólvora y dinero.

En Nueva Orleans, en noviembre del mismo año 1777, Bernardo se casó *in articulo mortis* con Felicité Saint-Maxent, con quien tuvo tres hijos: Matilde, Miguel y Guadalupe. Poco antes de su boda contrajo una enfermedad, dictaminada por expertos facultativos como «amebiasis intestinal», que le provocaría una crisis casi semanal. Nueve años después sería la causa de su fallecimiento.

Gálvez continuó suministrando ayuda de todo tipo a los patriotas americanos, aunque intentando mantener el más estricto secreto, para evitar un

of over two million square kilometers comprised the current states of Arizona, Texas, and New Mexico (United States), as well as Sonora, Coahuila, Nueva Vizcaya, and Nuevo León (Mexico).

In 1769, Bernardo de Gálvez arrived in Chihuahua, where he was given command of a company of “leather-jacket” or “presidial” soldiers, special troops in the Spanish army who operated in that territory specifically to repel Apache raids. Young Captain Gálvez would distinguish himself brilliantly at the head of three military campaigns, during which he was wounded four times by arrow and spear attacks. In one of these expeditions, he would reach the Pecos River, in Texas territory.

During the initial action of a fourth campaign, Gálvez sustained even more serious injuries when he was thrown off his horse, and he was then advised to return to Spain. He did so in 1772, accompanied by his uncle José, who had already fulfilled his own arduous and demanding mission with outstanding success.

Bernardo de Gálvez was assigned to the *Sevilla Regiment*, and in 1775 he was selected for advanced military training in an academy created in Avila for this purpose. There, he would meet Francisco de Saavedra, who became one of his closest friends. Unfortunately, however, within a few months, Gálvez’s unit was incorporated into a special force assembled to attack Algiers, seat of the Berber piracy that was wreaking havoc on the Spanish coasts in the western Mediterranean.

The result of the expedition was disastrous: approximately 4,000 soldiers lost their lives and as many were wounded, among them Captain Gálvez, who was shot in the left leg with a rifle. Such a wound often proved fatal at the time, but he survived, perhaps because of his unusually strong constitution. For his heroism in battle, he was promoted to lieutenant colonel.

The following year, after the death of Julián de Arriaga, Minister of the Indies, in January, 1776, Gálvez was appointed his successor. A few months later, on July 4, 1776, the Thirteen English Colonies on the east coast of North America declared their independence from Great Britain.

Now a colonel, Bernardo de Gálvez returned to America on January 1, 1777. He arrived in New Orleans as governor of Spanish Louisiana and head of the regiment garrisoned there. His predecessor, General Luis de Unzaga, a native of Málaga, had been extending aid to the North American Patriots for years, using the Mississippi as a conduit for supplies, mostly gunpowder and money.

That November, seemingly at the point of death, Bernardo married Felicité Saint-Maxent, with whom he would have three children: Matilde, Miguel, and Guadalupe. Shortly before the wedding, he had contracted an illness diagnosed by the medical experts as “intestinal amoebiasis”. It resulted in his having near-weekly health crises for the rest of his life, and Bernardo would succumb to the disease nine years later.

Gálvez remained actively involved in supplying all sorts of aid to the North American fighters, but he tried to do so in utmost secrecy, in order to

premature conflict with the British. He also increased his network of spies, with the purpose of assessing the condition of the British installations along the left bank of the Mississippi and in the more formidable forts of Mobile and Pensacola, which held the key to West Florida. In these efforts, Gálvez would come to rely on the crucial collaboration of Oliver Pollock, a Patriot and the representative of Spanish Louisiana before the Continental Congress.

Pero, declarada la guerra, el ya brigadier Gálvez tomó la iniciativa y, en agosto de 1779, tras superar los efectos de un devastador huracán, inició la marcha hacia los fuertes ingleses establecidos en la margen izquierda del Misisipí al mando de una variopinta tropa de la que, junto a unos 300 soldados de su regimiento, formaron parte colonos franceses, ingleses, alemanes y españoles, que habitaban en los pueblos cercanos, así como esclavos, libertos, mestizos, indios y, también, patriotas norteamericanos. Eran casi 1.600 hombres, con los que logró la hazaña de conquistar Manchak, Baton Rouge y Natchez.

No obstante, quedaban aún dos importantes reductos británicos: La Mobila y Pensacola. Tras superar una gran tormenta, que deshizo el convoy en el que transportaba sus tropas, el 14 de marzo de 1780 conquistó el fuerte Charlotte, de La Mobila. Siete meses después, una expedición partió de La Habana para intentar conquistar Pensacola, pero fue deshecha por otro fortísimo huracán. Gálvez no se amilanó y logró que sus jefes en La Habana aparejasen una nueva expedición que, en marzo de 1781, pudo desembarcar en la isla de Santa Rosa.

Para afrontar el asedio de los tres fuertes que defendían el principal bastión británico en La Florida occidental, era necesario el apoyo de la flota, que protegería el cruce de sus tropas desde Santa Rosa a tierra firme. Pero el canal de entrada estaba defendido por el fuerte de Barrancas Coloradas, artillado con cinco piezas de a 32 libras y seis de a 8 libras. El navío *San Ramón*, buque insignia de la escuadra de apoyo, intentó penetrar en la bahía, pero encalló en un banco de arena y su capitán desistió de intentarlo por segunda vez ante el riesgo de varar nuevamente. Ofuscado por este incidente, cometió el error de no permitir que las fragatas, de menor calado, intentasen cruzar el canal de entrada.

Ante esta crítica situación, con el gravísimo riesgo de que la expedición fracasara, el 18 de marzo de 1781, Gálvez envió al jefe de la escuadra el siguiente mensaje:

Una bala de a treinta y dos que le envío y presento es de las que reparte el fuerte de la entrada. El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el Galveztown para quitarle el miedo.

Inmediatamente, Bernardo de Gálvez, a bordo de su bergantín, inició la navegación por el canal de entrada a la bahía y, al momento, la artillería de Barrancas comenzó a abrir fuego sobre el *Galveztown*. Pero ninguno de los

avoid a premature conflict with the British. He also increased his network of spies, with the purpose of assessing the condition of the British installations along the left bank of the Mississippi and in the more formidable forts of Mobile and Pensacola, which held the key to West Florida. In these efforts, Gálvez would come to rely on the crucial collaboration of Oliver Pollock, a Patriot and the representative of Spanish Louisiana before the Continental Congress.

Once Spain declared war on Great Britain, Gálvez, who now held the rank of brigadier, took the initiative, and in August, 1779, after overcoming the ravages of a hurricane in New Orleans, he advanced his troops toward the British forts on the left bank of the Mississippi. They were a motley army composed of 300 regimental soldiers, plus French, English, German, and Spanish colonists from nearby villages, as well as slaves, freedmen, *mestizos*, Indians, and North American Patriots, adding up to nearly 1,600 men. Under Gálvez's command, they succeeded in occupying Manchac, Baton Rouge, and Natchez.

Nevertheless, two solid British redoubts remained: Mobile and Pensacola. This time, Gálvez and his troops would have to weather a massive storm that dispersed the naval convoy carrying the men before they succeeded in seizing Fort Charlotte in Mobile on March 14, 1780. Seven months later, an expedition left Havana to attempt a similar feat in Pensacola; however, another storm, a powerful hurricane, decimated the Spanish force. Gálvez would not be deterred. He persuaded the authorities in Havana to assemble another expedition, which managed to disembark on the island of Santa Rosa in March, 1781.

If he were to undertake the attack on the three redoubts defending the main British stronghold in West Florida, Gálvez needed naval support to shield his troops as they crossed from Santa Rosa to the mainland. But the mouth of the bay was being defended from Fort Barrancas Coloradas, where the British had mounted five 32-pound and six 8-pound guns. *San Ramon*, the lead ship of the support fleet, attempted to enter the bay but it grounded on a sand bar, and in what would be a tactical error, the fleet commander refused to send any more ships, fearful of a similar fate. Not even his lighter frigates would be allowed to attempt a crossing.

On March 18, 1781, facing the critical prospect of total defeat, Gálvez sent the fleet commander the following message:

I offer you a 32-caliber bullet; it is one of the bullets being fired from the fort at the mouth of the bay. Let he who has honor and courage follow me. I will sail ahead on the Galveztown to dispel your fear.

Without further delay, Bernardo de Gálvez set sail on his brigantine, through the channel and into the bay. The British opened fire from the top of Barrancas, but not one of the 27 shots inflicted damage on the *Galveztown*. Gálvez was on the verge of accomplishing the heroic feat that would bring him lasting fame and glory.

27 disparos británicos le alcanzó. Gálvez culminó así la hazaña con la que alcanzó la gloria y la fama.

Tras casi dos meses de asedio, en el que Gálvez sufrió dos heridas, el día 8 de mayo, la explosión de una granada española destruyó el fuerte de La Media Luna, que dominaba los del Sombrero y Jorge, lo que provocó la rendición de los ingleses, que entregaron sus armas al día siguiente. Más de 1.100 hombres, unos 150 cañones y numeroso material cayeron en poder de los españoles. Gálvez fue ascendido a teniente general y, poco después, accediendo a la petición de los habitantes de La Luisiana, el rey Carlos III le concedió el título de conde de Gálvez, con el mote «Yo solo» para su blasón.

Estos triunfos fueron casi simultáneos a los que obtuvo su padre Matías de Gálvez en el teatro de operaciones de Guatemala, de donde expulsó a los británicos. El rey Carlos III lo premió con el ascenso a teniente general y, poco después, lo nombró virrey de Nueva España, donde destacó por su honradez y su protección al pueblo y a la cultura mexicanos.

Pero Matías de Gálvez falleció muy pronto y su hijo Bernardo fue designado para sustituirle. En junio de 1785, el conde de Gálvez entró en México y fue clamorosamente recibido. Le precedía la fama por las victorias conseguidas y su popularidad fue en aumento, a medida que los mexicanos iban conociendo sus cualidades personales y su bondadoso carácter.

Lo más destacado de su corto mandato fue el auxilio que prestó al pueblo ante la terrible hambruna que provocó la pérdida de las cosechas por unas fuertes y tempranas heladas. En ello invirtió importantes recursos públicos y, también, hasta la herencia que su padre le había legado.

Pero Bernardo de Gálvez, minado por la enfermedad a la que ya hemos aludido, falleció en Tacubaya el 30 de noviembre de 1786. Su cuerpo fue amortajado con el uniforme de teniente general y cubierto por el manto de la Orden de Carlos III. A la capilla ardiente y al funeral acudió un inmenso gentío. Su cadáver fue depositado en la cripta del altar mayor de la catedral de México, hasta que, meses después, fue trasladado a su definitivo sepulcro en la iglesia franciscana del Colegio Apostólico de San Fernando.

Bernardo de Gálvez fue un gran militar y un gran gobernante. En el siglo VI a.C., Sun Tzu determinó las virtudes que una persona debía reunir para ser considerada un líder: inteligencia, honradez, humanidad, coraje y disciplina. Bernardo de Gálvez las reunió en su persona. Hoy es un héroe compartido por España, Estados Unidos y México.

De él, en el año 1779, el gran poeta de Nueva Orleans Julien Poydrás, testigo de sus acciones en La Luisiana, dejó escrito:

Gálvez mérite la gloire de devenir immortel.

[Manuel Olmedo Checa]

During the siege, which lasted almost two months, Gálvez was wounded twice. Then, on May 8, an exploding Spanish mortar shell destroyed Fort Crescent, which towered over the other two forts, Sombrero and Fort George, and the British surrendered the next day. Over 1,100 men relinquished their arms, and some 150 cannons and a substantial amount of weaponry were now in the possession of the Spaniards. Gálvez was promoted to lieutenant general, and shortly thereafter, at the request of the inhabitants of Spanish Louisiana, King Carlos III granted him the title of Count of Gálvez. His coat of arms would bear the motto, “I alone” (*Yo solo*).

Bernardo de Gálvez’s victories occurred almost simultaneously with those of his father, Matías de Gálvez, who was active in another theater of operations, Guatemala, from where he expelled the British. King Carlos III also rewarded his valor, promoting him to lieutenant general and subsequently giving him the title of Viceroy of New Spain. He would be remembered there for his honesty and his protection of the Mexican people and their culture.

Yet Matías de Gálvez would not live long after his victory, and his son Bernardo was named his successor. In June, 1785, the Count of Gálvez arrived in Mexico to a clamorous welcome. Word of his heroic feats had preceded him, and his popularity only grew as the people became increasingly aware of his own kindheartedness and positive personal traits.

Gálvez’s tenure in New Spain would be brief, but he would be remembered, particularly for his leadership during a terrible famine, when a severe early freeze destroyed most of the crops in the area. To solve the crisis, he invested significant government funds, as well as his own resources, including the inheritance he had received from his father.

But Bernardo de Gálvez’s days were numbered the moment he contracted the disease mentioned earlier. He died in Tacubaya on November 30, 1786. He was laid to rest wearing the uniform of lieutenant general and shrouded with the cape of the Order of Carlos III. His viewing and funeral Mass were attended by large crowds who accompanied his body to the crypt at the main altar of the Cathedral of Mexico. Some months later, the body was transferred to its permanent resting place in the Franciscan Church of the Apostolic College of San Fernando in Mexico.

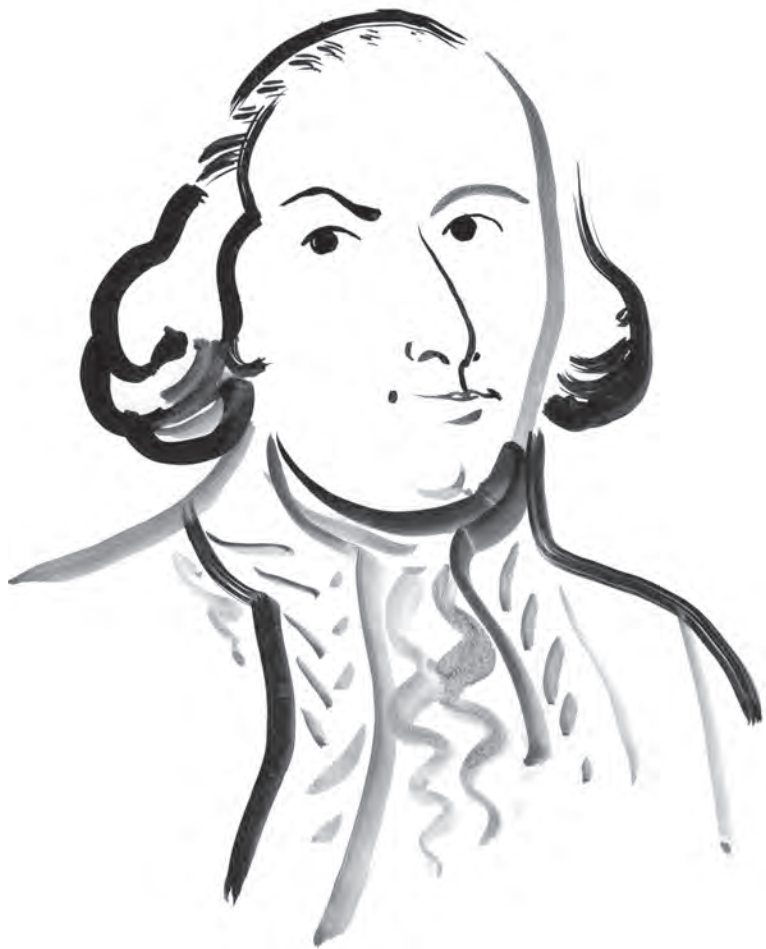
Bernardo de Gálvez was a great soldier and a great governor. In the 6th century, Sun Tzu had defined those virtues indispensable to a true leader: intelligence, honesty, humanity, courage, and discipline. Bernardo de Gálvez exemplified all of these. Today Spain, the United States, and Mexico can claim him as their hero.

In 1779, the great New Orleans poet, Julien Poydrás, who had witnessed many of Gálvez’s actions in Spanish Louisiana, wrote:

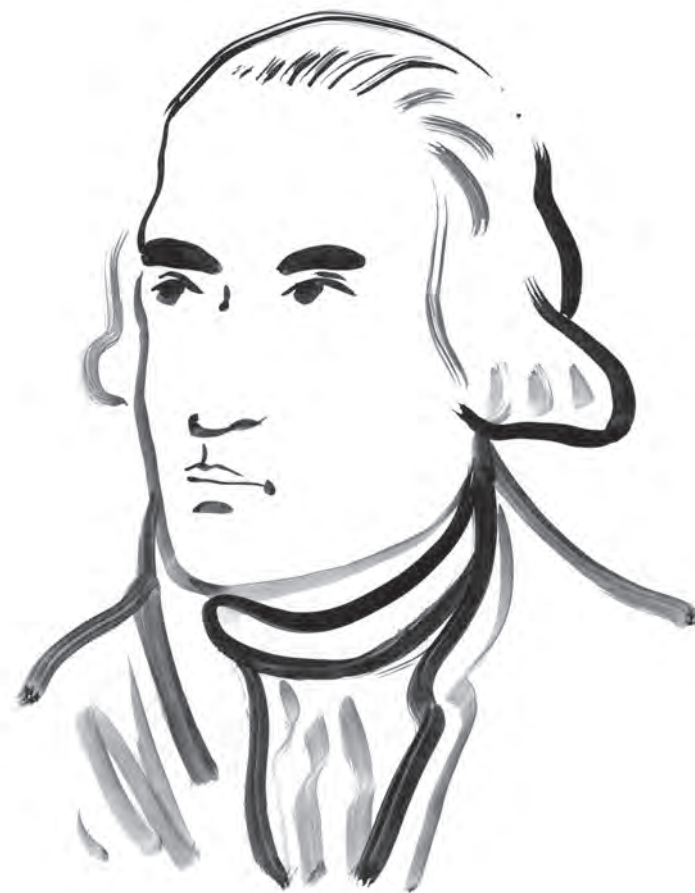
Gálvez mérite la gloire de devenir immortel.

Gálvez has merited the glory of becoming immortal.

[Manuel Olmedo Checa]



Bernardo de Gálvez



Francisco de Saavedra

Francisco de Saavedra

Un hombre para América

La política debería prestar toda su atención a la gran convulsión que va a significar para la humanidad la revolución de Norteamérica.

FRANCISCO DE SAAVEDRA, 1780

Saavedra fue el representante especial enviado por Carlos III para facilitar todos los medios materiales y humanos a las campañas de Bernardo de Gálvez. En 1781 tuvo un decisivo protagonismo en el triunfo de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, al suministrar, en La Habana, el dinero que necesitaba el ejército aliado franco-norteamericano y la escuadra francesa, para alcanzar la victoria de Yorktown. Saavedra fue un ilustrado que recibió una importante formación humanística y ejerció como militar, diplomático, político y administrador. Ocupó los cargos de ministro de Hacienda, secretario de Estado y miembro del consejo de Regencia durante los reinados de Carlos IV y Fernando VII.

Francisco de Saavedra Sangronís nació en Sevilla el 4 de octubre de 1746. A los once años ingresó en el prestigioso Colegio de Teólogos y Juristas del Sacro Monte de Granada, uno de los centros de formación de la élite de la Ilustración. En lugar de continuar con la carrera religiosa, decidió dar un cambio en su vida y en 1768 ingresó en el ejército. Alcanzó el grado de teniente en 1771 y asistió a la Escuela Militar de formación de oficiales de Ávila, donde coincidió con Bernardo de Gálvez. Al igual que este, participó en la desastrosa expedición contra Argel en 1775, donde resultó herido durante el desesperado reembarque de las tropas en las playas.

Su amistad con Gálvez le sirvió para que, en 1778, fuera llamado para trabajar junto a uno de los personajes más importantes de la Corte y tío de Bernardo, José de Gálvez, secretario de Estado de Indias. Saavedra vivió una época apasionante de la historia española, cuando el rey y sus ministros ilustrados impulsaban el progreso del país con una política de mejora de la educación, el comercio, las fuerzas armadas, las infraestructuras y la política exterior en Europa y América.

A Man for America

Politics should pay close attention to the great disruption that the North American revolution will effect on the rest of humanity.

FRANCISCO DE SAAVEDRA, 1780

Saavedra was Carlos III's special envoy, designated to provide Bernardo de Gálvez with all the materiel and human resources required for his campaigns. In 1781, he would play a decisive role in the success of the American War of Independence, when from Havana he sent the monetary aid the French-American army and the French navy needed to achieve victory at Yorktown. Saavedra was a highly educated man of the Enlightenment, a soldier, diplomat, politician, and administrator. He served as Secretary of the Treasury and Secretary of State and was a member of the Regency Council during the reigns of Carlos IV and Fernando VII.

Francisco de Saavedra Sangronís was born in Seville on October 4, 1746. At the age of eleven, he entered the prestigious *Colegio de Teólogos y Juristas del Sacro Monte de Granada* (College of Theologians and Jurists of the Sacro Monte in Granada), an elite educational institution of the Spanish Enlightenment. However, in 1768, rather than pursue religious studies, Saavedra decided to enlist in the army. He attained the rank of lieutenant in 1771 and attended the Army Officers School in Avila as a contemporary of Bernardo de Gálvez. In 1775, Saavedra, too, would take part in the disastrous expedition to Algiers, where he was wounded during the desperate retreat of the Spanish troops from the beaches.

In 1778, Saavedra's friendship with Gálvez gave him the opportunity to work alongside one of the major figures of the Court, José de Gálvez, Secretary of the Indies and Bernardo's uncle. Historically, it was an exciting time for Spain, when the king and his government were driving the country forward by enacting improvements in education, commerce, the armed forces, infrastructure, and foreign relations with Europe and America.

Inglaterra fue siempre el tradicional enemigo de España en la lucha por la hegemonía global y, durante la Guerra de los Siete Años, le había infligido serios reveses bélicos y territoriales. Al estallar la revolución en Norteamérica, la Corte española ofreció a Gran Bretaña la neutralidad a cambio de recuperar Gibraltar. Pero, al mismo tiempo, se enviaron secretamente suministros a las Trece Colonias rebeldes, como forma de debilitar el poder de Inglaterra en aquel continente. Cuando se comprobó que no podía alcanzarse nada por la vía diplomática, se prepararon el ejército y la armada, se reforzaron los puertos americanos y se recaudó dinero en ambos continentes para los enormes gastos de la contienda que se avecinaba. En junio de 1779, España declaraba la guerra a Inglaterra, uniéndose de nuevo a Francia mediante el Pacto de Familia borbónico.

El rey Carlos III estableció como uno de sus principales objetivos expulsar a los británicos de América. Para ello, se envió una enorme expedición de 11.000 soldados a bordo de más de ochenta buques que partieron de Cádiz en abril de 1780. La dirección de la guerra era un complicado mecanismo y la estrategia para América estaba dirigida por el secretario de Indias, José de Gálvez, y las autoridades militares de Cuba, Diego de Navarro; Luisiana, Bernardo de Gálvez, y la de la armada en aguas del Caribe, José Solano. Para coordinar todo ello, acordar las operaciones con los franceses, facilitar los medios económicos e informar a la Corte, Saavedra fue designado, en agosto de 1780, comisionado especial del rey en La Habana.

Saavedra era el hombre perfecto para este cometido por su amplio conocimiento de la política nacional e internacional, su inteligencia, cordialidad y capacidad de organización. En agosto de 1780, embarcó en La Coruña con destino a Cuba, pero su barco fue interceptado por los ingleses antes de llegar y fue enviado a Jamaica. Saavedra pudo ocultar la importancia de su misión, haciéndose pasar por un mero funcionario burocrático, hasta que, en enero de 1781, consiguió abandonar la isla enemiga a bordo de un barco francés.

Nada más llegar a La Habana, dedicó todos sus esfuerzos durante los siguientes meses a hacer posible el ataque contra Pensacola, apartando todos los obstáculos y reticencias de las diferentes autoridades. Entre los meses de abril y junio, participó personalmente junto a Gálvez en la campaña militar, hasta que se obtuvo la gran victoria de Pensacola el día 9 de mayo. Su siguiente cometido era planear con los franceses operaciones navales y terrestres combinadas y, sobre todo, el ataque a Jamaica, la gran base inglesa en el Caribe. Para ello, viajó a la isla de La Española y a México. También se ocupó de que se facilitasen tropas y dinero para las campañas contra los británicos en Nicaragua, Honduras y Guatemala.

Mientras tanto, en julio de 1781, Robert Morris, superintendente de Finanzas del Congreso Continental, pidió urgentemente dinero al representante español en Filadelfia, que en esa época era Francisco Rendón, «para oponerse

England was Spain's perpetual rival in the struggle for global hegemony, and during the Seven Year War, Spain suffered severe military and territorial losses. When the North American Revolution broke out, the Spanish Court offered its neutrality to Great Britain in exchange for Gibraltar—while simultaneously sending clandestine supplies to the Thirteen Colonies, hoping to weaken England's position in the New World. When it became clear that the diplomatic attempts were leading nowhere, the Spanish army and navy were placed on alert; the Spanish ports in America were fortified; and large sums of money were raised on both continents, in preparation for the enormous expense of an impending conflict. In June, 1779, Spain declared war on Great Britain, having confirmed its alliance with France through the Bourbon Family Compact.

Carlos III decreed that one of his main objectives was to expel the British from America. To this end, he sent out a massive expedition of 11,000 men aboard 80 vessels that departed Cádiz in April, 1780. Directing the course of the conflict was a complicated endeavor, and the strategists for the American operations were José de Gálvez, Secretary of the Indies, and several military authorities: Diego de Navarro in Cuba, Bernardo de Gálvez in Spanish Louisiana, and José Solano, commander of the naval forces in the Caribbean. In August, 1780, Saavedra was named the king's special envoy in Havana to oversee all combat operations, which included coordinating with the French, handling financial transactions, and keeping the Royal Court informed of all developments.

Saavedra was the perfect man for the job, because of his extensive knowledge of national and international politics, his intelligence, his cordiality, and his organizational skills. In August, 1780, he set sail from La Coruña to Cuba, but his ship was intercepted by the British and diverted to Jamaica. Saavedra managed to conceal the import of his mission from his captors, posing as a mere civil servant, until he was finally able to leave the island in January, 1781, aboard a French ship.

As soon as he arrived in Havana, Saavedra focused on facilitating the planned attack on Pensacola by clearing every possible obstacle and overcoming the reticence on the part of various authorities. Between April and June, he was personally involved, alongside Gálvez, in the military campaign that led to Spain's definitive victory in Pensacola on May 9. His next objective was to organize joint naval and land operations with the French, notably for an attack on Jamaica, the great British naval base in the Caribbean, for which he traveled to the island of Hispaniola and to Mexico. He was also responsible for providing troops and funds for the campaigns against the British in Nicaragua, Honduras, and Guatemala.

Meanwhile, in July, 1781, Robert Morris, Superintendent of Finance for the Continental Congress, made an urgent plea for money to Francisco Redón, the Spanish envoy in Philadelphia at the time, “to oppose our common

al enemigo común». La situación era de bancarrota, pero había que pagar a los soldados que se dirigían hacia el sur. Los regimientos de Connecticut y Pennsylvania se habían amotinado. En palabras de George Washington, «estas tropas no han recibido nada desde hace tiempo y han mostrado ya varias veces muestras de descontento». Por su parte, también el ejército francés del conde de Rochambeau, que había llegado a Norteamérica el año anterior, tenía las arcas semivacías, por lo que también el embajador francés, La Luzerne, se dirigió a las autoridades españolas para solicitar dinero urgentemente.

La petición llegó el 17 de julio a Cuba. Saavedra se encontraba en Guarico (actual Cap Haïtien en la parte francesa de La Española) preparando la próxima campaña. El 16, había arribado una escuadra francesa, al mando del conde de Grasse, procedente de Europa. El almirante francés recibió ese mismo día una carta de Rochambeau en la que le comunicaba que necesitaba tropas de refuerzo y dinero en la bahía de Chesapeake, ya que en la ciudad costera de Yorktown se había refugiado el ejército inglés al mando de Lord Cornwallis. Grasse no pudo conseguir nada de dinero en la isla, pero la solución la proporcionaría Saavedra. Tras varios días de reuniones, se planearon las operaciones futuras: Grasse se llevaría todas las tropas y los buques franceses disponibles, siendo sustituidos por españoles, hasta que, finalizadas las operaciones actuales, se atacara Jamaica. Pero lo más trascendente fue la decisión de Saavedra de que España prestara en La Habana el dinero que requerían los aliados franceses y americanos en Virginia.

Saavedra embarcó en la fragata *Aigrette* hacia Cuba, seguido de toda la flota francesa, y llegó a La Habana el 15 de agosto. En el tiempo récord de dos días, el enviado del rey consiguió reunir 500.000 pesos, echando mano de todo el dinero disponible en entidades oficiales y militares y pidiendo préstamos a particulares. El día 17, partía la *Aigrette* con el dinero a bordo y, al día siguiente, se unió al resto de la escuadra, que puso proa hacia la bahía de Chesapeake. El 30 de agosto, llegaban frente a las costas de Virginia y, el día 5 de septiembre, Morris recibía, por fin, de manos del tesorero del ejército francés, 26.600 pesos para pagar a los soldados del *Continental Army*. Muchos testimonios aseguran que aquella fue la primera y única paga que recibieron durante toda la guerra. Poco más de un mes más tarde, estos soldados y sus aliados franceses, conseguirían la decisiva victoria de Yorktown.

El general inglés Cornwallis escribió en sus memorias cómo la llegada de las tropas francesas de Santo Domingo, liberadas por Saavedra, impidió que pudiera lanzar un último contraataque sobre las tropas americanas que, al mando del marqués de Lafayette, habían comenzado a bloquearlo en Yorktown. También el general francés Rochambeau reconoció la importancia para aquella victoria de la ayuda prestada por España, tanto en sus memorias como en una carta remitida el 24 de octubre al conde de

enemy.” Congress was bankrupt, but it had to find a way to pay the troops heading south to battle. There was mutiny among the regiments in Connecticut and Pennsylvania. In George Washington’s words: “these troops have received nothing for a long time and have already shown repeated signs of discontent.” For their part, having arrived in North America the previous year, the French army under Count Rochambeau was also near bankruptcy, and the French ambassador, La Luzerne, approached the Spanish authorities with a similar urgent plea for funds.

The French request reached Cuba on July 17, while Saavedra was in Guarico (currently Cap Haitien, in French Hispaniola) organizing the next campaign. A French squadron under the command of the Count de Grasse had arrived from Europe the day before. That same day, the French admiral received a letter from Rochambeau imploring him to send reinforcements and money to Chesapeake Bay, where the British forces under Lord Cornwallis had taken refuge in the small coastal city of Yorktown. Grasse did not receive any assistance from the island, but Saavedra would come to his aid. After several days of meetings, a series of actions was planned: Grasse would take all the available French vessels and men, which would be replaced by Spanish troops and ships until the situation had been resolved, at which time an attack on British Jamaica would be launched. Of far greater importance was Saavedra’s decision that Spain, in Havana, would lend the joint French and American forces the money they needed in Virginia.

Saavedra boarded the frigate *Aigrette* headed for Cuba, followed by the entire French fleet, and arrived in Havana on August 15. In a record time of two days, the Spanish king’s envoy managed to collect 500,000 pesos by reaching out to every available civil and military agency, as well as private individuals from whom he solicited loans. On August 17, the *Aigrette* left Cuba with these funds and joined the rest of the French squadron the next day; from there they set out for Chesapeake Bay. On August 30, they reached the coast of Virginia, and on September 5, Morris received, at last, from the treasurer of the French army, the much needed 26,600 pesos to pay the soldiers of the Continental Army. Witness accounts confirm that this was the first and only pay the soldiers received during the entire war. A little over a month later, these Americans and their French allies would win the decisive victory of Yorktown.

In his memoirs, the British general, Lord Cornwallis, described how the arrival of the French troops, freed up from their posts in Santo Domingo through Saavedra’s intervention, prevented him from launching a final attack on the American forces which, under the Marquis de Lafayette, had begun their siege of Yorktown. The French general Rochambeau, in his own memoirs and in a letter dated October 24 and sent from the Yorktown battlefield to the Count of Aranda, the Spanish ambassador in Paris, also recognized the significance of Spain’s contribution to that victory.

Aranda, embajador español en París, desde el mismo campo de batalla de Yorktown.

No fueron las únicas ayudas que Saavedra entregó: un millón de pesos partió de Cuba a bordo de la fragata *Amazon* el 27 de septiembre de 1781 y otro millón de pesos partió de Veracruz el 13 de diciembre, a bordo de la fragata *Courageuse*. Ambas cantidades reclamadas por los franceses para cubrir, de nuevo, las necesidades de buques y tropas en la escuadra de Grasse y de cara a las siguientes operaciones, cuyo objetivo más importante era la Jamaica británica. Grasse conquistó varias islas del Caribe a los ingleses, pero el proyectado ataque a Jamaica nunca pudo llevarse a cabo, al ser derrotada la escuadra francesa por el almirante Rodney en la batalla de Los Santos, el mes de abril del año siguiente. Poco después, tras la suspensión de las hostilidades, Saavedra dio por finalizada su misión americana y volvió a Europa en mayo de 1782.

[J. M. G. A.]

These were not to be Saavedra's only contributions: on September 27, 1781, the frigate *Amazon* left Cuba with one million pesos on board, and on December 13, another frigate, *Courageuse*, departed Veracruz carrying another million pesos. Both amounts had been requested by the French to cover the expenses of the ships and troops in the Count de Grasse's squadron, and those that might be incurred in the planned campaign against British Jamaica. Grasse did claim several islands in the Caribbean for the French, but the intended attack on Jamaica never took place. In April the following year, Admiral Rodney defeated the French squadron in the Battle of the Saintes. Soon afterwards, with the cessation of hostilities, Saavedra's American mission came to an end, and he returned to Europe in May, 1782.

[J. M. G. A.]

El conde de Aranda

El embajador visionario

Esta república federal nació pigmea [...] y ha necesitado del apoyo y fuerza de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante.

CONDE DE ARANDA, 1783

Pedro Pablo Abarca de Bolea, X conde de Aranda, fue un militar, político y diplomático español que vivió un intenso período de crispación internacional durante el reinado de Carlos III. Su etapa de embajador en París coincidió con la sublevación e independencia de las Trece Colonias británicas en Norteamérica y, después, intervino en el tratado de paz que puso fin al conflicto. Por otro lado, su gran conocimiento de la Historia le hizo adelantarse a su tiempo, ya que anticipó cien años antes el surgimiento de los Estados Unidos como potencia mundial. Advirtió al monarca sobre el peligro que podía suponer el ejemplo dado por los rebeldes británicos americanos a las provincias españolas de América y propuso la creación de un imperio federal que garantizase la fidelidad a España.

Personaje de ideas avanzadas e ilustradas, apoyó y fomentó la cultura y el progreso de la España de su época. Internacionalizó la Real Fábrica de Porcelana de Alcora, en Castellón, fundada por su padre, y la modernizó durante los años en los que estuvo al frente de la misma, entre 1749 y 1798, logrando así su etapa de mayor esplendor. Por otro lado, fue el primer industrial de España que concedió a sus obreros una jubilación retribuida.

Nació en el castillo de Siétamo, localidad cercana a Huesca, el 1 de septiembre de 1719. Con un origen hidalgo, su vida transcurrió al servicio de cuatro reyes españoles. Con Felipe V ejerció como militar, después de formarse en los colegios italianos de San Clemente de los españoles de Bolonia y de los Nobles de Parma. Allí inició una carrera castrense que despertó una gran vocación militar que le llevó, a los diecisiete años, a fugarse del colegio y a presentarse en el ejército español de Italia, para luchar junto a su padre.

Visionary Ambassador

This federal republic was born a pygmy (...) and it has needed the support and the strength of two powerful nation states, Spain and France, to achieve its independence. A day will come when it will grow into a giant.

COUNT OF ARANDA, 1783

Pedro Pablo Abarca de Bolea, the tenth count of Aranda, was a Spanish soldier, politician, and diplomat who lived during the reign of Carlos III, a time of tense international relations. He was ambassador to France when the Thirteen Colonies declared their independence from Great Britain, thus igniting the American Revolution, and he was involved in drafting the peace treaty that brought an end to the conflict. In addition, his deep knowledge of history placed him ahead of his time, and he foresaw the rise of the United States as a world power. He warned the Spanish monarch of the danger posed by the British-American colonial rebels to the Spanish provinces in America, and he proposed the creation of a federal empire to guarantee their loyalty to Spain.

An enlightened and progressive thinker, he supported and promoted culture and advancement in Spain. Between 1749 and 1798, as director of the Royal Porcelain Factory of Alcora in Castellón, founded by his father, he modernized the company and opened it to overseas markets, thus presiding over its most prosperous years. In addition, he was the first industrialist in Spain to offer his workers retirement pay.

The Count of Aranda was born in the castle of Siétamo, near Huesca, on September 1, 1719. In keeping with his aristocratic lineage, he would spend his life in the service of four Spanish monarchs. He served in the army during the reign of Philip V, after having completed his early education in the *Collegio di Spagna* (Royal College of Spain in Bologna, also known as the College of Saint Clement of the Spaniards) and the College of the Nobles of Parma. He

Con Fernando VI destacó en la organización de centros técnicos, tras ser nombrado director general de los cuerpos de Artillería e Ingenieros (1756-58). Poco antes, había tenido su primera experiencia diplomática como embajador en Portugal y se le había concedido el collar de la Orden del Toisón de Oro, la más alta distinción que puede ser entregada por un rey español. Tras la muerte del monarca en 1759, siguió trabajando para Carlos III y, durante este período, destacará en sus dos facetas profesionales más importantes: la militar y la diplomática.

Aranda intervino en la Paz de París de 1763, que puso fin a la Guerra de los Siete Años. La contienda supuso una victoria inglesa en perjuicio de España y Francia. Los ingleses reclamaron La Florida a los españoles, quienes, a su vez, obtuvieron de Francia La Luisiana, en compensación por las pérdidas sufridas, lo que afianzó la presencia española en América del Norte. Carlos III era reacio a estos acuerdos, pero Aranda logró convencerle de la importancia estratégica del río Misisipí como frontera entre los territorios españoles e ingleses, para proteger a México de una invasión inglesa. Por otra parte, había que asegurar que no se produjese una cesión posterior de la zona a Inglaterra. Poco después, y debido a su fracasada política colonial, a este país se le sublevarían las Trece Colonias norteamericanas, lo que supondría un nuevo conflicto bélico con España y Francia, debido al apoyo de estos países a las fuerzas revolucionarias.

Carlos III nombró a Aranda, de nuevo, embajador en 1760, esta vez en Varsovia, y llegó a ser el capitán general más joven de España, dirigiendo el ejército que luchó en Portugal en 1762. También fue gobernador de Valencia y presidente del Consejo de Castilla. En esta etapa fomentó el desarrollo de la agricultura y estableció nuevas medidas sociales y urbanísticas. En 1773 abandonó este cargo por el enfrentamiento con Grimaldi, ministro español de Negocios Extranjeros, y fue obligado a cambiar Madrid por París.

La embajada de París (1773-87) supuso para Aranda un verdadero destierro. Siempre quiso continuar con su carrera militar y, por ello, pidió a Carlos III que le llamara ante cualquier conflicto bélico. Pero ni la guerra de Marruecos, ni el desastre de Argel, ni los sitios de Gibraltar, ni la conquista de Menorca hicieron que el monarca contase con él. Por otro lado, también intentó volver a España, para sustituir a Grimaldi como ministro de Estado tras su destitución, pero su lugar lo ocupó Floridablanca.

Carlos III le proporcionó instrucciones sobre cómo debía manejar la política exterior en su nuevo cargo, pero en ellas no se mencionaba el conflicto en Norteamérica, que se convertiría en un asunto de vital trascendencia. En 1774, al poco de su llegada, el entusiasmo de los colonos americanos por convocar un congreso en Filadelfia hizo que Aranda enviase a Madrid un análisis de la situación. En este primer despacho sobre asuntos angloamericanos ya mostraba su optimismo sobre la independencia como medio para debilitar a Inglaterra.

developed a strong attraction to military life, and at the age of seventeen, he ran away and enlisted in the Spanish army in Italy to fight alongside his father.

Under Ferdinand VI, he was named Director General of the Artillery and Engineering Corps (1756-1758), where he excelled in organizing technical centers. He had already served as ambassador to Portugal, his first diplomatic post, and had been awarded the Distinguished Order of the Golden Fleece, the highest honor that may be granted by a Spanish monarch. After the king's death in 1759, he continued to serve under Carlos III, and during that time, he excelled in the two foremost professional facets of his life, military service and diplomacy.

Aranda was involved in the Treaty of Paris (1763), which ended the Seven Year War. England had emerged victorious in the conflict, to the detriment of France and Spain. The English reclaimed Florida from the Spaniards, who in turn took possession of Louisiana from the French to compensate for their losses. This provision would strengthen Spain's presence in North America. Carlos III was reluctant to accept the terms, but Aranda convinced him of the strategic importance of the Mississippi as a barrier between the Spanish and British territories in the continent and as protection against a British invasion of Mexico. On the other hand, Spain sought some assurance that these territories would not end up in British hands in the future. It would not be long, however, before the Thirteen Colonies rebelled against Great Britain, as a result of its failed colonial policies. Once more, the British would be at war with France and Spain, who were allied in their support of the revolutionary forces.

In 1760, Carlos III appointed Aranda ambassador once more, this time to Warsaw. Soon he would become the youngest captain general in Spain when he was placed at the head of the troops fighting in Portugal in 1762. He was later governor of Valencia and president of the Council of Castile. During this period, he fostered agricultural development and established new urban and social reforms. However, a conflict with Grimaldi, then Minister of Foreign Affairs, forced him to relinquish his post, and in 1773 he moved from Madrid to Paris.

His term as ambassador in Paris (1773-1787) felt like an exile to Aranda. He had always wanted to pursue a military career, and he asked Carlos III repeatedly to send him to the front lines, wherever they might be. Yet not even the war in Morocco, nor the disastrous attack on Algiers, the various sieges of Gibraltar, and the battles for Menorca convinced the king to call him to active service. At one point, Aranda tried to return to Spain as the successor of Grimaldi, who had been relieved of his post as Secretary of State. But the position went to Floridablanca.

Carlos III had sent Aranda instructions on how he was to manage external affairs in his new ambassadorial post, but the king made no mention

En 1776, Aranda informaba a España sobre la marcha de Lafayette para luchar junto al general Washington y anunciaba la llegada a Francia de Silas Deane, Benjamin Franklin y Arthur Lee, para tantear a Versalles y a Madrid sobre el conflicto y, de paso, pedir ayuda. El día 29 de diciembre de ese año, Franklin y el conde de Aranda se reunieron en la casa del embajador de España en París para hablar de la contienda. Se sucedieron dos entrevistas más, sin que los americanos pudiesen lograr la participación abierta de España. En el primer despacho enviado por Aranda a Floridablanca, proponía la entrada en la guerra a favor de los rebeldes, pero chocó con la prudencia del nuevo ministro, que prefirió organizar, junto con Francia, un sistema secreto de pagos y envíos de equipos militares.

El sentimiento antibritánico de Aranda le llevó a proponer un programa operativo a los franceses para unificar objetivos frente a los ingleses. Para él, un conflicto entre Inglaterra y sus colonias que mermase sus territorios supondría su debilitamiento marítimo y comercial y, aunque en principio propuso una ayuda indirecta, para no hacer cundir el ejemplo en las provincias españolas de América, mediante envío de dinero, armas y municiones a través de comerciantes particulares, pronto fue partidario de entrar en guerra con Inglaterra, siempre con la esperanza de recuperar Menorca y Gibraltar, en manos británicas desde el Tratado de Utrecht de 1713.

En junio de 1776, el ministro de Asuntos Exteriores francés Vergennes obtuvo de Luis XVI 1.000.000 de libras francesas para ayudar a los rebeldes, la mitad en efectivo y la otra mitad en útiles de guerra. Por su parte, la Corte de Madrid, una semana antes del 4 de julio de 1776, día en el que las Trece Colonias inglesas proclamaban su independencia, hizo llegar al conde de Aranda la misma cantidad y con el mismo fin. Con el dinero aportado por los dos países de forma secreta, se envió a los sublevados dinero y un gran número de armas y útiles de guerra que los ayudaron a lograr su primera victoria en Saratoga, en 1777. Francia declaró la guerra a Gran Bretaña en 1778 y, en 1779, lo hacía España con tres frentes: Menorca, Gibraltar y Florida.

Aranda siguió el conflicto desde París con enorme atención, pidiendo en varias ocasiones al rey una intervención directa, que se daría en el golfo de México. Por otro lado, la llegada de la paz no sería para él más fácil que los inicios de la contienda. Tuvo que lidiar con el emisario inglés que llegó a París en agosto de 1782 para tratar los preliminares del tratado de paz. Por otro lado, la frontera entre la nueva nación y los dominios españoles trajo a la diplomacia española agotadoras conversaciones con John Jay por el control del Misisipí, al que, finalmente, los americanos renunciaron. Gran parte de estas conversaciones se desarrolló en París con la intervención del conde de Aranda. Finalmente, el 3 de septiembre de 1783, se firmó en Versalles el tratado de paz. Aranda lo hizo en representación de España, con el acuerdo de recuperar Menorca y

of the conflict in North America, even though it was acquiring vital importance. In 1774, shortly after his arrival in Paris, and having learned of the enthusiasm of the American colonists to form a Congress in Philadelphia, Aranda felt compelled to compose an analysis of the American situation and send it to Madrid. In this first dispatch about the Anglo-American situation, he expressed his growing confidence that the independence of the colonies could be a means of weakening England.

In 1776, Aranda would inform the Spanish government that Lafayette had left for the colonies to fight alongside George Washington, and that Silas Deane, Benjamin Franklin, and Arthur Lee were arriving in Paris to gauge Versailles's and Madrid's positions on the war. In passing, the Americans would also ask for their support. On December 29, Franklin met with the Count of Aranda at the Spanish ambassador's home in Paris to discuss the conflict. Two additional meetings would follow, but no agreement was reached regarding Spain's open support of the colonies. In Aranda's first dispatch to Floridablanca he recommended that Spain enter the war on the side of the rebels, but his position clashed with the new minister's more restrained approach, and Floridablanca adopted instead a secret system of financial and military aid, in conjunction with the French.

Led by his own anti-British sentiment, Aranda proposed a course of action by which France and Spain would present a unified front against the English. In his mind, any war between England and its colonies that led to English territorial losses would cause a concurrent naval and commercial decline. And although he had initially suggested providing indirect assistance (sending money, arms, and munitions through private business intermediaries) as the more cautious route, because it avoided infecting the Spanish provinces in America with a similar discontent, he soon came to favor open conflict with England. He kept hoping that such a move would lead to Spain's recovery of Menorca and Gibraltar, which the British had controlled since the Treaty of Utrecht in 1713.

In June, 1776, Vergennes, the French Minister of Foreign Affairs, procured from Louis XVI one million French pounds, half in cash and half in military equipment, as aid to the American rebels. For its part, the Court in Madrid sent an identical amount to the Count of Aranda, also as aid to the colonies—one week before July 4, 1776, the day the Thirteen Colonies would declare their independence. This substantial aid that both countries sent secretly to the rebels, not only in cash but also in large amounts of military gear, contributed to the first revolutionary victory in Saratoga, in 1777. In 1778, France declared war on Great Britain, and Spain would follow suit in 1779, opening up three additional fronts: Menorca, Gibraltar, and Florida.

Aranda watched the conflict unfold intently from Paris, often advocating before the Spanish king for an open military intervention, one

La Florida occidental, pero renunciando a Gibraltar. Como premio a las negociaciones, quiso volver a España, pero se vio obligado a continuar en París hasta el año 1787.

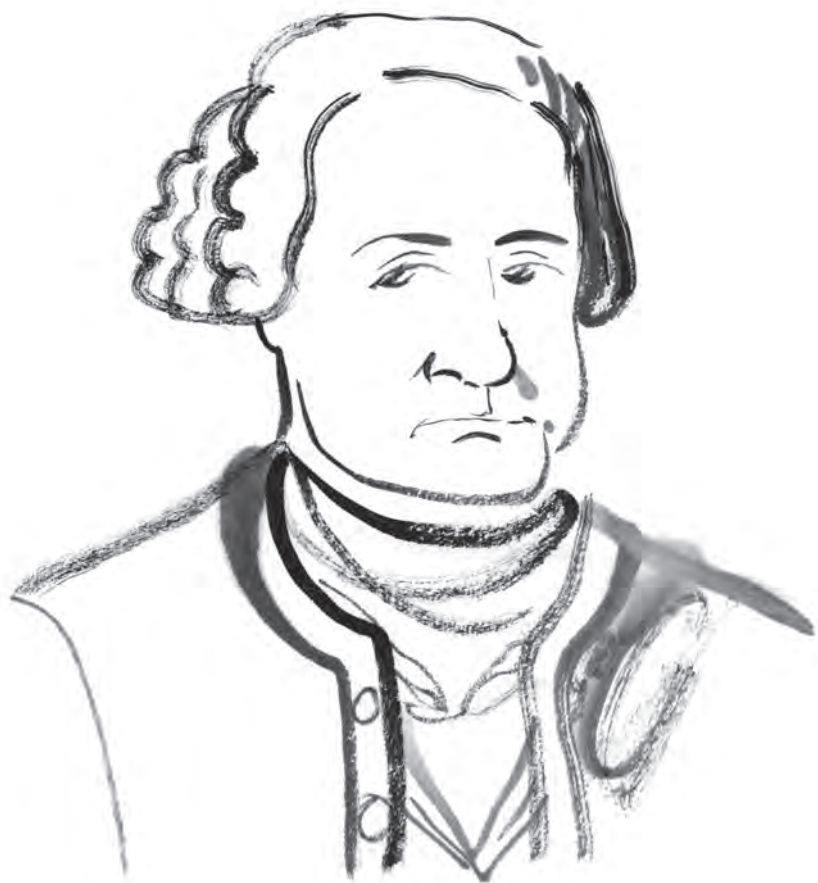
Tras el fallecimiento de Carlos III en diciembre de 1788, la llegada al trono de Carlos IV supuso su nombramiento como decano del Consejo de Castilla y primer secretario de Estado. Su actividad política en este último período de su vida se centró en la difícil situación internacional creada por la Revolución Francesa, que culminaría en 1793 con la Guerra de los Pirineos entre España y Francia. Sus enfrentamientos constantes con el primer ministro español Godoy le llevaron a ser destituido de sus funciones, desterrado a Jaén y enviado posteriormente a prisión. Finalmente, en 1795, se le permitió retirarse a su casa de Épila, donde vivió dedicado a la administración de sus posesiones hasta su muerte en 1798.

[Mar García Lerma]

that would eventually occur in the Gulf of Mexico. Yet, the end of the war—when it did come—proved no easier for Aranda than its beginning. He had to deal with the British envoy who arrived in Paris in August, 1782, to discuss the preliminary details of the peace treaty. He would also need to hold lengthy and exhausting conversations with the American John Jay over the boundaries between the Spanish territories and those of the new nation, and about control over the Mississippi, which the Americans eventually relinquished. Many of these conversations occurred in Paris with Aranda’s involvement. When the Treaty of Versailles was finally signed on September 3, 1783, Aranda again represented the Spanish interest. Spain regained Menorca and West Florida, in exchange for renouncing its claim on Gibraltar. Aranda requested that he be recalled to Spain in reward for his efforts, but he was required to remain in Paris until 1787.

After the death of Carlos III in December, 1788, the newly crowned Carlos IV named Aranda Dean of the Council of Castile and First Secretary of State. His political activities during this final turbulent phase of his life focused on the challenging situation created by the French Revolution, which culminated in the War of the Pyrenees between France and Spain in 1793. Aranda’s constant clashes with the Spanish Prime Minister Manuel Godoy led to his eventual removal from his post; he was exiled to Jaen and subsequently imprisoned. In 1795, Aranda was given leave to return to his home in Épila, where he devoted the remaining years of his life to the administration of his personal property. He passed away in 1798.

[Mar García Lerma]



Conde de Aranda



Conde de Floridablanca

El conde de Floridablanca

La prudencia y la templanza

La suerte de las colonias nos interesa muy vivamente, y se hará por ellas cuanto permitan las circunstancias.

CONDE DE FLORIDABLANCA

José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, fue una figura fundamental de la política exterior española durante el último cuarto del siglo XVIII. Su nombramiento como primer secretario de Estado durante el reinado de Carlos III le otorgó un importante papel en la configuración de la política internacional de la época, al ser canalizador de la ayuda prestada por España a las Trece Colonias rebeldes norteamericanas frente a Inglaterra, de forma secreta y abierta, y contribuir con ello a su independencia. Por otro lado, fue uno de los máximos representantes del reformismo ilustrado español, ya que, durante los años en los que estuvo al frente del gobierno de España, impulsó el progreso de la nación con grandes proyectos, como el desarrollo de las Sociedades Económicas de Amigos del País, la fundación del Banco Nacional de San Carlos, antecesor del Banco de España, la apertura de diversos puertos peninsulares al libre comercio con otros españoles en América, la modernización de la Marina, la creación del Consejo de Ministros, el desarrollo de la agricultura, la promoción del conocimiento científico, el fomento de las obras públicas y la regeneración educativa y cultural, entre otros.

Nació en Murcia en el año 1728 y, tras graduarse en Leyes, obtuvo un puesto en la cátedra de Derecho Civil del seminario de San Fulgencio de su ciudad. A la edad de veinte años se trasladó a Madrid y ejerció durante los dieciocho años siguientes como abogado, ocupación que le llevó a tratar con grandes familias nobiliarias, como las de los duques de Alba o de Osuna, y con personajes de espíritu reformista como Campomanes. Estos contactos favorecieron su ascenso profesional, por lo que, en 1766, fue nombrado fiscal

Prudence and Self-Control

The fate of the colonies interests us very much, and we shall do for them whatever circumstances permit.

COUNT OF FLORIDABLANCA

José Moñino y Redondo, Count of Floridablanca, was a decisive figure in Spanish foreign affairs during the last quarter of the 18th century. His designation as First Secretary of State during the reign of Carlos III gave him a major role in determining the nation's international policy during those years, which included channeling Spanish aid—whether covertly or in the open—to the Thirteen Colonies of North America in their rebellion against England, thus contributing to their independence. On the other hand, he was also one of the most prominent reformers of the Spanish Enlightenment, and during his active years in government, he was the driving force behind much of Spain's progress. He is credited with such notable achievements as the development of the Economic Societies of Friends of the Country; the establishment of the National Bank of San Carlos, precursor of the Bank of Spain (*Banco de España*); the opening of several peninsular ports to free commerce with other Spanish ports in America; the modernization of the navy; the creation of a Council of Ministers; and various improvements in agriculture, science, and public works, as well as a cultural and educational renewal, among other advances.

The Count of Floridablanca was born in Murcia in 1728, and after studying law, he became a professor of Civil Law in the Seminary of San Fulgencio in his hometown. At the age of twenty, he moved to Madrid, where he practiced law for the next eighteen years and became closely acquainted with various members of the aristocracy, such as the Duke of Alba and the Duke of Osuna, as well as famed reformers like Campomanes. These contacts

de lo criminal del Consejo Real de Castilla y, en 1772, embajador en Roma ante la Santa Sede, puesto desde el que suavizó las tensas relaciones de Carlos III con el papa Clemente XIV. En reconocimiento a los servicios prestados en el Vaticano, el monarca le concedió el título de conde de Floridablanca.

Tras su destino italiano, fue llamado desde Madrid para suceder a Grimaldi como secretario de Estado, cargo desde el que dirigirá la política exterior española durante los siguientes quince años, entre 1777 y 1792. Un año antes, el 4 de julio de 1776, los colonos ingleses de Norteamérica habían proclamado su Independencia en el Congreso de Filadelfia. Cuando Floridablanca se hizo con el mando de esta Secretaría, el conflicto colonial pasó a ser uno de los temas más importantes de su programa. Desde que se iniciaron los primeros combates en abril de 1775, España ya ayudaba de forma secreta a esta causa con el envío periódico a los rebeldes de dinero y de armas. La ayuda fue solicitada por el secretario de Estado francés, Vergennes, a Carlos III y el monarca español accedió, aunque sin entrar en la guerra ni reconocer la independencia. Por ello, tras el nombramiento del nuevo ministro, su homólogo francés confiaba en poder continuar con la política de unión y de socorros que venía dándose entre las dos Cortes. A lo largo de los años 1777 y 1778, Floridablanca aprobó numerosos envíos de ayuda que se hicieron desde Bilbao, a través del comerciante Diego de Gardoqui, y desde Nueva Orleans, por el gobernador de La Luisiana Bernardo de Gálvez. Al mismo tiempo, el conde de Aranda, desde la embajada española en París, entregó elevadas cantidades de dinero como préstamo al delegado americano Arthur Lee.

La política exterior de Floridablanca mejoró las relaciones con Portugal y el Mediterráneo islámico y adoptó, inicialmente, una actitud prudente para hacer frente a dos de sus principales objetivos: la seguridad de los territorios españoles en América y la armonía en las relaciones con Francia y con Inglaterra. Su primera postura fue la de intentar evitar un conflicto abierto y, para ello, mostró una aparente neutralidad y asumió un papel diplomático entre Inglaterra y Francia. Floridablanca opinaba que, en caso de concluir bien la mediación, España conseguiría un puesto más influyente en el plano internacional, recuperaría territorios perdidos en manos británicas y lograría una menor dependencia de los franceses. No es que el ministro no viera en el enfrentamiento una oportunidad para debilitar el poder económico y naval inglés, pero desconfiaba de una derrota total que otorgase a Francia una mayor disposición para imponer su voluntad sobre España. Por otro lado, también le preocupaba el contagio de las ideas revolucionarias norteamericanas a las provincias españolas de ultramar y quería evitar, en la manera de lo posible, el coste económico y humano que suponía la entrada en una nueva guerra. Por todo ello, si bien no desaprobaba continuar la ayuda de forma confidencial, llegó a la conclusión de que la neutralidad sería más provechosa para el futuro de España.

helped him in his professional career, and in 1766 he was appointed criminal prosecutor for the Royal Council of Castile. In 1772, he was named ambassador to the Holy See, where he worked successfully to ease the tense relations between Carlos III and Pope Clement XIV. In recognition of his services in the Vatican, the king bestowed on him the title of Count of Floridablanca.

After his Italian assignment, Floridablanca was recalled to Madrid to succeed Grimaldi as Secretary of State, which meant that he would be at the helm of Spain's foreign policy for the next fifteen years (1777-1792). A year earlier, on July 4, 1776, the British colonies of North America had declared their independence at the Continental Congress in Philadelphia. By the time Floridablanca took possession of his new post, the colonial conflict had become one of his major concerns. From the early stages of the conflict, in April, 1775, and in response to a request made by the French Secretary of State, Vergennes, to the Spanish king, Carlos III, Spain had been assisting the rebel cause secretly, sending money and arms. Spain had stipulated, however, that it would not enter the war openly, nor would it recognize the independence of the colonies. With Floridablanca's ascension to Secretary of State, his French counterpart assumed that the policy of joint assistance to the Americans, by the two Courts, would continue. Indeed, from 1777 through 1778, Floridablanca approved numerous deliveries of aid to the rebels: from Bilbao, through the merchant Diego de Gardoqui; and from New Orleans, through the governor of Spanish Louisiana, Bernardo de Gálvez. At the same time, in the Spanish embassy in Paris, the Count of Aranda was handing over large sums of money in the form of loans to the American envoy, Arthur Lee.

Floridablanca's foreign policies improved Spain's relations with Portugal and the Islamic Mediterranean. Initially, he adopted a cautious approach toward achieving his two main objectives: security for the Spanish territories in America and harmony in Spain's dealings with France and England. His first approach was to avoid open warfare, for which he adopted a position of apparent neutrality, playing the role of diplomatic mediator between England and France. In Floridablanca's view, if the diplomatic efforts were successful, Spain's standing on the world stage would rise. They could also lead to the recovery of some, if not all, of the territories Spain had lost to Great Britain, and to a decrease in the country's dependence on France. The minister was not blind to the opportunity the conflict provided for a naval and economic weakening of Great Britain, but he was wary of a total English defeat that would embolden France, even encourage it to impose its will on Spain. In addition, he was concerned that the revolutionary ideas germinating in North America would infect Spain's overseas provinces, and he wanted to avoid, at all costs, the economic and human toll of another war. And so, while not opposing a continuation of Spain's clandestine aid to the rebels, he concluded that neutrality would best serve Spain's future interests.

La mediación de Floridablanca consistió en ofrecer a Londres tres vías para acabar con el conflicto: la primera planteaba una tregua de veinticinco a treinta años, durante la cual se establecería un libre comercio entre Inglaterra y sus colonias que, a su vez, podrían comerciar libremente con otras naciones. La segunda consistía en acordar una tregua con Francia y con las Trece Colonias, con la retirada de las tropas y con la mediación de España. En la tercera sugería una tregua ilimitada, manejada por comisarios de todas las partes implicadas, hasta alcanzar un acuerdo definitivo. Floridablanca pensó que cualquiera de las propuestas podría terminar con el conflicto, pero las tres fueron rechazadas por Londres y, por ello, pese a sus esfuerzos por mantenerse al margen de las hostilidades, tras la Convención secreta de Aranjuez que sellaba con Francia el apoyo abierto a las Trece Colonias, España declaraba la guerra a Inglaterra el 22 de junio de 1779.

Durante los años que duró la contienda, las decisiones sobre los pasos a seguir se tomaron por un reducido círculo de consejeros liderado por Floridablanca, que solo justificaba sus decisiones ante Carlos III. Por otro lado, España siguió financiando a los rebeldes con la misma política de ayudas, armas y otros suministros llevada hasta entonces. Los enfrentamientos bélicos tuvieron dos frentes: uno en Europa y otro en América. En la zona europea, las operaciones se centraron en las aguas del Atlántico, en la recuperación de Menorca y en los asedios a Gibraltar, ambos territorios perdidos tras el Tratado de Utrecht de 1713. Por lo que respecta a América, los objetivos fueron expulsar a los británicos de los asentamientos en la América Central, del golfo de México y de la orilla del Misisipí. Floridablanca ordenó el envío de 11.000 soldados para luchar a las órdenes de Bernardo de Gálvez en la campaña de La Florida de 1780-81, que dio como resultado la toma de La Móbila y el decisivo triunfo de Pensacola, acciones por las que se expulsó a los ingleses de la zona. Estas victorias, junto con toda la ayuda recibida durante la contienda, favorecieron unos meses más tarde el éxito de Washington en Yorktown y el triunfo final de la revolución.

Floridablanca siempre fue consciente del peligro que suponía apoyar de forma abierta la emancipación de las Trece Colonias por el efecto contagio a los territorios españoles de América y, por ello, retrasó el reconocimiento oficial del nuevo estado hasta poco antes del Tratado de París de 1783, que puso fin al conflicto, cuando dio instrucciones al conde de Aranda sobre los pormenores de su firma. Con la llegada de la paz, España recuperó la isla de Menorca y Las Floridas, que aseguraban el control sobre el golfo de México. También se fijaron las fronteras entre la nueva nación y los territorios españoles norteamericanos, se acordaron temas relativos al comercio y se establecieron los derechos de navegación del río Misisipí. El reconocimiento definitivo de los Estados Unidos llegó en el año 1785, cuando Floridablanca envió a Nueva York a Diego de Gardoqui como embajador de España en la nueva nación.

Los Pactos de Familia con Francia se rompieron definitivamente el año 1789, tras la Revolución Francesa, y esto le ocasionó una pérdida de poder

Floridablanca's mediation consisted in offering London three ways out of the conflict. The first involved a 25- to 30-year truce, during which there would be free commerce between England and the colonies, which in turn would be able to trade freely with other nations. The second option entailed a truce with France and the Thirteen Colonies, with a withdrawal of all troops, through the mediation of Spain. The final option envisioned an open-ended truce that would be monitored by representatives from all sides, until a permanent peace agreement could be reached. Floridablanca believed any one of these options could bring about an end to the conflict, but London rejected all three. As a result, despite Floridablanca's efforts to remain on the sideline of the hostilities, Spain declared war on England on June 22, 1779, having first agreed, through the Treaty of Aranjuez, to aid France in its support of the Thirteen Colonies.

Throughout the war, every decision regarding Spanish involvement was made by a small number of advisors under Floridablanca's leadership. He, in turn, answered only to the king, Carlos III. Regardless, Spain continued to finance the rebels, sending arms and provisions, as it had been doing all along. The war was being fought along two fronts: one in Europe and the other in America. In Europe, the conflict took place in the waters of the Atlantic, with the sieges of Gibraltar and the recovery of Menorca, territories which Spain had lost to Great Britain through the Treaty of Utrecht in 1713. In America, Spain's goal was to expel the British from its settlements in Central America, near the Gulf of Mexico, and along the Mississippi. Floridablanca sent 11,000 men to fight under the command of Bernardo de Gálvez in a campaign to claim Spanish Florida that lasted from 1780 to 1781. Its success resulted in the capture of Mobile and the decisive win in Pensacola, which in effect ended British rule in the area. A few months later, these successes, coupled with the aid that continued to flow into the region all through the war, contributed to Washington's victory in Yorktown and the ultimate triumph of the revolution.

Floridablanca was ever mindful that Spain's open assistance to the emancipation of the Thirteen Colonies would pose a danger to its own territories, since the same aspirations could spread to the Spanish holdings in America. Hence, Spain's official recognition of the new nation was delayed until shortly before the Treaty of Paris in 1783, which officially ended the conflict. At that time, Floridablanca gave the Count of Aranda, who would act as Spain's signatory, detailed instructions about the agreement. As a result of the peace treaty, Spain reclaimed the island of Menorca and Spanish Florida, thus assuring its control over the Gulf of Mexico. The treaty also fixed the boundaries between the new nation and the Spanish territories in North America, agreed on commerce conditions between the two, and established the navigational rights over the Mississippi River. In 1785, Spain's recognition

a Floridablanca. Aun así, tras la muerte del rey Carlos III en 1788, el nuevo rey Carlos IV lo mantuvo al frente de la Secretaría de Estado hasta 1792, cuando fue sustituido por el conde de Aranda. Apartado de la Corte, sus últimos años los pasó en las ciudades de Hellín y de Murcia, haciendo frente a las acusaciones de abuso de poder y malversación de caudales públicos, causas por las que sería encarcelado en Pamplona y de las que finalmente sería absuelto. Al inicio de la Guerra de la Independencia española frente a Francia, en octubre de 1808, fue llamado para presidir la Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, que asumía la autoridad soberana frente al francés José Bonaparte hasta la restitución del monarca español Fernando VII, pero este cargo lo ocupó por un breve espacio de tiempo, ya que murió en Sevilla el 30 de diciembre de 1808.

[M. G. L.]

of the United States was formalized with Floridablanca's appointment of Diego de Cardoqui as first Spanish ambassador to the new nation.

The Family Compacts between France and Spain ended definitively in 1789 with the French Revolution, leading to a sharp decline in Floridablanca's political influence. Nonetheless, after the death of Carlos III in 1788, the new king Carlos IV kept him on as Secretary of State until 1792, at which time he was succeeded by the Count of Aranda. No longer involved in court affairs, Floridablanca spent the last years of his life in the cities of Hellín and Murcia, fending off accusations of abuse of power and misappropriation of public funds. He was imprisoned in Pamplona for a time but was finally absolved of wrongdoing. When the Spanish War of Independence against France broke out in October, 1808, he was recalled to preside over the *Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino* (Supreme Central and Governmental Junta of the Kingdom), which assumed sovereign authority against the French under Joseph Bonaparte until the Spanish monarchy was restored under Ferdinand VII. However, he would hold this post for only a brief period, as he died in Seville on December 30, 1808.

[M. G. L.]

Arthur Lee

El primer americano en España

Lee fue un médico de Virginia, comisionado en 1777 para recabar apoyos extranjeros para la Revolución Norteamericana en Francia, España y Prusia.

El Congreso Continental creó, el 29 de noviembre de 1775, un grupo llamado Comité de Correspondencia Secreta. Sus miembros iniciales fueron John Dickinson, Benjamin Franklin, Benjamin Harrison, John Jay, Thomas Johnson y Robert Morris.

El objetivo del comité era gestionar la diplomacia internacional, incluida la negociación de envíos clandestinos de armas y otras actividades de inteligencia, a través de intermediarios y buques con bandera extranjera. El Comité envió a Silas Deane y Benjamín Franklin en 1776 a Francia y a John Jay, a España en 1778, para conseguir la firma de alianzas con los Borbones y el suministro de armas, equipo y dinero para la guerra.

Lee había nacido en Stratford (Virginia), en 1740. En 1764, se trasladó a estudiar a Gran Bretaña, asistió a las universidades de Eton y Edimburgo y se graduó en medicina. En Londres, estudió leyes y ejerció como abogado entre 1770 y 1776. Al inicio de la revolución, se declaró partidario de la independencia. El Congreso le nombró comisionado ante el reino de Prusia, donde no consiguió ningún apoyo, y luego, ante el reino de España.

Al no haber declarado España la guerra a Inglaterra, Lee no fue autorizado a llegar a Madrid, para evitar problemas diplomáticos con los británicos, pero fue recibido por el ex primer ministro, el marqués de Grimaldi, y por Diego de Gardoqui en Vitoria. En las reuniones mantenidas en marzo de 1777, España aceptó enviar 24.000 mosquetes, 30.000 mantas y telas blancas y azules para uniformar a los rebeldes, utilizando navíos comerciales y de forma clandestina. Los envíos se repitieron, de nuevo, al año siguiente.

A su regreso a Francia, Lee fue uno de los negociadores del tratado de alianza en 1778, aunque sus relaciones con Franklin y Silas Deane, los otros dos representantes en París, nunca fueron buenas. También actuó como espía, recopilando informes en Inglaterra, Francia y España sobre los planes y movimientos de los tres países en guerra. En 1780, su representación ante España la asumió John Jay. El Congreso le ordenó regresar a casa en 1782. Desde entonces, actuó como delegado de Virginia. Murió soltero y sin hijos en Urbanna (Virginia) en 1792.

[J. M. G. A.]

The First American in Spain

Arthur Lee was a medical doctor from Virginia, commissioned in 1777 to solicit the support of Spain, France, and Prussia for the North American Revolution.

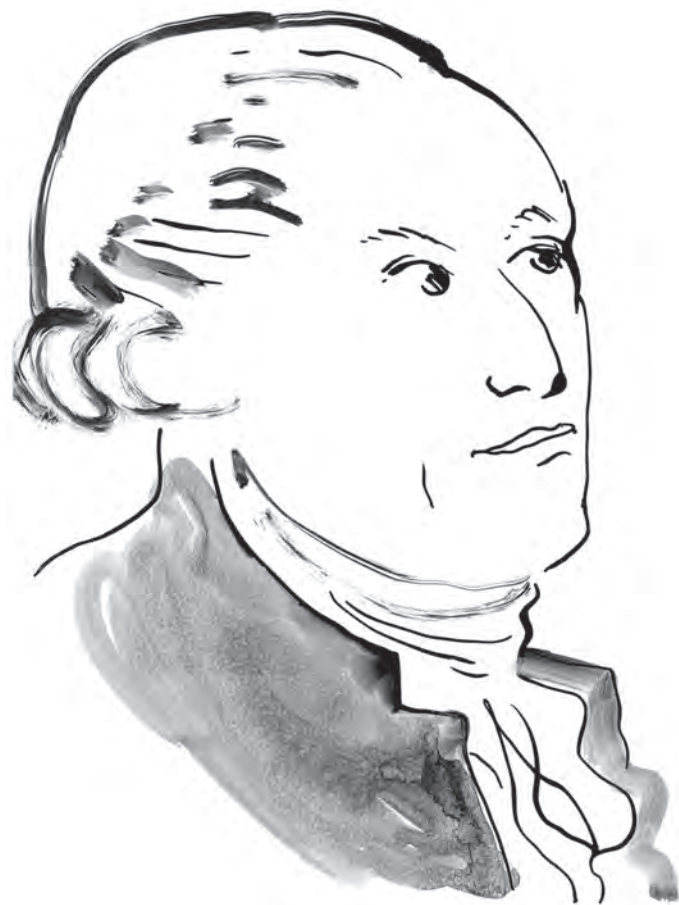
On November 29, 1775, the Continental Congress created the Committee of Secret Correspondence, initially composed of John Dickinson, Benjamin Franklin, Benjamin Harrison, John Jay, Thomas Johnson, and Robert Morris. Its purpose was to manage foreign affairs, including intelligence gathering and the secret acquisition of arms through intermediaries, via ships sailing under a foreign flag. The committee sent Silas Deane and Benjamin Franklin to France in 1776 and John Jay to Spain in 1778, in order to forge alliances with the Bourbons and to arrange for the delivery of weapons, military equipment, and cash in support of the war.

Lee was born in Stratford, Virginia, in 1740. In 1764, he moved to Great Britain to pursue his studies, first at Eton and then in Edinburgh, where he was graduated with a degree in medicine. He studied and subsequently practiced law in London between 1770 and 1776. When the American Revolution broke out, he immediately declared his support for independence. The Continental Congress appointed him envoy to the Kingdom of Prussia, where he was unable to garner any support for the war effort, and then to the Kingdom of Spain.

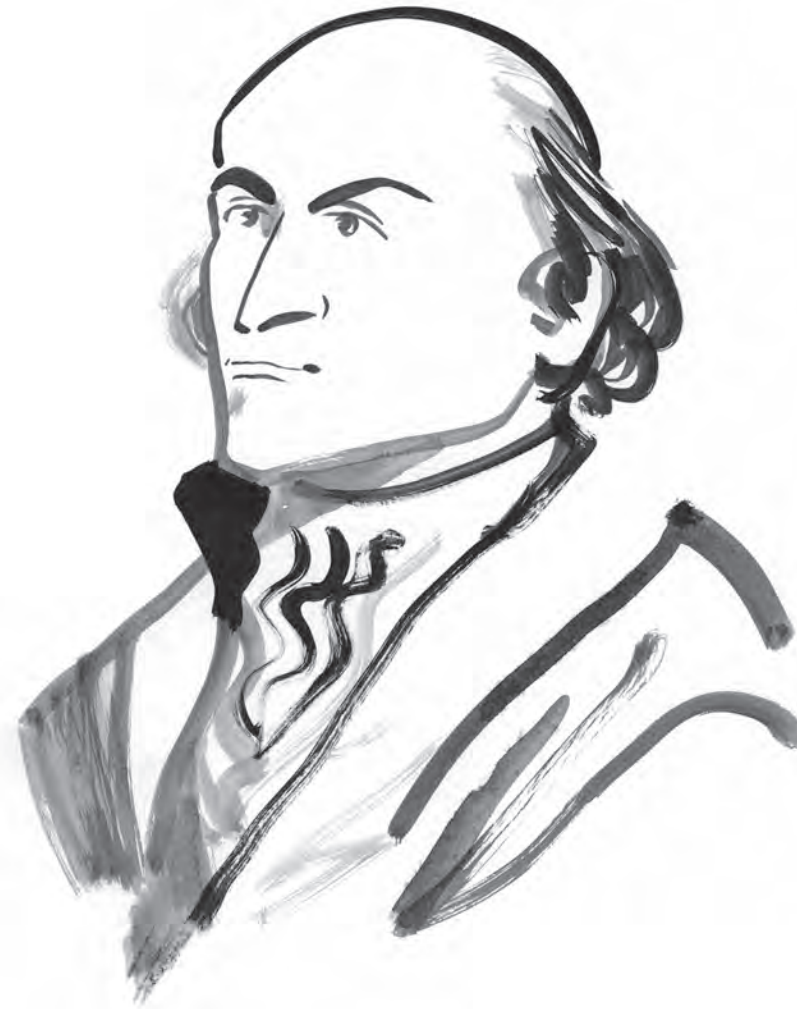
Since Spain had not yet declared war on England and was concerned about ruffling diplomatic feathers, Lee was not authorized to enter Madrid. Instead, he met with the former prime minister, the Marquis of Grimaldi, and with Diego de Gardoqui in Vitoria. During those meetings, held in March, 1777, Spain agreed to provide 24,000 muskets and 30,000 blankets, as well as white and blue cloth for rebel uniforms, all of which would be sent, secretly, on private commercial vessels. The shipments were repeated the following year.

Upon his return to France, Lee became one of the negotiators of the Treaty of Alliance signed in 1778, although his relations with Benjamin Franklin and Silas Deane, the other two American negotiators in Paris, were often frayed. He also acted as a spy in England, France, and Spain, gathering intelligence about the plans and maneuvers of the three warring countries. In 1780, he was replaced in Spain by John Jay, and in 1782 the Congress ordered his return home, where he served as Virginia delegate for several years. He never married and died childless in Urbanna, Virginia, in 1792.

[J. M. G. A.]



Arthur Lee



John Jay

John Jay

Una misión incómoda

La agradable impresión que en los Estados (Unidos) ha causado la amistosa disposición manifestada por Su Católica Majestad, por las pruebas dadas de ella en las medidas que ha tomado y que se espera tomará.

JOHN JAY, 1780

Jurista y político, nacido en Nueva York en 1745, John Jay fue un destacado miembro del Congreso Continental, representante en España y negociador del tratado de paz entre Gran Bretaña y Estados Unidos al final de la Guerra de Independencia.

Jay era miembro del Congreso como representante de Nueva York. También formó parte del Comité de Correspondencia Secreta, encargado de conseguir apoyo extranjero para la Revolución. Llegó a España en septiembre 1779, designado por el Congreso como ministro plenipotenciario, con instrucciones para conseguir una alianza con el Reino de España. Residió en Madrid hasta mayo de 1782, donde pasó graves apuros económicos a los que se unieron varios problemas familiares. La costumbre de la corte de Carlos III de mudar de localización en cada estación del año le causó muchos inconvenientes para sus reuniones y audiencias con los ministros. Su formación anglosajona y su mentalidad fuertemente protestante, anticatólica y republicana dificultó sus relaciones con la Corte española y, probablemente, influyó en que en sus escritos no aparezca apenas nada de la importante ayuda recibida en Madrid. Le fueron entregados directamente por Diego de Gardoqui, documentados, al menos 265.000 pesos, en efectivo o créditos, así como vales reales y letras de cambio del banquero Francisco Cabarrús y de otros. En el verano de 1781, recibió instrucciones de Robert Morris, el superintendente de finanzas del Congreso, de conseguir un préstamo urgente de 5.000.000 de pesos de

An Awkward Mission

The grateful impression made on these States by the friendly disposition manifested by his Catholic Majesty, by the proofs given of it in the measures which he has taken, and which it is hoped he will further take.

JOHN JAY, 1780

Born in New York in 1745, John Jay, jurist and politician, was a distinguished member of the Continental Congress, special envoy to Spain, and negotiator of the peace treaty between Great Britain and the United States that ended the War of Independence.

Jay was New York representative in the Continental Congress. He was also a member of the Committee of Secret Correspondence, charged with soliciting foreign support for the revolution. He was appointed Plenipotentiary Minister to Spain in 1779 and arrived in September of that year, with the purpose of negotiating an alliance with the Spanish kingdom. He lived in Madrid until May, 1782, and during those years suffered serious economic setbacks as well as several family problems. During the reign of Carlos III, it was customary for the Spanish Court to relocate with every change of season, which made it very difficult for Jay to schedule meetings and audiences with various ministers. His Anglo-Saxon upbringing and firm Protestant beliefs (strongly republican and anti-Catholic) also hindered his relations with the Court and probably explain why his writings make scarce mention of the important aid he received in Madrid. Indeed, records show that he was given at least 265,000 pesos in cash and credit by Diego de Gardoqui, as well as royal vouchers and bills of exchange from the financier Francisco Cabarrús and others. In the summer of 1781, he was instructed by Robert Morris, Superintendent of Finance for the Continental Congress, to request an urgent

España, que se le concedió parcialmente. También sería autorizado por la Corte española a enviar desde Cádiz una gran partida de uniformes, capturados a los ingleses por la escuadra del almirante Córdoba.

Actuó como representante del Congreso en las negociaciones de la Paz de París de 1783, que, al dejar de lado las consideraciones de los aliados, causaron malestar en las Cortes de Francia y España. En 1789, abogó por una ley que prohibiera a los católicos ocupar cargos públicos. En 1799, fue uno de los más firmes partidarios de la legislación para abolir la esclavitud. Fue el primer jefe del Tribunal Supremo, en 1789, y negoció el tratado de 1795 con Gran Bretaña, lo que le acarreó una gran impopularidad, por ser muy desfavorable para el comercio de los Estados Unidos. También fue gobernador de Nueva York. Falleció en Bedford (New York), en 1829.

[J. M. G. A.]

loan of 5,000,000 pesos from Spain, to which Spain agreed in part. The Spanish Court also approved the shipment, from Cádiz, of a large number of uniforms, which Admiral Cordoba and his squadron had confiscated from the British.

John Jay served as negotiator of the Treaty of Paris in 1783, acting as congressional representative. The treaty did not fully satisfy the interests of the allies and caused discontent in both the French and Spanish Courts. In 1789, Jay argued for a law barring Catholics from holding public office. In 1799, he was one of the most ardent supporters of legislation to abolish slavery. He was appointed the first Chief Justice of the U.S. Supreme Court in 1789, and in 1795 he negotiated a treaty with Great Britain that made him deeply unpopular because its terms were unfavorable to American commerce. He also served as governor of New York and died in Bedford, New York, in 1829.

[J. M. G. A.]

Oliver Pollock

Un americano en Nueva Orleans

Recomendamos la protección de su excelencia al Sr. Pollock, como alguien que ha sufrido mucho y que ha cumplido su deber hacia el pueblo y a sus acreedores con celo e integridad.

LOS DELEGADOS DE VIRGINIA EN EL
CONGRESO A GÁLVEZ, 4 MAYO 1783

En la actualidad, se conoce a Oliver Pollock como uno de los financiadores principales de la Revolución Americana, debido a la cantidad de dinero y suministros que consiguió para la causa rebelde en La Luisiana española. Era un comerciante próspero que, junto con el gobernador de La Luisiana, Bernardo de Gálvez, apoyó los objetivos militares del Segundo Congreso Continental. Una vez que España entró en la contienda, Pollock también sirvió a la causa española, participando en las campañas del gobernador Gálvez por el río Misisipí y sumándose a las filas del ejército español en la batalla de Pensacola de 1781.

Pollock era oriundo de Irlanda del Norte; había nacido en el condado de Tyrone en 1737. Emigró a la colonia británica de Pensilvania en 1760, buscando una vida mejor. Primero, encontró trabajo en una casa de comercio de mercancías en la ciudad de Carlisle. Menos de un año más tarde, se mudó a Filadelfia, donde comenzó a trabajar con la firma Willing y Morris, uno de los mayores establecimientos mercantiles de las colonias inglesas. Esa firma le envió a La Habana en 1762, después de que la ciudad cayera en manos de los británicos durante la Guerra de los Siete Años. Pollock abasteció a las tropas británicas con mercancías suministradas por Willing y Morris. Cuando los españoles recuperaron el control de la ciudad, siguió residiendo en La Habana al frente de una actividad mercantil sumamente rentable. En 1770, se casó con Margaret O'Brien, hija de otro comerciante irlandés. También tuvo como amigo al general español Alejandro O'Reilly, que había sido destinado a la isla.

En virtud del Tratado de París de 1763, La Luisiana pasaba a ser española. Antonio de Ulloa se instaló en Nueva Orleans como primer gobernador español. Los dos años de mandato de Ulloa resultaron un fracaso que culminó, en 1768, con un alzamiento contra él de los residentes en dicha ciudad. El monarca español

An American in New Orleans

We beg leave to recommend Mr. Pollock to your Excellency's protection, as one who has suffered much and who has discharged his duty both to the public and to his creditors with zeal and integrity.

VIRGINIA CONGRESSIONAL DELEGATES
TO BERNARDO DE GÁLVEZ, MAY 4, 1783

Oliver Pollock is known today as one of the key financiers of the American Revolution because of the money and supplies he raised for the rebel cause in Spanish Louisiana. A successful merchant, he worked with Louisiana Governor Bernardo de Gálvez in supporting the war aims of the Second Continental Congress. Once Spain entered the conflict, Pollock also served the Spanish cause by participating in the Mississippi River campaigns of Governor Gálvez and fighting with the Spanish army at the Battle of Pensacola in 1781.

Pollock was a native of Northern Ireland, born in County Tyrone in 1737. He immigrated to the British colony of Pennsylvania in 1760 in search of a better life. He first found work in a merchant house trading goods at the town of Carlisle. Within a year, he moved to Philadelphia, where he became affiliated with the firm of Willing and Morris, one of the largest mercantile establishments in the English colonies. The firm sent him to Havana in 1762, after the city had fallen to the British during the Seven Year War. Pollock supplied the British troops with goods furnished by Willing and Morris. He remained a resident of Havana after the Spanish resumed control of the city, operating a very profitable mercantile operation. In 1770, he married Margaret O'Brien, the daughter of another Irish merchant. He also befriended Spanish General Alejandro O'Reilly, who had been posted to the island.

The Peace of Paris, 1763, ceded Louisiana to Spain. Antonio de Ulloa was sent to New Orleans as the first Spanish governor, but his two-year term proved to be a failure, ending with an uprising of New Orleans residents against him in 1768. The Spanish king responded by dispatching troops from Cuba under the command of General Alejandro O'Reilly to restore control

reaccionó con el envío de tropas desde Cuba, al mando del general Alejandro O'Reilly, con objeto de recuperar el control de la provincia. Oliver Pollock siguió al general O'Reilly a Nueva Orleans, donde abasteció de harina y otros víveres a las tropas españolas. El general acogió a Pollock y le permitió crear una casa de comercio en la capital de La Luisiana. Pollock mandó venir a su familia de La Habana y se convirtió en un próspero comerciante residente en Nueva Orleans.

Pollock simpatizó espontáneamente con la causa de los rebeldes cuando llegaron a Nueva Orleans noticias de los combates de Lexington y Concord. Su primera oportunidad de prestar asistencia a los rebeldes se produjo, entrado el año de 1776, cuando un destacamento reducido de soldados rebeldes, al mando de George Gibson, descendió los ríos Ohio y Misisipí en busca de los suministros militares del gobierno español. Pollock dio la bienvenida a la ciudad a Gibson y sus hombres y les procuró una audiencia con el gobernador Unzaga. El gobernador accedió a suministrar los pertrechos que Gibson pedía. Unzaga encargó a Oliver Pollock que hiciese acopio de esos pertrechos y los enviase, río arriba por el Misisipí, a las colonias sublevadas. Así comenzó la carrera de Oliver Pollock como agente suministrador americano en Nueva Orleans. Durante los años siguientes, envió muchos barcos fluviales, llamados *bateaux*, que remontaban el curso del Misisipí y del Ohio hasta Fort Pitt, en la Pensilvania occidental. Una vez allí, los suministros eran cargados en carretas y enviados por tierra a las tropas del *Continental Army*. Lo que Pollock acopiaba en Nueva Orleans no procedía de donaciones, sino de compras a otros comerciantes. Los pagaba con sus propios fondos, sobre la base de un acuerdo en cuya virtud el Congreso Continental le reembolsaría. Cuando empezó a quedarse sin dinero porque el Congreso no se lo reembolsaba, obtuvo préstamos de otros negociantes de Nueva Orleans para mantener el flujo de suministros. En sus asientos contables superponía las letras *p* y *f* para indicar la denominación del peso fuerte español. Ese signo se convirtió en el símbolo del dólar que identifica la moneda de los Estados Unidos y cuya invención se atribuye a Pollock.

La llegada de Bernardo de Gálvez como nuevo gobernador de Luisiana inició un período de apoyo español aún mayor a la causa de los rebeldes americanos. Gálvez se convirtió en un partidario de la rebelión americana, opuesto a los británicos, y desarrolló una asociación estrecha con Pollock, quien, aquel mismo año, se convirtió, oficialmente, en el agente que los recién proclamados Estados Unidos de América tenían en Nueva Orleans. A finales de 1777, James Willing, un oficial del *Continental Army*, encabezó una expedición que descendió por el Misisipí, para atacar los asentamientos británicos que se encontraban río arriba. El gobernador Gálvez ofreció a Willing hospitalidad en la ciudad. Permitió que Pollock y el comandante americano subastasen en Nueva Orleans el botín obtenido de las plantaciones británicas. Cuando los británicos protestaron por la acogida que el gobernador había deparado a Willing, Gálvez hizo caso omiso de esas quejas y declaró que la ciudad era territorio neutral. Posteriormente, durante todo el año de 1778, Pollock continuó enviando a Fort Pitt, por la red fluvial interior, los pertrechos requeridos. Los suministros enviados desde Nueva Orleans

over the province. Oliver Pollock followed General O'Reilly to New Orleans, where he supplied flour and other foodstuffs to the Spanish soldiers. The general welcomed Pollock, permitting him to establish a merchant house in the Louisiana capital. Pollock sent for his family from Havana and became a successful merchant residing in New Orleans.

Pollock had a natural sympathy for the rebel cause, from the moment news of the fighting at Lexington and Concord reached him in New Orleans. His first opportunity to assist the Americans came later in 1776 when a small detachment of rebel troops under the command of George Gibson floated down the Ohio and Mississippi Rivers seeking military supplies from the Spanish government. Pollock welcomed Gibson and his men to the city, securing an audience for the military leader with Governor Unzaga. The governor agreed to furnish the supplies Gibson requested. Unzaga charged Oliver Pollock with assembling these supplies and sending them up the Mississippi to the colonies in rebellion. Thus began Oliver Pollock's career as the American supply agent at New Orleans. Over the next several years, he would send many riverboats, called *bateaux*, up the Mississippi and Ohio Rivers to Fort Pitt in western Pennsylvania. There the supplies were loaded onto wagons and sent by road to the troops of the Continental Army. Pollock did not assemble these supplies in New Orleans by donation, but bought them from other merchants. He paid for them out of his own personal funds with the understanding that he would be reimbursed by the Continental Congress. When his money began to run out and no reimbursements were forthcoming from the Congress, he secured loans from merchants in New Orleans to keep the supplies flowing. In recording his financial accounts in his ledger, he abbreviated the notation of his funds by superimposing the "p" and the "f" of the Spanish *peso fuerte*. This symbol became the dollar sign which denotes the United States currency. Pollock is credited as its inventor.

The arrival of Bernardo de Gálvez as the new governor of Louisiana signaled a time of increased Spanish support for the American rebel cause. Gálvez became an anti-British partisan of the American rebellion, forging a strong partnership with Pollock, who was named official New Orleans agent of the newly proclaimed United States of America that same year. At the end of 1777, James Willing, an officer in the Continental Army, led a military expedition down the Mississippi, attacking British settlements upriver from New Orleans. Governor Gálvez extended Willing the hospitality of the city. He allowed Pollock and the American commander to auction the plunder taken from the British plantations in New Orleans. When the British protested the welcome the governor had extended to Willing, Gálvez brushed off these complaints and declared the city to be neutral territory. Thereafter, during all of 1778, Pollock continued shipping needed supplies up the interior river system to

sostuvieron al *Continental Army* en la victoria crucial que obtuvieron sobre los británicos en la batalla de Saratoga de octubre de 1777.

La victoria de los rebeldes en Saratoga resultó ser el punto de inflexión del conflicto que arrastró a Francia a la guerra con Gran Bretaña en febrero de 1778. Sin embargo, España decidió esperar a ver cómo evolucionaba el conflicto, antes de sumarse a él como parte beligerante. A pesar de ello, prosiguió la ayuda española en Nueva Orleans, de modo que, durante el año de 1778, Pollock continuó con sus actividades de abastecimiento. Estas aumentaron considerablemente cuando el comandante militar americano George Rogers Clark lanzó un ataque contra las fortificaciones británicas en la comarca de Illinois. A comienzos de 1779, Clark había tomado posiciones británicas en Kaskaskia, Cahokia y Vincennes. Oliver Pollock se convirtió en la principal fuente de aprovisionamiento para las operaciones de Clark. Pollock se endeudó, de nuevo, para adquirir los suministros, incluso, obteniendo préstamos del gobernador Gálvez.

La entrada de España en la guerra tuvo lugar en junio de 1779. Gálvez encabezó con éxito campañas militares españolas contra posiciones británicas en Baton Rouge, La Mòbila y Pensacola. Pollock, junto con otros ocho patriotas americanos, acompañó a Gálvez en la victoria de Baton Rouge y viajó a Natchez para aceptar en persona la rendición de los británicos en calidad de representante del gobernador. También se unió al ejército español, esta vez acompañado por unas dos docenas de americanos, cuando Gálvez asedió el fuerte de Pensacola durante la primavera de 1781.

Con todo, hacia el final de aquel año, la fortuna empezó a dar la espalda a Pollock como consecuencia de la cuantiosa deuda en que había incurrido durante los cuatro años en que había estado enviando suministros. Había pagado la mayoría de estos con su propio dinero y con préstamos obtenidos en Nueva Orleans, que el Congreso todavía no había podido devolverle. Para 1782, Pollock se había quedado ya sin fondos y estaba en quiebra. Decidió, pues, viajar a los Estados Unidos, en un esfuerzo por conseguir que las autoridades americanas le reembolsasen sus préstamos. A su paso por Cuba, sufrió brevemente detención y encarcelamiento, al ejecutarse los mandamientos judiciales obtenidos por sus acreedores, pero, finalmente, fue liberado gracias a la intervención de su amigo Gálvez y regresó a Pensilvania.

Cuando finalizó la Revolución, se instaló permanentemente en Silver Spring, una ciudad pequeña en el valle del Shenandoah, en Pensilvania, donde prosiguió su actividad comercial. Años más tarde, recibió, finalmente, del Congreso reembolsos parciales de sus deudas. Visitó brevemente Nueva Orleans en 1788, tras un incendio catastrófico que había devastado la ciudad, con un cargamento de suministros entre los que figuraba una bomba contra incendios que vendió al Cabildo. En 1819, ya retirado, se mudó al valle del Misisipí y se instaló en Tunica Bend, al borde del río, al norte de Baton Rouge. Allí murió el 17 de diciembre de 1823. La historia de Oliver Pollock es esencial para entender el papel que desempeñó España en el apoyo a la independencia de los Estados Unidos durante la Revolución Americana.

[Light Townsend Cummins]

Fort Pitt. Supplies sent from New Orleans sustained the Continental Army during its crucial victory over the British at the Battle of Saratoga in October, 1777.

This rebel victory at Saratoga proved to be the turning point in the conflict, since it brought France into the war against Great Britain in February, 1778. Spain, on the other hand, decided to wait for further developments in the conflict before joining the war as a combatant. Spanish assistance would continue in New Orleans nonetheless, and Pollock carried on with his supply activities through 1778. These grew tremendously in scope when the American military commander George Rogers Clark attacked British fortifications in the Illinois territory. By early 1779, Clark had taken British posts at Kaskaskia, Cahokia, and Vincennes. Oliver Pollock became the primary source of supplies for Clark's operations. Again, Pollock borrowed money, securing loans as well from Governor Gálvez, to purchase these supplies.

Spain's entry into the war occurred in June, 1779. Governor Gálvez commanded successful Spanish military campaigns against British posts at Baton Rouge, Mobile, and Pensacola. Pollock and eight other American Patriots accompanied Gálvez during his victory at Baton Rouge, and Pollock traveled to Natchez to accept the British surrender in person as the representative of the governor. He was also with the Spanish army when Gálvez laid siege to the fort at Pensacola in the spring of 1781, this time accompanied by about two dozen Americans.

By the end of the year, however, Oliver Pollock's fortunes began to turn sour, because of the large indebtedness he had incurred over the four years he had been shipping supplies. He paid for most of these with his own money and by securing loans in New Orleans, but the Congress still had failed to reimburse him. By 1782, Pollock was bankrupt. In an effort to secure repayment for his loans from the American authorities, he decided to travel to the United States. Passing through Cuba, he was arrested and imprisoned briefly on warrants from his creditors seeking payment of their loans. Eventually freed through the intervention of his friend Gálvez, he returned at last to Pennsylvania.

With the end of the Revolution, Pollock made his permanent home in Silver Spring, a small town in the Shenandoah Valley of Pennsylvania, where he remained a merchant. Years later, he received partial payment of his debts from the Congress. He did visit New Orleans briefly in 1788 after a disastrous fire that had devastated the city, bringing a shipload of supplies, including a fire engine he sold to the Cabildo. In his retirement years, he moved back to the Mississippi Valley, settling at Tunica Bend on the river, north of Baton Rouge, in 1819. He died there on December 17, 1823. Oliver Pollock's story is essential to understanding the role Spain played in supporting the independence of the United States during the American Revolution.

[Light Townsend Cummins]



Oliver Pollock



Francisco de Miranda

Francisco de Miranda

Soldado y líder de la independencia de Sudamérica

El tamaño de tu éxito será del tamaño de tu esfuerzo.

FRANCISCO DE MIRANDA

Oficial del ejército, aventurero, conspirador y soñador en una Sudamérica independiente, participó en las campañas de España en el golfo de México y el Caribe durante la Revolución Norteamericana. Fue también protagonista de la Revolución Francesa, vivió exiliado gran parte de su vida, viajó por medio mundo y amó apasionadamente a las mujeres y a la vida. Acabó sus días desterrado y enfermo en una prisión.

Francisco de Miranda Rodríguez nació el 29 de marzo de 1750 en la ciudad de Caracas, por entonces perteneciente al virreinato de Nueva Granada (actualmente Venezuela y Colombia), de padres españoles. Su padre, Sebastián, era un rico e importante comerciante. En esa ciudad vivó sus primeros veinte años, hasta que, decepcionado por las dificultades que encontraban los criollos para su ascenso social y profesional, se trasladó a la metrópoli. Llegó a Madrid en marzo de 1771 y, bajo la protección de un amigo de su padre, se dedicó al estudio de las matemáticas, la geografía y los idiomas francés e inglés. En 1772, el rey Carlos III autorizó su ingreso en el ejército, tras haber obtenido una plaza de capitán en el Regimiento de Infantería de la Princesa. Comenzó a frecuentar la compañía de mujeres de diferentes clases sociales, a quienes conquistaba gracias a su elegancia, inteligencia y maneras educadas y atentas, teniendo, durante toda su vida, un gran número de amantes. Una de las mujeres de su vida fue la británica Sarah Andrews, que le daría dos hijos, Leandro y Francisco.

Su primera experiencia de combate fue la defensa de la plaza española de Melilla, situada en la costa norteafricana, que fue asediada durante un año por el sultán de Marruecos. Poco después, tomó parte, como muchos militares españoles de entonces, en el desastroso desembarco de Argel de 1775. Tras solicitar infructuosamente el traslado a América, consiguió ser enviado a Cádiz,

A Soldier and a Leader of South American Independence

The magnitude of your success will be equal to the magnitude of your effort.

FRANCISCO DE MIRANDA

He was a military officer, an adventurer, and a conspirator. He dreamt of an independent South America and took part in Spain's military campaigns in the Gulf of Mexico and the Caribbean during the North American Revolution. He was also a central figure in the French Revolution. He lived in exile most of his life, traveled widely around the known world, and loved life and women passionately. He spent his closing years as an outcast, ill and in prison.

Francisco de Miranda Rodríguez was born of Spanish parents in the city of Caracas, in the Viceroyalty of New Granada (currently Venezuela and Colombia) on March 29, 1750. His father, Sebastian, was a wealthy and prominent businessman. Francisco lived in the city of his birth for the first twenty years of his life, but he became disheartened by the lack of opportunity for a Creole to rise socially and professionally in society, and he moved to Madrid in March, 1771. Under the guardianship of one of his father's friends, he studied mathematics and geography, as well as French and English. In 1772, Carlos III authorized his enlistment in the army, after he had attained the rank of captain in the *Princesa Infantry Regiment*. He enjoyed the company of women of different social standings, whom he would charm with his elegance and intelligence, as well as courteous and attentive manners. He had numerous lovers throughout his life, one of them an Englishwoman, Sarah Andrews, with whom he had two sons, Leandro and Francisco.

He underwent his first combat experience during the defense of the Spanish city-port of Melilla, on the northern African coast, which had been under a yearlong siege by the Sultan of Morocco. Not long after that, he took part, as many Spanish soldiers did, in the disastrous expedition to Algiers

donde conoció al comerciante inglés John Turnbull, con negocios en Gibraltar, que sería su amigo toda la vida. También inició una amistad con el general Juan Manuel de Cagigal, bajo cuya protección estuvo durante los años siguientes. Cagigal nombró a Miranda su ayudante de campo cuando fue nombrado jefe del Ejército Expedicionario que embarcó en Cádiz, en abril de 1780, para combatir en la guerra contra Inglaterra en América. Llegó a La Habana en agosto como capitán del Regimiento de Aragón, junto a 11.000 soldados españoles. Al año siguiente, participó en el ataque a Pensacola, donde las tropas españolas, al mando de Bernardo de Gálvez, lograron la victoria y el control de La Florida Occidental, lo que supuso un duro golpe para el desarrollo de la estrategia británica en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Como premio a su destacada actuación, el rey le concedió el ascenso a teniente coronel.

Entre agosto y diciembre de 1781, Cagigal le envió a la Jamaica británica, para negociar un intercambio de prisioneros, misión que aprovechó para espiar las defensas de la isla. A su vuelta a Cuba, elaboró unos detallados planos que sirvieron eficazmente a Gálvez para preparar el ataque a la colonia inglesa. La operación, que contaba con un ejército combinado franco-español concentrado en la isla de La Española, se aplazó tras la derrota de la flota francesa en la batalla de Los Santos, para finalmente ser cancelada por la finalización de las hostilidades. En abril del año siguiente, Miranda acompañó de nuevo a Cagigal, esta vez en el ataque hispano-norteamericano contra las islas Bahamas, donde se encargó de las negociaciones para la capitulación de la guarnición británica, que tuvieron lugar en la isla de Providencia el día el 8 de mayo de 1782.

Miranda fue reuniendo una selecta biblioteca personal, en la que se encontraban todos los libros más importantes del pensamiento ilustrado, como las obras de Montesquieu, Voltaire o Rousseau, que estaban prohibidas en España y Francia por considerarse revolucionarias. Por otra parte, su carácter poco ortodoxo y contestatario le acarreó no pocos enemigos, dentro y fuera del ejército. La justicia andaba tras sus pasos y, a pesar de la protección que le brindó Cagigal en varias ocasiones, acabó siendo acusado de subversión y de contrabando y, aunque más tarde sería absuelto, decidió desertar de Cuba, en junio de 1783, y refugiarse en los recién nacidos Estados Unidos.

Durante algo más de un año viajó por las Trece Colonias y conoció a algunos de los padres fundadores, como George Washington y Alexander Hamilton, o los generales Knox y Lafayette. Durante este período, concibió la idea de una Sudamérica independiente de España, siguiendo el modelo de la Revolución Americana, idea a la que consagraría el resto de su vida. Buscó en varias ocasiones el apoyo británico y estadounidense para una invasión libertadora de Colombia y Venezuela, aunque solo recibió promesas que nunca se materializaron en nada definitivo. Viajó en diciembre de 1784 hacia Inglaterra, que estaba muy interesada en desmembrar las posesiones americanas de España, en venganza por la derrota que esta le había infligido en la Guerra de Independencia de Estados Unidos.

in 1775. He requested a transfer to America and was denied, but managed to be sent to Cádiz, where he met the British merchant John Turnbull, who had businesses in Gibraltar and became a lifelong friend. He also initiated a friendship with General Juan Manuel de Cagigal, who took him under his wing for the next several years. In April, 1780, when Cagigal was appointed head of the *Ejército Expedicionario* departing from Cádiz to combat the English in America, he named Miranda his aide-de-camp. Miranda arrived in Havana in August as a captain in the *Aragón Regiment*, along with 11,000 Spanish soldiers. The following year, he took part in the victorious assault on Pensacola, where the Spanish forces, under the command of Bernardo de Gálvez, conquered West Florida, dealing a severe blow to the British strategy in the United States War of Independence. In recognition of Miranda's exceptional action in battle, the king promoted him to lieutenant colonel.

Between August and December, 1781, Miranda was in British Jamaica as Cagigal's representative to negotiate a prisoner exchange. In fact, he was also gathering secret intelligence on the defenses of the island. When he returned to Cuba, he provided Gálvez with highly detailed sketches that would assist him in planning his attack on the British colony. The operation, involving combined French and Spanish troops gathered in the island of Hispaniola, was postponed after the defeat of the French fleet in the Battle of the Saintes and eventually canceled with the end of the Revolutionary War. The following April, Miranda was at Cagigal's side once again, this time during the joint Spanish and North American attack on the Bahamas. It would be his responsibility to negotiate the surrender of the British garrison in Providence Island on May 8, 1782.

Over the years, Miranda built an elite personal library, which included all of the major works of the Enlightenment, books by Montesquieu, Voltaire, and Rousseau, which were considered revolutionary and, therefore, were banned in Spain and France. On the other hand, his unorthodox and countercultural traits earned him a not-insignificant number of enemies, in and out of the army. The law was often at his heels, and despite the protection Cagigal offered him on more than one occasion, he was eventually accused of sedition and of smuggling. Although later absolved of these charges, he decided to abandon Cuba, and in June, 1783, he sought refuge in the newly independent United States.

For about a year, Miranda traveled across the Thirteen Colonies and met some of the Founding Fathers, among them George Washington and Alexander Hamilton; he also met General Knox and General Lafayette. During this time, inspired by the American Revolution, he began to envision a unified South America, independent of Spain. It was an ideal to which he would devote the rest of his life. On several instances, he sought British and North American aid for an invasion that would liberate Colombia and Venezuela, but the promises he was given never came to fruition. In December, 1784, Miranda

Entre 1785 y 1789, recorrió gran parte de Europa, desde Italia hasta San Petersburgo, observando, aprendiendo y escribiendo un interesante diario, en el que proporciona todo tipo de detalles sobre aquella época de reformas y convulsiones que provocó la Ilustración. En 1792, al no recibir apoyos en Inglaterra, se trasladó a París, que se hallaba en plena Revolución Francesa. Allí, gracias a las cartas de recomendación que llevaba y su experiencia militar, obtuvo el grado de mariscal en el ejército revolucionario, combatiendo en las campañas contra Prusia en el norte de Francia y Bélgica. El torbellino de la revolución y sus luchas internas acabaría arrastrándole a la cárcel acusado de traición, aunque recuperaría su libertad en enero de 1795.

Tras volver a Inglaterra, dedicó los años siguientes a preparar su proyecto político para la nueva Sudamérica independiente. A pesar de sus esfuerzos y muchas gestiones, no encontraría apoyos decisivos ni en Gran Bretaña ni en Estados Unidos, aunque llegó a ir a Washington para entrevistarse con el presidente Thomas Jefferson. En 1805, consiguió que el banquero judío Samuel Ogden, su amigo Turnbull y otros comerciantes de Nueva York financiaran una pequeña expedición militar. Al mando de tres buques, se hizo a la mar hacia Venezuela desde Nueva York, pasando por Haití. Pero aquel intento fracasó estrepitosamente nada más desembarcar y hubo de volver a Inglaterra.

Una nueva oportunidad para sus planes se abriría en diciembre de 1810. El vacío de poder que existía en los territorios de la Corona española en América, provocado por la invasión napoleónica de la Península Ibérica, había creado las condiciones óptimas para un proceso independentista. Miranda volvió de nuevo a Venezuela, acompañando al líder rebelde Simón Bolívar. Pero, tras varios años de dura lucha sin alcanzar resultados concluyentes, las disensiones internas entre los jefes independentistas provocaron que Miranda fuera traicionado por su compañero Bolívar y entregado a las autoridades realistas en 1812.

Fue trasladado a Cádiz, ciudad donde había vivido en su juventud y desde donde partió, un ya lejano 1780, hacia América, y de cuya prisión no saldría ya nunca más, pues falleció, tras varios meses de amarga y dura enfermedad, el 14 de julio de 1816. Miranda es considerado el gran precursor de la independencia de Sudamérica, aunque siempre soñó con un continente unido, bajo la bandera que él mismo diseñó en 1805, cuyos colores utilizan hoy varios países hispanoamericanos en su memoria.

[J. M. G. A.]

traveled to England, which seemed interested in loosening Spain's hold over its possessions in America, in retaliation for Spanish involvement in the British defeat in the U.S. War of Independence.

Between 1785 and 1789, he traveled over much of Europe, from Italy to St. Petersburg, observing, learning, filling the pages of his remarkable journal with numerous details about current reforms and upheavals that would lead to the Enlightenment. In 1792, when it was obvious that England would not come to his aid, he moved to Paris, a city now in the throes of the French Revolution. There, thanks to the letters of recommendation he carried with him and his military background, he was given the rank of marshal in the revolutionary army. He fought in campaigns against the Prussians in northern France and Belgium. The maelstrom of the revolution and its internal intrigues would ultimately land him in prison charged with treason, but he regained his freedom in January, 1795.

Miranda returned to England, where he spent several years elaborating his political project for a new and independent South America. Despite his efforts and countless consultations, he would not garner any substantial support, either in Great Britain or in the United States, even though he traveled to Washington for a private meeting with then president Thomas Jefferson. In 1805, he convinced the Jewish banker, Samuel Ogden, and his friend Turnbull, as well as other New York businessmen, to finance a small military expedition. And so, at the head of three ships, he set sail for Venezuela, by way of Haiti. The entire effort would end in a catastrophic failure as soon as he attempted to land, and he was forced to return to England.

In December, 1810, a second opportunity seemed to open up for Miranda to carry out his plans. The Napoleonic invasion of the Iberian Peninsula had left a power vacuum in the Spanish territories of America, creating the ideal conditions for an independence movement. Miranda returned to Venezuela, this time alongside the rebel leader, Simón Bolívar. Yet, the next years would be characterized by futile fighting, dissension, and internal disputes among the revolutionary leaders, and Miranda was eventually betrayed by his companion Bolívar, who handed him over to the royalists in 1812.

Miranda was transferred to Cádiz, a city where he had spent much of his youth and from which he had departed in 1780, many years before, with his sights on America. He would be incarcerated there the rest of his life, never leaving his prison. He died on July 14, 1816, after several months of a hard and bitter illness. He is considered the great originator of South American independence, although in his dreams he had envisioned a unified South American nation, under one flag, the flag he had designed in 1805. Its colors have since been incorporated into the flags of various Hispanic American countries in his honor.

[J. M. G. A.]

José Solano y Bote

El marino que socorrió a Gálvez

José Solano nació en 1726 en Zurita (Cáceres). Ingresó en la Real Armada con apenas dieciséis años y pasó gran parte de su vida combatiendo en la mar. A los diecinueve años era ya capitán de navío, tras formar parte de una expedición científica y diplomática de siete años, enviada para fijar los límites de los territorios de España y Portugal en América. Por su destacada actuación en dicha misión, fue nombrado gobernador de Venezuela y de Santo Domingo.

Al declararse la guerra contra Inglaterra en 1779, tomó parte en varias acciones navales en aguas del Atlántico, entre el canal de la Mancha y las aguas del golfo de Cádiz.

Por sus destacadas dotes de mando y su experiencia en América, fue nombrado para una de las misiones más importantes de la guerra: el mando del enorme convoy de más de cien embarcaciones de todas clases que transportaron al Ejército de Operación para combatir en La Florida y el Caribe. Partió de Cádiz en abril de 1780, llevando a bordo al general Juan Manuel de Cagigal y a más de 11.000 soldados. Tras burlar a las numerosas fuerzas navales enemigas del almirante Rodney en el Atlántico, llegó a La Habana en el mes de agosto.

Debido a las bajas que las enfermedades produjeron tanto durante la travesía como a la llegada a Cuba, solo parte de las tropas pudo partir al mando de Gálvez, para la conquista de Pensacola en marzo de 1781. Sin embargo, unas semanas más tarde, Solano salía de La Habana transportando otros 3.000 hombres, para apoyar a los agotados soldados de Gálvez en el asedio. Junto a ellos navegaba, también, la escuadra francesa de Chevalier de Monteil. Su llegada frente a la bahía de Pensacola dispersó a las fuerzas navales inglesas

The Seaman Who Saved Gálvez

José Solano was born in Zurita (Cáceres) in 1726. He joined the Royal Armada when he was barely sixteen years of age, and he spent most of his life at sea, involved in naval conflicts. At nineteen, he was already a ship captain, having served on a seven-year scientific and diplomatic expedition to mark the boundaries between the territories of Spain and Portugal in America. In recognition of his outstanding performance on this mission, he was named governor of Venezuela and Santo Domingo. After Spain declared war against England in 1779, Solano would take part in several naval operations in the Atlantic between the English Channel and the waters of the Gulf of Cádiz.

Solano's leadership skills and his experience in America led to his being given one of the most crucial commands in the war. He would lead an enormous convoy of more than 100 ships of every type, transporting the entire *Ejército de Operación* that would wage war in Spanish Florida and the islands of the Caribbean. The fleet left Cádiz in April, 1780, with General Juan Manuel de Cagigal and more than 11,000 soldiers on board. In August, having outmaneuvered numerous enemy vessels patrolling the Atlantic under the command of Admiral Rodney, he arrived in Havana.

As a result of illnesses contracted during the voyage and after arriving in Cuba, only a fraction of the troops was able to join Gálvez's forces for the assault on Pensacola in March, 1781. Nevertheless, a few weeks later, Solano left Havana with some 3,000 men on board to replenish Gálvez's besieged and exhausted army. With Solano's fleet was a French squadron under the command of Chevalier de Monteil, and the arrival of these combined forces effectively dispersed the British ships threatening the Spanish operations.

que amenazaban las operaciones españolas. Gracias a este oportuno refuerzo, Gálvez logró la capitulación de Pensacola.

Por esta acción, Solano recibió el ascenso a teniente general y el título de marqués del Real Socorro y se le puso al mando de la escuadra de las Antillas, que tenía su sede en La Habana. Desde allí, junto a Gálvez y Francisco de Saavedra, preparó la invasión de Jamaica, que debía realizarse en combinación con la escuadra francesa del conde de Grasse. El ataque nunca llegaría a efectuarse, debido a la derrota francesa en la batalla naval de Los Santos y por suspenderse las hostilidades a finales de 1782.

Tras ser nombrado consejero de Estado y pasar un tiempo en la corte, volvió a América en la siguiente guerra contra Inglaterra y obtuvo nuevas victorias en aguas de las Antillas en 1796. Fue ascendido, en 1802, a la máxima categoría que podía alcanzar un marino: capitán general de la Armada. Falleció en Madrid en 1806.

[J. M. G. A.]

Gálvez's victory in Pensacola was thus made possible by these timely reinforcements.

As a reward for his actions, Solano was promoted to lieutenant general and given the title of *Marqués del Real Socorro* (Marquis of the Royal Succor); he was also placed in command of the squadron of the Antilles, based in Havana. From there, he began to coordinate the invasion of British Jamaica with Bernardo de Gálvez and Francisco de Saavedra, in conjunction with the French squadron under the Count de Grasse. However, the attack never took place, due to the French defeat in the Battle of the Saintes and the cessation of all hostilities in late 1782.

Having been appointed State Councilor, Solano spent some time in the Spanish Court, but he returned to America during the second war against England, winning further naval victories in Antillean waters in 1796. In 1802, he received the highest rank a Spanish naval officer could be given: General Captain of the Armada. He died in Madrid in 1806.

[J. M. G. A.]



José Solano y Bote



Bárbara de Arias

Bárbara de Arias*

Una nueva vida en un nuevo mundo

Bárbara de Arias nació en la isla de Tenerife en 1767. En mayo de 1780, cuando tenía trece años, llegó al puerto de Nueva Orleans junto a su padre, Sebastián de Arias, soldado de infantería. Lo hicieron como miembros de una expedición a bordo del *Nuestra Señora de los Dolores*, un bergantín que partió de Santa Cruz de Tenerife. Sebastián había encontrado una oportunidad de prosperar sirviendo en el Regimiento Fijo de La Luisiana. En compensación por aquello que dejaban atrás, recibían la propiedad de unos terrenos. El acuerdo estaba pensado para solucionar dos problemas al mismo tiempo, reforzar la guarnición militar de los extensos territorios en el norte de América y aportar, a la deshabitada región, población que fuera útil en tareas como la labranza o las manufacturas. Se generaba así una economía autosuficiente.

Este origen humilde le hizo aprender a Bárbara, muy pronto, todas las tareas propias del mantenimiento de un hogar y labores de bordado, la pesca de crustáceos y una gran cantidad de tareas agrícolas. Además, la ausencia de su madre la convertía en gestora total de los asuntos domésticos.

Finalmente, en La Luisiana, Bárbara y su padre se asentaron en Terre aux Boeufs, una parte del territorio que hoy queda comprendido dentro de la parroquia de San Bernardo. Allí, todas las habilidades aprendidas en su corta vida resultaron esenciales. El lugar era áspero y requería de grandes esfuerzos, pero el Misisipí también podía ser generoso y encontraron en la pesca del cangrejo una fuente de sustento y negocio.

Habían llegado a una comunidad donde el paisaje y sus vecinos eran algo completamente nuevo, la diversidad cultural dejó de ser una anécdota para ser algo corriente. Los compañeros de milicia de Sebastián contraían matrimonio con mujeres de distintas procedencias, por lo que Bárbara tenía

A New Life in a New World

Bárbara de Arias was born in the island of Tenerife in 1767. In May, 1780, at the age of thirteen, she arrived in the city-port of New Orleans with her father, Sebastian de Arias, an infantry soldier. They had been traveling on the brigantine *Nuestra Señora de los Dolores* as members of an expedition that had embarked from Santa Cruz de Tenerife. Sebastian had learned of an opportunity to prosper by serving in the *Fijo de La Luisiana Regiment*. In exchange for everything that he and others like him were leaving behind, each of these men would receive a deed to some land. It was an arrangement designed to address two concurrent needs: the reinforcement of military garrisons in the wide expanses of North America and the supply of skilled labor, in both farming and manufacturing, for the mostly uninhabited region, thus generating a local self-sufficient economy.

As a young girl of modest means, Bárbara would learn every task pertinent to running a home, from needlework to shellfishing, as well as all kinds of farming chores. In addition, since she was motherless, she took on the role of homemaker, managing the family household.

Bárbara and her father eventually settled in Terre aux Boeufs, an area circumscribed today by St. Bernard Parish, in Louisiana. There she would put the skills she'd acquired in her young life to good use. The land was harsh and demanded rigorous efforts, but the Mississippi River also could be generous, and they found a means of livelihood and trade opportunities in shellfishing.

Everything in their surroundings—the landscape, their neighbors—was totally new. The cultural diversity they first encountered ceased to be anecdotal and became a quotidian reality. Sebastian's army buddies married women of

buenas vecinas y amigas de todos los territorios de España, pero, también, de origen francés, irlandés, alemán, acadiano, anglosajón, nativo indígena y afrodescendientes que habían adquirido la libertad gracias a la ley que permitía a los esclavos su autocompra.

Uno de estos casos era el del compañero de milicia de su padre, Mathieu Devaux, que se había casado con Agnes, una esclava liberada que, a partir del enlace, tendría los mismos derechos que Bárbara. El proceso de autocompra de Agnes requirió de la intervención del gobernador Gálvez, ya que la dama que había comprado a Agnes se negaba a aceptar la liberación de su esclava.

Bárbara, al igual que todas las mujeres de estas familias de la milicia, asumía una triple labor: primero, junto a los hombres, sacaba adelante los frutos del trabajo agrícola, de la caza y la pesca. Segundo, comerciaba con los excedentes y, además, ellas conseguían algún dinero vendiendo los delicados bordados que habían aprendido en su infancia. Por último, como esposas e hijas de la milicia, también servían a los ejércitos del Rey. Cuando el 16 de junio de 1779, Gálvez ordenó a sus hombres marchar contra las plazas inglesas, defender las posiciones y recuperar los territorios perdidos en la anterior guerra, ellas marcharon con las tropas para dar de comer, lavar, curar heridos y repartir la pólvora, siendo el soldado silencioso que ponía a punto todo el mecanismo y lo hacía funcionar.

Su historia es la historia callada de miles de mujeres españolas anónimas que levantaron un mundo, donde no había más que bosques y pantanos, con el esfuerzo de sus manos y que verían el nacimiento de una nación y a sus hijos convertidos en sus ciudadanos.

[Cristina de Santiago]

different ethnicities, and Bárbara’s friends and neighbors came from every region of Spain. Many others were French, Irish, German, Acadian, Anglo-Saxon, indigenous, or even of African descent, owing to a measure allowing slaves to “self-purchase” their own freedom.

One of these cases involved Mathieu Devaux, one of Sebastian’s military comrades. Mathieu had married Agnes, a freed slave who, by virtue of her marriage, would now enjoy the same rights as Bárbara. However, Agnes’s “self-purchase” required Governor Gálvez’s intervention, in order to overcome the obstinate opposition of her proprietress to her freedom.

Bárbara, like all the women in these military families, assumed three roles: first, she worked side by side with the men for the fruit of their labor, whether it was farming, hunting, or fishing. Secondly, she brought the surplus produce to market, taking also some of the delicate embroideries she had learned to make from childhood. They earned her a bit of extra cash. Lastly, as did every military wife or daughter, she served the armies of the king. On June 16, 1779, when Gálvez ordered his men to march against the English strongholds, hold their positions, and reclaim the territories lost in the previous war, the women marched along with the troops. They prepared meals, did the washing, cared for the wounded, and distributed gunpowder; they were the quiet soldiers who kept the military machine finely tuned and running.

Bárbara’s history is the silent history of countless anonymous Spanish women who raised a new world with their own hands. Where there were only forests and swamps, they would see the birth of a nation, and they transformed their children into its citizens.

[Cristina de Santiago]

Jorge Antonio «George» Farragut

Marino y soldado de Washington

Jorge Farragut nació en 1755 en Ciudadela (Menorca, España). Realizó estudios de Náutica en Barcelona y en 1776 emigró a América. Allí tuvo una vida muy aventurera. Tras un período navegando en buques comerciales entre La Habana, Nueva Orleans y Veracruz, se estableció en Carolina del Sur, donde se unió a la recién creada escuadra rebelde, en 1776, para la Guerra de Independencia.

Tras participar en la batalla de Savannah y caer prisionero en el asedio de Charleston, donde combatió al mando de una lancha cañonera. Después de ser liberado, se unió a la Legión del Estado de Carolina de Norte como teniente de los *Mounted Rangers*. A partir de entonces, participó por tierra en varias acciones, como la batalla de Cowpens, el 17 de enero de 1781, donde, según cuenta la tradición familiar, salvó la vida del coronel de caballería William Washington, primo del que sería después presidente de los Estados Unidos.

Después de la guerra, sirvió en la caballería de Tennessee y luego, de nuevo, en la marina. Se casó con Elizabeth Shine y tuvo cinco hijos. Uno de ellos fue David Glasgow Farragut, el famoso marino, considerado el primer almirante de la armada de los Estados Unidos. Tras vivir en Tennessee, en 1808, se estableció en Nueva Orleans. Murió en su plantación de Point Plaquet (Mississippi) en 1814.

[J. M. G. A.]

Seaman and Washington's Soldier

Jorge Farragut was born in 1755, in Ciudadela (Menorca, Spain). He pursued nautical studies in Barcelona and then, in 1776, immigrated to America, where he led a rather adventurous life. After spending some time sailing commercial vessels from Havana to New Orleans to Veracruz, he settled in South Carolina. There, in 1776, he enlisted in the newly created rebel navy and joined the War of Independence.

He took part in the Battle of Savannah and was taken prisoner during the siege of Charleston, where he had commanded a gunboat. After being released, he joined the North Carolina State Regiment as a lieutenant in the Mounted Rangers unit. He saw action repeatedly on land, and in the Battle of Cowpens, on January 17, 1781, according to family accounts, he saved the life of Cavalry Colonel William Washington, a cousin of the future president of the United States.

After the war, Farragut served in the Tennessee cavalry for some time before returning to naval duty. He married Elizabeth Shine, with whom he had five children, among them the renowned naval officer David Glasgow Farragut, who would be the first admiral in the United States Navy.

In 1808, Jorge “George” Farragut left Tennessee for New Orleans. He died in his plantation, Point Plaquet, in Mississippi in 1814.

[J. M. G. A.]



Jorge Antonio «George» Farragut



Fernando de Leyba

Fernando de Leyba

El héroe abandonado

Leyba fue el comandante español que defendió eficazmente San Luis contra los ataques británicos del año 1780. Colaboró con el coronel Clark y sus tropas, consiguiendo que el alto Misisipí quedara libre de enemigos durante la Revolución Americana.

Fernando de Leyba y Córdova nació el 24 de julio de 1734 en la ciudad de Ceuta, una de las plazas más emblemáticas del ejército español, situada en la costa norteafricana del estrecho de Gibraltar. A pesar de la larga trayectoria militar de los Leyba y Córdova, cuyos antepasados sirvieron a los Reyes Católicos en la reconquista de Granada, parece ser que, en un principio, Fernando no tenía intención de dedicarse a la carrera militar. Fue la muerte prematura de su padre lo que le obligó, así como a sus hermanos, a entrar al servicio real. Entró de cadete en el ejército de Carlos III cuando estaba a punto de cumplir los diecisiete años.

Fernando estuvo de cadete en el Regimiento España tres años y medio, antes de ser ascendido a subteniente en el Regimiento Aragón, el 25 de mayo de 1756. Sirvió en este empleo durante casi siete años, en los que participó en la defensa de La Habana contra el asedio británico de 1762, donde estuvo bajo las órdenes del capitán Fernando de Párraga, en la batalla del Castillo del Morro. Leyba fue tomado prisionero cuando la fortaleza cayó ante las armas inglesas. Poco después de su vuelta a la Península, fue promovido a subteniente de bandera (22 mayo 1763) y, a los cuatro meses y medio, a teniente en el Regimiento Soria (11 octubre 1763). En 1764, pidió un traslado al Cuerpo de Ingenieros, pero, a pesar de que su capitán señaló en su informe su habilidad con las matemáticas, parece ser que Leyba volvió al Regimiento Aragón. Fue de este cuerpo, con guarnición en Orán, de donde sacaron parte de las tropas para

The Abandoned Hero

Leyba was the commanding officer during the successful defense of Spanish St. Louis against British attacks in 1780. He collaborated with Colonel Rogers Clark and his men, thus keeping the upper Mississippi free from enemy hands during the American Revolution.

Fernando de Leyba y Córdova was born on July 24, 1734, in the Spanish city of Ceuta on Africa's northern coast, one of the most emblematic strongholds of the Spanish military. Despite the long military tradition of his father's family line, whose earliest known ancestors took part in the 15th-century reconquest of Granada, it seems that originally Fernando had no intention of pursuing a military career. It was, instead, the untimely death of his father that obliged him, as well as his siblings, to join the Royal Service. He was not quite seventeen when he joined the army of Carlos III as a cadet. Fernando served with the *España Regiment* for three and a half years before being promoted to company sub-lieutenant in the *Aragón Regiment* on March 25, 1756. He held this rank for almost seven years, taking part in the defense of Havana during the British Siege of 1762, and then in the battle of Castillo del Morro under Captain Fernando de Párraga. Leyba was taken prisoner when the fortress fell to the British. Soon after his return to the Peninsula, he was promoted to flag sub-lieutenant on May 22, 1763, and to lieutenant with the *Soria Regiment* in just four and a half months, on October 11, 1763. In 1764, he requested a transfer to the Corps of Engineers, but while his captain underscored Leyba's proficiency in mathematics in his report, it seems Leyba returned to the *Aragón Regiment* instead. This outfit, garrisoned in Orán, would supply part of the troops selected for a battalion to be permanently stationed in New Orleans in the Province of Louisiana, and Leyba was promoted to company captain on June 4, 1768.

formar un nuevo batallón en Nueva Orleans, en la provincia de La Luisiana, y Leyba fue promovido a capitán (4 junio 1768).

Ante la noticia de su traslado a La Luisiana —aun antes de recibir el despacho de su nuevo empleo— Leyba contrajo matrimonio, en julio de 1767, con María de la Concepción de César y Martínez-Fortún.

Un año después, en octubre de 1768, las tropas destinadas a América salieron del puerto de Cádiz. A su llegada a La Habana, se encontraron con la noticia de la expulsión de Nueva Orleans del primer gobernador de La Luisiana, Antonio de Ulloa, por lo que pasaron el siguiente año en la capital cubana, mientras se preparaba una expedición para retomar la colonia. Mientras tanto, el matrimonio Leyba esperaba la llegada de su primera hija, que nació el día antes de la salida de la expedición. Josefa María de los Dolores, Pepita, nació el 5 de julio de 1769.

Después de una travesía de catorce días por el golfo de México, los veinticuatro buques que formaban la expedición llegaron a la desembocadura del Misisipí y, tras otros veintiocho días, a vela y a remo, llegaron al muelle de Nueva Orleans. El teniente general Alejandro O'Reilly tomó posesión formal de la colonia el 18 de agosto, organizó un nuevo gobierno y formó el batallón. A Leyba le puso al mando de la tercera compañía de fusileros, que permaneció y sirvió siempre en la capital. Al lo largo de los siguientes diez años, Leyba mandaría, también, en dos puestos fronterizos: el de Arkansas (1771-1774) y el de San Luis de Illinueses (1778-1780).

El mando de Leyba en Arkansas, que asumió por orden del gobernador Luis de Unzaga, resultó ser una valerosa experiencia de aprendizaje. El puesto estaba situado en el río Misisipí, a unos 550 km (800 km por el río) al norte de Nueva Orleans. Consistía en un pequeño fuerte de madera con catorce soldados de guarnición y una villa de setenta y ocho habitantes, en su mayor parte comerciantes y cazadores de nacionalidad francesa. Este primer contacto con los desiertos y los bosques de La Luisiana fue abrumador por encontrar a su llegada importantes problemas: una construcción en ruinas con armamento inútil, la tropa sin pagar y a punto de rebelión y una falta peligrosa de provisiones. Resueltos estos temas, el gobierno de Leyba se centró en el bienestar general de los habitantes, el control de comercio y la venta de alcohol, y las buenas relaciones con la tribu local, los quapaws. A estos retos, se sumaba la continua amenaza de ataque por los indios osages, dados a la guerra, y severas y repetidas enfermedades. Leyba perseveró en su mando y logró solucionar las difíciles situaciones que se le presentaron. Pero, lo que debía ser un mandato de cinco años fue interrumpido debido a su mala salud y, tras solo tres años en Arkansas, volvió a su mando en la capital.

Una vez más en Nueva Orleans y con un nuevo miembro de la familia —su segunda hija, Rita Gertrudis Buenaventura, que nació el 4 de julio de 1771 al poco de su llegada a Arkansas— el matrimonio Leyba estableció su hogar en la esquina de la Calle Real con la Avenida de las Ursulinas, en una parcela con vistas al jardín trasero del convento.

On learning of his transfer to Louisiana, even before his patent for the new rank had been issued, Fernando de Leyba married Maria de la Concepción de César y Martínez-Fortún, in July, 1767.

A year later, in October, 1768, the troops destined for America sailed from Cádiz. On their arrival in Havana, they were met with news of the expulsion of Louisiana's first governor, Antonio de Ulloa, from New Orleans. Leyba would spend the following year in the Cuban capital while preparations were being made for an expedition to retake the colony. In the meantime, the Leybas were also awaiting the arrival of their first child, who was born the day before the expedition sailed. Josefa María de los Dolores, whom the family would endearingly call *Pepita*, was born on July 5, 1769.

A fourteen-day crossing of the Gulf of México landed the 24-ship expedition at the Head of Passes, and another 28 days of warping and towing brought them to the wharf in New Orleans. Lieutenant General Alejandro O'Reilly took formal possession of the colony on August 18, and a new provincial government was organized and the battalion formed. Fernando de Leyba was placed in command of the Third Company of Fusiliers, which was to remain and serve in the capital. Over the next decade, Leyba would also command two frontier posts: Arkansas Post (1771-1774) and St. Louis in the Illinois Territory (1778-1780).

Leyba's Arkansas Post command, which he held by order of Governor Luis de Unzaga, provided him with valuable learning experience. The post was situated on the Mississippi River, 550 km (800 km by river) north of New Orleans. It consisted of a small wooden fort that garrisoned 14 soldiers and a village of 78 mostly French-speaking merchants and hunters. This first contact with the Louisiana wilderness was overwhelming, as Leyba was met with serious problems upon his arrival: a ruinous fort with useless armaments, unpaid troops on the verge of rebellion, and a dangerous lack of provisions. Once these initial problems were resolved, his governance focused on ensuring the general well-being of the inhabitants, controlling commerce and the sale of alcohol, and maintaining good diplomacy with the local Quapaw Indian tribe. Adding to these challenges were the constant danger of attack by the warring Osage Indians and severe and repeated bouts of personal illness. Still, Leyba persevered in his command and gained the upper hand on the many difficult situations he encountered. What was supposed to be a five-year term was cut short, however, due to his continual bad health. After just three years in Arkansas, he returned to his command in the capital.

Again in New Orleans and with an additional family member—their second daughter, Rita Gertrudis Buenaventura, had been born on July 4, 1771, shortly after their arrival at the Arkansas Post—the Leybas made their home at the corner of Ursuline Avenue and Royal Street, on a property that overlooked the back gardens of the convent.

Leyba's Illinois command was granted to him four years later by Governor Bernardo de Gálvez. His new title, Commander-in-Chief and

En la primavera de 1778, el gobernador Bernardo de Gálvez le asignó el mando de San Luis de Ilinueses. Con el título de comandante en jefe y teniente gobernador del partido occidental del Ilinueses, tenía bajo su jurisdicción el territorio comprendido entre la desembocadura del río Ohio y la frontera con Canadá, incluidos los dos pueblos de San Luis (con seiscientos ochenta y nueve habitantes) y Santa Genoveva (con seiscientos noventa y ocho habitantes), dos pequeños fuertes en el río Missouri y algunas minas de plomo, además de los distritos de los ríos Missouri e Illinois, donde cazadores y tratantes se ganaban la vida. Durante los dos años que duró su mandato en San Luis, Leyba se centró en mantener la paz con sus vecinos británicos y con las tribus indígenas de la zona, guardar los ríos contra intrusos y contrabandistas, promover la inmigración y aumentar la producción agrícola. Se le reconoce por dos mejoras importantes: un camino que conectaba San Luis con Santa Genoveva y una compañía de caballería de milicianos.

El especial clima político dio lugar a un singular mandato en el Ilinueses. Siguiendo la línea de acción adoptada por su gobierno de auxiliar, aunque de forma clandestina, a los colonos americanos en su lucha por su independencia de Gran Bretaña, Leyba colaboró estrechamente con el coronel George Rogers Clark, cuyo *Illinois Regiment* ocupó la parte oriental de San Luis en julio de 1778, en el envío de mercancías, suministros militares, correspondencia e información por los ríos Misisipí y Ohio. Cuando España se unió a la Guerra en junio de 1779, Gran Bretaña movilizó a sus aliados indios y a algunos tratantes canadienses, para atacar a Leyba y Clark en el Ilinueses y tomar el valle del Misisipí. Leyba es más conocido por su defensa de San Luis, cuyo éxito radicó en la construcción de una torre de piedra y dos mil metros de atrincheramientos.

Cuando en febrero de 1781 se informó en la *Gaceta de Madrid* de lo acontecido en el Ilinueses, también se dio la noticia de su ascenso a teniente coronel por su defensa de San Luis, premio que le fue dado a título póstumo, pues Fernando de Leyba ya había fallecido de enfermedad, a la edad de cuarenta y cinco años, en la madrugada del 28 de junio de 1780. Recibió sepultura en la iglesia parroquial, al lado de su esposa, fallecida en septiembre del año anterior. Sus dos hijas pequeñas, huérfanas con once y nueve años, una vez concluidas las hostilidades en Norteamérica, viajaron con amigos y familia a España donde, con el tiempo, se casaron y fundaron sus propias familias.

[K. L. S.]

Lieutenant Governor of the Western Part of the Illinois Territory, gave him jurisdiction from the mouth of the Ohio River to the frontier with Canada and covered the towns of St. Louis (pop. 689) and Ste. Genevieve (pop. 698), two small forts on the Missouri River, and some lead mines, as well as the Missouri River and Illinois River districts, where hunters and traders earned their living. In the two years of his command at St. Louis, Leyba's efforts centered on keeping the peace with his British neighbors to the north and east and with the indigenous tribes of the region, protecting the waterways from trespassers and smugglers, promoting immigration, and increasing agricultural production. He is credited with two important accomplishments: the building of a road between the towns of St. Louis and Ste. Genevieve and the creation of a militia cavalry company.

The special political climate of the times made for a unique governorship in Illinois. In keeping with his country's policy of providing covert aid to the American rebels in their fight for independence from Great Britain, Leyba collaborated closely with Colonel George Rogers Clark, whose Illinois Regiment occupied the eastern part of Illinois in July of 1778. They moved supplies, military stores, correspondence, and information via the Mississippi and Ohio rivers. When war broke out between Spain and Great Britain in June, 1779, the British rallied Canadian fur traders and Native American allies to attack Leyba and Clark in Illinois and take the entire Mississippi River valley. Leyba is best known for his successful defense of St. Louis, for which he built a stone tower and 2,000 meters of entrenchments.

In February, 1781, news of the battle was published in the *Gaceta de Madrid*, together with news of Leyba's promotion to lieutenant colonel in reward for his vigorous defense of St. Louis. The reward was given posthumously, however, for Leyba had succumbed to an illness, at the age of 45, in the early morning hours of June 28, 1780. He was laid to rest in his parish church alongside his wife, who had passed away the previous September. They left two young daughters, then 11 and 9 years of age, who, at the end of hostilities in North America, journeyed with family and friends to Spain, where they eventually married and had families of their own.

[K. L. S.]

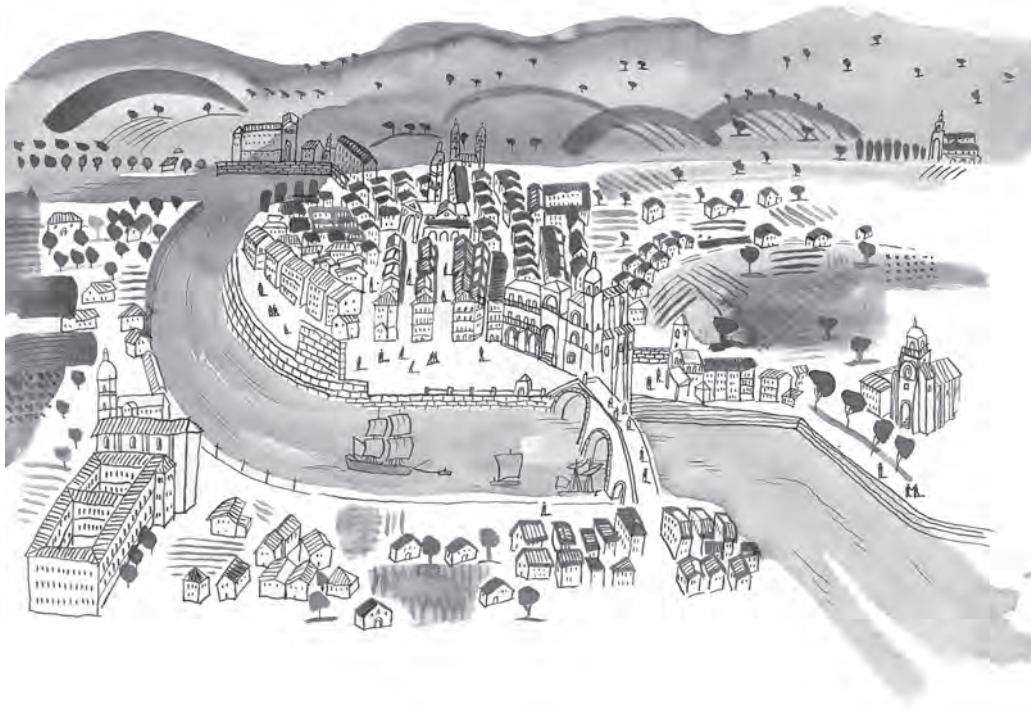
IMPRINTS ON THE SETS

III

LAS HUELLAS EN LOS ESCENARIOS

Bilbao and Vitoria

Bilbao y Vitoria



These two northern Spanish cities located in the Basque Country played a significant role in the aid sent by Spain to the U.S. War of Independence. Diego de Gardoqui's firm, *Joseph Gardoqui e Hijos* (Joseph Gardoqui and Sons), headquartered in Bilbao, had its own company ships and broad experience in the export and import of cod, tobacco, iron, wheat, and a wide range of goods sent into and out of ports in England and in the North American colonies. Not far from Bilbao was the city of Placencia, site of the Royal Arms factories, where the muskets and pistols solicited by the Continental Congress were being produced. The Congress made its request initially through its agents Elbridge Gerry and Jeremiah Lee, and subsequently through Arthur Lee and John Jay. Throughout the duration of the conflict, the Spanish king relied on Gardoqui for the task of sending supplies to the rebels, because of his extensive business experience. His proximity to several manufacturers of shoes, blankets, and woolen goods for uniforms proved to be highly advantageous for this mission.

In the historic quarter of Bilbao, on the land where Gardoqui's house once stood [now occupied by the *Escuela Múgica* (the Múgica School)] is a commemorative plaque. Sadly, the city has yet to erect a statue in honor of this notable native son. However, beside the building that houses the City Council is a small statue of John Adams, who stopped briefly in the city on his way to Paris as a representative of the North American Congress.

In Vitoria, in the Plaza de la Virgen Blanca, on the corner of the steps of San Miguel, one can still see the family home of Gardoqui's wife, Brigida Orueta Uriarte. Here, Gardoqui met secretly with Arthur Lee to negotiate the transfer of goods and money, which the Thirteen Colonies were soliciting from Spain.

Estas dos ciudades del norte de España, en el País Vasco, tuvieron un papel significativo en la ayuda que envió España a la Independencia de EE.UU. La empresa Joseph Gardoqui e Hijos, cuyo propietario era Diego de Gardoqui y establecida en el puerto de Bilbao, contaba con buques propios y amplia trayectoria en la exportación e importación de bacalao, tabaco, hierro, harina y todo tipo de género con puertos de Inglaterra y las colonias de Norteamérica. En la cercana ciudad de Placencia, estaban las fábricas reales de armas, donde se fabricaban los mosquetes y pistolas que el Congreso solicitó a través de sus agentes Elbridge Gerry y Jeremiah Lee, primero, y Arthur Lee y John Jay, después. Gardoqui fue designado por la monarquía hispánica, para enviar estos suministros durante toda la guerra, debido a su experiencia comercial. Para su misión, fue muy ventajosa la cercanía de diversas manufacturas de zapatos, mantas y de lanas para uniformes.

En el casco viejo de Bilbao, en el solar que fue la casa de Gardoqui (hoy, la Escuela Múgica), hay una placa conmemorativa, aunque se echa de menos que su ciudad natal le dedique una estatua. Sí que existe, junto al edificio de la Diputación, una pequeña escultura de John Adams, que pasó por la ciudad durante su viaje hacia París como representante del Congreso norteamericano.

En Vitoria puede verse aún la casa familiar de la esposa de Gardoqui, Brígida Orueta Uriarte. Está en la Plaza de la Virgen Blanca, esquina con las escaleras de San Miguel. Allí fue donde se celebraron las reuniones secretas con Arthur Lee sobre el dinero y los suministros que las Trece Colonias solicitaban a España.

[J. M. G. A.]

Macharaviaya, Málaga

Macharaviaya, Málaga



A winding road takes us, amid mountains, to this small village in the region known as Axarquía, some 30 kilometers from Málaga. It seems surprising that out of so remote an area should rise a family that would play such a remarkable role in some extraordinary episodes of Spanish history. The Galvezes, a noble but impoverished agrarian family, had been living in the area for some 300 years before their spectacular social ascent to the highest political and military circles of Spain and North America in the late 18th century. The most notable members of the family were José, Secretary of the Indies, and his brother Matías, Viceroy of New Spain. The most renowned among them would be Matías's son, Bernardo de Gálvez y Madrid, hero of Pensacola, and today Honorary Citizen of the United States. His statue welcomes visitors to Macharaviaya.

Many of the small town's steep and narrow streets, reminders of its Islamic heritage, were improved by the Galvezes, who also upgraded other urban aspects, including the access roads. Walking past the white facades of the houses, we notice one of the fountains that the family erected in 1780 to address the problem of water shortage. Just beyond it is the parish church, also built under their patronage. In the church crypt are José's sepulcher and several statues representing all the members of the family. Nearby, a small municipal museum tells the story of Bernardo de Gálvez and his era.

Una sinuosa carretera nos conduce entre montañas hasta este pequeño pueblo de la comarca conocida como la Axarquía, a unos treinta km de Málaga. Sorprende que de este lugar surgiera el clan que protagonizó tan destacados episodios de la historia de España. La familia Gálvez llevaba asentada en aquella población tres siglos, cuando su vertiginoso ascenso social los llevó de hidalgos agricultores empobrecidos a ocupar los más altos puestos de la política y la milicia en España y América al final del siglo dieciocho. Los más destacados fueron José, secretario de Indias, y su hermano Matías, virrey de Nueva España. El hijo de Matías fue el más famoso de todos, Bernardo de Gálvez y Madrid, héroe de Pensacola y, hoy, Ciudadano de Honor de los Estados Unidos. Su escultura da la bienvenida al visitante.

Las estrechas y empinadas calles de la población, recuerdo de su herencia islámica, fueron mejoradas por los Gálvez, como otros detalles urbanísticos y los caminos de acceso. Caminando ante las blancas fachadas de sus casas, pasamos por una de las fuentes instaladas por dicha familia en 1780 para acabar con la carencia de agua y llegamos hasta la iglesia parroquial, también construida bajo su patrocinio. En su cripta está el sepulcro de José y varias estatuas que representan a todos los miembros del clan familiar. Cerca, hay un pequeño museo municipal dedicado a la figura y época de Bernardo de Gálvez.

[J. M. G. A.]

Havana

La Habana

The Pearl of the Caribbean, or Key to the New World, as Cuba was often referred to in the 18th century, proved to be of strategic importance once more during the United States War of Independence. An enormous naval convoy originating from Cádiz, with over 11,000 men, arrived in Havana in August, 1780. It had come, on orders of the Spanish Crown, to fight the English in Spanish Florida, Louisiana, and Central America. From Cuba, Gálvez, Solano, Saavedra, and other military leaders planned the Spanish military campaigns. The successful expedition to take Pensacola was launched from the island in March, 1781, as was the campaign to control the Bahamas, in April, 1782.

The port of Havana provided regular safe harbor for the North American ships in the area, transporting provisions for the rebels or harassing enemy vessels, under what was called a “Letter of Marque”. Gálvez’s general headquarters was in the fort of La Cabaña between 1781 and 1782. Many of the residents in Old Havana opened their homes to the numerous officers and soldiers arriving to wage war against England. They turned their convents and churches into hospitals for the many sick and wounded. Individuals and institutions alike contributed to a collection in August, 1781, that raised 500,000 pesos (some 34,000,000 dollars by today’s standards) to assist the French fleet in the battle of Yorktown.



La «perla del Caribe» o la «llave del nuevo mundo», como se conocía a Cuba en la época, demostró, una vez más, su importancia estratégica durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Hasta La Habana llegó, en agosto de 1780, el enorme convoy naval que transportaba más de once mil soldados, enviados desde Cádiz por la Corona Española, para combatir contra los ingleses en La Florida, La Luisiana y Centroamérica. Desde allí, Gálvez, Solano, Saavedra y otros jefes militares planificaron las operaciones militares españolas. De la isla, en marzo de 1781, partió la expedición que conquistó Pensacola, así como la que tomó las Bahamas en abril de 1782.

El puerto de La Habana era refugio seguro y habitual para los navíos norteamericanos que surcaban aquellas aguas transportando suministros para los rebeldes o haciendo la guerra de corso. En la fortaleza de La Cabaña, tuvo Gálvez su cuartel general entre 1781 y 1782. Muchos habitantes de La Habana Vieja cedieron sus casas para alojar al elevado número de oficiales y soldados llegados durante la guerra contra Inglaterra. Sus conventos e iglesias se convirtieron en hospitales para el gran número de enfermos y heridos. Particulares y otras instituciones colaboraron, en agosto de 1781, en la colecta de 500.000 pesos (unos 34.000.000 de dólares al cambio actual) entregados a la flota francesa que combatió en Yorktown.

[J. M. G. A.]

Mexico City Ciudad de México



During the American Revolution, New Spain (currently Mexico, Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, and Costa Rica) supplied gunpowder and millions of pesos for the war effort against England. From his palace (currently in the Plaza del Zócalo), Viceroy Martín de Mayorga organized an impressive collection that extended to the remotest regions of the territory. Landowners, merchants, soldiers, farmers, even Indians from the poorest missions, contributed to the effort; their donations would leave the port of Veracruz destined for Cuba or New Orleans, as well as the allied French fleet.

Bernardo de Gálvez's victorious campaigns and the support he received from his uncle José, Secretary of the Indies, raised him to the pinnacle of his career. In 1785, after the death of his father Matías, he became viceroy of New Spain. During his term he worked for the well-being of the people, improved the city's public facilities, and began construction of the castle of Chapultepec. Today, it houses the *Museo de Historia Nacional* (Museum of National History), where three of the six original portraits of Gálvez still in existence are displayed. The tombs of Bernardo and Matías lie in the Church of San Fernando, in the Franciscan convent from which Fray Junípero Serra and other friars departed to found missions in the regions of Sonora and California.

Durante la Revolución Americana, Nueva España, que comprendía los actuales México, Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, suministró pólvora y millones de pesos a la guerra contra Inglaterra. El virrey Martín de Mayorga organizó desde su palacio, que sigue desde hace tres siglos en la actualmente llamada Plaza del Zócalo, una impresionante recolecta de dinero que alcanzó hasta los lugares más remotos del territorio. Hacendados, comerciantes, militares, campesinos y hasta los indios de las misiones más humildes contribuyeron a los donativos, que salieron del puerto de Veracruz a Cuba o a Nueva Orleans y también a la flota francesa aliada.

Las victoriosas campañas de Bernardo de Gálvez y el apoyo de su tío José, secretario de Indias, le llevaron a la cúspide de su carrera. En 1785, sucedió a su fallecido padre, Matías, como virrey de Nueva España. Durante su mandato, se preocupó por el bienestar de la población, mejoró el urbanismo de la ciudad y comenzó la construcción del castillo de Chapultepec. Hoy es el Museo de Historia Nacional, donde se encuentran tres de los seis retratos originales de Gálvez que se conservan actualmente. Las tumbas de Bernardo y Matías se encuentran en la iglesia de San Fernando, desde cuyo convento, Fray Junípero Serra y otros franciscanos partieron para fundar misiones por los territorios de Sonora y California.

[J. M. G. A.]

Pensacola, Florida

Pensacola, Florida



At the time of the United States War of Independence, Pensacola, a city along a wide bay with white sandy beaches and surrounded by lush pine forests, was the capital of British Florida (West Florida). An earlier Spanish settlement had been established by Tristán de Luna in the island of Santa Rosa in 1559 and was made permanent in 1668. It was taken over by the French, albeit briefly, before being ceded to the English in 1763, as a result of the Seven Year War. Bernardo de Gálvez attempted to conquer the city in October, 1780, but a hurricane dispersed his fleet. Nevertheless, the obstinate governor returned in March, 1781, at the head of an army of nearly 8,000 men, determined to fulfill the orders of the king.

Fort George was the main English stronghold during the attack by Gálvez's troops; it fell after a three-week assault, forcing the British to surrender on May 8, 1781. The fort has been partially restored in North Palafox Street, and it is currently a memorial park commemorating the American Revolution. Not far from it is a large equestrian statue of Gálvez installed in 2018, thanks to donations by the Pensacola Heritage Foundation. It is bordered by red roses, in memory of the blood shed by Spanish soldiers fallen in battle.

The entrance to Pensacola Bay is currently a U.S. naval air force base. Inside is the old fort of San Carlos de Barrancas, from where the English cannons attempted, unsuccessfully, to halt the incursion by Gálvez and his ships. The fort was first Spanish, then British, and finally North American, when U.S. forces invaded it in 1818, later giving the fort its current configuration.

—

Al estallar la Guerra de Independencia de Estados Unidos, la ciudad de Pensacola era la capital de La Florida británica. Rodeada de frondosos bosques de pinos y con una extensa bahía con largas playas de blanca arena, tuvo un primer asentamiento español, establecido por Tristán de Luna, en 1559, en la isla de Santa Rosa y luego, ya permanentemente, en 1668. Después y brevemente, pasó a ser francesa, antes de ser cedida a Inglaterra en 1763, como consecuencia de la Guerra de los Siete Años. Bernardo de Gálvez intentó conquistar la ciudad en octubre de 1780, pero un huracán dispersó sus barcos. El obstinado gobernador de La Luisiana regresó en marzo de 1781, dispuesto a cumplir las órdenes del rey, al mando de casi ocho mil hombres.

Fort George era la fortificación principal durante el ataque de las tropas de Gálvez, quien, tras semanas de asedio, obligó a la guarnición británica a capitular el 8 de mayo de 1781. Ha sido parcialmente restaurado en North Palafox Street como parque y memorial a la Revolución Americana. En sus proximidades, se inauguró, en 2018, una gran estatua ecuestre de Gálvez, gracias a los donativos reunidos por la *Pensacola Heritage Foundation*. La estatua está rodeada de rosas rojas en recuerdo a la sangre de los soldados españoles muertos en combate.

La entrada de la bahía de Pensacola es hoy una base aeronaval de la U.S. navy. En el interior se encuentra el antiguo fuerte de San Carlos de Barrancas, desde donde los cañones ingleses intentaron detener, sin éxito, la entrada de Gálvez y sus buques. El fuerte fue primero español y luego británico, y pasó a ser ocupado por los norteamericanos durante la invasión de 1818, quienes le dieron su actual estructura.

[J. M. G. A.]

New Orleans, Louisiana Nueva Orleans, Luisiana



The province of Louisiana, an immense territory extending from the Gulf of Mexico to the Canadian border, was ceded by France to Spain in 1763. Its then capital, the cosmopolitan city of New Orleans, lies at the mouth of the Mississippi, the longest river in North America. During the American Revolution, the city was of crucial importance, as it controlled navigation of the waters upriver. Between 1777 and 1781, it also channeled the transport of aid—money and supplies—sent by Governors Luis de Unzaga and Bernardo de Gálvez to the Irishman Oliver Pollock, an agent of the Continental Congress. Gálvez's hurriedly assembled multiracial and multicultural army also departed from New Orleans, on its way to capturing the British forts of Baton Rouge, Manchac, and Natchez in 1779, and Mobile in 1780.

Twenty-first century New Orleans is a tourist city; its famed French Quarter (actually built during the Spanish period) boasts numerous historic buildings. Notable among them is the Cabildo (the old City Hall, today, the Louisiana State Museum), across from the Spanish Plaza de Armas (now known as Jackson Square). A plaque on the facade of a home in Chartres Street commemorates Oliver Pollock, who lodged there, just two convenient blocks from the Cabildo and the old river wharf. Nearby, The Historic New Orleans Collection museum is well worth a visit. At the entrance to Canal Street, near Spanish Square, is an equestrian statue of Bernardo de Gálvez by the sculptor Juan de Ávalos. It was donated by Spain in 1976 and is a copy of the statue in Washington, D.C.

La provincia de La Luisiana fue cedida por Francia a España en 1763. Era un inmenso territorio que se extendía desde el golfo de México hasta la frontera del Canadá. Su capital, la cosmopolita Nueva Orleans, se encuentra en la desembocadura del río Misisipí, el más largo de Norteamérica. Durante la Revolución Americana, la ciudad cobró una gran importancia por controlar la navegación aguas arriba del río. Desde allí partieron las ayudas de dinero y suministros que los gobernadores Luis de Unzaga y Bernardo de Gálvez entregaron entre 1777 y 1781 al agente del Congreso, el irlandés Oliver Pollock. Desde la ciudad partió también el improvisado ejército multirracial y multicultural reunido por Gálvez para conquistar los fuertes británicos de Baton Rouge, Manchac y Natchez, en 1779, y La Mobila, en 1780.

Nueva Orleans es hoy una ciudad turística en cuyo *French Quarter* (en realidad, el barrio que se creó durante la época española) se levantan multitud de edificios históricos. Sobresale el Cabildo, el antiguo ayuntamiento (hoy, el *Louisiana State Museum*) que tiene enfrente la española Plaza de Armas (hoy, *Jackson Square*). Una placa colocada en una fachada en Chartres Street recuerda que allí vivió Oliver Pollock, alojado convenientemente a dos manzanas del Cabildo y del antiguo muelle fluvial. Muy recomendable es la visita al cercano museo *The Historic New Orleans Collection*. Al inicio de Canal Street, junto a la Spanish Square, se encuentra una estatua ecuestre de Bernardo de Gálvez del escultor Juan de Ávalos, donada por España en 1976, copia de la que existe en Washington D.C.

[J. M. G. A.]

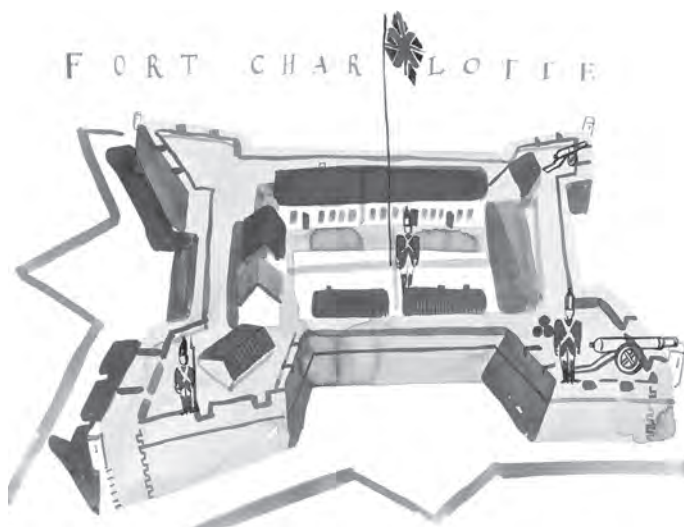
Mobile, Alabama

Mobile, Alabama

Mobile was founded by the Le Moyne brothers in 1702, on a bay bearing the same name. The Le Moynes were French adventurers and traders who also founded the city of New Orleans. The population of Mobile grew quickly because of its trade with Spanish ports in America, and in 1763, when the city was ceded to the British after the Treaty of Paris, it had some 700 inhabitants. Along the river, the French had constructed a brick fortress, which they named Fort Condé. It was renamed Fort Charlotte by the British, and then Fuerte Carlota by the Spanish.

Mobile (La Mobila, in Spanish, at the time) remains a major global commercial port. In 2005, it was severely crippled during Hurricane Katrina, as were other cities along the Gulf of Mexico. However, today, the city has recovered fully and is once more a hub for the naval and aeronautics industries, with a wide transportation network. It, too, is known—as is its sister city, New Orleans—for its carnival celebration, Mardi Gras.

In 1780, Bernardo de Gálvez led an attack on Mobile with troops arriving from Cuba and New Orleans aboard ships and on foot. After a two-week assault on Fort Charlotte, which involved digging trenches and positioning cannons, the Spaniards breached the walls of the fort. Lieutenant Colonel Elias Dunford, at the head of some 350 British soldiers, militiamen, and African Americans, surrendered on March 13. The first Spanish governor was José de Ezpeleta, colonel of the *Navarra Regiment*. After their loss, the British attempted to retake the city with a surprise attack on January 6, 1781. The Spanish outposts, manned by some 200 soldiers under the command of Lieutenant Ramón de Castro of the *Príncipe Regiment*, were barricaded in a place known as Frenchtown or The Village, on the other side of the bay. The British pounced on the Spanish post, but the Spanish, who outnumbered their opponents three to one, launched a fierce bayonet counterattack, scattering the attackers. The head of the enemy troops, Colonel Von Haxleden of the German Waldeck regiment, an ally of the English, was killed in battle.



Fort Condé has been partially restored and is now a cultural and tourist attraction. Nearby is the History Museum of Mobile, where one can see a diorama of the Spanish attack. A plaque, installed in 1996 on the corner of Royal and Theater Streets, commemorates Gálvez's victory. Eastward, across the bay, in an area known as the Spanish Fort, is another plaque memorializing the defense of Frenchtown or The Village. Both plaques are the result of an initiative by the Sons of the American Revolution, and they recall that the Battle of Mobile opened the way for the Victory of Pensacola in 1781, which effectively ended all British threats to the area.

Fue fundada en 1702, en la bahía del mismo nombre, por los hermanos Le Moyne, los mismos aventureros y comerciantes que fundaron también la ciudad de Nueva Orleans. La población creció gracias al comercio con los puertos españoles en América y en 1763, cuando pasó a manos británicas como consecuencia de la Paz de París, contaba con unos setecientos habitantes. Junto al río se levantó una fortaleza de ladrillo, llamada Fort Condé, que los británicos rebautizaron como Fort Charlotte y los españoles, como Fuerte Carlota.

Mobile (La Mobila, en nombre español de la época) sigue siendo un puerto de primera importancia comercial. En 2005, resultó muy dañada durante el huracán Katrina, al igual que otras ciudades del golfo de México. Hoy ha recuperado su actividad y cuenta con industria naval, aeroespacial y una amplia logística de transportes. Al igual que en su hermana Nueva Orleans, tienen gran fama sus fiestas de carnaval, el *Mardi Gras*.

La Mobila fue atacada por Bernardo de Gálvez en 1780, con tropas procedentes de Cuba y Nueva Orleans, que llegaron marchando y en barcos. Tras un asedio de dos semanas a Fort Charlotte, en el cual se abrieron trincheras y se colocaron posiciones para los cañones, los españoles abrieron una brecha en el muro del fuerte. El teniente coronel Elías Dunford capituló el día 13 de marzo, con unos 350 soldados británicos, milicianos y afroamericanos. El primer gobernador español fue José de Ezpeleta, coronel del Regimiento de Navarra. Tras la conquista de la ciudad, los británicos intentaron recuperarla y, el 6 de enero de 1781, lanzaron un ataque sorpresa. Las avanzadas españolas, compuestas por unos 200 hombres a las órdenes del teniente Ramón de Castro, del Regimiento del Príncipe, estaban fortificadas en un lugar conocido como Frenchtown o El Village, al otro lado de la bahía. El ataque se estrelló contra las posiciones españolas, que resistieron y lanzaron un ataque a la bayoneta tres contra uno, logrando poner en fuga a los atacantes. Murió el jefe de estos, el coronel Von Haxleden, del regimiento alemán de Waldeck, aliado de los ingleses.

El fuerte Condé se ha reconstruido parcialmente y es utilizado como atracción turística y cultural. Cerca, en el *History Museum of Mobile*, puede verse un diorama del asedio español. Una placa, colocada en 1996 en la esquina de Royal y Theater Street, conmemora la victoria de Gálvez. Cruzando la bahía, al este, en la zona conocida como Spanish Fort, hay otra una placa conmemorativa de la defensa de Frenchtown o El Village. Ambas fueron colocadas por iniciativa de los *Sons of the American Revolution* y recuerdan que la batalla de La Mobila abrió el camino para la conquista de Pensacola, en 1781, y eliminó la amenaza británica en la zona.

[J. M. G. A.]

New York, New York Nueva York, Nueva York

The Big Apple was the capital of the new nation until 1800, when the construction of the first official buildings and urbanization projects were completed in the city of Washington. The City of the revolutionary period grew around the commercial port area in what was the Dutch colony of New Amsterdam and is now the island of Manhattan, a name adopted by the English when they took over in 1664. Its pulse was dictated by the extremely important commercial activity of its ports and docks, its fish and meat markets, and the many shops and businesses on Broadway (the widest street) and Wall Street (the street near the wall).

On September 30, 1789, George Washington was sworn in as first president of the United States in the old city hall, later renamed Federal Hall. Today, in its place in the heart of Wall Street, stands another neoclassical building; a statue of Washington rises before its front steps, greeting visitors to the site. Diego de Gardoqui attended the inaugural ceremony as first Spanish ambassador to the United States and a guest of honor. Docked in New York harbor during the ceremonies was the *Galveztown*, the brigantine once owned by Bernardo de Gálvez. The ship's cannons fired a fifteen-gun salute in honor of the first president. Gardoqui lived in a mansion located at the start



of Broadway, and on inauguration night he hosted a splendid reception for members of Congress and other government dignitaries. Nearby, in Barclay Street, one finds Saint Peter's Church, the first Catholic church in the city. Built in 1785, its construction was funded through various donations, including 1,000 pesos from Gardoqui and 6,000 pesos sent by the bishop of Mexico.

Across one of the rivers separating Manhattan from the other boroughs is Fort Greene Park, in Brooklyn, a mini-version of Central Park. There, one can visit a memorial to the prisoners who died in captivity aboard British prison ships during the U.S. War of Independence. At the foot of the gigantic commemorative column is a bronze plaque installed by King Juan Carlos I in 1976, honoring the more than one hundred Spaniards who died and are buried there. The plaque, which was in a state of disrepair, was removed by the city authorities some years ago for renovation and is in the process of being restored.

La «gran manzana» fue la capital de los recién nacidos Estados Unidos, hasta que, en 1800, se terminó de urbanizar y se construyeron los primeros edificios oficiales en la ciudad de Washington. La ciudad antigua, la *City* de la época revolucionaria, se extendía en torno al puerto comercial, en lo que hoy es la isla de Manhattan, la antigua colonia holandesa de New Amsterdam, que adoptó su nombre actual al ser ocupada por los ingleses en 1664. El ritmo de la ciudad lo marcaba una importantísima actividad comercial que se concentraba en sus muelles, sus mercados de pescado y carne, sus comercios y las calles de Broadway (la calle más ancha) y Wall Street (la calle junto a la muralla).

En el antiguo ayuntamiento, luego llamado *Federal Hall*, tuvo lugar la toma de posesión de George Washington como primer presidente de los Estados Unidos, el 30 de septiembre de 1789. En su ubicación, en plena calle Wall Street, se construyó otro edificio de estilo neoclásico, en cuyas escalinatas, una estatua de Washington da la bienvenida hoy en día a los visitantes. A aquella ceremonia asistió Diego de Gardoqui, invitado de honor como primer embajador de España. En el puerto, se hallaba el *Galveztown*, un bergantín que había sido propiedad de Bernardo de Gálvez y que disparó con sus cañones quince salvas en honor del primer presidente. Gardoqui residía en una mansión al inicio de la calle Broadway, donde, la noche de la proclamación presidencial, tuvo lugar una gran recepción a todas las autoridades y miembros del Congreso. Cerca, en Barclay street, se halla *Saint Peter's Church*, la primera iglesia católica de la ciudad, cuya construcción se financió en 1785 con diversos donativos, como los 1.000 pesos que aportó Gardoqui y los 6.000 que envió el obispo de México.

Al otro lado del río, en Fort Greene Park, que, para muchos, es como una versión pequeña de Central Park, pero en Brooklyn, hay un monumento a las víctimas fallecidas a bordo de los barcos-prisión ingleses durante la Guerra de Independencia. A los pies de una gigantesca columna conmemorativa, el rey Juan Carlos I inauguró, en 1976, una placa de bronce que honra la memoria del más del centenar de españoles muertos y enterrados allí. La placa fue retirada hace años por el Ayuntamiento, por su mal estado de conservación y, actualmente, está en proyecto su recolocación.

[J. M. G. A.]

St. Louis, Missouri

San Luis, Misuri

St. Louis, located at the confluence of the Mississippi and Missouri rivers, was founded by Pierre Laclède in 1764, the same year France ceded all of Louisiana to Spain. Laclède was an associate of Gilbert Antoine de St. Maxent, a powerful businessman from New Orleans, who would later become Bernardo de Gálvez's father-in-law. Laclède and St. Maxent controlled the entire fur trade with the Spanish city of Santa Fe (in the current U.S. state of New Mexico). St. Louis would not have a Spanish governor until 1770, with the arrival of Pedro Piernas.



When Spain declared war on England in 1779, St. Louis had about 900 inhabitants and a little over 100 houses. The following year, the British launched a fierce attack on the city, using regular troops and Indian allies. Fernando de Leyba, the governor at the time, had no more than about 30 enlisted soldiers under his command and the support of some local militiamen, regular citizens, and their servants. But they managed to repel the attack, thanks to the defenses that had been built earlier, primarily Fort San Carlos.

During the U.S. War of Independence, Leyba supported the rebels with money and provisions, which he sent to Colonel George Rogers Clark. Clark also received aid from New Orleans for his campaign against the English in the upper Mississippi.

Few records remain of St. Louis's Spanish period (the city was then called San Luis de Ilinueses), except for such place names as Carondelet Park. Interestingly, the Spanish Pavilion of the 1964 New York World's Fair was transferred to St. Louis, through the initiative of its Hispanic mayor, Alfonso Cervantes, and today it is a Marriott hotel. On the site where Fort San Carlos used to stand is a bronze plaque in memory of the Spanish defense of the city in 1780.

Fue fundada en 1764, en la confluencia de los ríos Misisipí y Misuri, por Pierre Laclède, justo en el momento en que toda La Luisiana era cedida por Francia a España. Laclède estaba asociado a Gilbert Antoine de St. Maxent, poderoso comerciante de Nueva Orleans, que sería, años después, el suegro de Bernardo de Gálvez. Ambos tenían el monopolio del comercio de pieles con la ciudad española de Santa Fe (hoy, Nuevo México, EE. UU.). El primer gobernador español, Pedro Piernas, no llegó hasta 1770.

Al entrar España en guerra contra Inglaterra, en 1779, la ciudad contaba con unos novecientos habitantes y algo más de un centenar de casas. Al año siguiente, los británicos lanzaron un violento ataque con tropas regulares y aliados indios. El gobernador era entonces Fernando de Leyba, que contaba con una treintena de soldados regulares, apoyados por milicianos, habitantes y sus criados. El ataque fue rechazado gracias a las defensas construidas previsoriamente, la principal de las cuales era el fuerte San Carlos.

Leyba, durante la Guerra de Independencia, apoyó con dinero y suministros al coronel rebelde George Rogers Clark, quien recibió, además, ayuda desde Nueva Orleans, para su campaña contra los ingleses en el alto Misisipí. De la etapa española de la ciudad (llamada, entonces, San Luis de Ilinueses), apenas quedan referencias hoy en día, más allá de algunos nombres en el callejero, como el Parque Carondelet. Curiosamente, el edificio del pabellón de España, de la Exposición Mundial de Nueva York de 1964, fue trasladado a la ciudad por iniciativa del alcalde de origen hispano Alfonso Cervantes y hoy es el hotel Marriott. En el lugar donde se levantó el fuerte San Carlos, una placa en bronce recuerda la defensa española de 1780.

[J. M. G. A.]

Philadelphia, Pennsylvania

Filadelfia, Pensilvania

The Continental Congress first met in Philadelphia in 1774. Its members represented the colonies that would rise against Great Britain in the American Revolution. In 1775, the city was the seat of the Second Continental Congress, which named George Washington Commander in Chief of the Continental Army. The Declaration of Independence was signed in Independence Hall on July 4, 1776. When the British occupied Philadelphia between December, 1776, and February, 1777, Congress was forced to move briefly to Baltimore. In 1783, the Third Continental Congress approved a proposal by Oliver Pollock that a portrait of Bernardo de Gálvez be hung in its chamber, in recognition of the assistance afforded by the one-time governor of Spanish Louisiana.

The city has been the focus of several films, among them *The Philadelphia Story* (1940), the celebrated comedy starring Katharine Hepburn and Cary Grant, and the deeply moving film *Philadelphia* (1993), with Tom Hanks and Antonio Banderas in the leading roles.



The historical Spanish protagonist of the city would be Diego de Gardoqui, envoy of Carlos III, whose mission was to arrange for the transfer of money and supplies to the North Americans. His statue, the work of the sculptor Luis Antonio Sanguino, now stands in Sister Cities Park, a gift to the city by the Spanish king, Juan Carlos I, in 1976.

The Old City district of Philadelphia preserves its pleasant colonial atmosphere, with trees, traditional streetlamps, and gardens, as well as beautiful brick buildings. A significant historic cluster of buildings from the Revolutionary period, which is run by the National Park Service, includes the recently opened and independently run Museum of the American Revolution. One can also visit the tomb of Benjamin Franklin, the Liberty Bell, or the home of Betsy Ross, who, it is believed, hand-sewed the first North American flag.

The house where Juan de Miralles, first Spanish representative to the Congress, lived still stands on 3rd South Street, beside the Powell House. A plaque memorializing his role was installed in the house at the initiative of the Spanish government in 1967. The house was later occupied by his successor, Francisco Rendón, who, interestingly, rented it to George and Martha Washington in the winter of 1781-1782.

—

Aquí se reunió por vez primera, en 1774, el Congreso formado por representantes de las colonias rebeldes a Gran Bretaña en la Revolución Americana. En 1775, fue sede del Segundo Congreso, que nombró a George Washington como jefe del *Continental Army*. En su *Independence Hall*, se firmó la declaración de Independencia, el 4 de julio de 1776. Fue brevemente ocupada por las tropas británicas entre diciembre de 1776 y febrero de 1777, fechas entre las cuales los congresistas tuvieron que trasladarse a Baltimore. En 1783, el Tercer Congreso Continental aprobó allí la propuesta de Oliver Pollock de colocar un retrato de Bernardo de Gálvez en su sala de reuniones. Era el reconocimiento de la ayuda prestada por el que fuera gobernador de La Luisiana española.

Esta ciudad ha sido la estrella de varias películas, como la famosa comedia que, en 1940, protagonizaron Katharine Hepburn y Cary Grant (*Historias de Filadelfia*), o la muy emotiva que, en 1993, tuvo a Tom Hanks y Antonio Banderas en los papeles principales (*Filadelfia*).

El protagonista histórico español sería Diego de Gardoqui, el encargado por el rey Carlos III para gestionar suministros y dinero a los norteamericanos. Su estatua se encuentra en Sister Cities Park. Es obra del escultor Luis Antonio Sanguino y fue entregada a la ciudad por el rey Juan Carlos I en 1976.

La *Old City* de Filadelfia conserva un agradable aire colonial, con árboles, farolas clásicas y jardines y donde destacan bonitos edificios de ladrillo. Hay un importante conjunto histórico relacionado con la Revolución, gestionado por el *National Park Service*, y se encuentra allí el recientemente inaugurado *Museum of The American Revolution*. También puede visitarse la tumba de Benjamín Franklin, la *Liberty Bell* o la casa donde vivió Betsy Ross, de quien se dice que cosió con sus propias manos la primera bandera norteamericana.

En la casa donde residió Juan de Miralles, el primer representante español ante el Congreso (3rd South Street, junto a Powell House), existe una placa colocada por iniciativa del gobierno español en 1967. En esa misma casa vivió su sucesor, Francisco Rendón, quien, por cierto, la alquiló a George y Martha Washington en el invierno de 1781-82.

[J. M. G. A.]

Marblehead, Massachusetts

Marblehead, Massachusetts



This small locality was one of several communities along the New England coast that flourished in the 18th century, thanks to the export business of salted cod. Among the prosperous merchant families living in the area were those of Jeremiah Lee and Elbridge Gerry, who used their transatlantic connections with various European traders to import arms for the American Revolution. Both men belonged to the Massachusetts Committee of Supplies, the organization charged with shaping a rebel army and addressing its logistical needs. As early as November, 1774, they solicited weapons and gunpowder from Diego de Gardoqui, their associate in the Spanish port of Bilbao. These supplies were crucial to the creation of the Continental Army, which was placed under George Washington's command the following year. In February, 1775, Gardoqui sent 300 muskets and 600 pairs of pistols. In July the sale was repeated, paid for partly with cash and partly with bills of exchange. Gardoqui also secured approval from the Spanish government to export the requested gunpowder, and in March, 1776, he sent off 21.5 additional tons of explosives.

The coast of New England is quite rocky, and the old sections of Marblehead are lined with steep and narrow streets; many of the houses are typically made of wood. Among the most famous is Jeremiah Lee's home, which is remarkably well preserved, both outside and in its interior. Notable are its hand-painted 18th century wallpaper, many original furniture pieces, and decorative items, including two handsome mirrors. Highly prized and in vogue at the time, mirrors of this style were exported from Bilbao to all parts of the known world.

Esta pequeña localidad fue una de las varias de la costa de Nueva Inglaterra que, en el siglo XVIII, progresaron gracias al negocio de exportación del bacalao salado. En ella vivieron las familias de los comerciantes Jeremiah Lee y Elbridge Gerry, quienes aprovecharon sus vínculos transatlánticos con comerciantes europeos, para importar armas para la Revolución Americana. Ambos formaban parte del *Massachussets Committe of Suplies*, encargado de la organización y logística del ejército rebelde. En fecha tan temprana como noviembre de 1774, solicitaron a su socio en el puerto español de Bilbao, Diego de Gardoqui, las armas y la pólvora imprescindibles para armar a los primeros soldados del *Continental Army*, que se pondría al mando de George Washington el año siguiente. Gardoqui envió, en febrero de 1775, 300 mosquetes y 600 pares de pistolas. En julio del mismo año, se repitieron las compras de armas, pagadas en parte con dinero en metálico y en parte, con letras de cambio. Gardoqui también consiguió el beneplácito del gobierno español para remitir la pólvora solicitada. En marzo del año 1776, envió otras 21,5 toneladas del explosivo.

La costa de la zona es bastante rocosa y la parte antigua de la ciudad, con calles estrechas y empinadas, cuenta con muchas de las típicas casas de madera de Nueva Inglaterra. La más famosa es la que perteneció a Jeremiah Lee, asombrosamente conservada exterior e interiormente, incluso con el papel pintado de mediados del dieciocho y con sus muebles originales. Destacan entre ellos dos espejos, de un modelo muy apreciado en la época, que se exportaban desde Bilbao a todo el mundo.

[J. M. G. A.]

Bibliography and Documentary Sources

Fuentes documentales y bibliográficas

Allison, D. y Ferreiro, L.: *The American Revolution, A World War*. Smithsonian Books, 2018.

Alsina Torrente, Juan: *Una guerra romántica 1778-1783. España, Francia e Inglaterra en la mar: Trasfondo naval de la independencia de Estados Unidos*. Madrid, Ministerio de Defensa, Instituto de Historia y Cultura Naval, 2006.

American State Papers, vol 1. *Documents of the Congress of the U.S.* Washington, 1834.

Archivo Histórico Nacional (En adelante AHN) CONSEJOS, 35250, Exp. 4. Pleito entre María Antonia Ferrer Pinos, hermana del Concejo de la Mesta, contra José Cavado, también ganadero de la Mesta, sobre la posesión y aprovechamiento de los tres cuartos de la dehesa del Carrascal situada en la jurisdicción de la villa de Puebla del Príncipe (Ciudad Real). Ante el escribano de cámara, Antonio Martínez Salazar. 1759, Puebla del Príncipe (Ciudad Real).

AHN, ESTADO, 3884, Exp. 4, nº 126. John Jay to Diego de Gardoqui, May 29, 1781.

Archivo General de Indias (En adelante AGI) ULTRAMAR, 981. Créditos, Acreedores y Letras. Compañía de la Habana, 4. Sobre la instancia de María Antonia Ferrer y Pinos solicitando se le diese algún socorro a cuenta de sus acciones mientras se hace repartimiento (1776).

AGI, Contratación, legajo 5477, n.º 166. Declaración de doña Ifigenia Gómez de Cervantes, hija legítima de don José Casados de Cervantes y de doña Antonia Castañeda Viajaseñor, México, 29 de mayo de 1727. Doña Ifigenia afirmaba ser «inmediata sucesora» del mayorazgo que disfrutaba su hermana mayor, doña Antonia Gómez de Cervantes. Al referirse a su esposo le titula licenciado, a pesar de que aún no había obtenido dicho grado. La licencia para viajar a la Península le fue concedida el 4 de junio de 1727.

AGI, Sevilla. Cuba, 1, 2, 113, 193, 193A, 193B, 2359, 2662.

AGI, Sevilla. Santo Domingo, 2576.

Archivo General de Simancas.

Armillas Vicente, José Antonio: «Aranda y la guerra de emancipación de las trece colonias norteamericanas de Inglaterra», en *Guerra y milicia en la España del X Conde de Aranda*. Actas IV Congreso de Historia Militar, 2002, págs. 73-101.

Arnold, Morris S.: *The Arkansas Post of Louisiana*. University of Arkansas Press, 2017.

Baird, David W.: *The Quapaw Indians. A History of the Downstream People*. The University of Oklahoma Press, 1980.

Beerman, Eric: *España y la Independencia de Estados Unidos*. Editorial Mapfre, 1992.

Allison, D. and Ferreiro, L.: *The American Revolution, A World War*. Smithsonian Books, 2018.

Alsina Torrente, Juan: *Una guerra romántica 1778-1783. España, Francia e Inglaterra en la mar: Trasfondo naval de la independencia de Estados Unidos*. Madrid, Ministerio de Defensa, Instituto de Historia y Cultura Naval, 2006.

American State Papers, Vol. 1. *Documents of the Congress of the U.S.* Washington, 1834.

Archivo Histórico Nacional (AHN) CONSEJOS, 35250, Exp. 4. Pleito entre María Antonia Ferrer Pinos, hermana del Concejo de la Mesta, contra José Cavado, también ganadero de la Mesta, sobre la posesión y aprovechamiento de los tres cuartos de la dehesa del Carrascal situada en la jurisdicción de la villa de Puebla del Príncipe (Ciudad Real). Ante el escribano de cámara, Antonio Martínez Salazar. 1759, Puebla del Príncipe (Ciudad Real).

AHN, ESTADO, 3884, Exp. 4, nº 126. John Jay to Diego de Gardoqui, May 29, 1781.

Archivo General de Indias (AGI) ULTRAMAR, 981. Créditos, Acreedores y Letras. Compañía de la Habana, 4. Sobre la instancia de María Antonia Ferrer y Pinos solicitando se le diese algún socorro a cuenta de sus acciones mientras se hace repartimiento (1776).

AGI, Contratación, legajo 5477, n.º 166. Declaración de doña Ifigenia Gómez de Cervantes, hija legítima de don José Casados de Cervantes y de doña Antonia Castañeda Viajaseñor, México, 29 de mayo de 1727. Doña Ifigenia afirmaba ser «inmediata sucesora» del mayorazgo que disfrutaba su hermana mayor, doña Antonia Gómez de Cervantes. Al referirse a su esposo le titula licenciado, a pesar de que aún no había obtenido dicho grado. La licencia para viajar a la Península le fue concedida el 4 de junio de 1727.

AGI, Sevilla. Cuba, 1, 2, 113, 193, 193A, 193B, 2359, 2662.

AGI, Sevilla. Santo Domingo, 2576.

Archivo General de Simancas.

Armillas Vicente, José Antonio: «Aranda y la guerra de emancipación de las trece colonias norteamericanas de Inglaterra», in *Guerra y milicia en la España del X Conde de Aranda*. Actas IV Congreso de Historia Militar, 2002, págs. 73-101.

Arnold, Morris S.: *The Arkansas Post of Louisiana*. University of Arkansas Press, 2017.

Baird, David W.: *The Quapaw Indians. A History of the Downstream People*. The University of Oklahoma Press, 1980.

Blanco Núñez, José María: *La Armada Española en la Segunda Mitad del Siglo XVIII*. Madrid, IZAR Construcciones Navales, 2004.

Blessing of the San Carlos tower, April 17, 1780, Baptisms, Marriages, Burials 1766-1781, Old Cathedral Parish Register of the Basilica of St. Louis, St. Louis County Library (MO), fol. 2r.

Calderón, Reyes: *La casa Gardoqui. Las claves del éxito de una familia de empresarios*. <https://docplayer.es/67138574-La-casa-gardoqui-las-claves-del-exito-de-una-familia-de-empresarios.html>

Cava, Begoña: «The historical contribution of Diego de Gardoqui to the Independence of the U.S.», en *Recovered Memories. Spain and the support for the American Revolution*. Iberdrola, 2009.

Chirinos, Juan C.: *Francisco de Miranda. El nómada sentimental*. Ediciones Ulises, 2017.

Coker, William and Hazer: *The siege of Pensacola in maps*. Perdido Bay Press, Pensacola, 1981.

Conrotte, Manuel: *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte*. Madrid, 1920.

Cornwallis, earl of: *An answer to that part of the narrative of Lieutenant-General Sir Henry Clinton, K.B. which relates to the conduct of Lieutenant-General Earl Cornwallis during the campaign in North America in the year 1781*. Londres, 1783.

Das, Sudipta: *De Broglie's Armada: a plan for the invasion of England, 1765-1777*. Lanham, MD: University Press of America, 2009.

Delaney Haywood, Marshall: «Major George Farragut», en *The Gulf States Historical Magazine*, September, 1903. https://archive.org/stream/majorgeorgefarra51hayw/majorgeorgefarra51hayw_djvu.txt

Din, Gilbert C.: «Arkansas Post in the American Revolution», en *The Arkansas Historical Quarterly*, Vol. 40, N. 1, pp. 2-30.

«Don Juan de Miralles, The Spanish aAgent. His Requiem», en *The American Catholic Historical Researches*, vol. 3, no. 4, 1907, pp. 297-310. JSTOR. www.jstor.org/stable/44374698

DuVal, Kathleen, *Independence Lost: Lives on the Edge of the American Revolution*. Random House Publishing Group, 2015.

DuVal, Kathleen: «The Education of Fernando de Leyba: Quapaws and Spaniards on the Border Empires», en *The Arkansas Historical Quarterly*, Vol. 60, No. 1, págs. 1-29.

«El Rey premia la vigorosa defensa de Fernando de Leyva y Francisco Cartabona de San Luis de Ilionenses, en Luisiana», en la *Gaceta de Madrid*, nº14, 16 de febrero de 1781, referencia 1781/00153, Colección Histórica, Agencia Estatal BOE, Madrid, 126-127.

Ferreiro, Larrie D.: *Brothers at Arms: American Independence and the Men of France and Spain Who Saved It*. New York, A. Knopf, 2016.

Ferrer Benimeli, José Antonio: «El conde de Aranda, ese gran desconocido», en *Argensola*. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, N.º 71-78, 1971-1974, págs. 23-52.

Fundación foro Jovellanos del Principado de Asturias. *José Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca (1728-1808)*. Estudios en el bicentenario de su muerte. Cuadernos de Investigación. Monografías VII, Gijón, 2009.

Garrigues, Eduardo y López, Antonio (Eds.): *España y Estados Unidos en la era de las independencias*. Biblioteca Nueva, 2013.

Garrigues, Eduardo; Sánchez Montañés, Emma; Sylvia Hilton eds.: *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Fundación España-Estados Unidos. Marcial Pons, Madrid, 2008.

Guerrero Acosta, José Manuel (Ed.): *Recovered Memories. The support of Spain for the American Revolution*. Iberdrola, 2018. Disponible *online*. <https://www.iberdrola-arte.es/FicherosIberdrola/Publicaciones/8/33bfaf64-c9a1-4f4c-83af-69d33bf520e3.pdf>

Beerman, Eric: *España y la Independencia de Estados Unidos*. Editorial Mapfre, 1992.

Blanco Núñez, José María: *La Armada Española en la Segunda Mitad del Siglo XVIII*. Madrid, IZAR Construcciones Navales, 2004.

Blessing of the San Carlos tower, April 17, 1780, Baptisms, Marriages, Burials 1766-1781, Old Cathedral Parish Register of the Basilica of St. Louis, St. Louis County Library (MO), fol. 2r.

Calderón, Reyes: *La casa Gardoqui. Las claves del éxito de una familia de empresarios*. <https://docplayer.es/67138574-La-casa-gardoqui-las-claves-del-exito-de-una-familia-de-empresarios.html>

Cava, Begoña: «The historical contribution of Diego de Gardoqui to the Independence of the U.S.», in *Recovered Memories. Spain and the Support for the American Revolution*. Iberdrola, 2009.

Chirinos, Juan C.: *Francisco de Miranda. El nómada sentimental*. Ediciones Ulises, 2017.

Coker, William S. and Coker, Hazel P.: *The siege of Pensacola in maps*. Perdido Bay Press, Pensacola, 1981.

Conrotte, Manuel: *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte*. Madrid, 1920.

Cornwallis, Earl of: *An answer to that part of the narrative of Lieutenant-General Sir Henry Clinton, K.B. which relates to the conduct of Lieutenant-General Earl Cornwallis during the campaign in North America in the year 1781*. London, 1783.

Das, Sudipta: *De Broglie's Armada: a Plan for the Invasion of England, 1765-1777*. Lanham, MD: University Press of America, 2009.

Din, Gilbert C.: «Arkansas Post in the American Revolution», in *The Arkansas Historical Quarterly*, Vol. 40, No. 1, pp. 2-30.

«Don Juan de Miralles, The Spanish Agent. His Requiem», in *The American Catholic Historical Researches*, Vol. 3, No. 4, 1907, pp. 297-310. JSTOR. www.jstor.org/stable/44374698

DuVal, Kathleen: *Independence Lost: Lives on the Edge of the American Revolution*. Random House Publishing Group, 2015.

DuVal, Kathleen: “The Education of Fernando de Leyba: Quapaws and Spaniards on the Border Empires”, in *The Arkansas Historical Quarterly*, Vol. 60, No. 1, pp. 1-29.

«El Rey premia la vigorosa defensa de Fernando de Leyva y Francisco Cartabona de San Luis de Ilionenses, en Luisiana», in *Gaceta de Madrid*, nº14, 16 de febrero de 1781, referencia 1781/00153, Colección Histórica, Agencia Estatal BOE, Madrid, 126-127.

Ferreiro, Larrie D.: *Brothers at Arms: American Independence and the Men of France and Spain Who Saved It*. New York, A. Knopf, 2016.

Ferrer Benimeli, José Antonio: «El conde de Aranda, ese gran desconocido», in *Argensola*. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, N.º 71-78, 1971-1974, págs. 23-52.

Fundación foro Jovellanos del Principado de Asturias. *José Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca (1728-1808)*. Estudios en el bicentenario de su muerte. Cuadernos de Investigación. Monografías VII, Gijón, 2009.

Garrigues, Eduardo y López, Antonio (Eds.): *España y Estados Unidos en la era de las independencias*. Biblioteca Nueva, 2013.

Garrigues, Eduardo; Sánchez Montañés, Emma; Hilton, Sylvia (Eds.): *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Fundación España-Estados Unidos. Marcial Pons, Madrid, 2008.

Guerrero Acosta, José Manuel (Ed.): *Recovered Memories. The Support of Spain for the American Revolution*. Iberdrola, 2018 (accessible online); <https://www.iberdrola-arte.es/FicherosIberdrola/Publicaciones/8/33bfaf64-c9a1-4f4c-83af-69d33bf520e3.pdf>

González López-Briones, Carmen: «Noticias sobre los indios quapaws durante el siglo XVIII», in *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, N. 7, Año V, 1994, págs. 11-34.

González López-Briones, Carmen: “Spain in the Mississippi Valley: Spanish Arkansas, 1762-1804”, *Ph.D. Dissertation*, Purdue University, 1983.

González López-Briones, Carmen: «Noticias sobre los indios quapaws durante el siglo XVIII», en *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, N. 7, Año V, 1994, págs. 11-34.

González López-Briones, Carmen: «Spain in the Mississippi Valley: Spanish Arkansas, 1762-1804», en *Ph. D. Dissertation*, Purdue University, 1983.

Gutiérrez, Bartolomé, *Panegiris lírico-sacro*. Impreso en Cadiz: en la imprenta real de la Viuda de Don Gerónimo de Peralta, 1739.

Hernández Franco, Juan: *Aspectos de la política exterior de España en la época de Floridablanca*. Real Academia Alfonso X el Sabio, 1992.

Hernández Franco, Juan: «El gobierno español ante la independencia de los Estados Unidos. Gestión de Floridablanca (1777-1783)», en *Anales de Historia Contemporánea*, N.º 8, 1991, págs. 163-185.

Hernández Sánchez-Barba, Mario. «El americanismo del Conde de Floridablanca», en *Anales de Historia Contemporánea*, N.º 8, 1991, págs. 45-57.

Hilton, Sylvia L.: «El Misisipi y la Luisiana colonial en la historiografía española, 1940-1989», en *Revista de Indias*, 1990, Vol. L, N. 188

Instituto de Historia y Cultura Naval. XLIX Jornadas de Historia Marítima. *España y la independencia norteamericana*. Ciclo de conferencias - octubre 2014, cuaderno monográfico núm. 70, Madrid, 2015.

Kérallain R. De: «Bougainville à l’armée du Cte. de Grasse», en *Journal de la Société des Américanistes*. Tomo 20, 1928. pp. 1-70.

Kinnaird, Lawrence: *Spain in the Mississippi Valley*, U.S. Government Printing Office, 1949, 1:258-260.

Kling, Jr., Stephen L.: «Michilimackinac, Detroit, and the British Grand Plan in the North», en Kling et al., *The Battle of St. Louis, the Attack on Cahokia, and the American Revolution in the West*. St. Louis, Missouri, 2017, pp. 45-54.

Lancho Rodríguez, José M.: «La ayuda financiera española a la independencia de Estados Unidos», en *Revista de Historia Naval*, Madrid, 2015.

<https://publicaciones.defensa.gob.es/media/downloadable/files/links/P/D/PDF606.pdf>

Letter from Elbridge Gerry to James Warren, Philadelphia, March 6, 1776. Northern Illinois University, Digital Library.

<https://digital.lib.niu.edu/islandora/object/niu-amarch%3A92731>

López Pego, Adela: «El conde de Aranda y la españolidad de Luisiana: su retrocesión», en *Argensola*. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, N.º 112, 1998-2002, págs. 111-140.

Lucena Giraldo, Manuel: *Francisco de Miranda. La aventura de la política*. Edaf, 2011.

Magra, Christopher: *The New England cod fishing industry and maritime dimensions of the American revolution*. University of Pittsburgh, 2006.

http://d-scholarship.pitt.edu/7982/1/Magra_ETD_1_.pdf

McDermott, John Francis: *The Spanish in the Mississippi Valley, 1762-1804*. University of Illinois Press, Urbana, 1974.

Mitchell, Barbara: «Bankrolling the Battle of Yorktown», en *GHQ Magazine*, noviembre, 2012.

<https://www.historynet.com/bankrolling-the-battle-of-yorktown.htm>

Morales Padrón, Francisco: *Diario de Don Francisco de Saavedra*. CSIC-Universidad de Sevilla, 2004.

Morales Peralta, Gerónimo Alonso de M, Impresor mayor de Cádiz Testamento recíproco Protocolo 0762 de Cádiz.15/10/1730. folios 306-311

Morris, Robert: *The Papers of Robert Morris*. Vol. 2. Ferguson, E. James, 1917-2002.

National Archives: George Washington to Gardoqui, 1 December 1786, Founders online.

<https://founders.archives.gov/documents/Washington/04-04-02-0369>.

National Archives: *The Papers of George Washington*. Founders online. <https://founders.archives.gov/about/Washington>

Gutiérrez, Bartolomé: *Panegiris lírico-sacro*. Impreso en Cádiz: en la imprenta real de la Viuda de Don Gerónimo de Peralta, 1739.

Haywood, Marshall Delaney: “Major George Farragut”, in *The Gulf States Historical Magazine*, September, 1903. https://archive.org/stream/majorgeorgefarras1hayw/majorgeorgefarras1hayw_djvu.txt

Hernández Franco, Juan: *Aspectos de la política exterior de España en la época de Floridablanca*. Real Academia Alfonso X el Sabio, 1992.

Hernández Franco, Juan: «El gobierno español ante la independencia de los Estados Unidos. Gestión de Floridablanca (1777-1783)», in *Anales de Historia Contemporánea*, N.º 8, 1991, págs. 163-185.

Hernández Sánchez-Barba, Mario. «El americanismo del Conde de Floridablanca», in *Anales de Historia Contemporánea*, N.º 8, 1991, págs. 45-57.

Hilton, Sylvia L.: «El Misisipi y la Luisiana colonial en la historiografía española, 1940-1989», en *Revista de Indias*, 1990, Vol. L, No. 188.

Instituto de Historia y Cultura Naval. XLIX Jornadas de Historia Marítima. *España y la independencia norteamericana*. Ciclo de conferencias - octubre 2014, cuaderno monográfico núm. 70, Madrid, 2015.

Kérallain R. De: «Bougainville à l’armée du Cte. de Grasse», in *Journal de la Société des Américanistes*. Tomo 20, 1928. pp. 1-70.

Kinnaird, Lawrence: *Spain in the Mississippi Valley*, U.S. Government Printing Office, 1949, 1:258-260.

Kling, Jr., Stephen L.: “Michilimackinac, Detroit, and the British Grand Plan in the North”, in Kling et al., *The Battle of St. Louis, the Attack on Cahokia, and the American Revolution in the West*. St. Louis, Missouri, 2017, pp. 45-54.

Lancho Rodríguez, José M.: «La ayuda financiera española a la independencia de Estados Unidos», in *Revista de Historia Naval*, Madrid, 2015.

<https://publicaciones.defensa.gob.es/media/downloadable/files/links/P/D/PDF606.pdf>

Letter from Elbridge Gerry to James Warren, Philadelphia, March 6, 1776. Northern Illinois University, Digital Library.

<https://digital.lib.niu.edu/islandora/object/niu-amarch%3A92731>

López Pego, Adela: «El conde de Aranda y la españolidad de Luisiana: su retrocesión», in *Argensola*. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses, N.º 112, 1998-2002, págs. 111-140.

Lucena Giraldo, Manuel: *Francisco de Miranda. La aventura de la política*. Edaf, 2011.

Magra, Christopher: *The New England Cod Fishing Industry and Maritime Dimensions of the American Revolution*. University of Pittsburgh, 2006.

http://d-scholarship.pitt.edu/7982/1/Magra_ETD_1_.pdf

McDermott, John Francis: *The Spanish in the Mississippi Valley, 1762-1804*. University of Illinois Press, Urbana, 1974.

Mitchell, Barbara: “Bankrolling the Battle of Yorktown”, in *GHQ Magazine*, November, 2012.

<https://www.historynet.com/bankrolling-the-battle-of-yorktown.htm>

Morales Padrón, Francisco: *Diario de Don Francisco de Saavedra*. CSIC-Universidad de Sevilla, 2004.

Morales y Peralta, Gerónimo Alonso de: Impresor mayor de Cádiz.

Testamento recíproco. Protocolo 0762 de Cádiz.15/10/1730. folios 306-311.

Morris, Robert: *The Papers of Robert Morris*. Vol. 2. Ferguson, E. James, 1917-2002.

National Archives: George Washington to Gardoqui, 1 December 1786, Founders online.

<https://founders.archives.gov/documents/Washington/04-04-02-0369>.

National Archives: *The Papers of George Washington*. Founders online. <https://founders.archives.gov/about/Washington>

National Archives and Records Administration: *Founders online*. <https://founders.archives.gov>

National Archives of the Philippines (NAP), Poder especial para pleitos otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 20-II-1766.

National Archives and Records Administration: *Founders online*. <https://founders.archives.gov>

National Archives of the Philippines (En adelante NAP), Poder especial para pleitos otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 20-II-1766.

NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771. fol. 2r; Poder general para todos los efectos en el reino de Nueva España otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 23-VII-1766.

NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771, ff. 57r-58r; Poder general para la Real Corte y Villa de Madrid otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 24-VII-1766. NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771, ff. 58r-59r.

Olaechea Albistur, Rafael: «Aranda ante la independencia de los Estados Unidos». Actas del congreso de Historia de los Estados Unidos, Universidad de la Rábida. 5-9 julio de 1976.

Oliver, Nancy y Kelly, Richard: The Numismatic. American Numismatic Association, enero, 2019.

Oltra, Joaquín y Pérez Sampe, María Ángeles: *El conde de Aranda y los Estados Unidos*. Barcelona, PPU, 1987.

Papers of George Washington, Confederation Series, vol. 4, 2 April 1786-31 January 1787, ed. W. W. Abbot. Charlottesville: University Press of Virginia, 1995, pp. 413-414.

Patterson, Alfred Temple: *The Other Armada: The Franco-Spanish Attempt to Invade Britain in 1779*. Manchester, Manchester University Press, 1960.

Quintero Saravia, Gonzalo M.: *Bernardo de Gálvez, The Spanish Hero of the American Revolution*. University of North Carolina Press, 2018.

Raci, Karen: *Francisco de Miranda, a transatlantic life in the Age of Revolution*. Rowman & Littlefield Publishers, 2002.

Reparaz, Carmen de: *I Alone*. Ediciones Serbal, ICI, 1978.

«Report of the Pioneer Society of the State of Michigan», in *Michigan Historical Collections*, Vol. IX, p. 558.

Riley, Glenda. «Resistance, Revolution, and Early Nationhood, 1763 to 1812», en *Inventing the American Woman*, Wheeling, Harlan Davidson, Inc., 2007.

Ribes, Vicent: «Nuevos datos biográficos sobre Juan de Miralles», en *Revista de historia moderna*, n. 16, 1997, pp. 363-374.

Rochambeau, Jean-Baptiste-Donatien de Vimeur, comte de: *Mémoires, militaires, historiques et politiques de Rochambeau...* v.1. París, Chez Pillet Aine, 1824. HathiTrust's digital library.

Santiago Rodríguez, Cristina, de: «Women in the 18th Century: Reality Versus Theoretical Dogma in the Age of Change», en *Recovered Memories: Spain, New Orleans and the support for the American Revolution*. Coord. por José Manuel Guerrero Acosta, 2018, págs. 79-98.

Stevens, Walter B.: *St. Louis, the fourth city, 1764-1911*.The S. J. Clarke publishing co., 1911.

Texts on The Origins of Liberty Rhetoric, 1770s-1820s; <https://csivc.csi.cuny.edu/americanstudies/files/lavender/origtext.html>

The Rochambeau Papers. Beinecke Library of the University of Yale.

To George Washington from Francisco Rendón. Philadelphia, Octr 2nd 1781. Private. From George Washington to Francisco Rendón, Head Quarters before York 12th October 1781. *Papers of George Washington*. <http://foundersonline.com/>

U.S. department of State: *The Diplomatic Correspondence of the American Revolution*. N. Hale and Gray & Bowen, 1830. (Varios vols. disponibles *online*).

Valdez-Bubnov, Iván: *Poder naval y modernización del Estado: política de construcción naval española, siglos XVI–XVIII*. Madrid, Iberoamericana, 2011.

NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771. fol. 2r; Poder general para todos los efectos en el reino de Nueva España otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 23-VII-1766.

NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771, ff. 57r-58r; Poder general para la Real Corte y Villa de Madrid otorgado por Ana de Elorriaga y Endaya. Manila, 24-VII-1766. NAP, Protocolos Manila, SDS, 19771, ff. 58r-59r.

Olaechea Albistur, Rafael: «Aranda ante la independencia de los Estados Unidos». Actas del congreso de Historia de los Estados Unidos, Universidad de la Rábida. 5-9 julio de 1976.

Oliver, Nancy and Kelly, Richard: *The Numismatist*. American Numismatic Association, January, 2019.

Oltra, Joaquín y Pérez Sampe, María Ángeles: *El conde de Aranda y los Estados Unidos*. Barcelona, PPU, 1987.

Papers of George Washington, Confederation Series, vol. 4, 2 April 1786-31 January 1787, ed. W. W. Abbot. Charlottesville: University Press of Virginia, 1995, pp. 413-414.

Patterson, Alfred Temple: *The Other Armada: The Franco-Spanish Attempt to Invade Britain in 1779*. Manchester, Manchester University Press, 1960.

Quintero Saravia, Gonzalo M.: *Bernardo de Gálvez, The Spanish Hero of the American Revolution*. University of North Carolina Press, 2018.

Raci, Karen: *Francisco de Miranda, a Transatlantic Life in the Age of Revolution*. Rowman & Littlefield Publishers, 2002.

Reparaz, Carmen de: *I Alone*. Ediciones Serbal, ICI, 1978.

“Report of the Pioneer Society of the State of Michigan”, in *Michigan Historical Collections*, Vol. IX, p. 558.

Ribes, Vicent: «Nuevos datos biográficos sobre Juan de Miralles», en *Revista de historia moderna*, n. 16, 1997, págs. 363-374.

Riley, Glenda: “Resistance, Revolution, and Early Nationhood, 1763 to 1812”, in *Inventing the American Woman*, Wheeling, Harlan Davidson, Inc., 2007.

Rochambeau, Jean-Baptiste-Donatien de Vimeur, Comte de: *Mémoires, militaires, historiques et politiques de Rochambeau...* V.1. París, Chez Pillet Aine, 1824. HathiTrust Digital Library.

Santiago Rodríguez, Cristina, de: “Women in the 18th Century: Reality Versus Theoretical Dogma in the Age of Change”, in *Recovered Memories: Spain, New Orleans and the Support for the American Revolution*. Coord. by José Manuel Guerrero Acosta, 2018, pp. 79-98.

Stevens, Walter B.: *St. Louis, the Fourth City, 1764-1911*.The S. J. Clarke Publishing Co., 1911.

Texts on The Origins of Liberty Rhetoric, 1770s-1820s; <https://csivc.csi.cuny.edu/americanstudies/files/lavender/origtext.html>

The Rochambeau Papers. Beinecke Library of Yale University.

To George Washington from Francisco Rendón. Philadelphia, 2nd Oct., 1781. Private. From George Washington to Francisco Rendón, Headquarters before Yorktown. 12th Oct., 1781. *Papers of George Washington*. <http://foundersonline.com/>

U.S. Department of State: *The Diplomatic Correspondence of the American Revolution*. N. Hale and Gray & Bowen, 1830 (several vols. accessible online).

Valdez-Bubnov, Iván: *Poder naval y modernización del Estado: política de construcción naval española, siglos XVI–XVIII*. Madrid, Iberoamericana, 2011.

exposiciones *Bernardo de Gálvez y la presencia de España en México* y *EE. UU. (2015)* y *Recovered Memories* (2018).

Carmen González López-Briones

Carmen González López Briones received a degree in History from the University of Valencia (Spain) and earned Master’s and Ph.D. degrees from Purdue University (USA). She has been a Professor of History at the Ortega y Gasset Foundation in St. Louis University (Madrid), in the College for International Studies (CIS, Madrid), and in the Instituto Franklin (Franklin Institute) of the Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). Since 1987, she has been advisor on cultural and educational issues at the U.S. Embassy in Madrid.

Licenciada en Historia por la Universidad de Valencia (España). Hizo máster y doctorado en Historia de EE. UU. en la Purdue University (EE. UU.). Ha sido profesora de Historia en la Fundación Ortega y Gasset, en St. Louis University (Madrid), en el College for International Studies (CIS, Madrid) y en el Instituto Franklin de la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). Desde 1987 es asesora para asuntos culturales y educativos en la Embajada de Estados Unidos, en Madrid.

José Manuel Guerrero Acosta

José Manuel Guerrero Acosta, Army Colonel (Reserves), holds a Diploma in Advanced Studies on Contemporary History from the UNED (*Universidad Nacional de Educación a Distancia*) (2003). He is a certified Director and Manager of Military Museums for the Department of Defense (Spain) and a corresponding member of the Academy of Military Arts and Sciences (Spain). From 2004 to 2006, he headed the Museographic Project of the new Army Museum of Toledo. He is the author of over forty articles and a dozen books, and he has been history advisor for various feature films. He has also curated several exhibits in Spain and the U.S., such

as *Bernardo de Gálvez y la Presencia de España en México* y *EE. UU. (Bernardo de Gálvez and the Spanish Presence in Mexico and the United States)* (2015) and *Recovered Memories* (2018).

Coronel del Ejército (Reserva). Obtuvo su Diploma en Estudios Avanzados en Historia Contemporánea de la UNED en 2003. Es diplomado en Dirección y Gestión de Museos Militares del Ministerio de Defensa y académico correspondiente de la Academia de Ciencias y Artes Militares. Jefe del Proyecto Museográfico del nuevo Museo del Ejército en Toledo (2004-2006). Es autor de más de cuarenta artículos y de una docena de libros. Ha sido asesor histórico en varios largometrajes y comisario de diversas exposiciones en España y en EE.UU., como *Bernardo de Gálvez y la presencia de España en México* y *EE. UU.* (2015) y *Recovered Memories* (2018).

Manuel Olmedo Checa

Born in Málaga in 1944, Manuel Olmedo Checa is a researcher and retired engineer. He is a member of the *Academia Real de Bellas Artes de San Telmo* (San Telmo Royal Academy of Fine Arts) and a corresponding member of the *Academia Real Malagueña de Ciencias* (Málaga Royal Academy of Sciences) and the *Real Academia de la Historia* (Royal Academy of History). He is the author of over forty books dealing with various aspects of local and Spanish history. His efforts over the last several years have focused on re-evaluating the figure of Málaga’s native son Bernardo de Gálvez. He is vice-president of the Bernardo de Gálvez Association.

Nacido en Málaga, en 1944. Ingeniero jubilado. Investigador. Académico de la Real de Bellas Artes de San Telmo y de la Malagueña de Ciencias. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Es autor de más de cuarenta libros sobre diversos aspectos de historia local y de España. Ha desarrollado un notable esfuerzo durante los últimos

años por revalorizar la figura del malagueño Bernardo de Gálvez. Es vicepresidente de la Asociación Bernardo de Gálvez.

Francisco Reyero

Born in Seville in 1971, Francisco (Paco) Reyero holds a degree in Economic and Entrepreneurial Sciences from the University of Seville and a Master’s degree in Radio Communications from the *Universidad Pontificia de Salamanca* (Pontifical University of Salamanca). He took journalism courses from the SEK in Segovia and has been working in radio, press, and television for the last twenty-two years. He is a frequent guest on media panels and spends much of his time reading and writing. His most recent publications are *Sinatra: Nunca volveré a ese maldito país* (2015), *Trump: El leon del circo* (2016), *Eastwood: Made in Spain* (2018), and *Bernardo de Gálvez entró en Washington* (2019). Currently, he works as RNE correspondent to the American West, collaborates with Canal Sur Radio y Television, and writes for several digital outlets, such as *The Objective*.

Nació en Sevilla, en 1971. Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Sevilla, Máster de Radio por la Universidad Pontificia de Salamanca. Cursó estudios de periodismo en la SEK de Segovia. Lleva veintidós años trabajando en radio, prensa y televisión. Es colaborador habitual en programas de debate y dedica su tiempo a la lectura y la escritura. En los últimos tiempos ha publicado *Sinatra: Nunca volveré a ese maldito país* (2015), *Trump: El león del circo* (2016), *Eastwood: Made in Spain* (2018) y *Bernardo de Gálvez entró en Washington* (2019). Actualmente, trabaja como corresponsal en el oeste americano para RNE, colabora con Canal Sur Radio y Televisión y escribe en distintos medios digitales, entre ellos, *The Objective*.

Cristina de Santiago Rodríguez

Cristina de Santiago Rodríguez is a military historian and researcher with a focus on

organizational behavior (Security and Resilience, Defence Academy of the United Kingdom). She is advisor and documentarist for the Museo de Medios Acorazados de El Goloso (Armored Vehicles Museum of El Goloso) (Madrid). She has worked as a guide, leading thematic and didactic tours for various military history exhibits. She coordinated the documentary for the exhibit *Recovered Memories* (2018) and was a research collaborator with Peter Caddick-Adams in *Sand and Steel; Ten Armies in Hell*; and *Snow and Steel* (Random House Books).

Investigadora en historia militar y comportamiento organizacional (Security and Resilience, Defence Academy of the United Kingdom). Asesora y documentalista del Museo de Medios Acorazados de El Goloso (Madrid). Ha trabajado como guía en visitas temáticas y didácticas en diversas exposiciones de historia militar. Coordinadora documental de la exposición *Recovered Memories* (2018) e investigadora y colaboradora de Peter Caddick-Adams en los libros *Sand and Steel, Ten Armies in Hell* y *Snow and Steel* (Random House Books).

Kristine L. Sjostrom

A Connecticut native and long-time resident of Seville, Spain, Kristine L. Sjostrom holds a B.A. degree in International Relations from Mount Holyoke College (1988). Initially, she was an English language teacher in Seville, but interest in her family’s pioneer history led her to do research at historical archives, where she currently specializes in the shared Spanish, French, and American history of 18th century Louisiana.

Nacida en Connecticut y residente desde hace mucho tiempo en Sevilla, España. *Bachelor of Arts* en Relaciones Internacionales en el Mount Holyoke College en 1988. Inicialmente, trabajó como profesora de Inglés en Sevilla, pero su interés por la historia de sus antepasados pioneros la llevó a la investigación en archivos históricos, donde se especializó en la historia común francesa, americana y española de La Luisana del siglo XVIII.

Special thanks to Julián Martínez-Simancas Sánchez for his vision and initiative; and to Juan Bosco Valentín-Gamazo, Juan Pardo de Santayana Montes, Ana Belén García Izquierdo, Montserrat Barbé Capdevila, Ana Bilbao Ibeas, and José Arteché Piñar for their valuable collaboration.

Agradecimientos: a Julián Martínez-Simancas Sánchez por su idea e impulso; y a Juan Bosco Valentín-Gamazo, Juan Pardo de Santayana Montes, Ana Belén García Izquierdo, Montserrat Barbé Capdevila, Ana Bilbao Ibeas y José Arteché Piñar por su valiosa colaboración.

There are no existing portraits of Miralles, Pollock, Arias, and Leyba. The renditions of these characters are products of the artist’s imagination. The opinions expressed in this book are the sole responsibility of the authors.

Las imágenes de Miralles, Pollock, Arias y Leyba son imaginarias, al no existir retratos conocidos. Las opiniones vertidas en este trabajo son responsabilidad de sus autores.

Project Direction
Dirección de la publicación
José Manuel Guerrero Acosta

Editorial and Publication Coordination
Coordinación editorial y cuidado de la publicación
Guillermo Paneque Macías

Organization and Production
Organización y producción
Rafael Orbegozo Guzmán

Copy Editing
Corrección de textos
Carmen Ímaz Azcona

Translations
Traducciones
Sofia M. Starnes (English)
Ramón García Fernández (Spanish)

Illustrations
Ilustraciones
Enrique Flores

Graphic Design
Diseño gráfico
Lacasta Design

Prepress and Printing
Preimpresión e impresión
Brizzolis

Bookbinding
Encuadernación
Ramos

Digitization and Website
Digitalización y sitio web
Leandro Pérez Miguel

Published by
Edita
Iberdrola
Plaza Euskadi 5
48009 Bilbao

Library of Congress Catalog
Depósito legal BI-1568-2019
ISBN 978-84-933107-1-4
Edition Copyright © 2019 by Iberdrola
© de la edición: Iberdrola

Text and illustrations Copyright © 2019 by the individual authors
© de los textos e ilustraciones: sus autores

All rights reserved. No part of this publication may be used, reproduced, modified, registered, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or any other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher and the individual copyright holders.

Todos los derechos reservados. Sin la autorización expresa del titular de los derechos, queda prohibida cualquier utilización del contenido de esta publicación, incluyendo la reproducción, modificación, registro, copia, explotación, distribución, comunicación, transmisión, envío, reutilización, edición, tratamiento u otra utilización total o parcial en cualquier modo, medio o formato de esta publicación.

